
JAMES ELLROY
A CAUSA DE LA NOCHE



Lectulandia

A causa de la noche es la segunda novela de la trilogía del sargento Hopkins, iniciada con Sangre en la luna. En esta ocasión los personajes de una temible organización criminal son eliminados uno a uno por un cuerpo de policía en el que no todos, ni mucho menos, tienen las manos limpias. Hopkins termina sus aventuras con el amargo sabor de boca que produce la mirada despiadada de James Ellroy, que vuelve a transportarnos con maestría a los bajos fondos de su ciudad, Los Ángeles.

Lectulandia

James Ellroy

A causa de la noche

Sargento Hopkins - 2

ePub r1.0

whatsername 27.11.2014

Título original: *Because the night*
James Ellroy, 1984
Traducción: José Ramón Capelástegui
Ilustraciones: Monste Vega & Juan Pablo Suárez

Editor digital: whatsername
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA

Personaje extraño, que parece salir de las páginas de sus novelas, James Ellroy ha logrado uno de los más rápidos éxitos de público y crítica que se conocen en los últimos años en Estados Unidos.

La trilogía del sargento Lloyd Hopkins, iniciada con Sangre en la luna y que se prolonga en A causa de la noche para culminar en La colina de los suicidas, revela un proyecto muy peculiar: angustia, locura, criminales paranoicos y detectives que deberían tomar vacaciones en un hospital psiquiátrico, brutalidad, rutina policiaca, miedo. Todo ello manejado por un excelente narrador que realiza con gran precisión descripciones, ambientes, cambios de ritmo, y cuya mayor virtud se encuentra en la creación de personajes.

Ellroy, nacido en Los Ángeles en 1948 vive en las cercanías de Nueva York, quizá para lograr esa distancia que hace imprecisos los perfiles y desdibuja la ciudad en la que lo único real es la brutalidad del crimen.

Huérfano de madre (asesinada frente a su casa), un tema que lo obsesionaría permanentemente y se incorporaría a su obra de una manera angustiosa, Ellroy confiesa haber pasado buena parte de su juventud conociendo las cárceles desde el interior de las celdas, conviviendo con los vagos en los parques, y haber encontrado en la literatura la salida y el escape de ese mundo.

Etiqueta Negra ha publicado anteriormente Sangre en la luna (EN 100) y publicará con brevedad el final de esta trilogía, La colina de los suicidas (EN 120). Así mismo publicaremos El réquiem de Brown y Clandestino.

PIT II

CAPÍTULO UNO

La tienda de licores estaba al final de una larga hilera de luces de neón, donde la Autovía Hollywood se cruza con Sunset, la divisoria entre el brillo de los reclamos y la penumbra de la zona residencial.

El Toyota amarillo se metió entre los setos del arcén de la rampa de entrada, dio un volantazo y el conductor echó el freno de mano de un tirón preciso; sacó un enorme revólver de la guantera y lo escondió en un periódico doblado, con la culata y el gatillo a mano. Puso la llave en «maniobra» y abrió la puerta. Respirando profundamente, dijo:

—Más allá del más allá.

Se acercó al letrero intermitente que decía licores, que separaba su antigua vida de temores y la nueva de poder.

El hombre del mostrador, al ver su ropa cara deportiva y el *Wall Street Journal*, le tomó por un cliente de Chivas o Etiqueta Negra, como mínimo. Iba a atenderle cuando el hombre se acercó al mostrador y clavándole el diario en el pecho le dijo:

—Especial del calibre 41. No hagas que lo use. El dinero.

El dueño obedeció sin apartar los ojos de la caja, para no mirarle a la cara y darle pretexto para matarle. Sintió que el otro tocaba el gatillo y pensó en su cabeza rodando por la sala mientras metía con torpeza el dinero en una bolsa de papel. Iba a levantar la vista cuando oyó un sollozo tras él, cerca de una nevera de cervezas, y luego al ladrón amartillando el arma. Cuando miró, no vio el *Journal*, sino un enorme cañón negro que caía sobre él; luego un estallido tras su oreja y le cegó la sangre.

El pistolero saltó tras el mostrador y le empujó, a golpes y patadas, hasta la trastienda. Se acercó al póster de cervezas, junto a la nevera, y lo derribó de una patada, descubriendo a una joven, de anorak azul, acurrucada junto a un hombre de gabardina.

Impaciente, movió sus pies; no pensó que fueran tres. Sus ojos fueron de los dos que gemían a sus pies hasta el caído a su izquierda, y buscó en un lugar más neutral pistas sobre lo que debía hacer. Su vista recorrió hileras alineadas de botellas, estantes de alimentos, pósters de chicas en bikini tomando ron y sangría. Nada.

Soltó un grito al ver la cortina beige que llevaba a la zona de vivienda; el viento agitó la cortina, y gritó más fuerte, al ver que los pliegues se transformaban en barrotes y grilletes.

Entonces lo supo.

De un tirón, puso de pie a la chica y al viejo y los empujó hasta la cortina. Mientras se quedaban allí, temblando, empujó al dueño hasta ponerlo junto a ellos. Musitó:

—Puerta verde, puerta verde.

Se apartó cinco pasos y apuntó: hizo tres tiros perfectos a la cabeza. La cortina estalló en un carmesí horrible.

CAPÍTULO DOS

El sargento Lloyd Hopkins miraba a su mejor amigo y maestro, el capitán Arthur Peltz, el Holandés, en su oficina, esperando que acabase de una vez aquella charla previa y entrase en materia. Habían hablado de todo, desde el equipo de fútbol de la policía de Los Ángeles hasta las últimas denuncias por robo. Era incapaz de ir derecho al grano siempre que quería algo; Lloyd sabía que, desde la marcha de Janice con las niñas, Peltz se creía obligado a agotar antes otros temas triviales; antes hablaban de la familia para romper el hielo, pero, ahora que Lloyd estaba solo, el Holandés daba rodeos con otros asuntos. Cada vez más impaciente y enfadado por ello, Lloyd miró por la ventana los coches en blanco y negro que salían para el turno de noche y le dijo:

—Estás preocupado, Holandés; dime lo que es y te ayudaré.

Peltz posó el sujetalibros de cuarzo que manoseaba.

—Jungle Jack Herzog. ¿Te suena?

Lloyd hizo un gesto:

—No.

Acercando una carpeta, el Holandés le explicó:

—Agente Jacob Herzog, treinta y cuatro años. Trece de poli. Un tío ejemplar, con cojones bien puestos. Cara de infeliz. Trabajó en la Metropolitana y en Información. Estuvo en Antivicio con todas las brigadillas de Los Ángeles, siempre solo. Tres menciones a su valor. Conocido por «el Alquimista», por su habilidad para disfrazarse de cualquier cosa: de viejo cojo, marinero borracho, currante, macarra en moto. Lo que quieras.

Lloyd aguzó la vista.

—¿Y?

—Desapareció hace tres semanas. ¿Recuerdas a Bergen, el cagón?

—Recuerdo que dos tíos partieron en dos a un socio con una del diez, y Bergen tiró su arma y perdió el culo corriendo. Que le formaron juicio por cobardía, donde le machacaron y le echaron del Cuerpo. Que escribió alguna novela corta cuando estuvo en Hollenbeck de patrullero y que no ha parado de revolver mierda contra nosotros desde el panfleto antipolicial *Big Orange Insider*. ¿Qué coño pinta en todo esto?

El Holandés señaló el expediente.

—Bergen era el mejor amigo de Herzog. Herzog declaró a su favor en el juicio y armó un cirio desafiando al Departamento a que le expulsaran. El jefe mismo se ocupó de que le quitaran de la calle y le dieran un puesto de chupatintas en la Central. Pero Jack valía demasiado para pastar. Ha trabajado de estranjis a petición de la mitad de los jefes de la Antivicio. Los últimos meses estaba aquí, en Hollywood. Lo reclamó Sam Perkins, y le pagaba del fondo para soplonos. Mientras que los de Vicio no podían entrar en ningún sitio sin que les descubriesen, Jack los machacaba vivos.

Lloyd cogió el expediente y se lo guardó en el bolsillo:

—¿Denuncia por desaparición? ¿Familia? ¿Amigos?

—Negativo todo ello, Lloyd. Herzog estaba más solo que la una. Sin familia, salvo su anciano padre. El casero no le ha visto desde hace más de un mes, y no ha venido por aquí ni por su oficina en la Central.

—¿Droga? ¿Alcohol? ¿Un coño?

El Holandés soltó un suspiro.

—Se le podría definir como un ascético intelectual. Y a la Jefatura no parece importarle; los primeros en darnos cuenta de su falta somos Walt y yo. Desde lo de Bergen ha actuado como un resentido.

Lloyd suspiró a su vez.

—Has hablado en pretérito de Herzog. ¿Crees que está muerto?

—Sí, ¿tú no?

La respuesta de Lloyd se cortó por un tumulto que venía de la sala de abajo. Se oyeron pasos en el vestíbulo y un policía de uniforme asomó por la puerta.

—Licorería entre Sunset y Wilton. Un atraco. Tres muertos por arma de fuego.

El cuerpo de Lloyd se estremeció, pasando del frío al calor.

—Voy —dijo.

CAPÍTULO TRES

El hombre del Toyota amarillo dejó la carretera de Cañón Topanga y tomó la autopista Costera, aminorando en los semáforos para no llegar antes del ocaso a la casa del doctor, en la playa. La disminución de la luz diurna le producía siempre alivio, y le traía el recuerdo de un peligro anterior ya superado. Con la oscuridad volvía a ser la tenaz mano derecha del doctor, el único, además del Noctámbulo, que sabía hasta qué punto justo podía sangrar, estrujar, ordeñar y explotar a sus «Solitarios».

La primavera era para él un enemigo taimado. Tenía que librar largos combates con el sol, lo que hacía más placentera la noche. Esta mañana se había levantado al amanecer, y durante ocho horas comprobó por teléfono la solvencia de clientes que estaban anotados en las agendas de las prostitutas, pacientes del doctor. Todo un día de trabajo, con el colofón de la tarde en la licorería: su primera triple carambola mortal que tal vez se completase con una ronda por los bares de solteros de South Bay en busca de más solitarios ricos.

Calculó el tiempo a la perfección. Cuando salía de la autopista y tomaba el sendero de acceso, empezó a sonar en el parking la música de introducción del doctor. Seis coches, seis almas solitarias; toda la casa. Debía darse prisa en llegar a la sala de altavoces antes de que el doctor se impacientase.

Ya en la casa, el hombre no hizo caso del cuarteto de música barroca y se dirigió a un pequeño cuarto de control insonorizado, lleno de aparatos de sonido. Tenía un equipo de grabación con seis micros, uno para cada habitación, con seis pares de auriculares y una gran consola con doce discos capaz de registrar cualquier sonido en los dormitorios con sólo pulsar un botón.

Empezó su trabajo poniendo los altavoces a tope. El estruendo le aturdió y bajó el volumen. Los solitarios todavía rezaban los salmos hinduistas para sumirse en trance, un estadio previo necesario a las exhortaciones del doctor. Tomó un bloc de notas y un bolígrafo, y ocupó una silla de cuero a esperar que se encendieran las luces rojas de los amplificadores, la señal para escuchar, grabar, registrar y emitir su opinión como asesor ejecutivo del doctor John Havilland.

Llevaba dos años en ese puesto; dos años rondando por todo Los Ángeles en busca de presas humanas. El doctor le había curado de sus impulsos incontrolados y, en compensación, él se había convertido en el brazo que ejecutaba las obsesiones personales de Havilland.

Según explicaba el doctor, a la «explosión consciente» de los años sesenta, seguía ahora la «implosión de la consciencia» y por ello mucha gente abandonaba los viejos credos americanos de hogar, amor, patria y de la contracultura de aquella década. Como vestigios de la ingenuidad anterior a los sesenta sólo quedaban tres hechos concretos: Dios, sexo y drogas. Aplicando, sabiamente combinados, estos tres elementos en personas idóneas, sus posibilidades podían ser infinitas.

La tarea era encontrar personas idóneas. Havilland describía el prototipo de estas piezas para su ajedrez así: «Hombre o mujer de raza blanca, un rico heredero inadaptable e inmaduro; un ser asustadizo, débil, mortalmente aburrido y sin ambiciones, dado al misticismo. Huérfanos que viven de fondos o rentas fijas; o apartados de toda su familia, con ingresos sólidos y regulares. Que acepten sin reservas el concepto de ‘Maestro Espiritual’ (lo que quieren es que alguien les dicte lo que deben hacer). Muy dados a drogas y sexo. Se creen rebeldes, pero su rebeldía sólo se materializa en tímidos movimientos de masas. Encuéntralos para mí. Te será más fácil de lo que piensas, pues mientras tú los buscas, ellos me están buscando a *Mí*».

La búsqueda lo llevó a bares de lujo, a despachos de hombres serios, a la morada de seis gurús, a conferencias sobre no importa qué, desde movimientos sociales de Nueva Izquierda hasta macrobiótica para amas de casa. Fruto de ello fueron seis personas que cayeron de lleno en la doctrina de Havilland tragando el anzuelo, sedal y plomo. De paso, ayudó al doctor en otros trabajos, asaltando las casas de sus pacientes; recogiendo información que pudiera llevar a captar más adeptos. Poniendo anuncios de sexo para ricos viejos en revistas clandestinas y así cazar solitarios. Planificando sesiones de capacitación y acopiando montones de datos ilegales para los archivos secretos.

Había ido progresando a ojos del doctor; era imprescindible para proveer arcilla humana. Muy pronto Havilland acometería el más ambicioso de sus proyectos, con él a su lado. La pasada noche había demostrado con creces su temple.

Pero aquellas jaquecas...

Se encendió la luz del micro uno; el hombre se puso los auriculares y dejó caer el bolígrafo. Los ajustó y metió la clavija justo cuando oyó la tos del doctor, señal para que prestase atención y anotase todo lo que podía ser especial o particularmente útil.

Empezaron unas frases educadas, seguidas de elogios de dos personas a la decoración del dormitorio. El hombre oyó cómo el doctor quitaba importancia a los tapices rococó, diciendo que aquellas chucherías eran herencia familiar.

—Al grano, Doc —murmuró el hombre.

Como si le escuchara, el doctor dijo:

—Dejemos de hablar de banalidades. Estamos aquí para ir más allá de lo prosaico, no para perder el tiempo en ello. ¿Cómo resultó vuestro lío de Santa Bárbara? ¿Aprendisteis algo sobre vosotros mismos? ¿Echasteis fuera algún demonio?

Una suave voz de hombre respondió. El hombre la identificó al instante; recordó cómo lo reclutó en un bar gay de Hollywood Oeste, un ejecutivo rechoncho que parecía llevar un anuncio luminoso: «Primerizo asustado que busca identidad sexual». La caza resultó fácil, el neófito aceptó todos los criterios del doctor.

—Utilizamos coca para poner en marcha las cosas —decía la voz suave—. Nuestro hombre era viejo, temía mostrar su cuerpo. Pero la coca hizo efecto y le puso

en marcha sus jugos y...

—¡Quien le puso en marcha sus jugos fui yo! —saltó una voz de mujer—. Sin bajarse del todo los pantalones, ya lo tenía cogido por los huevos. Pedía que una hembra le dominase; toda aquella ciencia ficción en las paredes, Amazonas con látigos y cadenas, toda aquella mierda.

La suave voz de hombre se elevó hasta el lamento:

—Yo estaba disfrutando del preludio; el doctor habló de actuar con calma, el hombre no estaba preparado. Lo contactamos con los anuncios de sexo especial, y el doctor dijo que...

—¡Mierda! Tú querías chutarte con él, y querías gustarle al viejo; eres de esa cuerda, y si la cosa va a tu gusto hubiera sido un té a las cinco con coca.

El hombre dejó en la mesa el bolígrafo cuando el ejecutivo empezó a gimotear. Pasó un rato antes que el doctor dijera:

—Bueno, Billy, cálmate. Sal y espera fuera; quiero hablar a solas con Jane.

Se oyeron pasos en la madera del suelo y un portazo furioso. El hombre sonrió esperando una genialidad del doctor. Al oír su voz, tomó el boli con una unción parecida al amor.

—Te estás dejando dominar por la ira, Jane.

—Ya lo sé, doctor.

—Tu fuerza reside en que la uses con prudencia.

—Lo sé.

—¿Te ha satisfecho la misión?

—Sí. Me decidí por el sexo y logré darles placer.

—¿Pero sentiste un vacío después?

—Sí y no. Me quedé satisfecha. ¡Pero Billy y el viejo eran tan débiles!

—Bien, Jane. Tú mereces aparearte con egos más fuertes. Te traeré tipos de primera. Ya encontraré algún ejemplar cerebral con quien midas tus fuerzas.

—¿Y un acompañante con cojones?

—No. La próxima vez irás tú sola.

El hombre escuchó un gemido de gratitud. Sacudió la cabeza con reprobación, esperando el golpe de gracia del doctor:

—¿Te pagó los cinco mil?

—Sí, doctor.

—¿Te has procurado algo agradable como premio?

—Me he comprado un jersey.

—Podías permitirte algo mejor.

—Y... yo quería darle a usted el dinero, doctor. Compré el jersey como un símbolo de la misión.

—Gracias, Jane. ¿Va bien todo lo demás? ¿Salmodias todas tus oraciones?

A cada jaculatoria se daban golpes de pecho cada vez con más fuerza, y gritaban más alto. No dejaban de mirarse en un espejo y no mostraban miedo ni cuando

empezaron a formarse hematomas.

Goff miraba a su reloj; un minuto, dos, tres; justo cuando veía que iban a desmayarse, oyó la palabra:

—¡Alto!

Havilland se arrodilló en la estera, frente a los dos hombres; éstos dejaron de contemplarse, le miraron a los ojos y extendieron el brazo derecho con el puño cerrado. Havilland buscó en el bolsillo de la bata y sacó una hipodérmica desechable y algodón. Inyectó primero al ratón de biblioteca y, secando la misma aguja, al catedrático. Ambos vacilaron sobre sus rodillas, pero se mantuvieron firmes.

El doctor se levantó, sonrió y dijo:

—Pensad con plena eficiencia. Robert, se te ha asignado como misión un hogar pudiente. Una pareja, un viejo y su mujer se mueren por tus favores. Suena el teléfono. Ambos se acercan a cogerlo. ¿Adonde vas tú?

—¿A... al cuarto de baño? ¿A buscar droga?

—No. Tienes droga en tu cerebro. Es uno de tus puntos débiles. Monte, ¿qué harías tú?

—Me preguntaría por qué la llamada es tan importante que ambos corren al teléfono, además estando yo allí, que tanto les gusto. Lo que haría es correr en busca de un supletorio y descolgarlo justo cuando lo hiciera el viejo cabrón; escucharía, por si la llamada contuviera algún informe importante.

Havilland sonrió diciendo:

—¡Bravo!

Luego le dio un bofetón y musitó:

—¡Bravo!, pero cuando respondas mírame siempre a mí. Si te miras a ti mismo creerás que tu pensamiento es independiente. ¿Captas toda la falacia de ese modo de pensar?

Monte bajó la vista, luego la elevó hasta mirarle a la cara.

—Sí, doctor.

—Bien. Ahora, Robert, una pregunta hipotética. Piensa en la pura eficiencia y responde con franqueza. Mi reserva legal de drogas se va agotando, ya que la nueva ley concede solo hipnóticos y similares a médicos vinculados con hospitales. Tú las deseas con ansia, y te das cuenta que es lo que más te gusta de mi tutela. ¿Qué haces?

El ratón de biblioteca meditó; sus ojos bailaban del espejo al doctor. Goff sonrió al ver que les había inyectado pentotal. Por fin, Robert murmuró:

—Eso no ocurrirá nunca con usted. Sencillamente, imposible.

Havilland posó las manos sobre los hombros de Robert, apretándolos suavemente.

—La respuesta perfecta. La de Monte sería más intelectual, pero la tuya ha sido pura franqueza y corazón y, desde luego, es la correcta. Ahora quiero que cantéis vuestros salmos. Seguid mirando vuestra imagen, pero pensad en mí.

Cuando Havilland salió a la puerta, Goff bajó las escaleras y se dirigió al cuarto de los altavoces. Rebobinó la cinta de eficiencia en el adiestramiento y la metió en un

sobre grande; luego conectó el auricular al altavoz del medio, justo a tiempo para oír gruñidos de placer sexual hombre-mujer, mezclados con risas de niña. La risa cambió a una tos de fumador y Goff se rió. Era la pelirroja que había cazado en el Club Lingerie, la que le había descoyuntado con sus posturas de yoga kundalina. Tuvo suerte de haber escapado vivo de su piso, en la urbanización Bunker Hill.

El doctor fue el primero en hablar.

—Bravo, bravo.

Su tono monótono avivó los accesos de risa de la mujer. El hombre con quien había copulado trataba de recobrar el aliento. Goff lo imaginó tumbado en la cama y al borde de un infarto. El doctor volvió a hablar.

—Luego, Helen; quiero ver el pulso de la víctima. Creo que esta vez te has pasado.

—Más allá del más allá. ¿No es nuestro lema, doctor?

—*Touché*. Ya te llamaré el martes.

Después que la pequeña Helen saliera saltando, alegre, del dormitorio, pasaron cinco minutos de silencio total. A Goff se le encogió el estómago. El hombre era el auténtico sicópata y el Viajero Nocturno se acercaba a pasos agigantados hacia su fin. Por eso ni el ruido de vidrios rotos ni sus obscenidades, que por fin cesaron, le sorprendieron. Ni las frases preocupadas del doctor.

—No pasa nada, Richard, de verdad. A veces «más allá del más allá» significa odio. Primero has de aceptar esa realidad, luego has de trabajar en ella. No puedes odiarte a ti mismo por ser como eres. Eres básicamente bueno y poderoso, de lo contrario no estarías aquí conmigo. Pero para alcanzar tu propio yo has de superar un umbral de violencia excepcionalmente alto.

Thomas Goff recordó cuando cazó a Richard Olfield; empezó con aquella puta coja con un enganche al caballo de trescientos pavos al día. Le contó lo del agente de bolsa/culturista/receptor de cheques, que le daba quinientos por recibir una paliza, sólo porque le recordaba a la institutriz que le había maltratado de niño. Cuando se le acercó en el gimnasio, creyó sufrir una pesadilla; Olfield se parecía tanto a Goff que podía pasar por su hermano gemelo, y allí estaba levantando ciento cincuenta kilos. Pero el culturista se había rendido ante las astucias del doctor, como un bebé en busca de la teta materna.

Más cristales rotos. Sollozos de Oldfield. Havilland que le cantaba una nana, alternando con: «Tranquilo, tranquilo».

Goff se dio cuenta de que el cambio brusco se acercaba.

Llegó en forma de un bofetón en plena cara que llenó el altavoz de carga estática.

—Eres un mierda. Un insignificante afectado. Un palanganero servil. Te preparo el mejor coño del mundo, te prometo liberarte de esa mierda de gallina que tienes por conciencia y tú vas y rompes ventanas y te pones a berrear.

—Por favor, doctor.

—¿«Por favor» qué?

—Por f..., ya sabe.

—Tienes que decirlo.

—Po..., por favor, lléveme todo lo lejos que pueda llegar.

El doctor suspiró:

—Dentro de poco, Richard. Estoy recibiendo información muy valiosa que me dará el nombre de una mujer, la más adecuada para ti. Piensa en ella mientras recites tus salmos del terror.

—Gracias, doctor John.

—No me des las gracias; tus puertas verdes son mis puertas verdes. Ahora vete a casa. Estoy cansado y, por hoy, voy dar por terminadas las sesiones en grupos.

Goff oyó al doctor acompañándole hasta la puerta. La grabadora produjo un silbido casi inaudible, que se imaginó lleno de pesadillas quietas, cada una guardada en fríos sobres que tenían información suficiente para transformar seres humanos en piezas de ajedrez.

El Alquimista y sus seis fichas eran sólo el principio. Una letanía de tópicos de Havilland hizo que Goff se estremeciese por el dolor de cabeza que le quemaba tras la cortina beige de su mente. Anoche, tres. ¿Y si los que tenían los datos no se dejaban comprar? El dolor palpitaba tras la cortina, como un gusano hambriento devorando su cerebro.

Ruido de portazos arriba; períodos de silencio, seguidos por la partida por separado de los solitarios. Mercedes y Audis que se alejaban entrando en la autopista de la costa y de nuevo silencio. Goff estaba aterrorizado.

—¿Malos pensamientos, Thomas?

Se dio vuelta en la silla, arrojando su cuaderno al suelo. Miró a los ojos castaño claros del doctor John Havilland, para retener en ellos sus ojos, tal como le había enseñado el doctor.

—Sólo pensamientos, doctor.

—Bien. Los periódicos hablan mucho de ti. ¿Qué se siente?

—Calma y oscuridad.

—Bien. ¿Te molesta la teoría de un asesino sicópata?

—No. Me divierte, porque están muy lejos de la realidad.

—¿Tuviste que liquidar a tres?

—Sí. Me acordé de su capacitación de eficiencia. Alguna otra vez tendré que volverlo a hacer.

—¿Un arma segura? ¿Ilocalizable?

—Sin duda. La robé.

—Bien. ¿Cómo siguen los dolores de cabeza?

—No mal del todo. Cuando empiezan de veras, yo canto.

—Bien. Si vuelve a nublarse tu vista, ven a verme enseguida y te pondré una inyección. ¿Sueños?

—A veces sueño con el Alquimista. ¿Era muy bueno, verdad?

—Genial, Thomas, pero se marchó. Lo borré de la faz de la Tierra.

Havilland le tendió a Goff un papel.

—Puede ser una buena cliente. Llamó pidiendo hora. Hice algunas averiguaciones con otras chicas de la vida. Cobra mil por noche. Hazte con su agenda de clientes; los que pueden permitirse ese lujo bien pueden permitirse nuestros servicios.

Goff leyó la hoja de papel: *Linda Wilhite, 9819 del Bulevar Wilshire, 91 Oeste*. Sonrió.

—Es un edificio fácil. He estado allí muchas veces.

Havilland le devolvió la sonrisa.

—Bien, Thomas. Ahora vete a casa y disfruta de tus sueños.

—¿Cómo sabe que disfrutaré?

—Conozco tus sueños. Yo los hice.

Goff se quedó contemplando cómo el doctor daba la vuelta y se encaminaba al patio con celosías que dominaba la playa. Dejó que se grabase en su mente la imagen de la marcha del doctor, cerró la tapa de la mesa y se fue al coche. Iba a girar la llave de contacto cuando vio en el salpicadero un plástico doblado. Quiso cogerlo y gritó; era un plástico beige. O sea, que él «lo sabía».

Rasgó en pedazos la bolsa de plástico y golpeó con sus puños el tablero hasta que el dolor adormeció los gritos de su mente. Al encender los faros vio algo blanco en el parabrisas. Bajó del coche y lo examinó. La tarjeta en relieve de «John R. Havilland M. D. Siquiatra» se le quedó mirando. Le dio la vuelta. Al dorso, con letra cuidadosa, estaba escrito: «Conozco tus pesadillas».

CAPÍTULO CUATRO

Tras treinta y seis horas seguidas de trabajo en el caso de la licorería, Lloyd se quedó dormido en su despacho de Parker Center y soñó con masacres. Bombardeos de ondas sonoras, aves de rapiña que atacaban el último rincón de su cerebro, allí donde él escondía a un hombre que mató en la revuelta de Watts y a otro al que intentó matar el año pasado. Las rapaces arrancaban jirones de cielo, dando paso a cristales color sangre. Al despertar, esas imágenes fueron barridas por otras más apacibles de Janice y las niñas en San Francisco, donde esperaban que el tiempo curase las heridas o bien confirmase la separación. Volvió al recuerdo de la tienda de licores/matadero, relegando el amor familiar al compartimento blindado junto con sus pesadillas. Lloyd sintió alivio.

La escena del crimen ocupó su mente, nítida como las marcas de tiza del forense. A la izquierda, la caja registradora abierta. Billetes de veinte y diez esparcidos por el mostrador, botellas rotas, todas en los estantes de abajo. Huellas de tacones donde el tendero había sido arrastrado para su ejecución. El encuadre a la derecha enmarcaba el estante derribado de latas de cerveza y más huellas de tacones, allí donde probablemente las otras dos víctimas se habían escondido del asesino. Entre las dos siluetas estaba el túnel del viento carmesí que llevaba a la trasera de la tienda, y tres cuerpos desplomados contra lo que había sido una cortina beige, arrancada del marco por el impacto de tres balas huecas, calibre 41, que atravesaron tres cavidades craneales. Imposible de calcular las trayectorias, no había salpicaduras. Un amasijo de trozos de huesos y masa encefálica había hecho de aquel lugar un matadero.

Lloyd se estiró para despertarse del todo, pensando: «Un sicópata. Entra en la tienda, saca un enorme revólver y exige el dinero; entonces oye o ve algo que llama su atención. Furioso, salta el mostrador y arrastra al propietario por el cabello hasta la puerta. La chica y el viejo se han delatado; derriba el refrigerador de cervezas y les hace ponerse frente a la cortina. Entonces hace tres dianas de tres cañonazos con un arma desajustada, de un retroceso brutal, dejando el dinero en el mostrador. Un volcán que tiene agua helada como combustible».

Lloyd se levantó y se desperezó. Viendo que se le quitaba todo vestigio de sueño, fue al servicio y quedó mirándose al espejo del lavabo mientras se enjuagaba con agua fría. No hizo caso a las risas de los policías madrugadores a su lado y se dio cuenta de que hablaban bajo por deferencia a su reputación y a su conocida aversión a los ruidos. Furioso con él mismo, definió a su asesino, con autosuficiencia policial, como «basura psicopática». «Líquídalo antes de que se le encienda la luz roja de nuevo.»

Había pasado las primeras treinta y seis horas de su investigación meditando y rebuscando en el ordenador. Tras ver la señal de «no aparcar» frente a la licorería, se dio cuenta de que el asesino o bien había ido a pie a la escena del crimen, o había dejado el coche entre los arbustos del arcén. Esta última teoría se vio recompensada;

ayudados con luces portátiles, los expertos encontraron huellas recientes de ruedas en la tierra, y rastros de pintura en las puntas de las ramas afiladas. Cuatro horas después, los Científicos de la Policía de Los Ángeles analizaron la pintura y los moldes de escayola de las ruedas; resultado: el coche era japonés, de modelo reciente; la pintura era usual en todas las fábricas de Japón. Las ruedas también eran de las corrientes en los coches japoneses. El Departamento de Información, tras revisar los coches robados y los partes de homicidio, comunicó que no había ningún coche japonés a nombre de ladrones o asesinos convictos o en libertad provisional, y que no había mención alguna de que coches de ese tipo hubiesen tomado parte en robos u homicidios en todo el año pasado. El Departamento de Vehículos a Motor (DMV) decepcionó con el dato de que había 311.819 vehículos japoneses amarillos, de modelos desde 1977 a 1984, registrados en el Condado de Los Ángeles, por lo que era prácticamente imposible investigar antecedentes entre sus propietarios. El parte de robos tampoco arrojaba luz alguna: ocho Toyota, Honda y Subaru habían sido sustraídos en los últimos ocho días, y todos ellos se habían recuperado. Lo del coche era un callejón sin salida.

Con lo cual sólo quedaba el arma.

Lloyd daba por descontado el informe de huellas dactilares, aun antes de conocerlo, las marcas, rayas, huellas parciales, y tal vez alguna completa, serían de la vecindad que frecuentaba la tienda. «Carta blanca a los tres policías que estudian los historiales de las tres víctimas»: la dactilomanía o el «matar tres para coger uno», en que sus superiores insistieron tanto, tenía tanta salida como el coche. Su instinto se lo decía, como le decía que los tres puntos claves del caso eran la sicosis del asesino, su sangre fría y el arma.

Balística y autopsias dieron informes prolijos y llenos de cosas curiosas. Henry McGuire, Wallace Chamales y Susan Wischer fueron asesinados con un revólver 41 desde cuatro o cinco metros, que les alcanzó justo entre los ojos. El asesino era tirador de primera; el revólver, una pieza de museo; los 41 eran anteriores a la época del Salvaje Oeste y dejaron de fabricarse antes de la Guerra Civil. Eran demasiado pesados, el disparo era impreciso, y muy propensos a fallar. La munición era aun peor; las balas, macizas o huecas, eran de efecto imprevisible, lo mismo podían dislocar el brazo del tirador que desparramarse como una perdigonada. El que disparó había dominado un arma antigua con munición antigua y ejerció su maestría bajo enorme tensión emocional.

Lloyd se fijó en su imagen del espejo y pensó qué haría ahora que había enviado circulares sobre armas robadas a todas las comisarías y visitado en persona a todo anticuario de las Páginas Amarillas. Ambas gestiones negativas; ningún 41, y mucho menos vendido. Y pasarían más de dos horas antes que empezasen a gotear las respuestas a los comunicados. Todo el papeleo estaba hecho; todos los hechos registrados. No cabía hacer más que esperar.

Y esperar era contrario a su naturaleza. Lloyd volvió a su rincón de la oficina y

contempló las paredes; las fotos de sus hijas formaban un arco alrededor de los diez hombres más buscados por los federales; un mapa de acerico de Los Ángeles marcaba dónde se habían cometido homicidios en Hollywood, la Central Sur y el Valle del Este. En el de la licorería, el paso siguiente era llamar a los colegas de Hollywood a ver si sus chivatos tenían algo que contar. Para estimular sus humores cerebrales cogió el expediente que Peltz le había dado, justo antes de las frenéticas treinta y seis horas. En la portada marrón estaba mecanografiado: *Herzog, Jacob Michael, 5/3/49* y, dentro, fotocopias, datos de los de Información, informes de pruebas de capacitación, certificados de menciones y memorias de sus jefes. Pensando en Herzog como hombre muerto y el expediente su epitafio, Lloyd acercó una silla y leyó cada palabra cinco veces.

Surgió un hombre singular. Jungle Jack Herzog, coeficiente intelectual de 137, dio a duras penas la talla y el peso mínimos requeridos por el Cuerpo de Policía de Los Ángeles; había nacido en Beirut, Líbano. Dominaba tres idiomas de Oriente Medio y en la Universidad había protestado contra la guerra de Vietnam, antes de alistarse en la Guardia Aérea Nacional. Fue el doce de su promoción en la Academia, mereciendo menciones por estudios, tiro y forma física. Sus primeros cuatro años los pasó en la patrulla y en la Antivicio de Wilshire y obtuvo un sobresaliente en capacitación, mereciendo menciones de todos sus superiores, menos de un teniente de la brigada Antivicio, quien le castigó a volver al uniforme por negarse a un servicio en los lavabos públicos para atrapar a homosexuales en plena acción. El mismo teniente rectificó y pidió que Herzog adiestrase a sus hombres en vigilancia de estafas y prostitución, con especial insistencia en el uso de disfraces. Los cursos de Herzog tuvieron tanto éxito que alcanzó la categoría de asesor. Adiestró a policías de paisano de toda la ciudad. Siguió muy solicitado mientras cumplió tres y cuatro años de servicios en los distritos de Los Ángeles Oeste y Venice, respectivamente.

Jack era conocido por el Alquimista, en alusión a su facilidad para transformarse y pasar totalmente desapercibido en la calle. Además era valiente hasta la temeridad; resolvió dos casos de secuestro, el primero ofreciéndose al pistolero que se había adueñado de un bar que él estaba vigilando por infracciones a la ley del alcohol.

El pistolero tenía cogida a una joven prostituta, amenazando con un cuchillo su garganta, mientras el cómplice vaciaba la caja y cogía las carteras y bolsos de los clientes. Herzog, disfrazado de cojo borracho, retó al navajero con mofas para que soltara a la chica y le retuviera a él en su lugar, insultándole obscenamente y avanzando centímetro a centímetro mientras una gota de sangre manaba de la garganta de la mujer. Cuando llegó a medio metro de distancia, el delincuente empujó a la chica a un lado y agarró a Herzog, dando un grito cuando éste le asestó un codazo en la tráquea. Le dejó fuera de combate con un golpe de kárate y salió detrás del cómplice, a quien atrapó, tras perseguirle a pie por cuatro manzanas de casas.

La solución al segundo secuestro fue aún más temeraria. Un hombre, conocido por la policía por su consumo de «polvo de ángel», había atrapado a una niña y la

retenía a punta de pistola, mientras una multitud se agolpaba a su alrededor. Jack Herzog, de uniforme, se abrió paso entre la gente y avanzó hacia él. El tipo soltó a la niña y le disparó tres veces. Falló los tres disparos y Herzog le voló los sesos a quemarropa.

La fama de Herzog crecía en el Cuerpo; se multiplicaban las peticiones de los Antivicio y jefes de paisano. Entonces, el sargento Martin Bergen, el mejor amigo de Herzog, cometió un acto de cobardía tan singular como los de valentía de Herzog. Se formó un tribunal, y Herzog se volcó por su amigo hasta el final, pidiendo favores para salvar la carrera de su amigo, declarando a su favor como testigo personal en el juicio, desprestigiando la idea del valor de la policía de Los Ángeles desde su posición como héroe destacado. Martin Bergen fue expulsado del cuerpo y Herzog relegado a una oficina; un castigo tan ignominioso como el de Bergen. Ni siquiera un héroe podía plantar cara a los jefazos.

Lloyd dejó la carpeta cuando vio que una sombra oscurecía las hojas. Levantó la vista y se encontró con Artie Cramfield, del Departamento de Investigación Criminal.

—Hola, Lloyd. ¿Cómo va el rollo?

—Enrollado.

—Necesitas un buen afeitado.

—Lo sé.

—¿Alguna pista del caso de la licorería?

—No. Estoy esperando respuestas a requerimientos. ¿Has oído de un poli llamado Herzog?

—Claro. ¿Y quién no? Un tipo de cuerpo entero.

—¿Y has oído de un ex llamado Marty Bergen?

—¿Qué pasa? ¿Juegas a los acertijos? Todo el mundo conoce a ese cagado y el periódico de papel higiénico donde escribe. ¿Por qué?

—Herzog y Bergen eran amigos íntimos. Don Cojones y Don Mierda de Gallina. ¿Te gusta?

—No demasiado. Pareces irónico, Lloyd.

—Esperar me vuelve irónico. No dormir me vuelve irónico.

—¿Te vas a casa a dormir?

—No. Me voy a buscar a don Cojones.

Artie meneó la cabeza.

—Antes de marcharte, suelta alguna machada sobre el caso de la licorería.

Lloyd sonrió.

—¿Qué te parece ésta: «Su culo es el césped y yo soy la jodida segadora»?

—¡Me gusta! ¡Me gusta!

—Pensé que te gustaría.

Lloyd se fue en coche hasta el lugar que figuraba como la última dirección conocida de Herzog, una casa de veintidós viviendas en el valle de Las Colinas de Hollywood. El edificio de estuco rosa estaba embutido entre dos bloques comerciales

y en el vestíbulo había una galería de juegos de vídeo. El directorio indicaba que vivía en la 423. Lloyd subió cuatro tramos de escalera, miró a ambos lados del pasillo y abrió la cerradura con una tarjeta de crédito. Al cerrar la puerta tras él, por poco tropieza con un montón de cartas sin abrir que se extendía por el suelo.

Encendió la luz y se fijó en lo primero que vio, una vitrina de trofeos llena de copas y medallas. Había señales de haber quitado el polvo en todas las superficies de madera y cristal: el certificado de defunción. Registró rápidamente el resto del piso y vio que todas las superficies donde podía haber huellas se habían limpiado a fondo con detergente abrasivo. Era obra de un profesional concienzudo.

Lloyd ojeó los sobres del suelo. Ni cartas ni postales, sólo facturas o publicidad. Sus ojos recorrieron las paredes del salón y vio que era todo impersonal; nada de piezas de arte, tampoco el desorden masculino normal; mobiliario que estaría incluido en la renta del piso. Las copas y trofeos parecían prestados, y, en efecto, al leer los nombres y fechas de las placas vio que eran condecoraciones obtenidas por el padre de Herzog en el Líbano durante los años cuarenta por misiones de campaña.

La cocina parecía más vacía aún; platos y cubiertos colocados ordenadamente en el escurridor, nada de comida en la nevera ni en los estantes. Sólo el dormitorio aportaba vestigios humanos; un armario lleno de uniformes y una enorme cantidad de trajes y vestidos, atuendos de lo más variado, desde ropas de traperos y chaquetas de chulo de solapa estrecha hasta trajes de cuero de motorista delincuente. Junto a la cama unas estanterías altas llenas de libros. Lloyd ojeó los lomos; todos eran biografías con predominio de vidas de generales, conquistadores e iconoclastas religiosos; un estante completo lo ocupaban obras sobre Martín Lutero y Ricardo Corazón de León; otro lo estaba con libros de Pedro el Grande; bucaneros románticos, tiranos, visionarios chalados. Lloyd sintió una oleada de afecto por Jack Herzog.

Después de registrar el baño, Lloyd tomó el teléfono y llamó a Peltz, el Holandés, a la comisaría de Hollywood. Cuando éste estuvo al habla, le dijo:

—Estoy en el cubil de Herzog. Lo ha limpiado un profesional y puedes tachar a Herzog de entre los vivos, pero sin que se entere nadie, ¿de acuerdo?

—Conforme. ¿Estaba todo revuelto?

—No. Me parece que el asesino quiso ser precavido y mantener su culo a cubierto desde todos los ángulos. ¿Puedes hacerme unos pocos favores?

—Tú dirás.

—Cuando aparezcan los de Antivicio, sácale a Walt Perkins en qué bares estaba trabajando Herzog. Hazte con cualquier informe escrito por él. Voy a encargarme en persona de Marty Bergen y por la noche volveré aquí a preguntar a los vecinos. Te llamo a casa sobre las siete.

—Me parece muy bien.

—Ah, esto..., Holandés. Que los chicos saquen a sus soplonos todo lo que puedan sobre armas antiguas anómalas, o sobre cualquier mequetrefe conocido por su

violencia que últimamente se haya dedicado a armas raras. Aunque sea basura callejera, quiero estar al tanto.

—Sigues de caza, Lloyd.

—Ya lo sé. Te llamo a las siete.

Lloyd recorrió la vivienda vacua de Herzog. Cuando cerraba la puerta dijo:

—Pobre noble hijo de puta. ¿Por qué cojones te empeñaste en demostrarlo hasta ese punto?

Le llevó media hora llegar alas oficinas del *Big Orange Insider*, en Hollywood oeste. El calor, la bruma y la falta de sueño, todo junto, le producían tal martilleo en su cabeza que el asfalto bailaba ante sus ojos. Para combatirlo cerró las ventanas y puso la refrigeración a tope; tiritó cuando una fría descarga de adrenalina le sacudió. Dos casos nuevos, tres muertos y otro probable ;doce horas más sin dormir, como poco.

El *Big Orange Insider* ocupaba el bajo de un palacete pseudo art decó en San Vicente, a una manzana al sur del Sunset. Lloyd entró, pasando de largo por recepción, sabiendo que le habían tomado por policía y que alertaría con la entrada de un enemigo. Llegó a una gran sala repleta de mesas y sonrió cuando varios levantaban la cabeza de sus máquinas con ojos recelosos. Cuando éstos se volvieron hostiles, hizo una reverencia y les lanzó un beso. Empezaba a estar a gusto al ver que dos mujeres respondían a su saludo. Entonces le cogieron por la manga, se volvió y vio a un joven alto junto a él.

—¿Quién te dejó entrar aquí?

—Nadie.

—¿Eres policía?

—Soy un desertor. He dejado la policía y busco asilo en la contracultura del cuarto poder. Quiero publicar mis memorias. Llévame hasta el negro más listo que tengas.

—Tienes treinta segundos para abandonar el local.

Lloyd dio un paso hacia el joven. Éste dio dos pasos atrás. Al ver miedo en sus ojos, Lloyd dijo:

—Mierda. Sargento Detective Hopkins, de la Policía de Los Ángeles. Vengo a hablar con Marty Bergen; dile que es sobre Jack Herzog. Esperaré fuera.

Volvió al vestíbulo. La recepcionista le miró, inexpresiva, por lo que se dedicó a estudiar las ampliaciones enmarcadas de caricaturas y chistes del periódico que adornaban las paredes. Ataques groseros a la policía de Los Ángeles y al sheriff. Policías de caras porcinas envueltos en banderas americanas y con tridentes en las manos atacando a borrachos dormidos. Dos tipos del Ku Klux Klan tenían al jefe Gates colgado por hilos de marioneta. Polis con cara de lobo guiaban un rebaño de putas negras a un furgón, mientras el chófer se emborrachaba y decía: «Y luego dicen que ser policía no es apasionante. Espero que estos guayabos lleven pasta, ¡la letra de mi coche está vencida!»

—Reconozco que es algo exagerado.

Lloyd se volvió al que decía eso, mirándole sin disimulo de arriba abajo; Martin Bergen medía más de uno ochenta, rubio, con un cuerpo que fue fornido y tendía ahora a obeso. Su cara rojiza se arrugaba con expresión de triste regocijo y sus ojos azul claro eran acuosos, pero directos. Su aliento olía a partes iguales de whisky y dentífrico.

—Tú debes saberlo bien. ¿Cuántos años estuviste en el Cuerpo?, ¿trece, catorce?

—Estuve dieciséis, Hopkins. ¿Cuántos llevas tú?

—Dieciocho y medio.

—¿Para entregar la placa a los veinte?

—No.

—Ya veo. ¿Qué era eso de Jack Herzog?

Lloyd se echó hacia atrás para ver la reacción de todo su cuerpo.

—Hace más de tres semanas que Herzog ha desaparecido. Han limpiado de huellas su apartamento. Trabajaba en la Central, en Personal, y de refuerzo en la Antivicio de Hollywood. Ni en Parker Center ni en la comisaría de Hollywood le ha visto nadie. ¿Qué puedes decir a esto?

Marty Bergen empezó a temblar. Su tez rojiza palideció; sus manos cogieron las perneras del pantalón. Retrocedió hasta la pared y dejó deslizar su cuerpo hasta sentarse en una silla de metal. La mujer le acercó un vaso de agua, dudó, y al ver que Lloyd meneaba la cabeza se refugió en el baño.

Lloyd se sentó junto a Bergen.

—¿Cuándo viste a Herzog por última vez?

La voz de Bergen era tranquila.

—Hará un mes. Seguíamos saliendo juntos. Jack no me censuró por lo que hice; sabía que éramos distintos. No me juzgaba mal.

—¿Cuál era su estado de ánimo?

—Tranquilo. No..., siempre había sido tranquilo antes, pero últimamente tenía cambios de humor, alegre ahora, triste después.

—¿De qué hablasteis?

—De chismes. Bobadas. De libros, sobre todo: de mi novela, la que estoy escribiendo.

—¿Hablabais de sus misiones actuales?

—Jamás hablábamos de trabajo policial.

—Me han descrito a Herzog como un solitario empedernido. ¿Es eso correcto?

—Sí.

—¿Puedes darme el nombre de algún amigo suyo?

—No.

—¿Mujeres?

—Tenía una amiguita a la que veía de vez en cuando. No sé cómo se llama.

Lloyd se acercó más a Bergen.

—¿Y enemigos? ¿Qué hay de compañeros del Departamento que le odien por cómo te apoyó? Conoces la mentalidad de jerarquía y orden tan bien como yo. Herzog ha debido de producir muchos resentimientos.

—El único resentimiento que provocó Herzog fue en mí. Era tan superior a mí en todo, tanto que siempre le apreciaba como le odiaba más que a nadie. Éramos así, tan distintos. Cuando hablamos al final, Jack dijo que iba a conseguir que me indultaran, pero yo eché a correr. Era culpable.

Bergen empezó a sollozar. Lloyd se levantó y se fue a la puerta, volviéndose para mirar a aquel escritorzuelo llorando bajo las caricaturas de lo que una vez había sido. Este pensamiento le hizo estremecer.

El viaje de vuelta al valle alivió su cansancio. Dentro de su caparazón de aire frío, dejó que su mente discurriera por imágenes de Herzog y Bergen, polis intelectuales, dos hombres que su instinto le decía que tenían tanto o más semejanzas que diferencias, éstas bien recalçadas por Bergen. Por el momento, el caso de la tienda de licores quedó relegado; cuando llegó a casa de Herzog sintió materializarse su segundo yo mental. Sonrió, viendo que tendría arrestos para una larga cacería.

Los vecinos de Herzog empezaron a regresar de su trabajo a las cinco y tres minutos. Sin bajar del coche observó a los primeros; eran hombres y mujeres de la cansada clase media baja, como todos los que vivían en aquella parte del valle. Lo ideal para el truco de los seguros. Sacó de la guantera un paquete de tarjetas amañadas y probó su mejor sonrisa de simpático agente de seguros, listo para una investigación que le diría hasta qué punto Herzog era un solitario.

Tres horas después, tras varias docenas de entrevistas improvisadas, Lloyd vio que Herzog pasaba de ser un solitario a una mera cifra. Ninguno de ellos recordaba ni siquiera haber visto al vecino del 423, creyendo que estaba vacío por algún motivo. La sinceridad de sus relatos fue como una patada en los dientes; y para remate, el casero estaba de viaje por una semana. Un punto clave en la investigación que se iba al diablo.

Se fue a una cabina y llamó al Holandés Peltz. Respondió a la primera.

—Aquí Peltz.

—¿Quién llama?

—¿Te ha dicho alguien que hablas como un polizante?

El Holandés se echó a reír.

—Sí. Tú. ¿Tienes un boli?

—Dispara.

—Herzog estaba trabajando en dos bares de solteros, el Avenida Uno Oeste y el Jackie D's, ambos en Las Colinas, en la parte norte del Bulevar. Iba en busca de *barmans* que aceptan sobornos por admitir a menores y prostitutas y dejar para ellas un cuartito trasero; teníamos muchas quejas. Trabajó en eso durante mes y medio, sin darse a conocer, llamando siempre a los de narco o a la patrulla, cuando había algo concreto. Por él se obtuvieron seis detenciones por coca y nueve de prostitución. A

los dos bares se les ha retirado la licencia de bebidas alcohólicas.

Lloyd dejó escapar un silbido.

—¿Y qué hay de los informes que presentó?

—Nada de informes, Lloyd. Órdenes de Walt Perkins. Fueron los mismos agentes que les arrestaron los que presentaron las denuncias. Walt no quería comprometer a Jack.

—Mierda. Hay que tachar la venganza como móvil.

—Sí. Al menos en las últimas detenciones. ¿Cómo te fue con Bergen?

—Nada. Hace un mes que no ve a Herzog. Dice que últimamente estaba raro, preocupado. Encajó muy mal la noticia. Eran las dos y ya estaba borracho. Pobre cabrón.

—Tenemos que presentar denuncia por desaparición, Lloyd.

—Lo sé. Si se mete Asuntos Internos, a ti y a Walt Perkins os va a caer un buena por no haberlo hecho antes y otra más gorda por tener a Herzog trabajando bajo cuerda.

—Tú podrías seguir con el caso, si va a Robos y Homicidios.

—No darán con el fiambre nunca. Es obra de un profesional. Asuntos Internos lo llevará sin ruido y luego carpetazo. Dame dos días más antes de llamarlos, ¿vale?

—Vale.

—¿Qué has sacado a tus esbirros sobre lo de la licorería?

—Nada todavía. Todos los agentes tienen un informe. Aún es pronto para resultados. Y con Herzog, ¿cuál es tu paso siguiente?

—Danza de bares, disfrutar de mi vida de soltero.

—Que te lo pases bien.

Lloyd se echó a reír.

—Que te jodan —y colgó.

Bombardeado por música discotequera, Lloyd se abrió un hueco en la barra del Avenida Uno Oeste. Enseñando su tarjeta de agente de seguros y la foto de archivo de Jack Herzog a tres *barmans*, cinco camareras y dos docenas de solteros, recibió respuestas al parecer negativas, pues sólo hubo miradas hostiles y meneo de cabeza de tipos que le calaron como bofia y de chicas a las que no les gustaba su pinta. Lloyd se marchó furioso meneando su cabeza mientras continuó su tarea.

En el Jackie D's, tres puertas más allá, había tan pocos clientes que los contó cuando se acomodaba en la barra; una pareja, en la pista, bailaba un rollo lento y dos bailarines mayorcitos llenando de monedas la máquina de discos. El barman puso ante él un mantel y le explicó el porqué de aquel desastre.

—Es el dos por uno de Avenida Uno Oeste. Todos los martes me hunden. Avenida Uno puede permitírselo, yo no. Mantengo los precios al coste para hacer clientes, pero, con todo, me abrasan. ¿No hay ninguna compasión en este mundo?

—Ninguna —dijo Lloyd.

—Sólo quería que alguien lo confirmase. ¿Qué va a tomar?

Lloyd puso un billete de dólar en la barra.

—Ginger ale.

El barman resopló, enfadado.

—¿Ve a lo que me refiero? ¡No hay compasión!

Lloyd sacó la foto de Jack Herzog.

—¿Ha visto a este hombre?

El barman examinó la foto, luego llenó el vaso de Lloyd y asintió:

—Sí. Venía mucho por aquí.

A Lloyd se le erizó la piel.

—¿Cuándo?

—Hace tiempo. Un mes, seis semanas, quizá dos meses, justo antes de que esos cabrones antivicio me denunciaran. ¿Usted es poli?

—Sí.

—¿De Antivicio de Hollywood?

—De Homicidios y Robos. Hábleme del hombre de la foto.

—¿Y qué le puedo decir? Venía, bebía, daba buena propina y no andaba con las niñas.

—¿No habló nunca con él?

—Pues no.

—¿Vino o salió de aquí con alguien alguna vez?

El hombre arrugó la cara pensándolo bien.

—Sí. Tenía un amigo. Un tipo de pelo rojizo, de estatura media, de treinta y pocos años.

—¿Se solían citar aquí?

—No podría decírselo.

Lloyd se acercó al teléfono que había junto a los servicios y llamó a la comisaría de Hollywood; preguntó por el teniente Perkins. Cuando éste se puso al habla, Lloyd le dijo:

—Walt, soy Lloyd Hopkins. Tengo una pregunta que hacer.

—Dispara.

—¿Herzog trabajaba en solitario en las misiones de bares?

Se produjo un largo silencio. Al fin, Perkins habló.

—No estoy muy seguro, Lloyd. Creo que a veces sí y a veces no. Siempre he dado carta blanca a Jack. Podía arreglarse a su gusto con cualquier miembro de la brigada. ¿Quieres que pregunte mañana al pasar lista?

—Sí. ¿Y qué hay de un hombre de pelo rojizo, estatura media y unos treinta años? Tal vez haya trabajado con Herzog.

—Media brigada encaja en esa descripción, Lloyd.

Hubo otra pausa. Lloyd dijo:

—Está muerto. Te llamaré —y colgó.

El barman levantó la cabeza cuando abandonó el local.

—¡No hay compasión! —exclamó.

Abrumado por la falta de sueño y por tener cada vez menos pistas, Lloyd volvió a Parker Center, en el casco urbano, con la esperanza de convencer al policía de guardia, en Registros de Personal. Al ver al hombre del mostrador dormitando en la silla y con una novela de ciencia ficción en su regazo, supo que estaba hecho.

—¡Disculpe, oficial!

El vigilante se despertó con un respingo y miró la placa de Lloyd.

—Hopkins, Robos y Homicidios. Jack Herzog dejó unos datos para mí en su mesa. ¿Puede indicarme cuál es?

El vigilante bostezó y apuntó a una hilera de particiones con paneles transparentes.

—Herzog está en el turno de día, y no sé exactamente cuál es su mesa. Pero vaya usted mismo, sargento; los nombres están escritos en la puerta.

Lloyd entró en el laberinto de divisiones, viendo con alivio que el de Herzog estaba fuera de la vista del vigilante. La puerta no estaba con llave y empezó a mirar en los cajones; sintió otro sitio impersonal al ver lápices, blocs, formularios en blanco. Un cajón, dos, tres cajones. Herzog, el cero a la izquierda. Lloyd levantó el brazo para golpear la mesa cuando se fijó en unos papeles que asomaban bajo la alfombra, junto a la pared. Se inclinó, los cogió y se quedó frío al ver impresos de petición de datos con el nombre del empleado, rango, fecha de nacimiento en la parte superior y la firma del solicitante abajo. Leyó con atención los cinco impresos; no conocía los nombres pero sí quién los pedía: el capitán Fiedrick T. Gaffaney, de Asuntos Internos. El converso tardó a la fe que se las hizo pasar moradas como teniente en Robos y Homicidios. Se fijó con más detalle; sintió que el frío le subía por el espinazo hasta el cerebro. Conocía muy bien la firma; aquéllas eran burdas falsificaciones.

Sacó el bloc y anotó los nombres. Teniente Duane W. Tucker, Wilshire; capitán Daniel X. Murray, Central; teniente John L. Rolando, Devonshire; capitán Steven A. Kaiser, West Valley; teniente Howard J. Christie, Rampart.

Se quedó mirando esos nombres. Tuvo una inspiración y metió otra vez la mano bajo la alfombra, sacando la última ficha; se quedó como muerto al leer su encabezamiento: Lloyd W. Hopkins, placa +1114, 27/2/42, sargento, Robos/Homicidios.

CAPÍTULO CINCO

Las fotos que sacó Goff en secreto no le habían preparado para la belleza de aquella mujer; los informes, tanto verbales como escritos, de Goff no se aproximaban ni con mucho a describir aquel halo de refinamiento que la envolvía. Una puta de mil pavos la noche, dentro de un vestido de otros seis mil. El doctor John Havilland se apoyó en el respaldo fingiendo quedarse sin habla. De momento, que ella lleve el mando, que crea que su encanto afecta a su profesionalidad. Como Linda Wilhite ni se inmutó ante su mudo homenaje, rompió aquel largo silencio previo.

—¿Podría decirme algo sobre usted misma, señorita Wilhite? ¿Acerca de las razones que la han impulsado a una terapia?

Linda recorrió el despacho con la mirada, acariciando los brazos de la silla. Paredes de roble reluciente, un Edward Hopper auténtico, sillas tapizadas en cachemira pura; nada de sofá.

—A usted le gustan las cosas buenas.

—También a usted. Lleva un vestido precioso.

—Gracias. ¿Para qué suelen venir a verle la mayoría?

—Porque quieren cambiar de vida.

—Desde luego. ¿Sabe usted cómo me gano la vida?

—Sí. Es una prostituta.

—¿Cómo lo supo exactamente?

—Llamó a mi despacho y concertó una entrevista sin pedir hablar personalmente conmigo, y no dijo quién le había aconsejado mi consulta. Cuando una mujer se pone en contacto de esa forma doy por supuesto que está en la vida. He ayudado a muchas prostitutas y he publicado monografías sobre mis investigaciones, sin violar el anonimato de mis pacientes. En jerga delictiva, yo soy «legal». No tengo recepcionista ni secretaria; no confío en esa clase de personas. Por todo esto, las mujeres de la vida confían en mí.

Linda hizo un gesto hacia su vestido y la tapicería.

—Este vestido es de mil trescientos dólares y los zapatos de seiscientos. Me gustan las cosas bellas, como a usted, y los dos ganamos mucho dinero. Pero yo para ganar mi dinero me estoy matando y tengo que parar.

Havilland se inclinó hacia adelante mientras iba asimilando las palabras de la mujer. Moduló su voz hasta lo más bajo posible y dijo:

—¿Está dispuesta a dejar tonterías sin importancia como vestidos de mil dólares por alcanzar su verdadera fuerza? ¿Está dispuesta a bucear en su pasado para saber por qué antepone sus deseos de lujo a su propia integridad? ¿Desea hundirse hasta llegar a cero para que yo le pueda llevar tan lejos como usted pueda llegar?

Linda vaciló ante la avalancha de preguntas. Dijo:

—Sí.

Havilland se levantó, se estiró y decidió actuar a fondo. Se volvió a sentar y le

explicó:

—Linda, mi terapia es un camino de dos direcciones. Lo que tú creas que debo conocer y lo que yo considero que debo saber pueden ser cosas distintas. Quisiera que esta sesión fuera sólo de preguntas y respuestas. Aventuraré algunas educadas conjeturas acerca de tu persona y me dirás hasta qué punto he acertado. Pretendo crear una especie de relación instintiva. ¿Me sigues?

Linda preguntó con voz temblorosa:

—¿Cómo de lejos está ese «tan lejos como yo pueda llegar»?

El doctor John Havilland echó atrás la cabeza y se rió.

—Mi conjetura educada es que tú puedes lanzar el balón hasta fuera del campo y hasta el pueblo de al lado.

Linda sonrió.

—Entonces, vamos a ello.

Havilland se levantó y se acercó a la ventana, contemplando el hormigero de coches y gente veintiséis pisos más abajo. Tosió mientras pulsaba la tecla oculta de la grabadora.

Volviendo a mirar a Linda, dijo:

—Tienes treinta y uno o treinta y dos, familia numerosa del norte, Michigan o Wisconsin. La mejor y más brillante de tus hermanos, ellos te adoran, ellas te envidian. Tus padres, nuevos ricos, no se sienten seguros; les aterra perder una posición ganada con tanto esfuerzo. Dejaste la universidad en el último curso y tuviste varios trabajos sueltos antes de que una serie de desengaños te llevase, poco a poco, a la vida. ¿En cuánto acerté?

Linda ya estaba meneando la cabeza.

—Tengo veintinueve, hija única, de Los Ángeles. Mis padres murieron cuando tenía diez. Viví adoptada en varios hogares hasta que terminé el bachiller. No fui a la universidad. Mis padres eran casi pobres. Me hice prostituta con plena conciencia, como ahora tengo plena conciencia de dejarlo. No me catalogue como un caso típico, por favor.

Se puso a pasear en círculos por el despacho, pasando su mirada de Linda a la alfombra persa que amortiguaba sus pasos.

—¿Acaso ser un caso típico es un crimen? No, no contestes, déjame seguir. Sientes placer cuando copulas con cierta clase de clientes, hombres mayores que tú, y te duele pensar que vayan con otras. Si das con un cliente atractivo dejas correr tu fantasía y luego te odias por tu debilidad. Desprecias a las putas que se creen terapeutas o algo así. El dilema clave es tu naturaleza conservadora, basada en la ética del trabajo, maleada por la certeza de que lo que haces es una mierda, antítesis de todos tus instintos morales y de decencia. Llevas años en esa controversia, intentando razonar, con libros de autotratamiento y con prácticas religiosas; pero ya no te sirven de consuelo y has acudido a mí. ¿*Touché*, señorita Wilhite?

El tono de voz del doctor había ido subiendo, como oleadas de unas verdades que

Linda veía que iban a seguir creciendo en trascendencia e intimidad sin que se rompiera su confianza en aquel hombre. Sus manos bailaban en el regazo, buscando algo suyo que tocar. Cuando se posaron en la seda verde las retiró con un gesto brusco.

—Sí. Sí. Sí. ¿Cómo puede saber esas cosas?

El doctor volvió a la silla y estiró las piernas, hasta casi tocar los zapatos de cocodrilo de Linda.

—Linda, soy el mejor que hay. Hablando en plata, soy una jodida obra de arte.

Ella se echó a reír hasta que sintió un rubor que le subía por la blusa.

—Tengo un amiguito que dice lo mismo de mí. Colecciona arte precolombino, o sea, que su opinión cuenta. ¿Y sabe lo más gracioso? Me llama jodida obra de arte y nunca me folla; sólo me saca fotos. ¿No es para mondar?

Havilland se echó a reír con ella, primero a carcajadas, luego más pausado. Cuando se calmó, preguntó:

—¿Y qué hace ese señor con tus fotografías?

—Las amplía, luego las enmarca y las cuelga en su alcoba.

—¿Y tú cómo te sientes con ello? ¿Venerada? ¿Adorada?

—Me..., me siento digna de belleza.

—¿Tus padres se percataron pronto de tu belleza? ¿Solían adularte por ella?

—Mi padre, sí.

—¿Te sacaban fotos tus padres?

Linda se estremeció ante la palabra «fotos».

—No —tartamudeó.

—Te has puesto pálida, Linda. ¿Por qué?

Linda volvió a estremecerse y respondió:

—¡Está ocurriendo todo tan deprisa! No pensaba contarle hoy porque aquello me parece muy remoto. Mi padre era un violento. Era estibador y solía boxear sin guantes en los muelles de San Pedro, por apuestas. Siempre apostaba fuerte por él mismo, ganara o perdiera; cuando ganaba, nos llenaba de regalos, y si perdía, se enfadaba y rompía todo. Casi siempre era mitad y mitad, triunfo, derrota, triunfo; nunca sabía lo que me esperaba.

»Entonces, yo tenía diez años, a papá le tocó una racha de perder siempre. Se puso peor y rompió a puñetazos todas las ventanas. Era invierno, sin un penique, sin calefacción y aquel terrible frío que entraba por las ventanas. Nunca olvidaré aquel día. Volvía de la escuela y vi a la policía delante de casa. Papá había tapado a mamá la cabeza con una almohada y le había disparado en la cara. Luego metió el cañón en su boca y disparó. Me mandaron a un hogar para huérfanos y dos días después la matrona me dijo que tenía que identificar los cadáveres. Me mostraron las fotos de la autopsia, papá y mamá con la cara deshecha. Lloré y lloré, pero no podía dejar de mirar aquellas fotos.

—¿Y después, Linda?

—Me fui a vivir con una pareja de ancianos que me trataban como a una princesa. Le birlé a la matrona aquellas fotos y me obligaba a mí misma a reírme y a disfrutar contemplándolas. Las fotos aquellas me liberaban de la vida asquerosa que sufría y era como mi venganza contra mis padres. Yo...

Havilland alzó la mano interrumpiéndola.

—Déjame que yo termine. ¿Tus padres adoptivos te cogieron cuando te burlabas de las fotos y te castigaron? ¿Y desde entonces nada fue igual con ellos?

—Sí.

El doctor volvió a pasear en círculos, tecleando suavemente la pared.

—Unas últimas preguntas y hemos terminado la sesión. ¿El hombre..., el cliente por el que te sientes atraída, es de tipo corpulento, educado e inteligente, pero con cierto grado de violencia?

—Sí —murmuró, asombrada, Linda.

El doctor sonrió.

—En la primera sesión, medalla de oro mundial. ¿Te viene bien pasado mañana, miércoles, para la segunda? ¿Digamos a las diez y media?

Linda Wilthite se incorporó, sorprendida de que sus piernas le pudieran sostener. Se alisó el vestido y asintió.

—Sí. Aquí estaré. Gracias.

Havilland la tomó por el brazo y la acompañó hasta la puerta de la antesala.

—Ha sido un placer.

Después de marcharse Linda, el doctor, con los datos de las pesquisas de Goff y los que él había sacado en la entrevista, apagó las luces y se dedicó a su juego de viajar por el tiempo.

Cuando Linda tenía dos años y vivía en San Pedro con sus pobres padres blancos, él tenía doce y entraba a escondidas en las casas de ricos de Bronxville y Scardale, en Nueva York, para deshechizar su alma de Noctámbulo contemplando en silencio viviendas ajenas, unas veces robando y otras no.

A los catorce, ella practicaba el sexo con estúpidos surfers de Huntington Beach, cuando él, con veinticuatro, se licenciaba con el número uno en la facultad de Medicina de Harvard. El legendario Doctor John el Viajero Nocturno, el genio en drogas y abortos, que extasiaba a sus profesores con digresiones sobre las teorías de Kinsey, Pomeroy y Havelock Ellis.

Cuando ella desarrollaba su exquisita belleza en una cadena de hogares adoptivos, llena de dudas con la muerte de sus padres y el sangriento legado de apostasía que le quedó, él...

La Máquina del Tiempo chirrió, se estremeció y se paró. Una puerta verde se abrió y dejó ver un hombre de uniforme gris junto a un Ford Victoria descapotable del 56 color salmón; estaba lleno de chicas vestidas de fiesta, y justo antes de estallar en llamas ellas se reían apuntándole con el dedo.

El Noctámbulo se acercó a la pared y encendió la luz en busca de seguridad. La

halló en los trofeos que contenía la vitrina; diplomas de Harvard y Nueva York, de los hospitales de San Vicente y Castleford; pergaminos que sencillamente decían que era el mejor. Las fechas le aclararon por qué rechinaba la máquina del tiempo. Linda era fuerte; había resistido a un cataclismo, como él. Esto exigía superponer ambas vidas desde el principio.

1956 Scardale, Nueva York. Johnny Havilland, de once años, conocido por «mimitos» y «mierdilla». Mamá que le da al jerez, la típica señora rica blanca que no ha dado golpe en la vida. Papá, con mucha pasta, cuyos disparos de escopeta han diezmado las alimañas de seis condados de Nueva York. Johnny odia la escuela; odia jugar al balón; le encanta soñar y oír música de su radio.

Su padre le considera un miedica y organiza un ritual para hacerle hombre; que dispare al viejo perdiguero canelo de casa. Johnny se niega y su padre le envía a un reformatorio regido por una secta de monjas fanáticas. Éstas le encierran en un sótano lleno de ratas, sin pan ni agua y con una pala para defenderse. Pasan dos días. Johnny se acurruca en un rincón, gritando hasta quedarse ronco mientras las ratas mordisquean sus piernas. Al tercer día, le vence el sueño y se despierta al ver una enorme rata que sale corriendo con un trozo de su labio. Johnny grita, coge la pala y mata a golpes a todas las ratas.

Al día siguiente papá le lleva a casa, atusándole el pelo y llamándole el ratonero de papá. Johnny se va derecho al armero, coge una escopeta del doce y se va al cercado, donde juegan cinco pointers de pelo corto y un labrador. Johnny se carga a los perros y se queda mirando a su padre; éste palidece y se desmaya. Pasan las semanas; su padre le rehúye, pero él sabe que su padre le ha obsequiado con un don máspreciado que su reciente hombría. Él ama a su padre y hará cualquier cosa por complacerle.

1957. *La Puerta Verde* de Jim Lowe escala los primeros puestos de venta de discos y llena a Johnny de portentos sobre secretos ocultos.

Medianoche, otra noche más sin dormir.

En vigilia hasta que llegue el día crujiendo.

Puerta Verde, ¿cuál es el secreto que guardas?

Johnny quiere saber el secreto para contárselo a su padre y hacer que le ame.

La búsqueda del secreto empieza trepando por un canalón hasta el sombrío desván de una casa vecina. Johnny encuentra unos coyotes de juguete con ruedas en las patas y unos maniqués de escaparate. Los maniqués tienen destrozados la cara y el sexo, los muñones pintados de rojo chorreante simulando heridas. Johnny roba un ojo de cristal de un coyote y lo deja en la mesa de su padre. Éste jamás menciona el hecho. Johnny nota que su padre le tiene terror.

Continúa la escalada de asaltos a viviendas; los amplios hogares de Westchester son sus maestros y amigos. La conquista del amor paterno se va disipando poco a poco, mientras llegan fugaces olas de pasión que él asocia con corredores y alcobas oscuros. Se abren de golpe, puerta verde tras puerta verde; junto a la penúltima está el hombre del uniforme y la última se abre al más negro de los vacíos.

La oscuridad se intensifica cada vez que la Máquina del Tiempo se avería, la aguja se para siempre en el dos de junio de 1957. El vacío abarca varios meses. El inexperto Johnny Havilland que entró en él es un novato comparado con el autosuficiente John que emergió...

El mismo fallo de memoria de siempre, pensó el Noctámbulo. Su padre estaba cuando entró en él y ya no estaba cuando volvió a tener conciencia continuada de los hechos. Sacó las fotos tomadas por Goff y las extendió en la mesa como una baraja. Linda cobró vida; su boca denotaba perplejidad. Quería saber por qué Él era tan grandioso.

Volvió a recoger las fotos, haciendo que Linda suplicase la respuesta. Sonrió. Se lo diría. Y sin necesidad de la Máquina del Tiempo.

1958. Papá hace meses que no aparece por casa; a mamá, en una niebla perpetua de jerez, no parece importarle. Seguían llegando los cheques cada dos meses, de un fondo de acciones libres de impuestos que el padre de su padre había adquirido hacía medio siglo. Era como si un guiñol gigante hubiese arrebatado aquel hombre a la eternidad, dejando sus bienes materiales como un cebo para que Johnny pudiera tener «cualquier cosa que deseara».

Johnny ansiaba más conocimiento. Lo ansiaba porque sabía que le daría dominio sobre el sufrimiento físico al cual todos, salvo él, estaban sujetos. El dolor por la desaparición de su padre se había transformado como por ensalmo en un cristal de una dirección. Podía mirar hacia afuera y verlo todo, pero nadie podía mirar hacia adentro y verle a él. Con esta invulnerabilidad, John Havilland buscó conocimiento.

Y lo halló.

En 1962 se graduó en el Instituto de Scardale con el número uno, aclamado por el director como «enciclopedia humana». Siguió la Universidad de Nueva York y otros honores académicos que culminaron con el título de medicina de Harvard, con matrícula de honor y una llave de oro Fi-Beta-Kappa.

En la facultad de Harvard, John Havilland pudo compaginar su deseo de conocimientos y de dominar los sentimientos humanos con el dominio real de las personas. Al igual que las incursiones en casas ajenas, de su temprana edad, empezó trepando canalones y entrando por ventanas. Antes cogía chucherías para congraciarse con su padre, y ahora preguntas y respuestas que le convertirían en el patriarca espiritual de innumerables almas sumisas.

La irrupción por una ventana le proporcionó grabaciones de entrevistas realizadas por Alfred Kinsey en 1946 y 1947. Los entrevistados se definían con frases escuetas; luego se les pedía que hablasen de ellos mismos. El cambio era sorprendente, todos

se creían con algún defecto físico. Las preguntas y respuestas eran uniformes, contenían asuntos mundanos, lujuria, culpabilidad y adulterio, cosas que el sistema de inmunidad de John Havilland había superado desde su temprana adolescencia.

Tras doscientas horas de escuchar las grabaciones, John sabía dos cosas: una, Kinsey era un interrogador astuto, un científico que creía que las confesiones valían por ellas mismas. Y dos, que esa confesión no era suficiente; Kinsey fracasó porque no hizo que los pacientes hablasen sin cortapisas de otras fantasías que no fueran follar y mamar. No consiguió que confesaran sus turbios deseos grandiosos, porque él no sentía ninguno. Los pacientes eran unos burros que no distinguen la mierda de la gloria. Kinsey aplicaba la ética freudiana: conocer las pautas de comportamiento para que el paciente tenga una visión objetiva y pueda arrinconar todas sus neurosis al montón de basura de cosas inútiles. Hacerle ver sus fantasías desbocadas y terrores para que vuelva a ser un encantador, feliz y aburrido ser humano.

Otras seiscientas horas largas de escucha le enseñaron dos cosas más: que justo cuando Kinsey le decía a un paciente, «Hábleme de sus fantasías», brotaba la verdad más profunda que yacía en los más recónditos laberintos de su mente detrás de una puerta verde. Y dos, que él, John Havilland, era capaz de hacer que determinadas personas (rigurosamente seleccionadas y con informes secretos sobre su vida), por medio de estímulos adecuados, rompieran esas puertas para perpetrar sus fantasías, más allá de los convencionalismos de moral y de conciencia. El mismo Havilland podría rebasar así su ya absoluto conocimiento de la estupidez humana y acceder a un nuevo reino de la noche, que aún no podía ni imaginar. La noche está para ser conquistada; sólo quien se halla por encima de sus leyes puede conseguir el botín y sobrevivir.

Ahora, con una misión clara a cumplir, tenía que encontrar los medios para su ejecución y movilizarlos. Era el año 1967. Una masa de estudiantes, urbanícolas y hippies inundaban de drogas y rock duro los patios de Harvard; todos con ganas de protestar por lo que sea, intentar lo que sea e ingerir lo que sea con tal de encontrarse a sí mismos, perderse o realizar alguna «experiencia trascendental». Se respiraba un ambiente de cambio social, produciendo una «explosión de conciencia», como la llamaban y predicaban unos fatuos idiotas, la mayor parte de los cuales no alcanzarían a ver cómo dos años después este movimiento se disolvía en su propia inconsistencia y daba paso a un furor reaccionario. John decidió ser un apóstol de esta cultura juvenil. La gente iría tras él. No tenía otra opción.

Ganó un sólido prestigio clandestino entre los estudiantes cuando realizó gratis dos abortos en su aséptico apartamento de Beacon Hill; su apodo, «doctor John el Noctámbulo», se hizo famoso con un disco lanzado en una fiesta de porro. Era una canción criolla que berreaba loas al sexo y a la droga, con dos saxofones, batería y piano eléctrico. Un profesor antropólogo, en plena juerga, le plantó la funda del disco en plena cara y gritó:

—¡Éste eres tú, tío! ¡Te llamas John y estás en Medicina! ¡Ponte ese nombre!

El mote perduró, ayudado por las actividades del joven doctor en la fabricación de LSD y anfetamina líquida. No era raro que algún estudiante fabricase droga; pero que un doctor la reparta sin restricción alguna, era una sensación. La gente empezó a frecuentar su apartamento, en posesión de su sabiduría. Él les daba lo que querían oír, el amasijo de ideas sobre contracultura que escupían sus héroes. Nunca vieron que les estaba captando, ni cuando les dijo que «sí» había restricciones.

Empezaron las experiencias. ¿Quieres «de verdad» saber quién eres?, preguntaba al futuro conejillo de indias. ¿«De verdad» quieres llegar a conocer la profundidad de tu potencial? ¿Te das cuenta que si investigo tus más secretas fantasías conseguirás este fin de semana mucho más que con el psicoanálisis en toda tu vida?

Iba preseleccionando entre los que se dejaban caer por su apartamento. Todos, hombres y mujeres, eran de un mismo tipo; estetas sin creatividad, niños de papá con inquietudes místicas, cuyos relatos de rebeliones descubrían siempre una fuerte dependencia de sus padres. ¿Un fin de semana para colaborar en la tesis doctoral de John? Por supuesto que sí.

Los fines de semana empezaban con hierba de primera clase y unos cuestionarios sexuales redactados en clave de humor. Más hierba y preguntas verbales; luego, el doctor les entretenía contando anécdotas sexuales fruto de su invención. Y cuando casi caían rendidos de tanta hierba y por la música, el doctor John les chutaba pentotal sódico y narraba cuentos de terror, para ver lo que respondían. Si respondían con alegría, pasaba a relatos más macabros, entremezclando historias de horror con la propia del sujeto, historias que iban desde asesinatos masivos familiares hasta fabulosos triunfos sexuales. Cuando el sujeto quedaba dormido, el Viajero Nocturno se dormía junto a él, disfrutando al sentir los cuerpos vestidos y casi tocando y compartiendo sus pesadillas.

El resto del fin de semana les daba dosis cada vez menores de pentotal complementado con imágenes visuales; transportaban al sujeto al punto de unión entre fantasía y realidad donde aún tenían algo de consciencia. Feroces antibelicistas se carcajeaban al ver niños abrasados con napalm; luego sentían remordimientos pasajeros y terminaban por reírse jubilosos ante la recién descubierta libertad. El doctor les enseñaba imágenes de sus bien amados padres rebajados en denigrantes actos con animales domésticos; los sujetos los adornaban con detalles sangrientos y bromas humorísticas. El psique desbordaba las puertas verdes, retrocedían hacia la normalidad y hacían que las revelaciones de fin de semana maceraran pacíficamente, a la espera del momento propicio, del catalizador propicio o simplemente a la espera de nada.

Tras cuatro meses de estos fines de semana, el doctor tuvo que suspender los experimentos. Se habían vuelto fastidiosamente monótonos; llegó a un punto en que podía predecir la reacción de sus pacientes con toda exactitud. Tenía que avanzar a saltos de gigante, pero sabía que aún estaba lejos de poder darlos.

Al graduarse como médico en Harvard, fue destinado como interno al Hospital de

San Vicente, en el Bronx, Nueva York, donde hacía turnos de doce horas atendiendo a familias de la asistencia social. Era una medicina aburrida y cada día estaba más impaciente; envió su historial a todos los hospitales del área de Nueva York cuya plantilla de siquiátras era escasa; para una plaza de siquiátra se requieren tres años de residente y quería dominar a sus instructores desde el primer día de su ingreso.

Envió dieciséis instancias y le admitieron en los dieciséis hospitales. Investigó durante tres meses y decidió el Hospital de Castleford, a una hora de Nueva York. Sueldo escaso, personal administrativo alcoholizado; la plantilla de siquiátria eran cuatro médicos ya mayores y una ATS adicta a los fármacos. Tenían contratos importantes con la Comisión de Justicia para Libertad Condicional, lo que suponía muchos convictos remitidos por los jueces. Haría su juego con la mayor suavidad y le darían carta blanca. El cuatro de marzo de 1971, el doctor John Havilland se trasladó a su nueva sede, junto a las oficinas centrales del Hospital de Castleford, en Nyack, Nueva York. Sabía que algo iba a suceder y tenía razón: después de seis meses de asesorar a seres aburridos del arroyo, encontró a Thomas Goff.

En su primera sesión Goff estuvo muy movido y ocurrente, a pesar de sufrir una fuerte jaqueca.

—Mi meta en esta vida es hacer excelentemente bien «nada». Mi fallo fue que me gustaba hacerlo con coches robados... Haré lo que sea con tal de no volver a la cárcel, desde la pesca submarina de algas hasta consolar a solteronas judías en Miami Beach. ¿Qué me recomienda, doc? ¿Hacer que me crezcan aletas o la fimosis? ¡Dios, estos dolores de cabeza me matan!

El instinto de Havilland le dijo que era una pieza que encajaba perfectamente y que empezase a actuar de inmediato. Siguió a su instinto y le inyectó en la vena una fuerte dosis de Demerol. Mientras estaba inmerso en una nube indolora por la droga le hizo preguntas y supo que tenía tendencia a atacar a los demás y que no hablaba nunca de ello porque era motivo para meterle en la cárcel. Había herido a mucha gente, pero fue compañero de celda del «hombre del bolso de basura» y desde entonces tenía aquellas horribles jaquecas, y ¿no era de color beige aquel estrafalario techo sicodélico? ¡Devuélveme mis dolores de cabeza!

Mientras estaba inconsciente del todo, Havilland iba leyendo la ficha. Thomas Lewis Goff, 19/6/49; cabello castaño rojizo, ojos azules: uno setenta y ocho, setenta y dos kilos; abandonó los estudios en bachiller superior; coeficiente intelectual 171. Robos de coches, ladrón y chulo. Sospechoso en tres intentos de violación con agravantes; sobreseídos los tres casos al negarse las mujeres a testificar. Culpable en primer grado de robo de coche, precedido de otros dos. Condenado a cinco años; enviado a Attica el 4/11/69; considerado preso modelo. En libertad provisional tras las últimas revueltas, después de que los siquiátras de la prisión diagnosticaron que se volvería neurótico si continuaba encarcelado. Jaquecas sicosomáticas y fobia a la luz diurna, que se iniciaron durante la revuelta, cuando estuvo encerrado en una celda de aislamiento junto con el llamado Paul Mandarano, un convicto de asesinato conocido

por «el asesino del bolso de basura». Mandarano se suicidó colgándose de los barrotes y Goff permaneció allí junto al cuerpo hasta que se sofocó la revuelta. «No presenta lesiones neurológicas; se le califica muy adecuado para la libertad condicionada.»

El destino había premiado al doctor John Havilland. Cuando Goff recobró el sentido, le dijo:

—Todo va a ir bien, Thomas. Te ruego que confíes en mí.

El Noctámbulo estudió con detalle las pesadillas de Goff, luego las adormeció con drogas y fantasías hasta que Goff ya no podía estar seguro de si Attica y el hombre del bolso de basura habían existido alguna vez. Bajo la acción del pentotal sódico y de la hipnosis para retroceder al pasado, el doctor le llevó hasta el comienzo del cambio traumático; se enteró que Paul Mandarano se había ahorcado con una bolsa de basura color beige y que un ventilador fuera de la celda agitaba constantemente los extremos sueltos de la bolsa contra los barrotes, lo que, combinado con los faros para la vigilancia que giraban regularmente, hacía que Goff pasase las noches en un horrible cambio de luces y sombras viendo acurrucado desde un rincón de la celda pasar la imagen del cadáver en descomposición de la luz cegadora a la negrura. Un simbolismo clásico: la luz aumentaba el terror, y la sombra hacía disminuirlo. Tras siete meses de tratamiento en una habitación fresca y en penumbra, el pánico de Goff a la luz del día se había reducido a magnitudes soportables.

—Siempre odiaré las ostras, doctor, pero a veces tendré que ver a otras personas cuando las comen. La luz del día es algo muy difícil de evitar, pero como dijo Nietzsche, «aquello que no me destruye, me hace más fuerte». ¿No es así, doc?

El Viajero Nocturno sentía estremecimientos de amor ante las palabras de Goff. Era normal que Goff le amara, pero la reacción recíproca le resultaba intolerable.

—Sí, Thomas, Nietzsche tenía razón. Y a medida que sigamos viajando juntos, te convencerás de ello más todavía.

Aquel viaje quedó interrumpido durante más de diez años.

Thomas Goff desapareció, se fue entre la neblina de lo que nunca sería más que un brebaje, mezcla de fantasía y realidad. El doctor lamentó la pérdida del que iba a ser su mano derecha y se concentró en la práctica de la siquiatria, en especial en el tratamiento a delincuentes y prostitutas de Castleford, y después, como médico particular en Los Ángeles. Investigó y archivó sus conocimientos, escribió y publicó varias monografías y se creó una fama de eminencia agresiva que crecía y crecía, mientras los planes de conquista seguían bullendo en su interior. Y entonces, un día, Thomas Goff llamó a su puerta, gimoteando.

—Mis dolores de cabeza han vuelto, doctor; son mucho peores que antes. ¿Podría ayudarme, por favor?

El destino le había vuelto a hacer un guiño.

—Sí —dijo John Havilland.

Se sucedieron una serie de scanners, electroencefalogramas, análisis de sangre y tratamientos intensivos. Cada prueba física o mental era un paso más hacia la meta de salida de la misión encomendada al Noctámbulo. Los últimos diez años de Goff habían sido fuera de serie; Havilland los describía así en su diario:

«Desde mis anteriores análisis del sujeto, éste ha seguido asumiendo las pautas clásicas de una conducta criminal. Es un claro ejemplo de la conducta sociopática-criminal que se describe en los textos, pero con una notable diferencia: su comportamiento criminal es de origen patológico, pero no actúa de forma patológica. Goff muestra gran adaptabilidad para sujetar sus impulsos violentos a niveles circunspectos a la hora de elegir sus víctimas, y siempre se detiene antes de infringir grandes daños personales o de matar. Durante diez años ha perpetrado numerosos robos nocturnos en la costa este y nunca le han detenido. Asaltó y violó a doscientas mujeres, experimentando en ello una liberación sexual «sin llegar a la mutilación criminal que caracterizó sus acciones antes de la terapia de 1971»; dado que Goff es un sicópata, en el estricto sentido de la palabra, esa moderación ‘y su orgullo por ella, ¡que atribuye a mi terapia anterior!’, es mucho más que extraordinaria; resulta casi increíble. Es evidente que cree a ciegas que yo le salvé la vida (por quitarle su horror a la luz diurna y porque amortigué sus recuerdos sobre el suicidio que presencié en Attica), y que, implícitamente yo le he enseñado una moderación que le ha dotado prácticamente de carta blanca para cometer crímenes. En efecto, Goff (¡con un coeficiente 171 de inteligencia!) dice que le he enseñado a pensar. Es evidente que este criminal busca conmigo una relación paterno-filial, y que sus ‘jaquecas’ son un ardid sicosomático para continuar juntos y cumplir unos objetivos que él intuye que yo tengo en proyecto. Su atracción hacia mí no es homosexual, ni directa ni encubierta: Goff simplemente me asocia, en un plano estímulos-sensaciones, con la paz, la calma y la realización de sus sueños.»

Tres semanas de cura intensiva con codeína y alucinógenos calmaron los dolores de cabeza de Goff; el Viajero Nocturno atacó a fondo y consiguió una victoria total.

—¿Sabes que yo te amo, Thomas?

—Sí.

—¿Sabes que yo estoy aquí para llevarte tan lejos como tú puedas llegar?

—Sí.

—¿Me vas ayudar a que yo ayude a otras personas como lo he hecho contigo?

—Sí. Sabe usted que le ayudaré.

—¿Me ayudarás a que yo consiga el conocimiento?

—Todo lo que usted diga, yo lo haré.

—¿Llegarías a matar por mí?

—Sí.

Aquella noche el doctor diseñó el cometido de Goff dentro de su misión: reclutar hombres y mujeres solitarios, buscadores ansiosos de espiritualidad, idealistas ricos sin familia y de carácter débil. Los habría a montones en los círculos de la

contracultura y en los bares nocturnos. Goff debía calibrar sus recelos, sacarlos de ellos y arrojarlos en brazos del doctor, con la más exquisita discreción y sin violencia. También haría trabajos de robo e información, entrar en casa de prostitutas pacientes del doctor y buscar en sus agendas direcciones de clientes acomodados: el objetivo eran hombres débiles y de relación monógama con sus fulanas.

—Sé cauto y sin prisas, Goff; este proceso durará toda una vida.

El primer año el proceso proporcionó tres solitarios. El doctor estaba satisfecho del progreso que conseguía en sus mentes, pero decepcionado por la falta de conocimiento puro que obtenía. Pasaron otros ocho meses; tres adeptos nuevos. El doctor depuró su técnica y rellenó muchas hojas con sus conocimientos, pero seguía en busca de datos puros, arcilla moldeable que pudiera tener entre sus manos, disfrutarla y luego engazarla en el tapiz humano que estaba tejiendo. La frustración le hacía dar furiosos puñetazos en su escritorio, escudriñando lagunas de su pasado que respondían a preguntas sin respuesta posible. Entonces ocurrieron dos sucesos y encontró la respuesta.

Los dolores de cabeza de Goff iban empeorando a pesar de la medicación. El doctor hizo una serie de análisis y su resultado mostró que el diagnóstico sicosomático anterior era falso. Tenía una leptomeningitis, una inflamación crónica del cerebro. Era la causa de sus jaquecas, y sin duda influyó en su conducta de los años anteriores. Por primera vez en su vida profesional el doctor se enfrentó a un dilema: se podía curar la enfermedad mediante cirugía y fármacos. Su peón de confianza sanaría y las cosas seguirían como antes. Era sabido que la leptomeningitis inducía a ataques homicidas aunque Thomas Goff, un violento sociópata, había reprimido su mal durante diez años sin dejarse dominar y traspasar la línea del asesinato a ciegas. Sin tratamiento, Goff enloquecería en poco tiempo y moriría de hemorragia cerebral. Pero si, con aplicación cuidadosa de antibióticos y calmantes, la enfermedad de Goff se activaba y desactivaba según sus impulsos de cada momento, tendría en sus manos su hombre terminal propio; ello le daría ocasión de estudiar una máquina humana totalmente desprovista de emociones, algo único en la historia de la psiquiatría. Y si fuera preciso Goff podía ser la máquina de matar perfecta.

El Noctámbulo decidió sacrificar a su ayudante ejecutivo y protegido ante el altar del conocimiento.

Y entonces apareció el Alquimista.

La enfermedad de Goff evolucionaba en una «convalecencia» de tres semanas cuando le habló al doctor de un poli de Antivicio al que había conocido: un artista del disfraz, que leía biografías de héroes y que se moría por someterse a alguien. Al principio Havilland se mostró receloso: después de todo, se trataba de un policía, pero después de siete sesiones de terapia para que el Alquimista traspasase la puerta verde, el Alquimista le dio la última pieza de rompecabezas que esperaba con ansia: palancas que le permitirían manipular a cientos de personas como a marionetas. Los seis expedientes que ofreció al doctor como homenaje a su carisma fueron el primer

paso: cuatro custodios de datos y dos policías legendarios. El Alquimista hizo su máximo esfuerzo en complacerle; en recompensa, le permitió atravesar la puerta verde mucho antes de su hora y él se quedó con los descubrimientos que ahora se desplegaban ante él.

Ahora el Alquimista se había ido. Sólo quedaba su legado de enormes conocimientos potenciales.

Volviendo al presente, el Noctámbulo dejó que su mente disfrutara con las carpetas que guardaba en la caja fuerte. Policías. Hombres que hacían de la violencia su modo de vida. Goff debía ser el intermediario, pero su fin se aproximaba, su enfermedad sería incontrolable dentro de poco. Su trabajo como adiestramiento empezaba a fallar, no seguía sus instrucciones de eficacia. Debía haber oteado la licorería buscando testigos y no haberse marchado hasta que el dueño quedase solo. Un asesinato era perfecto; tres, un peligro.

Havilland se acercó a la ventana y estudió el caminar del microcosmos de personas allí abajo, agitándose como animalitos en un laboratorio visto desde una mirilla de observación. Se preguntaba si llegarían a saber que él, a veces, los amaba.

CAPÍTULO SEIS

Setenta y dos horas del caso de la licorería. Más de dos mil horas investigando todas y cada una de las posibles pistas serias. Resultado: cero. Comprobaciones exhaustivas de los historiales de las víctimas; cero multiplicado por el silencio del factor azar, gente decente en un lugar erróneo y a la hora errónea. Seres queridos tentando a Dios por quién sabe qué motivos. Escarbar en hechos vulgares que no llevaban a ninguna parte.

El informe de huellas era un amasijo de círculos, rayaduras y manchas. Las marcas de tacones y restos de tejido eran todos de las víctimas. Los informes de los confidentes eran desquiciados y no encajaban con la idea que Lloyd se había hecho del asesino; un ser frío y astuto, sin deseo de hacerse famoso. Si las pesquisas de revólveres del 41 robados eran negativas, habría que preguntar por todo el país, y poner a un equipo de expertos en informática a investigar los más de trescientos mil coches japoneses, a cotejarlos uno a uno con todos los delincuentes convictos, con todos los sospechosos fichados, buscando algo en común. Si nada surgía y la búsqueda del arma no arrojaba luz, el caso moriría en el montón de asuntos pendientes.

Lloyd estaba en el despacho del Holandés, disfrutando la tranquilidad de una Comisaría secundaria al atardecer. Resopló; el tiempo trabajaba en su contra. Leyó los informes de Tráfico en toda la ciudad. La noche del 23 de Abril mandó parar a once coches japoneses amarillos, por diferentes infracciones: cuatro eran mujeres; cinco, negros marginados, dos sin antecedentes, los otros tres con delitos menores por droga o impago de la pensión de divorcio; los dos restantes eran blancos: un abogado por conducir ebrio y un chaval por hacerlo bajo narcóticos, tal vez cola, según el agente que le detuvo. Ninguna pista.

—¡Mierda!

Revolvió furioso el despacho; encontró lápices y papel impreso en el cajón de la mesa y dejó una nota:

Holandés, el tiempo se acaba. Hay atracos a montones en el centro y seguro que me endosan algún caso. Los informes de tráfico del 23 y de los chivatos, cero. ¿Puedes hacer esto?

1. Manda un grupo de polis de uniforme de casa en casa (un radio de seis manzanas de la licorería). Que pregunten:

A. Coches japoneses amarillos vistos (matrículas).

B. Vagabundos de los últimos tiempos.

C. Conversaciones que tuvieron los tres muertos (los tres eran del barrio).

¿Dijeron algo sospechoso?

D. Verificar los informes de los policías que fueron de casa en casa la noche del

crimen. ¿Quiénes no estaban en casa aquella noche?

E. Di a tu gente que Homi tiene consignación especial para este caso. Que cobrarán horas extras con el próximo libramiento.

2. Pide a Hollywood Oeste y a Tráfico datos sobre todos los coches amarillos de los últimos seis meses. Separa todos los partes de Tráfico desde ahora y comprueba los informes de Homi que hablen de lo mismo.

3. Asunto Herzog. Tengo una sensación extraña, aparte del hecho de que J.H. robara mi expediente. Antes de avisar a Asuntos Internos quiero tener algo sólido. ¿Has husmeado algo de los seis policías? ¿Siguen sin aparecer las carpetas? Voy a dormir unas noches en el cubil de J.H. (886-3317), a ver si pasa algo. Además, si los jefazos de Homi no dan conmigo, no me pueden encargar más casos.

Llamaron a la puerta y alguien tosió. Lloyd dejó la nota bajo el pisapapeles.

—¡Adelante!

Entró el teniente Walt Perkins, cerrando la puerta. Lloyd le vio algo nervioso y le preguntó:

—¿Me buscas a mí o al Holandés, Walt?

—A ti.

Lloyd le indicó una silla. Perkins no hizo caso.

—He hablado con la brigadilla. Herzog siempre iba solo. Muchos querían ir con él, por su fama, pero Herzog pasaba de todos. Decía de broma que el noventa y cinco por cien de los Antivicio eran alcohólicos. Era...

Perkins titubeaba. A Lloyd la excitación le hizo revivir: el hombre de pelo color arena «no» era policía.

Perkins seguía moviendo los pies, trazando ochos imaginarios en el suelo.

—Lloyd, no quiero que Asuntos Internos meta las narices en la brigada.

—¿Por qué? Lo más que te puede pasar es una bronca. Los jefazos de Vicio llevan años haciendo trabajar a Herzog bajo cuerda. Todo el mundo sabe eso.

—No es por ahí.

—¿Entonces qué es?

—Es por ti. Sé con todo detalle lo que te pasó el año último.

Me lo contó un segundo jefe. Te admiro por lo que hiciste, no es por ahí; es que me enteré que el Comité de Ascensos os tienen bloqueados al Holandés y a ti, y yo...

Lloyd vio que se oscurecía el borde de su campo visual. Tragó saliva para no elevar la voz.

—Y tú quieres que me sienta y me calle. ¡Con un policía hermano muerto!

Perkins negó con la cabeza y bajó la vista, suspiró:

—No. He pagado a un oficinista de Personal; Herzog figurará como vivo una semana más y luego dará parte. Entonces se abrirá una investigación.

Lloyd dio un puntapié a la papelera; una lluvia de papeles arrugados cayó en las

piernas de Perkins. Se acercó a la puerta y le miró a la cara.

—Los conversos de Asuntos Internos te tienen entre ceja y ceja, Hopkins; sobre todo Gaffaney. Eres un gran poli, pero te importan un huevo los demás y perjudicas a los que están contigo. Mira al Holandés, cómo está por tu culpa. ¿Me puedes censurar porque quiera taparme el culo?

Lloyd abrió las manos que había cerrado con toda su fuerza.

—Todo es un trueque. Tú eres administrativo, yo cazador. Tú eres un jefe apreciado, lo que significa que tu gente chulea a las putas para que se la mamen y arranca a los camellos la perica para esnifarla gratis por todo Hollywood. A mí no me aprecian tanto, se me ocurren ideas extrañas, que asustan. Pero yo me gano el sueldo y tú no; así que no me juzgues. Quítate de mi vista, no te vaya a perjudicar; voy a llevar este asunto hasta el fin.

Lloyd fingió ocuparse con los papeles que había en la mesa. En cuanto desvió la mirada, Perkins salió a toda prisa.

Una hora después, ya de noche, Lloyd se fue al Jackie D's. Estaba el mismo barman de hacía dos noches y el local lo mismo de vacío. El barman con la misma cara triste, extendió un mantel cuando Hopkins se acercó a la barra. Meneó la cabeza:

—No hay compasión en este mundo. Los que beben Ginger Ale vuelven siempre. No hay compasión.

—¿Qué pasa ahora?

—Un concurso de camisetas mojadas del bar de al lado. Primero compites con bebida gratis; luego, con tetas gratis. He oído que el dueño de ese garito va a organizar tías boxeando en el barro, tías afeitándose el coño, tías midiendo pollas. Hago la maleta y voy a algo seguro, como la heroína.

—¿No tiene también suspendida la licencia?

—Sí, pero es joven y le queda moral e imaginación para montar cosas. Ya sabes, rascacielos giratorios en forma de picha de cuarenta pisos de alto, o un garaje subterráneo en forma de un coño que, según entras, un rayo láser te dispara un orgasmo. En este mundo no hay compasión.

—Sí que la hay y aquí estoy yo para probarlo.

El hombre sirvió a Lloyd otra tónica.

—La bofia no trae compasión, sólo problemas.

Lloyd sacó un sobre del bolsillo.

—¿Recuerdas el tío por el que pregunté la otra noche? ¿El que dijiste venía por aquí con el otro, uno de pelo color arena, de treinta y pocos años?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien. Vamos a hacer un retrato de aquel tío. Tú vas a ser el artista; acércate a este lado.

Lloyd extendió en la barra las piezas.

—Es lo que se llama un retrato robot. Son partes de la cara que se acoplan según lo va diciendo el testigo. Se empieza por la frente y se sigue hacia abajo; por ejemplo,

de nariz hay más de treinta clases, y todo así. ¿Ves cómo se encajan las piezas?

El barman movió cejas, barbillas y bocas del montón y dijo:

—Sí; voy juntando partes hasta que se parecen al tío, ¿no?

—Correcto. Y luego, con un lápiz, doy los toques finales. ¿Lo has comprendido?

—¿Me crees gilipollas?

—Te creo un Goya.

—¿Quién es ese?

—Un barman que pinta cuadros en ratos libres.

Le llevó media hora de rebuscar, comparar, rechazar, volver a coger hasta que sacó una cara completa. Lloyd la miró y dijo:

—No está mal. Un tipo bien parecido, con un toque de rencor. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. Ahora que lo dice, tenía pinta de rencoroso.

—Vale. Ahora rellena lo que falta.

Sacó un lápiz y lo puso junto al retrato. El barman lo cogió, miró al retrato desde varios ángulos, sombreó las mejillas, ensanchó la nariz y puso en los labios un trazo fino de odio. Lo remató con una rúbrica con florituras.

—Ya está. Es el mismo cabrón en persona.

Lloyd lo acercó a la luz. Cara enjuta y enérgica. La boca delgada daba una frialdad helada a sus rasgos regulares. Sonrió y sintió que le tiraban de la manga.

—¿Dónde está la compasión de que hablabas?

Lloyd se guardó el boceto:

—Llama a Antivicio mañana, a las diez en punto. Te dirán que han retirado los cargos contra ti y que no tienes ninguna suspensión de licencia.

—¡Joder! ¿Tanto mandas?

—Sí.

—¡Compasión! ¡La compasión prevalece!

Mientras se dirigía por Cahuenga al domicilio de Herzog, pensaba: sólo prevalece la caza. «Rastrea todas las pistas hacia adelante y atrás en el tiempo y te encuentras igual que hace cuatro, ocho o dieciséis años: persiguiendo a seres diabólicos, demasiado perversos para ser llamados humanos y demasiado desgraciados para poder llamarse otra cosa. Encontrándolos o no, vigilando atento y asustado, impartiendo una justicia ambigua, rompiéndote los cuernos por unas doctrinas tan variables o fijas como tú quieras que sean.» La caza prevalece: prueba de ello es que se caza siempre en el mismo lugar. El Distrito de Los Ángeles, con miles de kilómetros de asfalto, neón, laderas con árboles y maleza, arterias retorciéndose y girando en redondo, producía migraciones humanas que siempre estallaban en sangre y destrucción del paisaje dejándolo a la vez alterado y permanente.

Lloyd miró afuera; sabía exactamente dónde estaba; quince años atrás trabajó para Antivicio en un bar, el Tropics de Ray Backer. Ya no existía; toda la manzana estaba demolida. El Tropics era ahora una lavandería de autoservicio, y la gasolinera Texaco de la esquina una iglesia coreana. Un pensamiento le asaltó: si la ciudad se

volvía irreconocible y los únicos símbolos de su permanencia eran las violencias sangrientas, ¿se estaba volviendo loco?

El vestíbulo de la casa estaba lleno de chavales jugando con máquinas de marcianitos. Lloyd pasó junto a ellos al ascensor y subió a la planta cuatro. El pasillo estaba desierto, con mucho ruido de música estéreo y televisión; se acercó a la 423 y escuchó, no oyó nada y forzó la puerta.

Accionó el interruptor: vio el mismo piso aséptico, con la única variante, desde su visita anterior, de más correspondencia, publicidad y cartas de la Compañía Eléctrica y de Telefónica con sendos ultimátum. Como el dormitorio y la cocina seguirían igual, Lloyd se sentó en el sofá a pensar con tranquilidad.

Su mente cavilaba; las incógnitas eran el 41 y los informes robados; sonó el teléfono. Lloyd descolgó y disimuló la voz:

—¡Diga!

—El Holandés, Lloyd.

—¡Mierda!

—¿Esperabas a alguien?

—En realidad, no. No me acordaba que te dejé el teléfono.

—¿Algo nuevo sobre Herzog?

—Un buen dibujo del que le acompañaba por bares. Nada más.

—Tengo algo sobre esas fichas desaparecidas. ¿Tienes lápiz?

Lloyd sacó un bolígrafo y el bloc espiral.

—Dispara.

—Bien. Uno, siguen sin aparecer. Dos, «nadie» del Cuerpo presentó esas peticiones. Tres, los seis policías gozan de mucho prestigio en el Depar...

Lloyd le interrumpió.

—¿Qué hay de común en todos ellos? Yo soy el único por debajo de teniente.

—A eso iba. De acuerdo, son seis fichas: uno eres tú, el mejor detective de Homi del Cuerpo. Dos, Johnny Rolando, ya le conoces; ha sido asesor en programas de TV. Ambos pertenecéis al grupo de policías legendarios. Y los cuatro restantes, Tucker, Murray, Christie y Kayser, no son más que jefes uniformados que trabajan duro y con más de veinte años de servicios. Lo que...

Lloyd volvió a interrumpir.

—¿No has sacado más que eso?

Peltz suspiró:

—Tú calla y escucha, ¿quieres? Los cuatro tienen algo en común: todos trabajan pluriempleados en fábricas como jefes de seguridad nocturnos. Ya conoces el truco, vigilantes mal pagados, gente en condicional, drogas con sustancias químicas a su alcance, que los empleados no roben mucho, y todo ese rollo.

Las ruedecitas empezaron a moverse en su cabeza.

—¿De dónde te vino el soplo?

—Un amigo del FBI. Las cuatro fábricas, Fibras de Vidrio Avonoco, Cosméticos

Júnior Miss, Automociones Jahnelka y Plásticos Surferdawn son lo que podríamos llamar empresas semiclandestinas. Guardianes rechazados del Cuerpo de Policía, archivos con trapos sucios de empleados, ya sabes, para atarles corto si esnifan y se van de la lengua. Archivos gordos en la gente de Avonoco. Construyen equipos de alta seguridad para la base Andrews de la Fuerza Aérea; pagan menos del salario mínimo a todos los que no sean directivos. ¿Te gusta?

—No lo sé. ¿Dónde está el truco? ¿Contratar a policías de verdad como figurones? ¿Tener a raya a los perros guardianes? ¿Intermediarios, si algún empleado resulta lastimado?

El Holandés bostezó:

—Básicamente, yo diría que sí.

—¿Algo de basura importante en los policías?

—En realidad, no. Johnny Rolando se tira a starlettes de televisión. Christie, el de Avonoco, tiene un historial de jugador vicioso y tratamientos siquiátricos. Te encanta endilgarles mierda a los jefes en vez de irte a tu casa a dormir. No es más que una muestra al azar de lo mejorcito de Los Ángeles.

Lloyd no sabía si reír o enfadarse. De repente sintió remordimientos y se vio obligado a decir:

—Me disculparé delante de Perkins.

—Está bien. Se lo debes. Me pongo a trabajar con la nota que me dejaste y te doy otras cuarenta y ocho horas con lo de Herzog. Después denunciaré su desaparición. El padre de Herzog es un viejo, Lloyd, se lo debemos.

—Sí. ¿De qué tiene miedo Perkins?

—De nada de la mierda que le has acusado. Su brigada antivicio es la más limpia de toda la ciudad.

—Entonces, ¿de qué?

—De ti. Un poli de cuarenta y dos años, sin nada que perder y terco como una muía, asusta a cualquiera. Hasta a mí me asustas a veces.

Lloyd sintió un fuerte remordimiento.

—Buenas noches, Holandés.

—Buenas noches, muchacho.

Lloyd colgó; pensó en nuevas facetas del caso. Pensaba en posible chantaje, pero sus ojos no se apartaban del teléfono. ¿Llamaría a San Francisco, a Janice y las niñas? ¿Le diría que la casa seguía casi como la dejó, que solo usaba la cocina y el cuartito para conservar el resto como prueba de lo que fue y podía volver a ser? Sus charlas telefónicas con Janice habían mejorado de tono, eran civilizadas. ¿Había llegado el momento de insistir para restaurar el pasado familiar?

La respuesta le vino de su trabajo. No. Los de Asuntos Internos de la desaparición de Herzog tomarían nota de las llamadas; el querido de Janice no aceptaría el cobro revertido de ésta. La realidad de ser policía le volvía a joder.

Se tumbó en el sofá y se entregó a una serie de conjeturas. Llevaba así media hora

pensando diversos tipos de chantaje cuando oyó llamar suave a la puerta y una voz de mujer.

—¿Jack? ¿Jack? ¿Estás ahí, Jack?

Lloyd se levantó y abrió la puerta. Una rubia alta apareció enmarcada a la luz del vestíbulo. Su mirada era vaga y su blusa y vaqueros de firma estaban arrugados. Alzó la vista hasta él.

—¿Eres Marty Bergen? ¿Está Jack?

Lloyd la invitó a pasar, estudiándola sin ocultarlo. Treinta escasos, rostro inteligente y enérgico. Cuerpo esbelto, tenso por algún motivo, con garbo. «Abórdala con suavidad», pensó.

Ella se paró junto al sofá.

—Me llamo Hopkins; soy policía. Jack Herzog hace un mes que falta. Lo estoy buscando.

La mujer dio un paso atrás consciente, sus zapatos tocaron el sofá y se sentó. Se llevó las manos a la cara, luego las bajó y se apretó los muslos. Sus dedos palidieron.

—¿Cómo se llama?

—Meg Barnes.

Su voz tranquila le invitaba a preguntar más.

—Voy a hacerle preguntas personales.

—Adelante.

—¿Cuando vio a Herzog la última vez?

—Hará cosa de un mes.

—¿Qué clase de relación tenían?

—Amigos, a veces amantes. El sexo iba y volvía; ninguno de los dos lo forzábamos. La última vez que le vi dijo que quería estar él solo una temporada. Le dije que al cabo de un mes volvería.

—Lo cual es esta noche.

—Sí.

—¿Habló con Herzog en ese mes?

—No.

—Las últimas veces que se vieron, ¿hubo sexo?

Meg vaciló y al fin dijo:

—No. ¿Pero qué tiene que ver eso con su desaparición?

—Herzog es un hombre excepcional, señorita Barnes. Todo lo que sé de él así lo indica. Quiero hacerme una idea de su estado de ánimo cuando desapareció.

—Yo se lo puedo contar. Jack estaba o radiante del todo o muy deprimido, era como un columpio. Casi sólo hablaba de cómo rehabilitar a Marty Bergen. Decía que iba a joder a los jetazos de LAPD por lo que hicieron.

—¿Por qué pensó que yo era Bergen?

—Porque Bergen y yo somos los únicos amigos de Jack, y usted es corpulento,

como Jack describía a Bergen.

Lloyd se quedó un rato ordenando sus ideas.

—¿Dijo Herzog de qué modo iba a rehabilitar a Bergen y joder a los peces gordos?

—No. Nunca.

—¿Podría darme casos concretos de su conducta eufórica o abatida?

Meg Barnes reflexionó la pregunta.

—Jack estaba o muy callado o se reía de cualquier cosa, fuese graciosa o no. Se reía de forma histérica de alguien o algo llamado doctor John el Noctámbulo. La última vez dijo que estaba muy asustado y que eso le sentaba bien.

Lloyd sacó el esquema robot.

—¿Ha visto a este hombre?

Meg lo negó con la cabeza.

—No.

—¿Le dicen algo los nombres de Howard Christie, John Rolando, Duane Tucker, Daniel Murray o Steven Kayser?

—No.

—¿Y Avonoco, Autos Jahnelka, Plásticos Surferdawn o Cosméticos Júnior Miss?

—No. ¿Qué son?

—No importa. ¿Y mi nombre, Lloyd Hopkins?

—¡No! ¿Por qué me pregunta esas cosas?

Lloyd no respondió. Se levantó y lanzó al suelo el cojín en que estuvo sentado y arrastró la mesa hasta la pared. Cuando dio la vuelta, Meg Barnes estaba mirándole fijamente.

—Jack ha muerto.

—Sí.

—¿Asesinado?

—Sí.

—¿Va a coger al que lo hizo?

Lloyd encogió los hombros con un escalofrío.

—Sí.

—¿Va a dormir aquí? —La resignación había sustituido al nerviosismo controlado de su voz.

—Sí.

—¿Le echó de casa su mujer?

—Algo por el estilo.

—Podría venir a casa conmigo.

—No puedo.

—No suelo decir eso a menudo.

—Ya lo sé.

Ella se levantó y caminó hacia la puerta. Lloyd vio sus pasos como una carrera

contra el llanto. Cuando su mano alcanzó la puerta, Lloyd le preguntó:

—¿Qué clase de hombre era Herzog?

Las palabras y las lágrimas de Meg Barnes salieron cálidas.

—Un hombre con miedo a ser vulnerable. Un hombre tierno que temía a su ternura, que la enmascaraba con su placa y su revólver. Un hombre amable.

La puerta se cerró de golpe cuando las lágrimas hicieron que las palabras sobraran. Lloyd apagó las luces y se quedó mirando por la ventana en la oscuridad enmarcada por neón.

CAPÍTULO SIETE

—Hábleme de sus sueños.

Linda Wilhite ponderó las palabras, pensando si el doctor se refería a despierta o dormida; decidió que a esto último. Cogió el borde arrugado de su falda Levi's y dijo:

—Casi nunca sueño.

Havilland acercó unos centímetros la silla y formó un triángulo con los dedos.

—Las personas que sueñan pocas veces viven fantasías muy activas. ¿Es éste su caso?

Linda frunció el ceño ante la pregunta. El doctor acercó los dedos hasta dos palmos de su cara.

—Por favor, respóndame, Linda.

Linda quiso apartar aquellos dedos de un manotazo, sólo para ver las manos en el regazo del doctor.

—No me atosigue tanto.

—Sé concreta. Piensa lo que vas a decir.

Linda exhaló lentamente las palabras.

—Casi no hemos empezado y ya está mandando. Tenía pensado varias cosas para comentar con usted, cosas que me han venido a la mente últimamente, y empieza a acosarme a preguntas. No me gusta esa conducta agresiva.

El doctor plegó el triángulo.

—Y, sin embargo, te atraen los hombres violentos.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver con ello?

—*Touché*, Linda. Pero antes que me disculpe, permítame que te explique. Me pagas ciento quince dólares por sesión, te lo puedes permitir porque ganas mucho dinero con algo que desprecias. Yo veo este tratamiento desde un punto de vista práctico: saber por qué eres una puta, y se acaba la terapia. En cuanto dejes de serlo no me necesitas, ni tienes dinero para pagarme; tú y yo seguiremos por caminos diferentes. Me interesa mucho tu dilema, Linda; por favor, perdona mis prisas.

El corazón de Linda se ablandó ante la disculpa de aquel hombre brillante. Balbució:

—Lo..., lo siento por ser tan brusca. Sé que está de mi lado y que sus métodos son muy buenos. Respondiendo a su pregunta, sí; tengo muchas fantasías en mi vida.

—¿Puedes darme más detalles?

—Hace unos años posé con ropa, y sin ella; las fotos fueron a acabar en un libro cursi de lujo para mesitas de salón. Un equipo espantoso de artistas maricas y técnicos; me colocaban frente a acondicionadores que me agitaban el pelo y me ponían carne de gallina, a estufas que me hacían sudar a chorros, y a moverme de aquí para allá como a una muñeca. Era como follarme a un tío de ciento veinte kilos y además borracho.

Havilland musitó:

—¿Y?

—Y empecé a pensar que asesinaba a aquellos maricones, y que alguien lo filmaba, y que luego alquilaba un teatro enorme y lo llenaba con chicas de la vida. Aplaudían la película y me aplaudían a mí como si fuera Fellini.

El doctor se echó a reír.

—No fué tan difícil, ¿verdad?

—No.

—¿Y es muy frecuente esa fantasía?

—Pues... no.

—¿Pero tienes variaciones sobre ese tema?

Linda sonrió:

—Debería haber sido policía. Le sacaría a la gente todo lo que usted quisiera. De acuerdo, tengo otras fantasías sobre cine, no hay que ser ningún genio para ver que son de la muerte de mis padres. Yo estoy tras la cámara. Un hombre mata a una mujer y luego se suicida. Yo lo filmo, es real e irreal. Quiero decir que lo que ocurre es real, pero que no están permanentemente muertos. Así es como interpreto esta fantasía. Lo que creo es que...

Havilland le interrumpió:

—Interpreta tu fantasía.

—¡Déjeme terminar! —cortó Linda; luego bajó la voz—. Iba a decir que de alguna forma eso conduce al amor. Esas personas, reales, irreales o lo que sean, mueren para que pueda comprender lo que supuso mi infancia jodida y machacada. Luego me encuentro con ese hombre grandón, violento. Un solitario, nada de mierda de hombre. Lleva una vida parecida a la mía, yo le hago ver la película y nos enamoramos. Fin de la fantasía. ¿No es empalagosa y horrible?

Linda miró fija al doctor, que había suavizado su expresión; sus ojos castaños parecían traslúcidos. Al no responder, ella se levantó y empezó a pasear junto a la pared llena de diplomas. En un impulso le preguntó:

—¿Donde está su familia, doctor?

—Se puede decir que no la tengo; mi padre desapareció en mi adolescencia y mi madre está en un sanatorio, en Nueva York.

Se volvió para mirarlo.

—Lo siento.

—No te disculpes; sólo cuenta lo que piensas en este mismo instante.

Linda soltó la risa.

—Pienso que me apetece un cigarrillo. Lo dejé hace ocho meses, uno de mis pequeños trucos de control, y ahora me muero por fumar uno.

Havilland se rió con ella.

—Cuéntame algo del hombre de tus amores.

Linda se paseó por la consulta, acariciando las paredes.

—En realidad, lo único que sé es que usa jerseys talla 44. Lo sé porque una vez

me tocó un tío bien hecho que tenía un cuerpo perfecto y era de esa talla; lo sé porque me fijé en la etiqueta cuando se vestía. Cuando empecé con esa fantasía recordaba su cara; luego hice para olvidarla porque interfería en mi fantasía. Llegué a ir una vez a una boutique y comprar por 200 dólares un jersey de cachemira de ese tamaño.

Linda se sentó y tamborileaba los brazos del sillón.

—¿Cree que es un cuento triste, doctor?

Havilland habló con voz suave.

—Creo que voy a disfrutar llevándote más allá del más allá.

—¿Qué es eso?

—Es sólo una expresión mía cuando valoro las posibilidades de mis pacientes. Ahora quiero una respuesta rápida a un caso supuesto. Entre mis pacientes hay un joven con instintos asesinos. ¿No sería terrible que encuentre a una mujer que desee morir y que haya alguien para filmar la escena?

Los brazos del sillón de Linda se agitaron. El despacho retumbó con su voz.

—¡Sí! ¿Pero por qué esa idea me afecta tanto?

Havilland se levantó, indicó el reloj.

—Después de cincuenta minutos, ya no salvo almas. ¿El lunes a la misma hora?

Linda le tomó la mano mientras iba a la puerta. Su voz bajó hasta un murmullo.

—Aquí estaré.

Havilland se fue en coche hasta su casa/santuario en Beverly Hills y entró en el sancta santórum, la única habitación de las seis que no estaba con estantes metálicos de suelo al techo llenos de textos psicológicos. El Noctámbulo pensó en sus tres guaridas como ruedas de exploración de su conocimiento, y él mismo como el eje. La consulta de Century City era su punto de iniciación; aquel santuario su lugar de estudio y contemplación; su casa de Malibú, el puesto de mando, desde donde enviaba a sus solitarios más allá de sus más allá.

Pero el centro de trabajo estaba allí, tras una puerta a la que quitó el barniz y pintó de un verde incongruente. Era el puesto de mando de la Máquina del Tiempo.

El centro de la sala tenía una silla giratoria y una mesa con teléfono, con visión de cuatro paredes repletas de datos.

En una pared un mapa de Los Ángeles. Sus solitarios estaban señalados con alfileres rojos; los azules, las cabinas adonde les llamaba (una precaución ideada por él). Los verdes, las casas donde tenían misiones que cumplir y una pegatina marcaba a Thomas Goff, siempre en movimiento buscando más solitarios.

Otras dos paredes tenían sondas de profundidad, para mostrar el vacío de su infancia. Como muescas de la sonda, los cuarenta principales de 1957, clavados a la pared con alfileres azules y rojos, y un estante con patines de ruedas que fueron de animales de juguete, mechones de cabellos castaños robados de la Biblia familiar y un trozo de alfombra manchado de sangre.

Claves.

La última pared tenía citas a máquina de los habitantes del vacío, ordenados siguiendo un cierto orden cronológico.

«Diciembre de 1957; Madre. ‘Tu padre era un monstruo, me alegro que se haya ido. Los administradores no nos han dicho nada, y me alegro. Prefiero no saberlo.’ (Situación actual: en un sanatorio en Yonkers, Nueva York, con alcoholismo senil agudo.)

»Marzo 1958; Frank Baxter (abogado del padre). ‘Sólo piensa en lo mejor, Johnny. Piensa que papá te quiere mucho, y por eso manda a mamá ese precioso dinero.’ (Situación: se suicidó en agosto de 1960.)

»Primavera 1958: ¿Imaginación? ¿Recuerdo del verano anterior? Policías preguntando a mi madre sobre el paradero de mi padre —serviles, obsequiosos ante el dinero—. (Situación: total indiferencia ante mis preguntas en la Comisaría de Scardale y del Condado en 1961 a 1968. ¿Sueño?)

»Junio 1958: Enfermera y médico del Instituto de Scardale (conversación escuchada): ‘Creo que el chico tiene un punto de afasia motriz. / ¡Bah, doctor! ¡El muchacho tiene un cerebro formidable, aprende lo que quiere! / Creo más en las radiografías que en su diagnóstico, enfermera Watkins’. (Situación: el doctor murió, la enfermera se fue, destino desconocido. Nota: los rayos X y otras pruebas en Harvard mostraron que no había lesiones de afasia.)»

Claves en las paredes. Ejes dentro de su propio eje y de los radios de todas las ruedas.

Havilland se balanceó en su silla, la impulsó con los pies, dio vueltas y más vueltas, hasta que el cuarto se volvió borroso y las cuatro paredes y sus claves se transformaron en una imagen de Linda Wilhite y de sus fantasías cinematográficas. Cerró los ojos y vio a Richard Oldfield desnudo frente a una cámara, mientras otros solitarios manejaban focos y equipos de sonido. La silla iba a salirse del tope cuando sonó el teléfono y congeló el momento. Respiró a fondo para alejar el ensueño; el Noctámbulo dejó que la silla se detuviese. Cuando estaba seguro que su voz sonaría pausada, descolgó y preguntó:

—¿Buenas noticias, Thomas?

La voz de Goff sonaba a la vez satisfecha y ronca por la tensión.

—Bingo en Júnior Miss. Ni siquiera tuve que hablar con el poli. Jugué con uno de sus esbirros como con un acordeón. Murray no se enterará de nada.

—¿Lo tienes?

—Esta noche. Sólo costará uno de los grandes y algo de coca farmacéutica.

—¿Dónde? Quiero saber la hora y el lugar exactos.

—¿Por qué? Me dijo que el asunto era mío.

—¡Díntelo, Thomas! —Al notar la rudeza de su voz, suavizó el tono—. Lo has hecho estupendamente. Claro que el asunto es tuyo. Sólo quiero imaginarme tu triunfo.

Goff permaneció en silencio. El doctor se lo imaginó como un niño orgulloso de su hazaña, temeroso de expresar gratitud ante alabanzas cursis. Finalmente, el niño obedeció a su padre.

—Esta noche a las diez y media. Al final del camino del Cañón Nichols, en el parque con bancos de merienda.

Havilland sonrió; echa una migaja al niño.

—Más que brillante. Perfecto. Iré a tu casa a las once. Lo celebraremos organizando la próxima reunión. Necesito tu información.

—Sí, doctor. —La voz de Goff estaba más allá del servilismo.

Havilland colgó dejando grabada la conversación; Linda había quedado en su mente un paso atrás, esperando.

A las nueve treinta, Havilland llevó el coche al Cañón Nichols y se escondió tras unos arbustos cercanos al parque. Se ocultaba y a la vez dominaba el lugar de la cita. Las luces, encendidas toda la noche para evitar citas de gays, alumbraban la escena; salvo que Goff y el guarda hablasen en susurros, oiría todo; era perfecto.

A las diez y diez, llegó el Toyota de Goff. Havilland vio a su ayudante salir y estirar las piernas y sacar el enorme revólver de su cinturón y hacía una maniobra de pistolero, apuntando en todas direcciones. Las luces dejaban ver una red de venas palpitantes en la frente, aviso de un ataque de lepto. El doctor casi oía el palpar del corazón y la respiración agitada.

Oyó el ruido de otro coche que llegaba; Goff guardó el revólver, cubriéndolo con la chaqueta. Un sudor frío le recorrió a Havilland por el cuerpo.

Apareció un Chevrolet gris, destartado; coleó al frenar. Salió un negro gordo con uniforme apretado, de pantalón caqui, camisa azul claro y un grueso cinturón. Hizo un alarde al cerrar la puerta de un solo golpe y al tragar de golpe un cuarto de botella de whisky. Havilland se estremeció ante el dicho favorito de Goff: «Vaciarle un cargador a un negro».

El negro avanzó despacio, ofreciendo la botella. Goff la rechazó con un gesto.

—¿Lo has traído?

Havilland aguzó la vista; las manos de Goff temblaban e involuntariamente rozaban el cinturón.

El negro soltó una risotada y dio otro trago.

—Si tienes el dinero, yo tengo el papeleo. Si traes la guita, te doy la..., ¡mierda! No rima nada con eso. Pareces nervioso, colega. ¿Qué, te has marcado bien de tu mercancía?

Goff dio un paso atrás; todo su lado izquierdo temblaba. Havilland vio cómo su pierna izquierda se torcía para salir disparada en un puntapié. El negro alzó los brazos calmándole, con miedo al verle los espasmos de la cara.

—Colega, se te altera la sesera. Te saco el material, me das la pasta y nos largamos despacito, ¿vale?

Goff logró encontrar su voz. Hablando despacio se bajaban los temblores.

—Derecho y tranquilo, Leroy; lo quieres despacito, pues vamos despacito.

—No me llamo Leroy. ¿Te enteras?

—Me entero, Amos. Ahora corta el rollo y saca el material. ¿Te enteras?

Los pulgares de Goff estaban en el cinturón. Sus manos se acercaban al revólver. Havilland vio que el negro se crispaba, luego sonreía.

—Por uno de los grandes y dos gramos de la buena, me puedes llamar todo, menos Sambo.

Volvió al coche y revolvió atrás, sacó dos cajas de cartón. Se acercó a Goff y los dejó en el suelo.

—Recién salidos de la fotocopia. Nadie lo sabe más que yo. Tu turno, jefe.

Goff metió una mano temblorosa en el chubasquero, sacó una bolsa de plástico, y la lanzó al suelo junto al coche del negro.

—Camina, Leroy. Cómprate un Cadillac y tíñete el pelo a cuenta mía.

El negro cogió la bolsa y la cerró en el puño, luego vació la botella y la lanzó al Toyota. Al dar contra el capó, saltó en pedazos. Goff se llevó la mano al cinturón, reprimió un grito y en un espasmo se llevó la mano hasta la boca, mordiéndola. Havilland ahogó su propio grito al ver que el negro alzaba las manos y retrocedía despacio hasta su coche, murmurando:

—No correré, derecho, no correré. Despaaacio, despaaacio.

Su espalda dio con la puerta y se metió al volante, levantó la ventanilla y arrancó marcha atrás. Al cesar la polvareda de su partida, Havilland vio a Goff llorando, apuntando con el revólver a la luna.

Una hora después de que Goff se marchara llorando, el doctor se fue al piso de su ayudante en Los Feliz. Miraba a la luna de reojo, distrayéndole de su atención a la carretera. Aparcó junto a la casa, comprobó el botiquín «de la verdad» de cuero negro: pentotal sódico en ampollas, diez centímetros cúbicos de morfina líquida y un juego de jeringuillas desechables. Aliviaría el dolor de Goff y evaluaría el alcance de su desliz.

Goff abrió la puerta al primer golpe. Estaba desnudo hasta la cintura y su torso todo sudado. Havilland entró y sintió el frío del aire acondicionado al máximo. Observó a Goff. Sus miembros estaban tensos, como para resistir un seísmo, y sus ojos amarillentos por la fiebre. Con un rápido cálculo y comparándolo con casos similares, concedió a su peón un mes de vida.

Cerró la puerta con el diagnóstico, le tomó por el brazo y le llevó al sofá. Las dos cajas estaban en el suelo, sin abrir. Goff sonrió entre temblores y apuntó a ellos.

—Vamos por buen camino, doctor John.

El doctor le devolvió la sonrisa y abrió el botiquín. Sacó una jeringuilla nueva y una ampolla de morfina, clavando la aguja en el tapón de goma y tomando una dosis suficiente para hacer efecto. Goff humedeció sus labios.

—Es el peor de todos los que he tenido. He leído algo sobre jaquecas. Al llegar a los treinta empeoran. Estoy asustado de verdad.

El doctor tomó una vena grande palpitante, detrás de la oreja izquierda. Hizo torniquete apoyando la palma en la clavícula de Goff; murmuró:

—Tranquilo, Thomas, tranquilo.

Insertó la aguja en la vena y apretó el émbolo. Salió un chorro de sangre al entrar la morfina. Las facciones de Goff se distendieron y Havilland sonrió y rectificó su diagnóstico. Una dosis pequeña aún le hacía efecto. Sesenta días.

Los brazos se volvieron lánguidos y las venas de la frente recobraron su aspecto normal. Havilland examinó a su paciente y estudió un plan de urgencia: si volvía el dolor a la media hora, le inyectaba dosis fuertes durante treinta días y correría el riesgo de encargarle una misión más de archivos; luego lo sacaba de Los Ángeles y él ejecutaba las misiones restantes. Si el dolor se mantenía bajo, le daba cuerda para dos meses y tal vez pudiese hacer otros dos encargos más. Jugaría con él a la verdad para explicarle el motivo del dolor. El problema estaba bajo control.

Goff se sumió en una nube de droga y agotamiento. El doctor paseó por la sala, desviando adrede su interés por las cajas. El techo estaba pintado de negro y las paredes de caqui militar. Su fobia a la luz había convertido un lugar agradable en una cámara de descompresión para la neurosis. Cada vez que venía allí, Havilland buscaba algún retazo de color, prueba de que por fin Goff había llegado a olvidar todo y a alcanzar una paz mental. Pero todo lo que se podía adquirir en negro estaba allí, desde alfombras a bisagras de armario.

Supervisó la cámara de descompresión como un posible lugar para la despedida. Sintió varias tonalidades oscuras, que le produjeron un vértigo agradable que le llevó a su niñez, a la noria del Bronx. La noria estaba a punto de atraparlo cuando un incoherente trozo rosa metió una barra entre sus ruedas.

Retornando al presente, Havilland vio que era un papel rosado en la mesita junto al dormitorio, cubierto en parte por un cenicero. Lo cogió y sintió que la habitación le daba vueltas: una comunicación de la Policía, una multa de tráfico de sesenta y cinco dólares; con recargos por no comparecer, el importe ascendía a 673,10 \$. Leyó las abreviaturas de su parte inferior: le habían multado por imprudencia peatonal.

La noria se paró en su punto más alto y cayó a plomo sobre una tierra de traición. Miró a Goff, que se agitaba en su sopor, frotando con sus hombros el sofá.

Sintió una oleada de rabia y odio al golpearle en el plexo solar; inhaló y exhaló a fondo para evitar su efecto hasta recobrar su calma profesional; cuando se sintió recuperado, extendió su equipo de la verdad en la mesita del salón, llenando una jeringuilla con morfina y otra con pentotal. Cuando la agitación de Goff se tornó violenta, le tapó las narices y contó despacio hasta diez. Goff se despertó sobresaltado. Havilland retiró la mano de la nariz y le agarró con ella la boca, apretando la cabeza contra la pared. Murmuró:

—Tranquilo, Thomas, tranquilo.

Tomó la jeringuilla y le pinchó primero en el brazo y después en el pectoral izquierdo; vio que Goff se calmaba al instante y le dijo:

—No me habías dicho que te arrestaron el mes pasado.

Goff sacudió la cabeza hasta que todo el cuerpo, hasta los pies, se agitó.

—No he estado en chirona desde Attica. Usted lo sabe, doc.

Era la ronca voz de un hombre aterrorizado contando toda la verdad.

Havilland sonrió y le susurró:

—Tu brazo izquierdo, Thomas.

Cuando éste obedeció, le inyectó 30 cc. en la vena más grande del codo. Goff jadeó y se rió tontamente. Havilland retiró la aguja y se recostó en el sofá; le dijo:

—Cuéntame lo de Cosméticos Júnior Miss.

Goff soltó una risotada y fijó su vista en la pared. Su voz era muy insegura.

—Ojeé a los guardas desde el aparcamiento del bar frente a la fábrica. Todo chusma, blancos y negros. Los negros con pinta de drogatas, y elegí a uno. Pregunté antes a los parroquianos, de forma casual. Le daba a la coca, aunque controlado, y hablaba poco. Me pareció de primera, le abordé con tacto y cerramos el trato ayer. Estuve con él hace dos horas; en esas cajas están las fichas.

Havilland sintió un chasquido, como si le metieran un cable de alta tensión en su cerebro. Goff estaba tan grave que era inmune a dosis masivas de hipnóticos. El tiempo se escapaba de su ayudante; le quedaban dos semanas, como mucho.

Thomas Goff continuaba con sus risotadas; agitaba sus manos. Havilland examinó la notificación. No citaban matrícula de coche. Estaba claro que le habían parado caminando por la calle, y al realizar un chequeo rutinario se encontraron con viejas multas impagadas. Agitó el papel frente a sus ojos. Goff no hizo caso a sus colores brillantes y se rió con más fuerza.

Havilland se incorporó y tomando impulso le arreó con la mano abierta un bofetón. Goff murmuró al recibirlo:

—Por favor, no.

Escondió la cabeza entre las manos y se acurrucó en el sofá, en una postura fetal.

El doctor se inclinó hacia él y posó una mano en su hombro.

—Necesitas descanso, Thomas. Las jaquecas están minando tu salud. Vamos a tomarnos juntos unas vacaciones. Voy a celebrar consulta sobre tus dolores y luego te trataré yo mismo. Quiero que te quedes en casa y descanses; me llamas dentro de cuarenta y ocho horas.

Goff se retorció para quedar frente al doctor; se quitó sangre de la nariz y gimió.

—Sí, pero ¿qué pasa con la siguiente reunión? íbamos a celebrarla, ¿lo recuerda?

—Habrás que retrasarla. Ahora lo importante son tus dolores de cabeza.

Los ojos de Goff se llenaron de lágrimas. El doctor sacó una ampolla de tetraciclina con morfina y preparó una inyección.

—Antibióticos; por si las jaquecas son víricas.

Goff asintió mientras el doctor encontró una vena en la muñeca y le inyectó. Las

lágrimas se desbordaron ante aquel acto de clemencia y antes que sacase la aguja ya estaba dormido.

El doctor cogió las dos cajas, se sorprendió de no pensar en la despiadada información que contenían. Al apagar la luz y cerrar la puerta, le vino a la mente un saco de dormir negro, que ganó en una rifa de la facultad, y unos perros estallando de sangre roja detrás de una verja de tela metálica.

CAPÍTULO OCHO

Lloyd se despertó en su covacha, y antes de despertarse del todo ya estaba haciendo cuentas; treinta y seis horas desde el ultimátum del Holandés y ninguna pista nueva: denunciar la desaparición de Herzog. Más de cien horas desde la masacre de la licorería y todas las pistas en punto muerto. Había que empezar con los trescientos mil coches amarillos y a escarbar entre ladrones a mano armada, estrujarles, amenazarles para sacar toda información posible; cien por ciento de trabajo sucio.

Lloyd se estiró y saltó de la cama plegable, se fue a la cocina y abrió la nevera, para que el frío le espabilara. Se le puso carne de gallina y echó mano a una caja de queso fresco medio vacía, comiendo con la cuchara que estaba pegada dentro. Casi atragantado por aquella pasta pegajosa contempló los tres huecos que se había adjudicado ante la ausencia de su familia; la covacha para dormir, pensar y estudiar; la cocina para sus platos de gastrónomo como queso o carne de lata; y el cuarto de baño para el aseo. Cuando empezó a hacer cuentas de cuántas horas hacía que faltaban Janice y las niñas, su calculadora mental se atascó: si empiezas a hacer números acabas loco y si sigues tratando de corregir las cuentas, harás alguna locura. Espera. Si llamas a tu mujer, verá que no has cambiado. Es el penoso juego de esperar.

Terminó el desayuno y se dio una ducha (caliente, helada, templada), se puso la camisa de la víspera y un traje de verano nada adecuado para la época del año, el único bien planchado. Se sentó en la mesa musitando «Ahora o nunca» y se puso a escribir.

28/4/84

A: Jefe de Detectives.

De: Sargento det. Lloyd Hopkins, Rob. y Hom.

Señor:

Hace cuatro días me llamó el capitán Arthur Peltz, jefe de la Comisaría de Hollywood. Me dijo que investigase la desaparición desde hace un mes de Jack Herzog, de la Sección de Personal de Central Parker, que colaboraba en ocasiones con la Brigadiíla Antivicio de Hollywood. Visité su domicilio (intacto) que había sido borrado por un profesional de toda huella digital. Pregunté al mejor amigo, al que fue sargento de LAPD, Martin Bergen, quien me dijo que no lo había visto desde hacía un mes y que estaba «raro» los últimos tiempos. Estuve con la amiga de Jack Herzog. Confirmó la larga ausencia y la «rareza» de Herzog. Creo que Herzog ha sido víctima de un homicidio bien planeado y que debe investigarse esta desaparición. Soy consciente de que debía haber informado antes, y mi única intención al no hacerlo era encontrar pruebas (circunstanciales) de su conducta. El capitán Peltz me ordenó que

informara inmediatamente, pero incumplí esa orden.

Respetuosamente, Lloyd Hopkins. +1114

Releyó sus propias palabras y quedó satisfecho de sacudirse de encima la cólera de los jefazos. Arrancó la hoja del bloc y la guardó en la chaqueta. Colocó el revólver y las esposas en el cinto y se fue a la puerta; con la mano en la cerradura, oyó el teléfono.

Esperó hasta diez timbrazos; sólo Penny aguantaba tanto.

—Habla, el níquel es tuyo.

Penny se echó a reír.

—¡No, ya no, papi! Ahora es mi dólar cuarenta.

—Perdona, me olvidé de la inflación. ¿Algún tanto, Pingüino?

—El rollo de siempre igual. ¿Y tú? ¿Alguna chavala?

—¡Penny Hopkins! ¡No puedo creer que digas eso!

—Claro que puedes. Ya salí de la cuna. Tú mismo lo dijiste; y no has contestado.

—Bueno, y la respuesta: no, ningún ligue.

La risa de Penny subió una octava.

—Vale. Mamá me leyó esa primera carta tuya, ¿sabes? Hablamos de ello la otra noche. Dijo que la carta era demasié, que tú eres excesivo. Y aunque confieses ser un cochino mujeriego, tu confesión es demasié. Pero la carta le impresionó.

—¿Roger sigue con vosotros?

—Sí. Mamá se acuesta con Roger, pero piensa en ti. Una de estas noches la voy a entrapar para que confiese que tú eres su gran amor. Te contaré palabra por palabra lo que diga.

—Quiero que volváis todas, Pingüi. —Notó que un trozo de su corazón se le iba flotando hacia San Francisco.

—Lo sé; yo quiero ir, y Anne también. Carol y Mamá desean quedarse. Empate.

—¿Están bien Anne y Caroline?

—Anne, enganchada con filosofía oriental y naturismo; Carol, colgada por el rockero chalado de aquí al lado, ese que colgó los libros. Un mierda.

—Lo normal en quinceañeras. —Se echó a reír—. A ver: John, el Viajero Solitario, ¿te suena?

—A prehistoria, papi. Años sesenta. Rock salvaje. Caroline tiene un disco de él: *Bad Boogaloo*.

—¿De veras?

—Claro, ¿por qué?

—Un caso que llevo. Con el Holandés. Tal vez no sea nada.

La voz de Penny se volvió suave y persuasiva.

—Papi, ¿cuándo me cuentas lo que pasó justo antes de la separación? No soy tonta, sé que te pegaron un tiro. Tío Peltz casi lo confesó a mamá.

Lloyd suspiró; la charla llegaba a lo de siempre.

—Espera dos años, nena. A los quince, cuando estés harta de vivir, te abriré mi corazón. Hoy sólo importa lo que debo a muchas personas.

—¿Qué les debes, papi?

—No lo sé, nena. Y eso es lo gordo.

—¿Cuando lo sepas me contarás?

—Serás la primera en saberlo. Te quiero, Pingüi.

—Yo también te quiero.

—Tengo que irme.

—También yo. Besos, besos, besos.

—Para ti.

—Adiós.

—Adiós.

Con aquel «¿Qué les debes, papi?» en su mente, bajó en coche hasta Central Parker. Le quemaba la carta en el bolsillo. Primero vería su correo y luego la dejaría a la secretaria del jefe. Subió en ascensor hasta el quinto, entró en su cuchitril y vio al instante la nota: «Hopkins, llama a Dentinger, Dept. R. H. ref; requis. armas».

Cogió el teléfono y marcó Beverly Hills, Robos y Homicidios.

—Detective Dentinger —pidió a la telefonista.

Oyó pasar la llamada y después una voz aburrída.

—Dentinger. Diga.

Lloyd fue directo y brusco.

—Sargento Hopkins, LAPD. ¿Qué tienes de la pesquisa del arma?

—Mierda —musitó muy bajo como para él mismo y dijo por el teléfono—: Un robo con escalo de hace doce días. Un revólver 41 entre la lista de robados. No te lo dijimos antes porque Robos piensa que es un truco, ya sabes, para el seguro. Dice que le robaron un montón, pero el caco entró por un ventanuco del sótano y no pudo sacar todo aquello por allí. Me han endilgado el paquete para ver si podemos empapelar al denunciante. Te doy la lis...

—¿Pero hubo robo?

—Te diré lo que creo —suspiró—. Sí, lo hubo. Robó cosas pequeñas, joyas, el arma y quizás alguna mierda que no denunció, como coca. Para mí que está enganchado y a modo. ¿Te lo cuento? El tío tiene esas antigüedades, en estuches de museo, con munición auténtica de la Guerra de Secesión y sólo denuncia una. No dudo que sea cierto, pero a cualquier tonto se le ocurre esconder la otra y decir al seguro que se llevaron las dos. ¿No tengo razón?

—Toda la razón. Dame datos de la víctima.

—Ahí van: Morris Epstein, cuarenta y cuatro años, calle Elevado ocho, uno-seis-siete; se titula agente literario, pero en realidad es el clásico pájaro nocturno ricachón de Hollywood. Ya sabes, vivir a todo tren de préstamos y mierda sin saber de dónde le va a caer el siguiente chollo. Personalmente, creo...

Lloyd no aguantó el final del rollo. Colgó de golpe y se precipitó al ascensor.

El 8.167 de Elevado era una casa del barrio residencial de Beverly Hills, estilo español y color salmón. Lloyd comprobó que el mote «ave nocturna ricachón» era adecuado; césped sin segar, setos sin recortar y un Mercedes marrón sin lavar.

Bajó del coche y llamó; le abrió un hombre menudo, de pelo rubio entrecano muy bien cortado; al ver a Lloyd, echó la cremallera del chándal y lo cerró hasta arriba.

—¿No eres de «Rueda tus propios Films»?

Lloyd sacó la placa y el carnet.

—Policía de Los Ángeles. ¿Morris Epstein?

El hombre reculó despacio; Lloyd le siguió.

—¿No está fuera de su territorio?

Lloyd cerró la puerta.

—Te lo voy a poner fácil, Epstein. Elay indicios de que el 41 que denunciaste como robado se ha empleado en un triple homicidio y quiero tu otro revólver para hacer comprobaciones. Colabora y diré a los de Beverly Hill que inflaste algo, pero sin mentir en tu declaración para el seguro, ¿comprendes?

Se quedó lívido. Se le formaron gotitas de saliva en la comisura de los labios. Muy furioso, alzó el brazo señalando la puerta y espetó:

—Salga de aquí o le demando por acosarme. Tengo amigos en la Universidad y puedes pasarlas canutas, pies planos.

Lloyd avanzó apartándole el brazo y entró en el salón art-decó con enormes espejos dorados y pósters de películas. En la mesita había una cuchilla y restos de polvo blanco. Junto a la chimenea un armario. Empezó a abrir cajones hasta dar con una bolsita llena. Se dio vuelta y vio a Epstein a su lado con el teléfono en la mano.

—No me asustas. Es un registro ilegal. Una llamada a Jerry Brown, somos uña y carne, y estás jodido, hijo de puta.

Lloyd le arrebató el aparato, arrancando el cable de la pared y lo dejó de golpe en la mesita. El cristal estalló en mil pedazos que saltaron hasta el techo. Epstein retrocedió hasta la pared balbuciendo.

—Mira, colega, podemos arreglar esto. Po...

—Pasó el tiempo de los arreglos. Trae el revólver. Ahora.

Epstein bajó la cremallera y se frotaba el pecho.

—Sigo diciendo que este registro y captura es ilegal.

—Es un registro legal con incautación coincidiendo con una pesquisa por fraude ¡El revólver, el estuche! ¡No toques el arma!

Se rindió; subió con rabia la cremallera y salió. Lloyd hizo un rápido registro en los restantes cajones, pensando si iría o no a Beverly Hills a comprobar la lista de lo robado. Dentinger había dicho que no encontraron huellas, pero tal vez Tráfico tuviera algo sobre coches japoneses amarillos o algo para activar su sesera.

Acabó con los cajones y miró la repisa de la chimenea. Oía los pasos de Epstein cuando se fijó en un jarrón con cerillas de anuncio. Sacó un puñado; eran de un bar de Avenida Uno Oeste, que vigilaba Jack Herzog.

—Tu revólver, pies planos.

Lloyd se volvió; Epstein traía un reluciente estuche de palorrosa. Se acercó y lo tomó. Abrió la tapa y vio un enorme revólver pavonado, con cachas de madreperla, en un nicho rojo de terciopelo. En huecos aparte, balas de punta blanda y forro de cobre. Sacó un bolígrafo y lo metió en el cañón para alzarlo. Grabados al ácido había unos números en el cañón: 9471.

—¿Satisfecho?

Lloyd bajó el cañón y cerró la tapa.

—Satisfecho. ¿De dónde los sacaste?

—Una ganga. Del productor de una serie sobre la guerra civil que yo monté el año pasado.

—¿Sabes el número de serie del otro arma?

—No, pero sé que tenían números correlativos. Oye, ¿creen de verdad los de Beverly Hills que mentí en la lista?

—Sí, pero les diré lo bien que has estado colaborando. He visto cerillas de Avenida Uno Oeste. ¿Paras mucho por allí?

—Sí, ¿por qué?

—¿Has visto allí a éste? —Sacó la foto de Jack Herzog.

—No.

—¿Y este otro? —Le mostró el retrato robot.

Epstein lo miró fijo y se quedó dudando.

—Tío, esto es la hostia de raro. Estuve esnifando una noche fuera del Bruno's Serendipity con un tío jodidamente parecido a ése. Era casi igualito.

Lloyd sintió que dos pistas separadas se transformaban en una sola de forma increíble.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—No, sólo esnifamos, luego nos separamos. Pero fue muy raro. Era un pesado que no hacía más que decir si yo tenía familia y que tenía que conocer a un tipo amigo suyo muy listo y formidable. ¿Qué te pasa, pies planos? Estás blanco.

Lloyd apretó la caja con fuerza. Sus nudillos crujieron.

—¿Le diste tu nombre?

—No. Le di una tarjeta.

—¿Le hablaste de tus armas?

—Pues... —tragó saliva—, sí.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace dos, quizá tres meses.

—¿Has vuelto a verle?

—No. Ya no recaló en Bruno's. Apesta.

—¿Le viste subir al coche?

—Sí, uno amarillo y pequeño.

—¿Marca y modelo?

—Extranjero. No sé más. Oye, ¿qué pasa aquí? Vienes aquí, me atizas, me rompes la mesa... —Se interrumpió al ver que el otro corría a la puerta—. ¡Oye, bofia, vuelve otro día! ¡Montaré una serie cojonuda sobre un cabrón como tú!

Con las luces del techo y la sirena a tope, Lloyd llegó al Central Parker en veinticinco minutos; un récord. Con la caja bajo el sobaco, subió volando los tres tramos hasta el piso de Huellas e Investigaciones. Siguió al mismo ritmo cruzando despachos hasta el de Artie Cranfield, quien dejó su Penthouse y le dijo:

—Macho, vaya agite que te traes.

Lloyd recobró algo su aliento:

—Un agite de cojones, y quiero unos favores. Aquí dentro hay un arma. ¿Puedes empezar a buscar huellas desde ya? Después de ello, será precisa una comprobación balística.

—¿El arma de un sospechoso de asesinato?

—No, pero es del número seguido del que creo que es el revólver de la licorería. La munición es de época, como la del otro, tal vez fundidas en una misma colada; las estrías pueden ser tan parecidas que podemos establecer...

—No podemos establecer conclusiones de ese tipo. Esas teorías no se sustentan en un tribunal.

—Artie, te juego veinte a uno a que esto se resuelve en las calles. Ahora ¿quieres espolvorear el culito del bebé para mí?

Artie tomó un lápiz y abrió con él la caja; metió otro por el cañón y apoyó su punta en la misma tapa quedando bien sujeto. A continuación sacó un frasco de polvos para huellas y los paseó con un pincel por todas las superficies de acero, madreperla y palorrosa. Al terminar, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Huellas muy suaves de guantes en la culata, y raspones en el cañón; por si acaso, he mirado la caja, huellas muy claras, probablemente tuyas y de guantes. Abrieron la caja con mucho cuidado. Te enfrentas a un profesional, Lloyd.

Lloyd meneó su cabeza.

—En realidad sabía que no íbamos a sacar nada. Se llevó el otro, pero creí que habría tocado también éste.

—Y lo hizo; con guantes quirúrgicos. —Artie se echó a reír.

—Que te jodan. Vamos a bajar este monstruo a los tanques a ver cómo escupe.

Artie abrió la marcha por el laboratorio hasta un pequeño local donde unos depósitos enterrados estaban dispuestos con agua y capas de algodón, alternadas. Lloyd metió tres balas en el tambor del 41 y disparó a la lámina de agua de arriba. Se oyó un eco amortiguado; Artie abrió la trampilla de la primera zona de algodón y

sacó las tres balas.

—¡Perfecto! Hay un microscopio en mi despacho. Pide las tres balas del crimen y vamos a compararlas.

Lloyd firmó un recibo por las balas extraídas a los muertos y las llevó al despacho de Artie en una bolsa de las de pruebas. Éste las colocó en el portaobjetos izquierdo de un potente binocular y en el izquierdo las otras tres recién disparadas. Más de media hora las estuvo estudiando, una a una, en grupos, todas juntas. Al fin se levantó, se frotó las manos y explicó sus conclusiones.

—Salvando el hecho de que las primeras están aplastadas al chocar contra cráneos y las de las tanquetas no, y que en aquéllas las estrías se alteraron por el impacto, yo diría que las marcas son todo lo idénticas que pueden ser en dos armas distintas. Agarra a ese bastardo, Lloyd. Dale fuerte donde más le duela.

El Bruno's Serendipity era un bar nocturno de hombres/sala de backgammon en Autovía Rodeo, en plena calle comercial de Beverly Hills. El interior era oscuro y elegante, con una larga barra de cuero negro con lentejuelas que ocupaba una parte y cómodas butacas y tableros iluminados de backgammon en la otra. Las dos zonas se dividían por una cortina de terciopelo y lentejuelas, con una tarima justo en el centro que era visible desde ambos lados. Lloyd sonreía al acercarse a la barra: una disposición logística perfecta.

El barman era un joven delgado, con pelo cortado a lo punk. Lloyd se acomodó y sacó la cartera. De ella extrajo uno de veinte y el esquema robot, dejando ver la placa y el carnet.

—Señor, ¿qué le apetece tomar?

Lloyd le metió el billete en el chaleco y mostró el dibujo.

—Policía de Los Ángeles. ¿Has visto alguna vez a éste por aquí? Acércalo a la luz y míralo bien.

—Pues claro. Un montón de veces. Un cachondo, va a pelo y a pluma. Digo, le he visto en charlas muy animadas e intensas tanto con tías como con tíos. ¿Qué ha hecho?

Lloyd le miró con expresión grave.

—Se dedica a abusar de jovencitos. ¿Cuándo estuvo la última vez?

—Dios mío, la semana pasada. ¿Un gavilán de pollitos?

—Eso es. ¿A qué horas suele venir?

El joven indicó las mesas de juego.

—¿No ve lo muerto que está esto? Antes de las ocho no viene ni un alma. Abrimos tan pronto porque a media tarde suelen venir algunos ejecutivos a por priva.

—He visto que no hay aparcamiento. ¿Tenéis algún arreglo para aparcar?

—No hace falta. Cuando cierran los comercios hay mogollón de sitio. —Apuntó a la tarima junto a la entrada—. Va a junarle fetén. Luego, cada vez que entra alguien,

empieza a sonar música disco y unas luces del techo, primero blancas, luego azules y al fin rojas, se encienden todas. Seguro que le guipa a modo.

Lloyd dejó un dólar en el mostrador y cogió el taburete del extremo de la barra.

—Ginger Ale con lima. Y tráeme cacahuetes o lo que tengas. Hoy me he olvidado de almorzar.

Durante seis horas Lloyd estuvo con Ginger Ales, barrenando alguna lógica que le aclarase sus dos casos que se fundían en uno. Salvo la impresión de que podía descifrarlo no salió nada de todas sus elucubraciones que se acompañaban por el juego de luces cada vez que se abría la puerta. A partir de las seis, todo el que entraba se veía envuelto en ráfagas de luces acompañadas de «Fiebre de sábado noche» en estéreo a tope. La mayoría eran jóvenes y bien vestidos que daban unos pasos de baile antes de ir a la barra o a las mesas. Lloyd escrutaba cada cara masculina al darle de lleno la luz blanca; nadie con el más mínimo parecido a su sospechoso. Poco a poco, hombres y mujeres se fueron fundiendo en un remolino andrógino que le daba dolor de ojos, lo que, unido a las delicadas o estridentes oberturas, le iba desenfocando los sentidos.

A las once se fue al servicio; metió la cabeza en un lavabo con agua fría. Revivió, se secó con toallas de papel y volvió. Iba a coger un taburete cuando el retrato robot en vivo pasó por delante de sus narices.

Su piel se erizó y tuvo que cerrar su derecha para reprimir el impulso de sacar su 38. El hombre le clavó los ojos una décima de segundo y Lloyd retiró la mirada, pensando «Cógele afuera, en el coche». Entonces oyó un jadeo ronco a su espalda y luego un clic metálico.

Ambos se volvieron a la vez. Lloyd vio al del retrato robot alzar su monstruoso revólver y disparar contra él. Se dejó caer sobre sus rodillas cuando salió un estallido de rojo y un disparo le ensordeció. El tiro reventó botellas de la barra y el salón se llenó de gritos. Lloyd rodó por el suelo hacia la cortina de lentejuelas, sacó su arma y rodó hacia atrás, buscando mejor posición de tiro, mientras que cuerpos frenéticos le ocultaban el blanco. Otras dos atronadoras explosiones; el espejo del bar saltó en pedazos; el griterío aumentaba. Lloyd se apartó rodando de la cortina y dio contra una mesa de juego. Se puso en pie justo cuando otro disparo daba en el marco de la cortina y la arrojaba al suelo. La gente se acurrucaba bajo las mesas en un amasijo de piernas y cuerpos. El humo cegaba la zona del bar, pero a través de él vio que su adversario describía un arco con el revólver en busca de su diana.

Lloyd extendió el brazo, la muñeca bien sujeta con la izquierda para apuntar mejor. Hizo dos disparos, altos, y vio al otro dar la vuelta y echar a correr a los servicios. Le persiguió, tropezando en cuerpos temblorosos, se pegó a la pared junto a la puerta y empujó suave con un pie. Oyó un jadeo nervioso en el interior. Abrió de un golpe y disparó a ciegas a la altura del pecho, saltando hacia atrás justo cuando otro tiro hacía saltar la puerta en pedazos.

Se agachó contando los tiros: cinco el loco y tres él. «Ataca y mátales.» Sacó tres

balas de la cartuchera que metió en el tambor del 38 y disparó al interior con la esperanza de oír un tiro de respuesta. Al no oírlo, se abrió paso por la puerta rota justo para ver dos piernas que escapaban por la estrecha ventana encima de los retretes.

Se quitó la chaqueta y tomando impulso se metió por la ventana; sus hombros se empotraron, saltaron astillas del marco pero no pudo pasar; ni estirando y contrayendo cada centímetro de su cuerpo podía avanzar. Saltó al suelo y volvió al salón, ahora lleno de cristales rotos, muebles derribados y racimos humanos en busca de refugio. Llegaba casi a la puerta cuando se abrió de un golpe y entraron tres patrulleros con rifles en la mano que avanzaban hacia él apuntando a su cabeza. Vio miedo reflejado en sus ojos y los dedos nerviosos en el gatillo; Lloyd soltó su 38.

—Soy del Departamento de Policía de Los Ángeles —dijo en tono pausado—; la placa y credenciales están en mi chaqueta.

El policía del medio le incrustó el rifle en el pecho.

—Estás sin chaqueta, mamón. Date vuelta, las manos contra la pared, encima de la cabeza, abre las piernas; muy despacio.

Lloyd obedeció moviéndose lo más lento posible. Unas manos le cachearon con brusquedad; estaba esposado cuando dijo:

—La chaqueta está en el servicio de caballeros; vine aquí en persecución de un asesino. Pedid orden de búsqueda y captura para un coche japonés...

Algo contundente le golpeó la cintura; se retorció y vio al del medio quitar el seguro, apuntándole. Los otros estaban algo detrás, con caras de asombro. Uno dijo:

—Lleva sobaquera cruzada. Miraré en el servicio.

—Pasa de todo —dijo el del medio—; nos lo llevamos. Habla con la gente y mira si hay heridos. La ambulancia estará en unos segundos, así que ayuda a los enfermeros. Jensen y yo nos hacemos cargo de este mamón.

Lloyd aguzó la vista y leyó el nombre del líder, Burnside; haciendo un esfuerzo por mantener la voz dijo:

—Burnside, estás dejando escapar a un asesino de masas, y tai vez de un policía. ¿Por qué no vas al servicio y traes la chaqueta?

De un manotazo le hizo dar vuelta a Lloyd y a empujones le llevó a la puerta y al coche celular que estaba en la acera. Lloyd miró por la ventana y vio más coches de negro y blanco, y ambulancias que se acercaban y subían a la acera. Mientras arrancaban, buscó en vano el coche japonés amarillo y sintió su cuerpo frío como el hielo.

En unos minutos estuvieron en el cuartelillo de Beverly Hills; Burnside y Jensen le empujaron por las escaleras hasta un pasillo desangelado, hasta la celda de retén. Le arrojaron dentro con las esposas puestas y Burnside comentó:

—El tío este va de listillo. Cualquier poli de Los Ángeles se hubiera llevado a uno de los nuestros si estuviera detrás de un sospechoso. Vamos a ver al jefe.

Cerraron con llave y se alejaron; Lloyd oía risas y gritos en la celda de los

borrachos, al fondo. Dejó en blanco su mente y empezó a revivir despacio los últimos sucesos. Le obsesionaba una idea: el asesino le había identificado al momento como enemigo; es cierto que su envergadura y su aspecto alertarían a cualquier maleante, pero sólo le vio una fracción de segundo entre un barullo de gente y con luces oscilantes; siguió rumiando esa idea, buscando fallos y no halló ninguno. «Algo había que se apartaba del todo del esquema corriente de un criminal.»

—La ha jodido, sargento.

Lloyd lo miró: un capitán de Beverly Hills, de uniforme; en la mano tenía su chaqueta y su 38. Meneaba la cabeza despacio.

—Déjeme salir y déme el revólver y la chaqueta.

Volvió a mover la cabeza, metió la llave, tiró de la puerta y, sacando un llavín del bolsillo, le soltó las esposas. Lloyd se frotó las muñecas y recogió la chaqueta y el arma de manos del capitán, viendo que era diez años más joven que él.

—Sí. La jodimos y bien.

—Consuela oír al legendario Lloyd Hopkins admitir una vez que no es infalible. ¿Por qué no avisó al jefe de patrulla que iba a preparar un cerco? Le hubiera mandado refuerzo.

—Fue todo muy rápido. Pensaba cogerle en su coche; iba a avisar a la patrulla, pero vio que era poli y se puso nervioso.

—¿Cuánto mide?, ¿uno noventa?, ¿y pesa cien kilos? No hay que ser un lince para ver a lo que se dedica.

—¿Ah, no? Pues a su gente no le fue tan fácil imaginarlo.

El capitán se puso como un tomate.

—El agente Burnside se disculpará ante usted.

—¡Estupendo! Y, mientras tanto, un sicópata asesino anda por Beverly Hills tan campante. Con una orden de búsqueda y captura ya estaría trincado.

—No agote mi paciencia, Hopkins. Dése por contento de que no hubo heridos. Si alguien muere o cae herido, yo le crucifico. Tal como está la cosa, dejaré que sus propios jefes se ocupen de usted.

Lloyd veía chispitas palpitando en su campo visual. Cerró los ojos para controlar sus latidos y preguntó:

—¿Quiere escuchar la historia?

—No. Un informe completo, y por triplicado. Suba al piso, siéntese y redáctelo ahora mismo. Sus jefes de Robos y Homicidios están avisados; mañana a las diez se presenta al detective jefe. Buenas noches, sargento.

Lloyd echaba humo; vio al capitán alejarse; esperó diez minutos para calmarse y subió a la oficina de Tráfico en el segundo piso. Un empleado le dio papel oficial y bolígrafo y durante dos horas escribió tres informes detallando los hechos del Bruno's y resumiendo las investigaciones de la licorería y de Herzog. Copió letra a letra su carta aún sin enviar al jefe de detectives, esperando se interpretase como prueba de su «espíritu de equipo». Cuando acabó, le dejó todo al empleado y se fue al

aparcamiento. Salía por la puerta cuando llamaron por el altavoz.

—Llamada urgente para el sargento Hopkins. Llamando al sargento Hopkins. Fue al mostrador de la entrada y cogió el auricular.

—¿Sí?

—El Holandés, Lloyd. ¿Qué ha pasado?

—Mierda a montones. ¿Quién te lo ha dicho?

—Thad Braverton. Tienes que estar con él mañana,

—Ya lo sé. ¿Está cabreado?

—Depende de lo que tengas que decirle. ¿Qué pasó?

Lloyd, con su rabia y su cansancio, se echó a reír.

—No te lo vas a creer. El mismo tipo de la licorería es el que se ha cargado a Herzog. Seguro. Me disparó con el cacharro que usó en la tienda. Hicimos todo lo posible para destrozar un bar nocturno en Beverly Hills. Algo terrible.

—¿Qué? —le gritó.

—Mañana, socio. Te llamaré después de Braverton.

—La hostia bendita. —El tono ahora era más suave.

—Sí, y pinchada en un palo. ¿Alguna novedad para mí? Lo necesito.

—Sí, dos: el nombre ese tan raro que dijiste, el Viajero Nocturno. Es un viejo rockero y también el apodo de un siquiatra que atiende a fulanas caras y tipos convictos citados por los tribunales; se llama John Havilland y tiene su consulta en el Century City. Y la otra, que estás limpio en Asuntos Internos.

»Llamé a Gaffaney esta mañana y le conté la desaparición de Herzog. La bronca fue para mí, unos gritos de «Joder» de Fred.

Lloyd registró la primera noticia y se rió con la otra.

—Un buen trabajo, socio. Te llamo mañana.

—Manténte vivo, chaval. —Y Peltz se rió a su vez.

Colgó y se fue hacia el aparcamiento abriéndose paso entre coches, de negro y blanco, sin distintivos, todos dejados de cualquier forma. Al llegar a la acera vio al agente Burnside que se acercaba. Al llegar frente a él soltó una risita, y Lloyd se paró dándole una palmada en el hombro.

—¿No tienes nada que decirme?

—Claro. ¿No eres un poco mayor para husmear fuera de tu jurisdicción?

Lloyd sonrió, lanzó un corto rechazazo al estómago. Burnside jadeó y se dobló. Le dio un izquierdazo a la mandíbula y por fin un directo con toda su alma en la nariz, notando un crujido en su puño. Burnside cayó al suelo hacia atrás, gimiendo y haciendo una bola para evitar más golpes. Lloyd se fue a su coche; se sentía viejo, entumecido, cansado de su oficio.

CAPÍTULO NUEVE

El Noctámbulo leía por cuarta vez en su estudio privado las fichas de Cosméticos Júnior Miss cuando sonó el teléfono, un día antes de la llamada prevista de Goff. Se imaginó a su enfermo terminal debatiéndose por la fiebre bacterial y descolgó.

—Llamas veinticuatro horas antes, Thomas. ¿Qué pasa?

Goff habló entre jadeos.

—¡El poli! ¡El grandón del expediente! Fui a matarle igual que a la morralla de la tienda, pero... —Los jadeos se hicieron un lamento aterrorizado.

Havilland vio a Goff respirando con ansia, escupiendo y abrasando la cabina con su fiebre y con su asombrada rabia. Pasando de los pensamientos a la palabra, le dijo:

—Vete a casa, Thomas. ¿Entiendes lo que digo? Vete a casa y espérame. Respira a fondo tres veces y promete que irás a casa. ¿Lo harás por mí?

Las tres expiraciones consiguieron un remedo de voz humana.

—Sí..., sí...

—Deprisa, por favor.

El doctor colgó y extendió las manos. Su pulso era firme. Se fue al baño y se miró al espejo. Sus ojos castaños no dudaban que, aunque Goff cayese, él seguía invulnerable. Hurgó bajo el lavabo y sacó el botiquín de la muerte que preparó la víspera, volvió al estudio y lo metió en su viejo maletín de cuero que guardaba desde la facultad. Se agachó, alzó un pico de la alfombra y abrió la caja fuerte empotrada en el suelo; sacó un sobre y pensó por un instante que el retrato sujeto a la primera hoja era igual que el de su padre.

Dispuesto así para la clemencia, salió de casa y buscó un taxi. Apareció uno al poco rato.

—A] restaurante Michael, en Hillhurst con Los Feliz. Y, por favor, dése prisa.

El taxista se metió rápido en medio del tráfico sin mirar ni una vez al pasajero. Aparcó frente al restaurante.

—¿Qué? ¿Bastante deprisa para usted?

El doctor sonrió y le dio veinte dólares.

—Quédese el cambio.

El taxi se alejó y Havilland recorrió las cuatro manzanas hasta la casa de Goff, viendo con alivio que las luces de los vecinos estaban apagadas. Tocó suave a la puerta y le respondió un lamento como del otro mundo. La cadena no estaba echada y Goff estaba en la puerta con ojos de terror y las manos en oración. El doctor vio que temblaban centímetros y los dedos parecían muñones sangrientos, como si, presa del pánico, hubiese excavado buscando salir de su vida. Se fijó en la puerta; estaba arañada y con manchas de sangre.

Havilland posó con suavidad sus manos en los hombros de Goff y le hizo volver a la sala, descubriendo en la mesa el revólver que aún olía a pólvora. Cerró con seguro la puerta, indicó a Goff el sofá y rebuscó en el maletín sus instrumentos de

misericordia y castigo. Puso el sobre boca abajo en el suelo y sacó una ampolla farmacéutica de estricnina, llenando una jeringa.

—Dos preguntas antes de sedarte, Thomas. ¿Vio tu coche?

Goff negó con la cabeza y se esforzó con los labios para decir «no». El doctor miró a sus ojos. «Probablemente cierto.»

—Bien, muy bien.

Con la izquierda tapó su boca apretando su cabeza contra la pared. Los ojos desorbitados de Goff siguieron fijos en los de su señor.

Havilland cogió la carpeta y separó el retrato. Preguntó:

—¿Es éste el policía?

Los ojos de Goff se abrieron aun más, las pupilas se dilataron. Brotó un alarido de su garganta y, retorciéndose, mordió en la mano al doctor. Éste empujó con toda su fuerza, tanteó con la mano libre en busca de la jeringuilla y la encontró justo cuando los dientes de Goff le apresaron por la palma. Se abalanzó contra el pecho agitado de Goff y clavó la aguja en el cuello, fallando la vena y rebotando al tropezar en un músculo. Lo intentó de nuevo, viendo a su padre y a la foto fundirse en una sola persona justo cuando la rueda de feria del Bronx empezaba a bajar. Por fin, acertó en la vena; su pulgar hizo bajar el émbolo y entró el veneno. Goff arqueó la espalda y sus pies se retorcieron empujando contra la pared en un enorme esfuerzo de todo su cuerpo. Maestro y discípulo cayeron juntos. Goff se debatía entre espumarajos; Havilland se levantó de rodillas, viendo separarse a su padre y al policía en dos seres distintos que eran reemplazados por una jovencita con traje de fiesta de los años cincuenta que se burlaba de él. Movié la cabeza para borrar esa visión y oyó crujir las vértebras de Goff al intentar dar vuelta hacia afuera. Se incorporó y vio una puerta abrirse a la oscuridad y tumbas al otro lado de una verja. Extendió sus manos y vio que el pulso era firme. Al bajar la vista, contempló a Goff muerto, congelado en una actitud final de angustia.

—Padre —murmuró el Noctámbulo—. Padre. Padre.

Ya sólo faltaba la recogida de la basura.

El doctor rebuscó en el maletín; sacó un saco negro de plástico, lo colocó a lo largo del cuerpo y abrió la cremallera. Metió el revólver, luego el cuerpo de Goff en el saco y lo cerró. Las llaves del coche estaban en la mesa. Havilland las metió en el bolsillo y se agachó, echando al hombro el cuerpo de Goff que ya no sufría. Con la otra mano cogió el maletín y, después de haber apagado las luces, salió cerrando la puerta.

El Toyota estaba aparcado cuatro puertas más abajo. Abrió el maletero y depositó a Goff, cubriendo el saco con el gato y la rueda de repuesto encima del pecho. Satisfecho por el truco, cerró de golpe el maletero y llevó a Goff al lugar de descanso final.

La tumba fue el sótano de un almacén de recambios del área industrial este de Los Ángeles. Su dueño era un paciente del doctor, un delincuente que cumplía condena de diez años por robo a mano armada. Havilland pagaba los impuestos y le enviaba a la esposa un cheque trimestral; por lo menos en ocho años era dueño de aquel lóbrego reducto de ladrillo rojo.

Tardó diez minutos en dejarlo en la tumba, tras buscar en el manajo de llaves, abrir puertas de doble cerrojo, llevar el coche por entre cartones mojados y maderas podridas, hasta llegar a las más negras entrañas del local. Limpió el coche de toda huella y volvió sobre sus pasos en la oscuridad; sentía una satisfacción que aumentaba a cada cerrojo que iba cerrando. Goff, desde adulto, ansiaba la ausencia de luz y el doctor prometió ayudarle; ahora tenía capa sobre capa de oscuridad acunando su sueño eterno.

Aseguró bien el cerrojo del portón principal y se encaminó al centro urbano pensando en el porvenir. Muerto Goff, actuaría él solo; él tenía que conseguir datos de archivos. Era hora de confundir a sus actuales «solitarios» con charlas sobre misiones definitivas y concentrarse en más datos y en su combate contra aquel policía que se parecía tanto a su padre. Cruzó el puente de la Calle Tercera y se fijó en los rascacielos del centro de Los Ángeles como monolitos suspendidos, pensando en jugadas de ajedrez: Richard Olfield, demente pero muy precavido, que se parecía a Goff como un hermano gemelo, «Peón a Reina». Linda Wilhite, fulana cara que imaginaba películas violentas y ansiaba la felicidad familiar junto a un hombre duro, «Reina a Rey». Y por fin el mismo Rey en persona, el corpulento sargento Lloyd Hopkins, con un coeficiente intelectual que se salía de la tabla, de quien el Alquimista había dicho: «Robé su ficha porque él es sencillamente el mejor. Si no fuera tan mujeriego y tan ilegal en sus métodos sería ya jefe. Anda por libre en el Departamento porque los jefazos saben que es el mejor y porque está algo chalado. Resolvió el caso del ‘Matarife de Hollywood’. Nadie sabe cómo, pero dicen que salió y mató al bastardo sin más».

Havilland repetía esas palabras, añadiéndolas a su récord de arrestos y a la agitada vida familiar que indicaba su ficha «Jaque Mate.» Mientras miraba fijamente las luces ante él, pensó en abrir la puerta cerrada de su vacía niñez por medio de un parricidio simbólico.

CAPÍTULO DIEZ

—Antes de empezar, lee el *Big Orange Insider* de hoy.

Lloyd bajó la vista y se agitó en la silla pensando si Thad Braverton se tragaba su falso aspecto compungido. El apretón de manos había sido un buen comienzo, pero los ojos como alfileres de ira mal controlada desmentían la voz tranquila y autoritaria.

—¿De Martin Bergen?

—No. Para mi sorpresa, es obra de otro chalado antipolicía. Tú lee, Hopkins. Los comentarios de un tal agente Burnside son especialmente interesantes.

Lloyd se alzó y tomó el periódico de manos del jefe, mientras a su vez le entregaba el informe mecanografiado con pulcritud sobre Herzog y la licorería. Se sentó y leyó el relato exagerado del *Insider* sobre el tiroteo en el Bruno's. El artículo a tres columnas era una crítica a la «justicia de pistolero» e insistía en «las vidas de inocentes jóvenes puestas en peligro por un gatillo flojo de Los Ángeles». Al final venían observaciones del agente de Beverly Hills Cari D. Burnside, veinticuatro años, «con la nariz entablillada por un reciente accidente de futin».

«El sargento Hopkins quiso detener a un sospechoso en una sala llena de gente inocente, sabiendo que iba armado y era peligroso. Debió hacerse acompañar por algún agente de Beverly Hills. Es indignante su cruel desprecio a la seguridad de los vecinos de Beverly Hills. Policías como éstos son los que manchan el buen nombre de los que, como yo, somos sensibles y conscientes a la seguridad ciudadana.»

Lloyd contuvo un ataque de risa y plegó el diario mientras observaba al jefe leyendo el informe. Le había costado cinco horas de trabajo en casa y detallaba ambos casos desde el principio, señalando los puntos comunes y afirmando su convicción de que Martin Bergen era inocente del asesinato más que probable de Herzog; el robo de Herzog de los seis expedientes personales y que el hombre del retrato robot «por fuerza tenía que haberlos visto, pues era la única explicación de que le identificara como policía en una sala llena de humo y de gente».

La última página era la prueba, las evidencias documentadas que esperaba calmarían a Thad Braverton y le salvarían de una vergonzosa censura. Por la noche volvió al Bruno's y sobornó a dos obreros que limpiaban los destrozos de la tarde para que le dejaran buscar las balas del 41. Fijando las trayectorias aproximadas y mirando palmo a palmo las paredes con una linterna había encontrado dos balas. Artie Cranfield y su microscopio hicieron el resto, consiguiendo el irrefutable informe balístico: «Las tres balas de la licorería y las de las paredes del Bruno's Serendipity han sido disparadas por la misma arma».

Thad terminó de leer y clavó en Lloyd una mirada impasible.

—Aplausos tímidos, Hopkins. Iba a suspenderte, pero en vista de esto quedará sólo en reprimenda: no te metas jamás en otra jurisdicción sin engrasar antes los patines de su jefe. ¿Me has comprendido bien?

—Sí, jefe. —Forzó su rostro en un semblante dócil.

Braverton se echó a reír.

—No te hagas el compungido, pareces un colegial después de su primer polvo. Estás al cargo del caso de la tienda por Robos y Homicidios, ¿cierto?

—Cierto.

—Pues sigue con ello a jornada completa. El caso Herzog lo paso a Asuntos Internos. Lo llevarán en secreto, es imprescindible. Si Herzog estaba complicado en algo delictivo, no quiero que llegue a la prensa. Asuntos Internos tiene medios para investigar esos archivos con discreción. Son empresas muy importantes y no quiero que andes pisándoles los callos. ¿Capito?

—Sí. —Su rostro se puso como un tomate.

—Bien. Dispondré algún tipo de contacto con Asuntos Internos para que puedas intercambiar información. ¿Cuál es tu paso siguiente?

—Quiero un gran esfuerzo para identificar a ese mamón. El retrato robot es de gran parecido; quiero que los polis de todo el condado lo estudien bien. Te diré lo que pienso hacer: una reunión a puerta cerrada, aquí, esta tarde, de gente de todos los departamentos de LAPD y de los del Condado. Nada de moscones de prensa. Sacaré diez mil copias y diré que las repartan cuando la lista. Les contaré lo que me pasó con él y les daré mis notas y una descripción del tipo ese. Cuando sepamos quién es, pediremos orden de busca y captura y empezaremos desde ahí.

Braverton golpeó la mesa con ambas manos.

—Es todo tuyo. Ahora mismo mi secretaria avisa a todas las divisiones y departamentos. ¿Vale a las dos y media? Dará tiempo a que vuelvan a sus comisarías y repartan las copias antes del turno de noche. Encárgate de las copias.

Lloyd se levantó.

—Gracias. Me podías haber empaquetado y no lo has hecho. —Se fue hasta la puerta, se volvió y preguntó—: ¿Por qué?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

El jefe suspiró.

—Está bien, te lo diré. Sólo cuatro sabemos los hechos «exactos» del año pasado: tú y Peltz, por supuesto, y el gran jefe y yo. Seguro que sabes todos los rumores que corren, que unos te admiran por aquello, mientras otros opinan que te debieron meter un paquete. Yo te quiero por lo que hiciste, y aunque soy un hueso para muchos, acepto mucha mierda de la gente a la que quiero.

Lloyd se escurrió por la puerta al oír las últimas palabras. No quería que viese que estaba a punto de llorar.

Cuatro horas después, Lloyd estaba tras el atril de la sala principal del Central Parker, contemplando a unos doscientos polis de uniforme y de paisano, entre hombres y mujeres. Se les había dado una carpeta al entrar: contenía cincuenta copias

del retrato robot y de la siguiente nota:

Sospechoso de homicidio múltiple. Blanco, de tez clara, edad treinta a treinta y cinco, color de ojos desconocido, uno sesenta a uno ochenta, setenta a ochenta kilos. Conduce un último modelo japonés amarillo. Armado con un 41 antiguo. Frecuenta bares de ligues y esnifa coca.

Este hombre cometió los tres asesinatos del 23 de Abril en el almacén de bebidas de Hollywood.

Considérenlo armado y sumamente peligroso.

Cuando tomaron asiento los últimos, Lloyd levantó un ejemplar del *Los Angeles Times* y habló por el micro.

—Buenas tardes. Por favor, presten toda su atención. En el *Times* de hoy, página dos, hay un relato completo de mi encuentro anoche con el hombre cuyo retrato tienen. La única razón de que siga vivo es que el sujeto usa un revólver de efecto simple. Oí cómo lo amartillaba antes de dispararme, y pude esquivar el primer disparo. Si hubiera utilizado un arma de doble acción, ahora yo estaría muerto.

Lloyd recorrió con la vista el auditorio; vio que se los había ganado. Continuó:

—Después de un cruce de disparos, el hombre escapó. Todos los «rasgos destacables» de este individuo están en el retrato robot; y el parecido con el retrato es algo extraordinario, lo compuso un testigo inteligente y después otros dos lo confirmaron. ¡Ese es nuestro hombre! Ahora quisiera añadir algunos comentarios personales sobre ese asesino.

Esperó, al ver que los policías estudiaban la documentación y tomaban notas. Cuando las miradas empezaron a dirigirse al atril, prosiguió:

—La semana pasada, este hombre mató a tres personas de tres tiros perfectos a la cabeza, de tirador de primera. Anoche me disparó a cuatro metros y falló. Sus otros cuatro tiros fueron alocados, producto del pánico. Creo que es un sicópata y seguirá disparando y matando hasta que lo maten a él o lo capturen. Es necesario un esfuerzo de todos para identificarlo. Quiero que se distribuyan a «todos» los policías del Condado y a los chivatos de confianza. Como consume coca y anda en bares nocturnos, que «todos» los de vicio y narco utilicen sus soplones y sus contactos en bares. Según algunos testigos, menciona a «un fulano extraordinariamente listo» que conoce, así que puede que tenga un socio. Quiero que arrestéis «a punta de pistola» a todo el que se parezca mucho para interrogarle a fondo. A todos los traéis aquí, al calabozo de Central Parker. Estaré yo, a partir de las cinco, con un experto en leyes para que les haga firmar renunciaciones a reclamar por arresto injustificado. Algún inocente se llevará un buen susto, pero es inevitable. Toda pista, policial o no, dárme las a mí, sargento Lloyd Hopkins, Central Parker, a la extensión cinco-uno-

nueve.

Dejó que todos terminaran de tomar nota, consciente de que el interés provocado hasta entonces era puramente profesional. Se aclaró la voz, dio unos golpecitos en el micro y se fue a por su fibra sensible personal.

—Tenéis razones de sobra para comprender que la captura de este sujeto tiene máxima prioridad entre todos los asuntos de California Sur, pero os daré otra mejor: ese hombre es el máximo sospechoso de la desaparición y probable asesinato de un agente de la Policía de Los Ángeles. Cacemos a ese hijo de perra. Buenas tardes.

Le llevó a Lloyd dos horas montar su puesto de mando en las oficinas de prevención de la Central. En previsión de un alud de llamadas, sacó del almacén, en Robos y Homicidios, tres teléfonos que los puso en clavijas sin usar de los despachos del fiscal y consiguió, tras amenazar a una serie de empleados de Telefónica, acoplarlos en un plazo récord a su propia extensión. Las telefonistas de Central recibieron orden de analizar toda llamada y, si se saturaban las líneas, dar paso a las del retrato robot, tanto de la policía como de ciudadanos corrientes. A todo sospechoso «vivo» lo llevarían a salas de interrogatorios con paredes insonorizadas y cristales de una dirección. Una vez que Lloyd declarara que la identificación era negativa, el «jurista», un patrullero de la Central, licenciado en Derecho, que había suspendido cuatro veces su ingreso en el Cuerpo de Abogados de California, los obligaría amablemente a firmar el impreso de renuncia a reclamaciones por detención injustificada; el detenido sería conducido hasta el lugar de su «arresto» y puesto en libertad.

Lloyd se preparó para la larga jornada; papel, blocs, termos de café para el agotamiento, afiló lapiceros. Cubrió todos los ángulos; liberaron de todo trabajo a sus dos ayudantes del caso de la licorería y se pusieron a hacer una lista de todos los bares nocturnos del territorio LAPD; al terminar, llamarían a todos los jefes de brigada de narco y vicio para montar equipos de vigilancia. Se avisó a los sargentos de comisarías que insistiesen en el retrato robot en los puntos del día a la hora de lista y que se acercasen a los sospechosos con el fusil antidisturbios. Si es que el sujeto andaba por la calle, había muchas probabilidades de atraparlo.

Pero no vivo, se dijo Lloyd manoseando papeles; pensó que no se entregaría sin lucha y que había posibilidades de derramar sangre inocente. Un agente asustadizo e irritable podía disparar a un ejecutivo medio borracho y agresivo que se asemejase al retrato robot; otro, demasiado prudente, podía acercarse a un coche japonés amarillo, con sonrisa amable que se la volarían junto con media cara por una bala del 41 de punta hueca. El programa de arrestar-identificar-soltar era desesperado; cualquier poli con experiencia lo daba por sabido.

La primera llamada ocurrió a las seis. Lloyd predijo su origen enseguida; las patrullas llevaban una hora en la calle y habían corrido la voz a los chivatos; acertó. Dijo ser «vendedor de droga sin corte». Contó a Lloyd que el asesino era un «negro con pelo teñido» que se «cargó» aquellos tres como parte de un «complot del black

power»; después le explicó su versión de black power: «Cuatro conguitos empujando un Cadillac hasta una estación de servicio a por medio dólar de gasolina». Lloyd replicó que esa definición sería divertidísima en 1968. Colgó.

Se sucedieron más llamadas.

Lloyd efectuó acrobacias con los tres teléfonos, cribando las peroratas de borrachos, yonkis y novios despechados, anotando toda partícula de información que llegaba de una voz mínimamente coherente. Muchos datos eran de tercera o cuarta mano: uno que conocía a otro que había dicho que un tercero había visto o creía esto o lo otro. Casi seguro que todo ello era un laberinto de «desinformación», pero había que anotarlos.

Las diez; cuatro horas al teléfono. Un bloc entero lleno de notas, todas las llamadas de civiles. Empezaba a perder la esperanza de dar con algo serio cuando una patrulla del distrito Newtons, ambos de aspecto duro, trajo al primer sospechoso; alto, rubio, flaco como un palo, veinteañero. Los policías actuaban como si fuese el diablo y le sujetaban los brazos con tanta fuerza que tenían los nudillos blancos.

Lloyd miró al asustado trío y les ordenó:

—Quitadle las esposas. —Y presentó al joven un impreso de renuncia. Lo firmó al instante mientras Lloyd decía a la pareja que llevasen al «asesino» donde quisieran y de camino le comprasen una botella de whisky. Los tres jóvenes se fueron.

—¡Procurad seguir vivos! —les dijo Lloyd al salir.

En las dos horas siguientes trajeron tres copias aceptables del sospechoso: dos con patrullas de Hollywood y el tercero por agentes del sheriff del Condado. Lloyd meneó la cabeza las tres veces, diciendo con voz dura y tendiendo el impreso de renuncia:

—Soltadle. —Los tres cogieron el bolígrafo firmando sin rechistar. Lloyd recordaba las películas de «inocentes arrestados injustamente» al ver su prisa en garabatear la firma.

Llegó medianoche. El ritmo de llamadas bajó. Lloyd cambiaba de café a chicle cuando el estómago empezaba a protestar. Supuso que el relevo de las doce traería una pausa del teléfono; se recostó en el sillón y dejó que los ruidos normales de la cárcel prevalecieran sobre la excitación y cansancio del café y le dejasen dormir un poco. Se estaba quedando dormido del todo cuando una voz le despertó con sobresalto.

—¿Sargento Hopkins?

Lloyd hizo girar el asiento; frente a él estaba un agente de tráfico en moto de LAPD con una hoja de ordenador en la mano.

Soy Confrey, motorista de Rampart; entro ahora de servicio y he visto su descripción y el retrato. El mes pasado multé a un tipo igualito a éste. Por imprudencia peatonal. Me acuerdo de él porque era algo raro. He traído su ficha de Investigaciones y de su coche de DMV. Y una instantánea con su jeta, cuando le multé.

Lloyd tomó la hoja y soltó la foto. El hombre del retrato robot emanaba de allí, con cada plano y ángulo de su cara mejor enfocados, como esas figuras que se hacen uniendo números en los pasatiempos cuando al final sale el dibujo completo.

—¿Es él?

—Sí.

Contempló la foto de perfil y de frente del hombre que no lo mató por poco; leyó los fríos datos de aquel monstruo.

Thomas *Lewis Goff*, H.B. Nac. 19/06/49, castaño rojizo, azules, 1,78, 72kg. Direcc. act.: 3193 Melbourne +6, L.A.

Antec, crim. (Estado Nueva York): 3 intos.violac. (desest.); robo auto. Ir grad. culp. 4/11/69, 3-5 añ. Condic. 10/3/71. (Estado Calif.): no presen, juzg-19/3/84-fianz \$65 pagado. Perm. Cond. Cal 01734; Toyota sedán 1980 (amarillo), JLE 035.

No más multas.

Lloyd dejó la hoja en la mesa y preguntó:

—¿Quién está de jefe por la mañana en Rampart?

—E... el teniente Praeger —balbuceó.

—Bien. Llámale y dile que tenemos al pez gordo en Melbourne, con Hillhurst. Luego pásamelo. Vuelvo ahora.

Mientras Confrey marcaba, corrió del vestíbulo a la armería de la Central y pidió al oficial de guardia un rifle Ithaca y una caja de munición. Cuando volvió, Confrey le tendió el aparato murmurando:

—Hable bajo; tiene muy malas pulgas.

Lloyd hizo una inspiración profunda.

—Teniente, soy Hopkins, de Robos y Homicidios. ¿Podría organizar algo para mí?

—Sí —dijo una voz seca—; diga lo que precisa.

—Necesito seis unidades sin distintivos en la zona Melbourne con Hillhurst en busca de un Toyota amarillo, del 80, matrícula

JLE cero-tres-cinco. Que no se le acerquen, sólo que le localicen. Que en cuarenta minutos justos bloqueen la manzana 3110 de Melbourne por ambos lados. Que cinco policías expertos se reúnan conmigo en Melbourne con Hillhurst en cuarenta minutos justos. Que tengan chalecos y traigan rifles, y un chaleco para mí. No quiero ningún coche en negro y blanco por la zona. ¿Puede organizar todo esto ahora?

Lloyd no esperó la respuesta; le pasó el teléfono a Confrey y echó a correr hacia su coche.

Lloyd consiguió llegar a Melbourne con Hillhurst en veinte minutos saltándose semáforos en rojo y zigzagueando entre el tráfico. No había aún coches sin

distintivos, pero sentía un silencio demasiado perfecto, preludio de inminente jaleo todo alrededor. Sabía que ese silencio se rompería pronto con focos que se acercaban, zumbido de radios y ruido de motores en punto muerto. Después, intercambios de apellidos y órdenes de él, y quedaba sólo la explosión misma.

Aparcó junto a una farola casi en el mismo cruce, sacó los intermitentes para avisar a los otros policías y cargó el rifle, moliendo otra bala en la recámara. Linterna en mano se deslizó por la calle Melbourne pegado a los árboles que flanqueaban la acera, sintiendo alivio al no toparse con paseantes de perros ni noctámbulos. La calle era una continua fila de casas de plañía y piso de apartamentos, idénticas en sus fachadas y rellanos superiores. El tres-uno-nueve-tres estaba a mitad de la manzana, de estuco gris oscuro con barandillas de hierro y puerta empotrada sin persianas. Lanzó una ráfaga de luz al cuadro de buzones exterior. T.Goff - Apt.6, igual que la ficha de R&I. Contó los buzones, dio irnos pasos atrás y contó las viviendas: diez; cinco arriba y cinco abajo. El seis era el primero del piso de arriba. Lloyd tembló al ver una luz mortecina tras las cortinas echadas.

Volvió hasta el cruce con Hillhurst, fijándose en los coches aparcados. Ningún Toyota amarillo. Al llegar al cruce lo encontró, bloqueado con caballetes, señales de desvío, luces intermitentes y zumbidos estáticos de radio seguidos de roncros murmullos. Lloyd miró alrededor y vio tres Matador atravesados tras la barricada. Hizo señas con su linterna al más cercano y le contestaron con un doble parpadeo. Se abrieron las puertas de los coches y cinco hombres con chalecos antibala y rifles se pusieron frente a él.

—Hopkins —dijo Lloyd.

Y por respuesta obtuvo:

—Henderson.

—Martínez.

—Penzier.

—Monroe.

—Olander.

Uno de ellos le tendió un chaleco que se puso enseguida.

—¿El coche?

Cinco cabezas hicieron un gesto negativo.

—Ningún Toyota amarillo a menos de ocho manzanas.

Lloyd se encogió de hombros.

—Da lo mismo. La casa objetivo está a media manzana. Primer piso, hay luz. Henderson y yo por la puerta. Martínez y Penzier, os quedáis en la escalera. Monroe y Olander, atentos a la ventana de atrás. —Sonrió, inclinó la cabeza y murmuró—: Ahora, señores.

Formando una cuña corrieron por calle Melbourne hasta el 3193. Al llegar a la acera frente a la casa Lloyd señaló la ventana primera trasera del piso, la única iluminada de arriba. Monroe y Olander asintieron y fueron hacia atrás

simultáneamente mientras que Martínez y Penzier se apostaban al pie de la escalera. Lloyd tocó a Henderson con la culata e hizo un gesto hacia arriba.

—A los dos lados de la puerta. Una sola patada.

Subieron en silencio la escalera, Lloyd el primero, y se apartaron para cubrir ambos lados de la puerta número seis.

Henderson aplicó un oído a la puerta y articuló «nada» con labios y lengua. Lloyd asintió, reculó un paso y alzó su rifle. Henderson le imitó junto a él. Ambos levantaron el pie para dar la patada al mismo tiempo. La puerta saltó hacia adentro, arrancada por los dos lados y bailando de una bisagra suelta. Lloyd y Henderson se apretaron contra la pared, esperando la reacción de dentro. Al no oír nada más que el crujido de la puerta, entraron.

Lloyd jamás olvidaría aquella visión. Mientras Henderson siguió para registrar las demás habitaciones, él se quedó clavado en el umbral, incapaz de apartar sus ojos de la pesadilla de jeroglíficos que le rodeaban por todas partes.

Las paredes del salón eran marrón oscuro. Las paredes llenas de fotos de hombres desnudos, sacadas de revistas porno gay. Los cuerpos eran colages de distintas fotos, una cabeza, el tronco de otro cuerpo, los genitales de otra foto, todo ello montado sin encajar bien; los conjuntos se unían por fotos de armas antiguas recortadas de revistas del ramo. Bajo cada uno había su apodo, en mayúsculas y con pintura amarilla muy chillona: «Caos», «Reinado de la Muerte», «Kong Mortuorio» y «Guerra Relámpago». Lloyd observó las letras; dos de los títulos estaban sin duda escritos por un zurdo; los otros dos por un diestro. También vio que la pared tenía rayas hechas por un detergente abrasivo; pasó la mano en un círculo y se le quedó pegado un polvillo blanco. Un profesional había quitado toda huella también aquí, igual que en casa de Herzog.

Henderson apareció tras Lloyd, quien se sobresaltó.

—¡Hostia! Sarge, ¿ha visto algo igual?

—Sí —respondió Lloyd muy suave.

—¿Dónde?

Lloyd sacudió la cabeza.

—No. Y no vuelvas a preguntarlo. ¿Cómo están las demás habitaciones?

—Salvo el color de paredes y techo, todas son normales. Alguien ha restregado todas las superficies, con Ajax o una mierda parecida. Es un hijoputa chalado del todo, pero muy listo.

Lloyd fue hasta la puerta y se asomó; Martínez y Penzier seguían apostados abajo y no parecía que algún vecino se hubiese despertado. Se volvió a Henderson y le dio la ficha de Goff.

—Trae a los otros y después id despertando a los vecinos; y enseña a todo dios esta foto; que digan cuándo le vieron la última vez. Traedme a alguien que le haya visto hace menos de veinticuatro horas.

Henderson asintió y bajó la escalera. Lloyd contó hasta diez para quitar de su

mente todo prejuicio de lo que tenía que buscar y para hacer un inventario previo del salón, mientras se decía: «Oscuridad que sobrepasa los límites estéticos del más vanguardista de los diseñadores de interior». Sofá de skay negro, moqueta gris oscuro, mesita futurista en plástico negro. Las cortinas eran verde oliva oscuro, muy espesas, que no dejaban pasar la menor luz. Hasta la pantalla de la lámpara de pie era negra. La impresión del conjunto era de enclaustramiento. Aunque la sala era bastante espaciosa, la ausencia de color producía claustrofobia. Lloyd tenía la impresión de estar encerrado dentro de un puño enfurecido. Por reflejo ante ello se quitó el chaleco; se sorprendió al verlo empapado de sudor.

La cocina y el baño eran variaciones sobre el tema negrura. Cada pared, cada mueble, cada aparato estaba pintado a brochazos toscos con pintura plástica negra. Revisó todo lugar donde podía haber huellas. Habían lavado todo, centímetro a centímetro.

Entró en la alcoba. Era el corazón desordenado de aquel puño furioso; un cubículo rectangular negro, con el suelo casi lleno por un gran somier y colchón cubiertos con un edredón morado. Lloyd lo destapó. Unas sábanas azules todas arrugadas y oliendo a sudor; encima ropa de hombre desordenada. Se acercó a examinar y vio que eran de diseño caro, hechas a medida y de la talla de Goff. Junto a la cabecera, una caja de cartón tumbada. La puso derecha y vio primero cosas de aseo para hombre, debajo novelas baratas de ciencia ficción y encajados al fondo unos discos bastante usados.

Hurgó entre ellos leyendo los títulos de las cubiertas. Docenas de los Beatles, Rolling Stones y Jefferson Airplane, todas con un escrito en mayúsculas: «¡Cuidado! ¡Propiedad de Thomas Goff! ¡Fuera las manos! ¡Cuidado!». Lloyd acercó uno y examinó la grafía; de un diestro e idéntica a la pared. Sonrió ante el hallazgo y leyó los restantes; todos de los años sesenta hasta que quedó frío con uno de ellos en la mano: «Doctor John, el Noctámbulo. Bayou Dreams».

Examinó la cubierta: un hombre rizado, blanco, con brillante pantalón de satén rojo, rascaba con un saxofón mientras un caimán le gruñía. Los títulos de las canciones en el dorso eran el clásico potaje de sexo, droga y rebeldía de los sesenta, casi era nostálgico en su ingenuidad. Dejó el disco pensando si habría alguna relación más consistente entre Herzog y Goff, además de la extraña estética de ambas casas, una conexión más material y evidente.

Escuchó un golpecito en la pared, a su espalda. Se volvió levantándose y se encontró con Henderson y con un hombre pequeño en bata de baño. Dirigía incrédulas miradas a las paredes negras y se restregaba nervioso las manos en sus bolsillos.

—Éste es el casero, sargento; dice que vio a nuestro pollo esta tarde.

Lloyd le sonrió.

—Mi nombre es Hopkins. ¿Cuál es el suyo?

—Fred Pellegrino. ¿Quién va a pagar la puerta y esta pintura negra?

—Su seguro. ¿A qué hora vio a Thomas Goff la última vez?

Fred Pellegrino sacó un rosario y siguió acariciando las cuentas.

—Sobre las cinco. Llevaba una maleta. Me sonrió y la sacó de un puntapié a la calle. «Hasta la vista», me dijo.

—¿Le preguntó adonde iba?

—Coño, no. Tiene pagados tres meses por adelantado.

—¿Iba solo?

—Sí.

—¿Cuánto hace que vive aquí?

—Año y medio, más o menos.

—¿Buen inquilino?

—El mejor. Ni ruidos, ni quejas. Siempre puntual con la renta.

—¿Pagaba con cheques?

—No, siempre en efectivo.

—¿Qué trabaja?

—No lo sé. Decía que era autónomo.

—¿Qué hay de sus amigos?

—¿Amigos? Nunca le vi con nadie. ¿Y qué hay si el seguro no quiere pagar esta mierda de pintura?

Lloyd no le hizo caso y se fue con Henderson al otro extremo del salón.

—¿Qué han dicho los otros inquilinos?

—El mismo rollo que éste. Un tipo amable, tranquilo, solitario, que nunca decía mucho más que buenos días o buenas noches.

—¿Y no le ha visto nadie hoy?

—Nadie le vio en toda la semana pasada. Es decepcionante. Le tenía ganas a ese asesino hijoputa. ¿Usted no?

Lloyd se encogió de hombros y sacó la copia de su expediente del bolsillo. Se la dio a Henderson ordenando:

—Vuelve a Rampart y dale esto a Praeger. Orden de detención a toda la Policía. Que añada «armado y sumamente peligroso» y «tiene un cómplice zurdo»; que llame a Nueva York, a la policía, y que le manden por fax lo que tengan de Goff. Di a Pellegrino que pasará aquí la noche por precaución y que se vuelva a su cubil.

—¿Se queda aquí? —Abrió la boca, incrédulo.

Lloyd le miró con fijeza.

—Eso es. Y ponte en marcha.

Henderson se alejó meneando la cabeza, llevando del brazo a un sumiso Fred Pellegrino y saliendo el primero de la casa. Cuando se marcharon, Lloyd se asomó al rellano y vio al corrillo de gente en mitad de la calle. Polis vestidos con chalecos y rifles en mano tranquilizaban a vecinos en pijama diciendo que todo estaba en orden. Poco a poco la gente se dispersaba, la gente volvía a casa y los Matador se marcharon. Henderson se taladraba la sien con el índice y señalaba hacia arriba;

Lloyd arrastró el sofá y lo puso de barricada en la puerta destrozada para poder pensar tranquilo.

Dos casos aislados se habían convertido en uno solo y ahora había un atacante «conocido», un cómplice, y un nuevo factor «desconocido» cuyo único delito «conocido» hasta el momento era estropear una vivienda de alquiler. Con una orden de busca y captura en marcha y Asuntos Internos cubriendo el campo de los archivos robados, le quedaba sólo adivinar el comportamiento de Thomas Goff y llegar hasta donde a otros policías menos inteligentes no se les ocurriría mirar.

Lloyd paseó su vista por el salón, sabiendo que en cuanto cerrase los ojos se mezclaría con la visión de otra cámara de horrores, sabiendo que era necesario superponer ambas imágenes y ver lo que salía de ello.

Y lo hizo, estremeciéndose al recordar el piso con miradores de Teddy Verplank; pensó que esto era aun peor, pues allí conocía toda la carnicería de Hollywood y él actuó para destruirlo. La casa de Thomas Goff sugería una acción más sutil, otra actitud frente a un asesino callejero audaz, sin ningún arresto desde 1969, un hombre con un socio que tal vez le refrenase sus instintos; un hombre que descargaba sus locuras en las paredes, y que salía de casa con un «hasta la vista» a pocas horas de una redada de la policía.

Lloyd volvió a recorrer el piso, dejando unos pocos puntos de referencia en su sitio y dejándose llevar por el instinto; los pósters de hombres clamaban «homosexual», pero había algo erróneo en ello. Sin teléfono, lo que delataba a un solitario. Sin platos ni menaje de cocina ni alimentos, lo que indicaba una costumbre normal de los ex presidiarios: estaban acostumbrados a no cocinar y les encantaba la comida de cafeterías. La increíble oscuridad de las habitaciones indicaba demencia total. Todos estos indicios apuntaban hacia el enorme interrogante del «móvil».

Ya casi había terminado su ronda por toda la casa cuando se topó con un armario empotrado, oculto en el corredor entre el salón y la alcoba. La pintura era igual, pero unas rayas junto al tirador indicaban que se utilizaba. Abrió de un tirón y retrocedió al ver lo que había pegado detrás de la puerta.

Era un recorte de revista mostrando un policía de uniforme con las manos hacia arriba, como para calmar a un agresor. A su alrededor, penes enormes recortados de revistas porno clavados con grandes chinchetas. Un círculo de recortes de pistolas completaba aquel cuadro y, justo en mitad del pecho del policía, pegado con cola, la copia en papel de una placa de policía de Los Ángeles, hasta con la imagen del Ayuntamiento y la leyenda «Oficial de Policía» con el número 917.

Pegó un puñetazo al armario. El número de placa de Jack Herzog le quemaba los ojos. Arrancó la puerta de cuajo y la arrojó al salón. Y justo entonces las palabras de Penny, «¿Qué es lo que les debes, papi?», se le clavaron como con un martinete; supo que cuando cazase a Goff saldaría todas sus deudas de dolor.

CAPÍTULO ONCE

El Noctámbulo contempló la estupenda belleza de mujer que ahora decoraba las paredes de su antedespacho. Las fotos conseguidas por Thomas Goff vigilando a Linda Wilhite estaban ampliadas y enmarcadas con cristal, el cebo femenino que llevaría a su contrincante/policía a una trampa que saltaría, movida por sus propios impulsos sexuales. El doctor se paseaba por su despacho privado y pensaba en lo que había planeado diez años antes, montando una serie de defensas que impedirían saber que él y Thomas Goff se habían conocido. Destruyó la ficha de Goff en el hospital de Castleford y llegó a robar el de Attica en una visita a la cárcel durante un seminario de siquiatria, devolviéndolo tres semanas después, trucada con una libertad incondicional. Nadie le había visto con Goff, y sus contactos eran siempre desde cabinas telefónicas. La única conexión posible estaba ocultada varias veces, sus solitarios, todos ellos reclutados por Goff. Si la caza del hombre de su antiguo brazo derecho obtenía difusión por los medios de información, alguno de ellos podía ver su foto en la prensa o televisión con comentarios significativos.

Incluso esta vía podía estar cerrada, pensaba Havilland al ver las ediciones matinales del *Times* y *Examiner*. No había mención del tiroteo en Bruno's Serendipity ni del raid nocturno a la casa de Goff. Si Hopkins había aplicado un cerrojazo a los medios para mantener en secreto la investigación, su complicidad en su propia destrucción llegaría a dimensiones épicas.

El Noctámbulo temblaba al repasar las últimas treinta y seis horas y su intrepidez. Tras deshacerse del cadáver de Goff, volvió a pie al centro urbano, cavilando qué podía haberle hecho a Lloyd conocer los rasgos personales de Goff. Una cosa era clara: tuvo que ser la ausencia y posible muerte del Alquimista, no el crimen de la licorería lo que llevó a Lloyd hasta Goff. Goff y Herzog se veían mucho en bares y un testigo agudo pudo darle la descripción, lo que le llevó al Bruno's. Por ello, tras embadurnar de cebo homosexual las paredes de Goff, dejó los discos que Goff robó en la cárcel y añadió el toque que excitaría la rectitud moral de Lloyd y la rabia ante la imagen de maricón del Alquimista; y su mente con los rastros de la limpieza, los distintos tipos de letra y el álbum de Goff *Bayou Dreams*.

Su temeridad más emocionante fue poner a Olfield, disfrazado de Goff, con un jersey holgado que disimulaba su corpulencia y una gorra muy del estilo de Goff que tapaba su corte de pelo y parte de la cara. Se pasó horas comiéndole el coco, prometiéndole que él mismo elegiría su víctima para la «misión definitiva». Después, escondido en un coche sin conductor frente a la casa, vio cómo Olfield desempeñaba el papel a la perfección engañando del todo al casero, poco antes de la redada de Lloyd.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó la ficha del Júnior Miss que había estado leyendo, intentando acallar la excitación que le impulsaba a «vivir» las recientes horas con trabajo nuevo y proyectos futuros.

No lo consiguió. Siguió recordando los faros que venían, cómo sabía que estaba «dentro» de la zona acordonada. Escuchando a los policías repetir la matrícula del Toyota, a uno decir «El loco de Lloyd va a dirigir una redada», a otro contestarle «El loco de Lloyd fue tras aquel sicópata de Hollywood con un treinta-cero-seis y una Magnum cuarenta y cuatro». Y cuando, media hora después, se terminó la redada, ver a Lloyd en la otra acera, con un rifle, descollando su estatura entre los demás, exacto como su padre. Le costó enorme esfuerzo de control marcharse en el coche en vez de bajar y plantarse cara a cara frente al policía.

Con esfuerzo, regresó a la ficha de cosméticos, leyendo notas sobre la vida y épocas turbulentas de la mujer que muy pronto, estaba seguro, se iba a convertir en su nuevo peón.

Sherry Shroeder, treinta y un años, trabajó en la línea de montaje de Cosméticos Júnior Miss; despedida por robar productos que se pueden emplear en la fabricación de polvo de ángel. Era la cuarta vez que le cogían *in fraganti*; dimitió ante la amenaza de denuncia por hurto. Daniel Murray, capitán de la Policía, que por la noche hacía de jefe de seguridad de la empresa, la obligó a firmar una confesión diciendo que no la enviaría a la policía si renunciaba por escrito a pensión de paro e indemnización. Sus tres arrestos anteriores se resolvieron por presión de Murray. Sherry Shroeder solía actuar en películas porno baratas. Murray se hizo con una de ellas y amenazó con dársela a sus padres si no devolvía los productos químicos robados. Sherry aceptó por temor a perder sus cuatro dólares horarios de sueldo y, de paso, evitaría a sus padres la vergüenza de la película. No había foto en la ficha, pero sus medidas, uno setenta y dos, cincuenta y seis kilos, y su descripción, ojos azules, pelo rubio, eran reveladoras. Una última nota decía que, desde su despido, se la veía casi a diario en los bares frente a la fábrica, tomando copas con sus antiguos compañeros y, los días de cobro, dentro de la trasera de la furgoneta con alguno de ellos.

Havilland anotó el teléfono y dirección de Sherry y lo guardó en su bolsillo. Respiró tranquilo, pues ya había pensado su siguiente jugada, y dejó que su mente volviera a Hopkins; le espoleó una decisión repentina que le pareció clarividente: si Hopkins no venía a él en cuarenta y ocho horas, él iniciaría la confrontación.

CAPÍTULO DOCE

Tras veinticuatro horas de trabajo sin parar, de reuniones en Robos/Homicidios y papeleo en Central Parker, Lloyd se fue hasta el Edificio Century City a la búsqueda de la más pequeña de las agujas del pajar. En el coche trató de ser sincero consigo mismo y decidió que la investigación era un fracaso. No había poli en toda California sur que no sacudiese hasta el último árbol en busca de Thomas Goff, y él, jefe del caso y famoso «Gran Cerebro», no había encontrado recurso psicológico alguno para empezar con algo. Quizá la coincidencia de los discos con el apodo del famoso doctor podía hacer que éste se interesase en el caso Goff y tal vez le dijese a Lloyd su punto de vista. Todo muy cogido por los pelos, pero al menos suponía movimiento.

Las últimas veinticuatro horas en Central no reportaron nada, salvo papeleo inútil. Nueva York respondió rápido y mandó un télex de seis páginas sobre Goff. Lloyd se enteró de que era un sátiro que se ligaba a mujeres en los bares, las camelaba y luego les propinaba palizas; que le gustaba robar descapotables último modelo, que «no había cómplices conocidos»; que había salido de Attica en libertad completa, sin condicional, tal vez un truco para que abandonase el estado de Nueva York.

La decepción mayor del día fue la reunión en el despacho de Thad Braverton cuando leyó una nota del Gran Jefe, toda pomposa, ordenando amnesia total con los informadores sobre el caso Goff «por razones de seguridad pública». Lloyd rompió en carcajadas y tuvo que sentarse todo cabreado ante las miradas asesinas de Thad Braverton y Ted Gaffaney, Asuntos Internos, antes su jefe. Sabía que seguridad pública era relaciones públicas: el cerrojazo era para evitar que oliesen posibles delitos en Jack Herzog y su relación con Martin Bergen, ex policía, pero la verdadera razón era que jefecillos de policía trabajaban por la noche en grandes Empresas Industriales como Jefes de Seguridad. No convenía apretarles las clavijas; era posible que un bombardeo masivo de los medios informativos sacase a Goff de su madriguera, pero al Departamento le preocupaba más cubrirse el culo.

Lloyd dejó el coche en el aparcamiento subterráneo del parque Century, subió hasta la calle en ascensor y contempló el rascacielos del sanacocos, todo de cristal y acero, con un patio espacial a la entrada. El directorio indicaba John Havilland, Dr. 2604. Tomó el ascensor externo de cristal hasta la planta veintiséis y recorrió el largo pasillo hasta una puerta de roble con la placa del médico. La empujó, esperando encontrarse con una sonrisa sacarinoso de la enfermera. En vez de ello se quedó extasiado ante las fotos de la mujer más bella de toda su vida.

Era alta, esbelta, de rasgos clásicos, pero con pequeños defectos que la hacían más atractiva, al menos le apartaba de la belleza ideal e insípida. La nariz un poquito en punta; su mentón con un hoyuelo que le daba aire de testaruda. Un torrente de pelo oscuro le caía por las mejillas y armonizaba con grandes ojos de mirada intensa, pero algo enigmática; se acercó al muro para contemplarla de cerca y vio que no eran fotos de estudio, sino instantáneas, y este hecho le sorprendió más aun. Cerró los ojos

y la imaginó desnuda; no pudo asociar ambas imágenes y supo por qué. Su belleza hacía infructuoso todo intento de fantasía. Había que verla desnuda de verdad o no verla en absoluto.

—Exquisita, ¿no es así?

Las palabras no afectaron al ensueño de Lloyd. Al abrir los ojos no veía ni escuchaba, ni sentía nada, fuera del poder femenino que tema ante sí. Al notar un golpecito en el hombro se volvió y se encontró frente al hombre bajo, con blázer azul oscuro y pantalón gris de franela, que alzó su mirada hacia él, tendiéndole la mano con expresión divertida en sus ojos castaño claro al ver su reacción ante las fotos.

—Soy John Havilland. ¿Qué puedo hacer por usted?

Lloyd recobró su aspecto profesional, tomó la mano del doctor y la estrechó con firmeza.

—Sargento Hopkins, policía de Los Ángeles. ¿Puedo robar unos minutos de su tiempo?

El doctor sonrió y asintió.

—Claro. Vamos al despacho. —Apuntó a una puerta de roble—. Tengo media hora hasta la próxima consulta. Está ruborizado, sargento, pero no le culpo por ello.

—¿Quién es?

—Una de mis pacientes. A veces creo que es la mujer más bella que he visto en mi vida.

—Yo también lo he pensado. ¿Qué dice ella de ser su chica calendario?

Las mejillas del doctor se sonrojaron; Lloyd comprendió que aquel hombre se sentía cautivado por algo más que los lazos de la profesión.

—Olvide mi pregunta, doctor. Hablaré sólo de trabajo.

El doctor bajó la vista y le hizo pasar a un despacho con paredes empandadas de roble. Le mostró una silla y se sentó en otra a poca distancia. Levantó la vista y preguntó:

—¿Es una visita profesional o personal?

Lloyd miró abiertamente al siquiatra. Cuando éste ni siquiera pestañeó, se dio cuenta de que estaba frente a un igual.

—Ambas cosas, doctor. Todo empieza con su apodo, y...

Havilland ya estaba haciendo un gesto negativo.

—Un apodo prestado. El doctor John, el Noctámbulo, era un cantante de los años sesenta. Me lo pusieron en la facultad porque me llamo John y salía mucho de noche. Luego he tenido bastantes delincuentes entre mis pacientes y ellos han hecho popular ese apodo. Francamente, me gusta.

Lloyd sonrió; sacó dos fotos del bolsillo.

—Tiene buen ritmo. ¿Alguno de estos hombres ha sido paciente suyo?

El doctor las miró a fondo y se las devolvió.

—No. ¿Quiénes son?

Lloyd no hizo caso a su pregunta.

—Si hubiesen sido pacientes suyos, ¿me lo diría?

Havilland juntó las yemas de ambas manos y apoyó en ellas la barbilla.

—Le hubiese dicho «sí» o «no» y a continuación: «¿Por qué le interesa saberlo?».

—Buena respuesta directa. Voy a hacer lo mismo. El rubio entró en una tienda de bebidas y mandó a tres personas al otro barrio. El moreno es un policía desaparecido y tal vez muerto. Antes de desaparecer estaba histérico y obsesionado con su apodo. Estoy seguro que el rubio lo mató. Ese rubiales es un sicópata de categoría. Hace dos días tuvimos un ejercicio de tiro en un bar nocturno; lo habrá visto en la prensa. Escapó; voy a cancelar su billete: la trena o la morgue, preferible lo último.

Lloyd se echó para atrás y aflojó la corbata, molesto por alzar la voz y perder el empate inicial con el médico en cuanto a profesionalidad. Sintió llegar una jaqueca y cerró los ojos para mitigarla. Al abrirlos, el otro sonreía de oreja a oreja y movía la cabeza con regocijo.

—Me encanta la rudeza, sargento; uno de mis fallos como curacocos. Este ambiente es de sinceridad. ¿Puedo hacerle unas preguntas sinceras?

Lloyd esbozó una sonrisa irónica.

—Dispare, doctor.

—Bueno, uno: ¿creía de veras que yo conocía a esos hombres?

—No. —Lloyd negó con la cabeza.

—Entonces es lógico suponer que ha venido a explotar mi conocimiento, de muchos sabido, sobre el comportamiento criminal.

La sonrisa de Lloyd se amplió.

—Sí.

El doctor le devolvió la sonrisa.

—Bien. Le daré mi opinión con sumo gusto. ¿Puede plantear su caso o preguntar, o lo que sea, de manera no hipotética?, ¿contarme los hechos reales, lo más resumido posible, y luego dejar que le haga preguntas?

—Lo tiene usted. Lo ha conseguido. Es todo suyo.

Lloyd se levantó hasta la ventana para mirar a la calle, dieciséis pisos más abajo. Sin volverse, habló seguido durante cuarenta minutos, dando un resumen del caso Herzog/Goff; no mencionó las fichas robadas y la relación de Herzog con Martin Bergen, pero se recreó en detalles siniestros del piso en Avenida Melbourne. Cuando terminó, el doctor suspiró.

—Dios mío, menuda historia. ¿Por qué no han hablado de ese hombre, Goff, en la tele? ¿No contribuiría a cazarlo?

Lloyd se dio la vuelta.

—Los jefazos han ordenado bloqueo total de los medios de difusión. Seguridad pública, relaciones públicas, lo que usted quiera, me importa un rábano; mis opciones se van desvaneciendo. Ni dónde agarrarme en lo del compinche de Goff. La orden de busca y captura puede ser todo o nada. Yo mismo he buscado por los bares, pero es una aguja en un pajar. Si no doy pronto con ningún indicio, me voy a Nueva York a

ver lo que saco de Goff preguntando a los que le conocen, aunque creo que no sacaré nada. Juegue el balón, doctor; me interesan sus conclusiones sobre la relación de Goff con su socio y la decoración del piso. ¿Qué opina usted?

Havilland se levantó y caminó por la sala. Lloyd se sentó y contempló sus paseos. Por fin se paró y empezó a hablar.

—Me convence su opinión sobre la sicosis de Goff y la influencia moderadora de su compañero zurdo, pero sólo hasta cierto punto. Además no creo que sean amantes, a pesar de los símbolos de los recortes murales. Creo que le han plantado pistas falsas de una manera subliminal; sobre todo los desnudos y los títulos escritos. Esos tópicos son reminiscencias de los años sesenta; tal vez Goff y su amigo estén influidos por los eslóganes de la familia Manson. Creo que los discos olvidados son un subterfugio de eso subliminal, todos son arquetipos de música de los sesenta. Limpiaron todo el piso de arriba a abajo y se olvidaron de los discos. Me parece chocante. Una cosa evidente es que el escondite de Goff saltó en pedazos después del tiroteo; sabía que tarde o temprano le iban a identificar y que tenía que echar a correr. Y su amigo fregó las paredes para eliminar sus propias huellas, posiblemente después de la marcha de Goff, pero no quitó los recortes ya que sólo indicaban la sicosis de Goff. No «vio» el recorte con la placa del policía porque nunca lo había visto y no sabía que Goff lo había montado. Las otras pistas de las paredes pudieron ser manipuladas de forma ambigua, pero la del armario, no. Apunta al asesinato de un policía. Si el amigo lo hubiese sabido, seguro que lo hubiera destruido. ¿Qué piensa «usted» de ello, sargento?

Lloyd estaba deslumbrado por la teoría expuesta de forma tan brillante.

—Que encaja desde todos los ángulos. Yo estaba columbrando algo parecido, pero usted se me ha adelantado un buen tramo. ¿Quiere envolverme el regalo completo?

El doctor se sentó junto a Lloyd, tan próximo que sus rodillas casi se tocaban. Dijo:

—Creo que la pista del móvil, abierta o subliminal, son los hombres desnudos, que no indican apetencias homosexuales, sino un deseo de destruir la fuerza viril. Opino que el amigo está bastante perturbado, pero Goff es un sicótico total. Creo que ambos son muy inteligentes y que están fuertemente motivados en un odio profundo contra la Policía.

Lloyd dejó que las palabras calaran en él, sin dejar de mirarle a los ojos. La tesis era sólida, pero ¿cuál sería el paso siguiente?

Al fin, Havilland bajó la vista y dijo:

—Me gustaría ayudarle, sargento. Tengo montones de fuentes de información sobre delincuentes. Mi pequeña viña privada, por decirlo de algún modo.

—Se lo agradezco. —Sacó una tarjeta y se la dio—. Está el teléfono de la oficina y de mi casa. Llámeme a cualquier hora.

Havilland guardó la tarjeta y preguntó:

—¿Puedo quedarme con la foto de Goff? Para enseñarla a alguno de mis pacientes.

—Desde luego. No diga que Goff es sospechoso de asesinato. Hágalo como sin darle importancia. Si sospechan que se trata de algo gordo, pueden intentar explotarlo por dinero o favores.

—Por supuesto. No hago otra cosa como profesional. Por mi parte, quiero que quede claro: no puedo ni quiero perjudicar el anonimato de mis informadores; bajo ningún concepto.

—No se lo pediría. No esperaba que lo hiciera,

—Bien. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Romperme la cabeza, digerir sus teorías, repasar cuarenta o cincuenta veces el papeleo hasta que algo me muerda.

Havilland se echó a reír.

—Confío que la mordedura no sea mortal. Mire, tiene gracia. De repente me parece usted muy serio, igual que mi padre. ¿Malos pensamientos?

Lloyd se rió hasta que le dolió la mandíbula y le saltaron las lágrimas. El doctor se reía con él, formando triángulos con sus dedos. Al recobrar el aliento, Lloyd exclamó:

—Dios, qué bueno. Me reía de lo gracioso de la pregunta. En toda la semana no tenía en la cabeza más que el crimen, y cuando dijo «malos pensamientos» estaba pensando en la increíble mujer de la pared.

Havilland rió abiertamente y se le escapó:

—Linda Wilhite produce eso en los hombres. Les vuel... —se interrumpió y continuó en otro tono, rectificando—. Ella es capaz de hacer que los hombres digan su nombre a voces. Olvide lo que dije antes, Hopkins. El anonimato de mis enfermos es sagrado. No ha sido muy profesional por mi parte.

Lloyd se puso de pie, pensando que aquel pobre diablo estaba enamorado perdido, más allá de lo normal, de una mujer que armaría atascos de tráfico al cruzar la calle para comprar el periódico. Sonrió y le tendió la mano; Havilland se la estrechó amablemente y Lloyd le dijo:

—También yo cometo cantidad de pifias, doctor. Gente como nosotros la caga de vez en cuando por eso de *noblesse oblige*. Gracias por su ayuda.

El doctor John Havilland sonrió. Lloyd salió con la vista fija al frente, sin dirigirla a la pared donde estaban las fotos de Linda Wilhite.

CAPÍTULO TRECE

Un segundo después de salir Lloyd Hopkins, el Noctámbulo se puso a respirar con todas sus fuerzas. La tensión reprimida que le permitió aquella actuación («su brillante representación») se le desbordaba ahora por todos sus poros; empezó a temblar sin control y tuvo que agarrarse a la mesa para vencer el vértigo. Siguió aferrado a ella hasta que los nudillos se pusieron blancos y tuvo calambres por todo el brazo hasta el hombro. Se fijó como médico en sus constantes, calculó ciento veinte pulsaciones y una tensión arterial altísima. Esta objetividad profesional le calmó y le relajó. Sintió cómo sus constantes vitales se iban acercando a la normalidad. Murmuró:

—Padre. Padre. Padre.

Fue recobrando la calma, repasó su actuación e hizo una valoración del policía. Vio con sorpresa que no era el esbirro fascista que había imaginado, sino un sujeto agradable, dotado de sentido del humor, contrarrestando una violencia que lograba contener a flor de piel. Era malo andar jodiéndole a Lloyd; pero también a él. Le fue fácil ganar el primer asalto gracias a sus instintos. El segundo round tenía que planearse con todo cuidado.

Comprobó el dietario de sobremesa; no tenía pacientes hoy, y a Linda Wilhite le tocaba dentro de dos días. Este nombre le sugirió una serie de movimientos de ajedrez. Hopkins iría a Nueva York, salvo que algo importante lo retuviera aquí; no convenía que «el loco Lloyd» hablase con gente de Attica. La siguiente jugada tenía que ser hoy, pero ¿cómo?

Entonces dio con ello. Linda Wilhite citó la primera sesión a un cliente que coleccionaba arte colombino y para quien posaba desnuda colgando luego las fotos en su alcoba. «Otro peón nuevo.»

Havilland abrió la caja empotrada tras el cuadro al óleo y sacó del informe de Linda la copia que hizo Goff del diario. Saltó por encima páginas de sexo, cantidades y conjeturas, hasta que llegó a su hombre:

28/8/83; Rudolf Stanley, Montana 11741 (en Bundy) 829-6907. Contacto por P.N.

Un auténtico a dos bandas. Casa llena de arte colombino ¡esteta!, que presume compra a precios tirados a yonquis que luego se tiran a niños (repugnancia machista). Estatuillas atávicas, viriles, maravillosas. Habla tanto de ellas que creo que quiere algo más que un polvo, sobre todo cuando me llama su «jodida obra de arte». Lo que lleva (por supuesto) a ¡sesiones fotográficas! Por cierto, Stanito es impotente, saca fotos mías junto a falos. Nada de chapuzas, es un artista y me cuenta de mujeres que suspiran por su verga de burro (Stan el bufón machista). Ando todo el rato en pelota, con miedo de coger una pulmonía. 500\$.

9/10/83; Stan, el bivalente, se ha convertido en habitual a 500\$. Enmarcada en

pelota pura por toda la casa. Extraño. Una pena que mis tetas no sean más grandes.

Volvió a guardar el informe en la caja fuerte y pensó en otro peón sin cara de vida alegre en la zona industrial de San Fernando, cerró con llave el despacho y se fue en su busca.

La sociedad Cosméticos Miss Júnior está situada en la cara norte de San Fernando Valley, un gran edificio verde rodeado de una cerca oxidada; fuera de la verja, un solar grande con coches aparcados en desorden, y enfrente toda la manzana de bares y pubs, con los anuncios a toda luz a las tres de la tarde. Dejó el coche bajo el letrero «Menú para Obreros con Chicas Desnudas». El doctor John Havilland se sintió como si entrase en el infierno.

Cerró con llave y contó las puertas con luces parpadeantes de la manzana; nueve. Entró en la primera, sintió una sacudida de música vaquera; guiñó los ojos hasta ver el estrado con una gorda pelirroja desnuda que bailaba sin gracia un buguy. A su izquierda, la barra; hizo un esfuerzo, sacó uno de veinte y se acercó allá. El barman le preguntó al acercarse:

—¿Una bebida o quiere el menú?

Havilland dejó el billete en la barra haciendo gran esfuerzo para que su tono no desentonase con el ambiente:

—Busco a Sherry Shroeder. Un tío dijo que recalaba por aquí. —Sherry está jodida. Se toma coca o zumo, y ya está armando jaleo. ¿Qué buscas, comerte un conejo?

El doctor se quedó embobado.

—¿Qué? —dijo sin comprender nada.

El hombre dijo despacio, como se habla a un niño subnormal: —Ya sabes, ¿pasar el felpudo?, ¿enterrar el nabo?, ¿cambiar el aceite?, ¿limpiar el fusil?, ¿alegrar la culebra?

Elavilland tragó saliva; puso otro de veinte en la barra.

—Sí, sí, todo eso, y a la vez. ¿Dónde puedo verla?

Con la manaza sujetando los billetes, se inclinó encima del mostrador y le dijo al oído:

—Calle abajo, hasta El Ratón Vagabundo. Tarde o temprano caerá por allí. Coge una silla, y ella se te arrima y se sienta en tu morro. Colega, guarda la tela; aquí hay suelto mucho manitas.

El Ratón Vagabundo era oscuro y retumbaba a rock-punk. El doctor se sentó en el mostrador y pidió whisky con soda, mientras que Cindy y los Pecadores iban tocando

«Veinte centímetros de Tu Amor», «Cárcel de Tu Amor» y «Dame Tu Amor» una y otra vez. Puso frente a él una pila de billetes de dólar sin mirar a la camarera *topless*, pues cada vez que lo hacía ella le ponía otro whisky. Tarareaba mentalmente a Mozart para alejarse de la música y las conversaciones horribles mientras esperaba.

La espera duraba horas; siguió pidiendo un whisky cada veinte minutos, tomando un poco y vertiendo al suelo, con disimulo, el resto. Cuando se aburrió de tanto Mozart, empezó a imaginarse a Sherry Shroeder partiendo de los datos del informe, desde una doncella nórdica hasta una guarra con peluca rubio platino. Se estaba agotando su imaginación, cuando unos dedos le acariciaron el cuello al tiempo que una voz coqueta decía:

—¿Importa que invites a una dama a una copa?

Havilland giró el taburete para ver a su ligue. Una putilla de playa. Un rostro ajado por el sol y los fármacos, con surcos profundos junto a la boca que eran prueba de muchos esfuerzos por parecer atractiva y sufrir otras tantas decepciones. El cabello rubio muy rizado y ladeado aumentaba la sensación de ansiedad. Pero sus rasgos eran bellos y sus jeans y blusa de diseño eran muy femeninos. Si ésta iba a ser la actriz, Oldfield estaría encantado.

—Me llamo Sherry.

Havilland hizo un gesto a la del *topless* y sonrió a su peón.

—Y yo, Lloyd.

Soltó una risita mientras la camarera le servía en una copa alta y retiraba dos billetes de dólar del montón.

—Un bonito nombre. A juego con tu blázer. Al Ratón no le va nada, pero es igual. En esta calle hay la tira de bares y no te vas a mudar cada vez que entras en uno, ¿o no? digo, ¿no es así?

—Sí que lo es. Visto así de carroza porque los jefazos del estudio lo exigen. Soy igual que tú, pero no puedo ir a casa a cambiarme de ropa cada vez que salgo a buscar un talento.

Sherry puso los ojos como platos. Tragó la copa y balbució: —¿E..., eres un agente?

—Soy productor independiente de filmes. —Chasqueó los dedos y señaló la copa vacía—. Hago cine de arte para unos millonarios que las visionan en salas privadas. Y ahora busco una actriz.

Sherry apuró su nueva copa de tres tragos rápidos. Havilland vio que se le dilataban sus ojos y se hinchaba su blusa.

—Soy actriz; he hecho papeles sueltos. ¿Crees que...?

Havilland le puso un dedo en los labios para impedir que siguiera hablando y miró alrededor. Nadie les prestaba la menor atención.

—Vamos ahí fuera a charlar. Aquí hay demasiado barullo.

Sherry le precedía mientras cruzaban la calle hasta llegar a una furgoneta destartada en el aparcamiento de la fábrica.

—Antes trabajaba aquí. Me echaron por inteligente. Tenía un coeficiente superior al del director y me invitaron a marcharme.

El doctor se sentó a la derecha del conductor e hizo firme propósito de no tocar nada allí. Sherry dio la vuelta por delante y se metió detrás del volante. Cuando ella le miró, provocadora, el doctor le dijo:

—Sherry, voy a serte franco. Hago películas para adultos de alto presupuesto. En condiciones normales, no aconsejaría a una actriz joven, como tú, meterte en esto, pero esta vez voy a hacerlo ya que es una audiencia privada de peces gordos de Hollywood y serán los únicos que van a verla. Permíteme una pregunta: ¿Tienes experiencia en películas para adultos?

La respuesta de Sherry brotó como un chorro, a borbotones de palabras, impulsado por una noria.

—Sí, y me parece perfecto porque antes he hecho algunas y el tío de la cámara dijo que papi y mami nunca las verían. Rodamos en el gimnasio de chicos del «Insti» de Pacoima porque el cámara conocía al conserje y tenía las llaves y teníamos que rodar de noche muy tarde porque a esa hora no había nadie. Ritchie Valens fue al Instituto de Pacoima, pero se mató con Buddy Holly en 1959. Yo era pequeñita, pero me acuerdo.

Ese recuerdo dejó atontado al doctor, sin saber qué decir. Al fin sacó la cartera y pudo hablar.

—Rodaremos dentro de unos dos días, en una casa grande de Hollywood Hills. Dos actores, tú y un hombre joven, muy atractivo. Tu sueldo: mil pavos. ¿Quieres un anticipo ahora?

Sherry se abalanzó sobre Havilland enterrando la cabeza en su cuello. Al notar la lengua en su oreja, la tomó por los hombros y la apartó.

—Sherry, por favor, estoy casado.

Ella hizo un mohín burlón,

—Los hombres casados son mejores. ¿Puedes darme uno de cien ahora?

Havilland sacó tres de cien de la cartera y se los dio.

—Por favor, no hables de esto con nadie. Si te vas del pico, otras actrices se enteran, y venga a darme la lata por un papel, y creo que voy a quedar en exclusiva contigo. ¿De acuerdo?

—Vale.

Havilland sonrió.

—Necesito tu teléfono.

Ella abrió la guantera y encendió la luz del tablero; le dio una tarjeta rojo metálico con la leyenda: «Sherry ¡Vamos de juerga! 632-0141». Havilland la metió en el bolsillo y abrió la puerta con el hombro; le dijo con una sonrisa:

—Estaré en contacto.

—Juerga negra. Lloyd, voy.

Arrancó el motor. Havilland se quedó mirando cómo la furgoneta salía quemando

neumático.

El Noctámbulo se fue a una cabina y llamó a Richard Oldfield a su casa. Dijo una sola frase y colgó antes de que pudiera contestar. Satisfecho de la fuerza de su palabra, se fue hasta Hollywood Hills a la tercera actuación de la jornada.

Oldfield había dejado abierta la puerta. El Noctámbulo entró por ella y se encontró a su peón de rodillas en la sala en postura de ejercicio de adiestramiento, la cabeza hacia adelante y los ojos cerrados, las manos cogidas detrás de la espalda. Estaba desnudo de cintura hacia arriba y sus músculos del pecho estaban tensos del reciente ejercicio.

Havilland se le acercó y le cruzó la cara con un seco revés que sonó como un latigazo, haciéndole un corte con la sortija de sello de Harvard. Oldfield encajó el golpe y siguió mudo. Havilland se apartó y golpeó de nuevo, ahora en la nariz; la rompió y además una vena cerca del ojo izquierdo. Oldfield seguía sin mostrar dolor y el doctor le atizó una serie de reveses y manotazos hasta que la cara del peón se torció y brotó una lágrima de cada ojo que se mezcló con la sangre de los golpes.

—¿Estás listo para herir y retorcer y odiar y agujerear a la mujer que deshizo tu vida de niño? ¿Listo para ir tan lejos como puedas llegar? ¿Listo para entrar en el reino de la fuerza pura y dejar el resto del mundo como al montón de mierda que de verdad es?

—Sí —sollozó.

El doctor sacó del blázer un pañuelo de seda y limpió la cara de su paciente.

—Entonces, lo tendrás todo. Ahora escucha y no preguntes. La hora, dentro de dos días. El lugar, aquí. No salgas de casa hasta que lo diga; la policía busca a alguien igual a ti. ¿Comprendes todo lo que digo?

—Sí.

Havilland se fue al teléfono y marcó siete números que había memorizado ese día. Una voz cansada le atendió.

—¿Sí?

—Sargento, soy John Havilland. Escuche, tengo algo sobre su sospechoso. Es bastante inconcreto, pero creo que la información es fidedigna.

—¡Me cago en la hostia! ¿Dónde la consiguió?

—No; eso no puedo decirlo. Lo que puedo decirle es que el hombre es diestro, y en mi opinión profesional, no sabe nada de ningún homicidio ni de las andanzas de Goff.

—Tengo listo el bloc, doctor. Hable lentamente.

—Está bien. El hombre dice que conoció a Goff el año pasado, en un bar de solteros. Juntos dieron un atraco, no recuerda dónde, y se llevaron objetos de arte. Goff tenía un cliente que los compró. Mi hombre dice que su nombre era Rudolph Stanley o Stanley Rudolph. Tenía un condominio en Brentwood, en Bundy, cerca de

Montana.

—¿Eso es todo?

—Sí. Mi paciente, en el fondo, es un joven honrado y decente, y está bastante loco. Por favor, no insista en su identidad; no se la daré nunca, sargento.

—No se apure, doctor. Y si gracias a esto consigo echar el guante a Goff, le prometo la mejor cena de su vida.

—Será un placer. Cuento con ello. —Havilland se quedó esperando alguna respuesta, pero ya habían colgado.

Colgó el teléfono y vio que Richard Olfield seguía sin moverse de su postura humillada. Se miró la sangre de sus manos. Retorcer al poli. Agujerearle. Hacerle pagar por su propia infancia oscurecida y colmar el vacío con la luz.

CAPÍTULO CATORCE

Al amanecer, Lloyd estaba dentro del coche, esperando en el cruce de Bundy con Montana, provisto de guantes finos de goma y unos útiles de ladrón. Al colgar la llamada del doctor, hizo una serie de llamadas suyas, a Archivos e Investigaciones, al ordenador central de la policía, al servicio nocturno de información sobre automóviles. Los resultados le dieron satisfacción a medias. Un Rudolph Stan vivía en Montana 1174!, apartamento 1015, pero sin antecedentes, lo más grave era haber saltado un semáforo. Un ciudadano respetable que, con seguridad, llamaría a su abogado a gritos al enterarse de que había comprado cosas robadas. Sólo quedaba entrar por las buenas y registrar, durante el día, ilegal del todo, y esperar a la suerte. DMV le informó que estaba soltero, era corredor de bolsa y tenía un Cadillac Seville azul cielo, último modelo, con matrícula personal «El Gran Stan», el que estaba aparcado allí mismo. Lloyd se agitó y miró el reloj: 6.08. La Bolsa abre a las siete. «El Gran Stan» tenía que salir ya, si no quería llegar tarde al trabajo.

Tomaba café a morro del termo pensando en los otros datos no profesionales de las mismas llamadas. No muy a gusto, había pedido también informes sobre Linda Wilhite; no consiguió mucho. Edad, rasgos físicos, dirección, que trabajaba de «autónoma», tenía un Mercedes y sin antecedentes. Pero le emocionó pedir esa información, dejando volar su fantasía sobre lo que necesitaba y quién necesitaba a aquella criatura adorable.

Su mente se debatía entre el caso y Linda, cuando Havilland le llamó para su sorpresa; Linda pasó a un segundo plano.

A las 6.35, un gordito, bien vestido, salió al trote hacia el Cadillac con un bollo en una mano y un ataché en la otra. Se metió en el coche y salió disparado por Bunty Sur. Lloyd esperó tres minutos, entró en el edificio y subió en ascensor al piso diez.

El 1015 estaba al fondo de un largo corredor enmoquetado. Miró a ambos lados y tocó al timbre. Esperó medio minuto, examinó la doble cerradura y metió una palanqueta fina en la de arriba, notando un chasquido cuando el cerrojo cedió. Apoyó el hombro con fuerza para que cediera del todo. Con la mano libre metió una ganzúa en el de abajo y lo hizo girar. A los pocos segundos cedió y la puerta se abrió hacia adentro.

Lloyd entró y cerró la puerta. Cuando se acostumbró a la penumbra, descubrió una cueva del tesoro de arte primitivo.. Estantes completos de estatuillas precolombinas de la fecundidad y tallas africanas que llenaban librerías sin libros. Repisas de ventanas y sillones llenos de cerámica maya, y en las paredes óleos de indios peruanos y santuarios andinos. Las alfombras y muebles eran de saldos de almacenes, pero las antigüedades valían una fortuna.

Se calzó los guantes y empezó a revisar la casa; sólo sacó en limpio que, fuera del arte y el Seville último modelo, «El Gran Stan» era austero: ropa bastante tronada y comida de tele en la nevera. Se limpiaba los zapatos él mismo y salvo una cámara de

35 mm. barata no había electrodoméstico ni equipo, electrónico o no, que no viniese con el alquiler. Stan vivía obsesionado.

Sacó una coca corriente del frigorífico y se sentó en un raído sofá a meditar su oportunidad: inútil buscar huellas de Goff o de la persona amiga del doctor en las piezas de arte, seguro que Stan las había manoseado. Pero el arreglacocos había apuntado dos cosas: que su informador escribía con la derecha y que no sabía el paradero de Goff. Elabía que creer en su objetividad médica.

Quedaban tres rutas: presionar a Stan con amenazas, peinar a fondo el piso en busca de pruebas y hacerse con la agenda y dar con los peristas, comprobando en Antecedentes sus nombres. Como lo de Stan no podía ser de momento, quedaban las otras dos. Terminó el refresco y se puso a trabajar.

Le llevó tres horas revisar hasta el último centímetro y le confirmó que era un solitario que sólo vivía para su arte. Ropa mal lavada, cuarto de baño en desorden y alcoba llena de polvo, aparte de unas marcas rectangulares de haber cuadros allí colgados. Ante aquella mezcla de miseria y obsesión, Lloyd pidió clemencia para toda la puteada raza humana.

Quedaba sólo la agenda, en el suelo, junto al teléfono. Pasó las páginas; sólo había nombres y direcciones. Miró en la «G» y no había nada de Goff. La letra de Stanley Rudolph era sin duda de un diestro. Con un suspiro, sacó el bloc y empezó por la «A».

Al llegar a «Laurel Benson» sintió un pequeño temblor que le subía por la espalda. Laurel Benson era una fulana muy cara, de contacto por teléfono, que arrestó diez años atrás cuando él hacía Antivicio de L.A. Oeste. Pensando en mera coincidencia y que le alegraba saber que Stan echaba un polvo de vez en cuando, siguió copiando nombres hasta llegar a Polly Marks. Soltó el boli y se echó a reír. Las dos únicas mujeres de la lista eran putas. Claro que tenía que dar betún a sus zapatos y beber refrescos baratos. Tenía dos costumbres muy caras.

De la «L» a la «V» había unos cincuenta nombres, solo cuatro de mujeres, de ellas dos fulanas que conocía de la Antivicio. Ya empezaban los «calambres de escritor» cuando en la última página se topó con: «Linda Wilhite/275-7815». El ligero temblor se transformó en terremoto de grado 9,6. Dejó la agenda y salió de aquella casa obsesionante sin tener tiempo de pensar cuál sería el próximo paso y qué significaba todo aquello.

Lloyd aparcó frente al lujoso edificio de Linda Wilhite; trataba de hallar una explicación a la cadena de coincidencias recién descubierta. Repasó las historias tanto comprobadas como intuitivas: el doctor estaba enamorado de Linda, una fulana de postín. Ésta le ponía los cuernos con Stanley Rudolph, el cual, a su vez, compraba cosas robadas por Goff y por el misterioso informante del doctor. Havilland no conocía a Goff ni a Rudolph, pero sí a Linda y al informante. Olía mucho a

casualidad, pero no tenía el tufo de error chapucero. Interrogantes: ¿conocía Linda a Goff y al informante?, ¿o sería el sanacocos, con toda la pinta de enamorado de Linda, «el verdadero informante», que daba a Lloyd datos verdaderos, aunque simulando que venían de un supuesto informante y protegiendo con esta maniobra a Linda y su ética? Lloyd notó que la furia desbordaba su ardor erótico inicial. Si Linda sabía algo sobre Goff o su amigo zurdo, él se lo arrancaría a tirones.

Entró corriendo al edificio y subió a saltos los tres tramos de la escalera de servicio. Alzó la mano para llamar a la puerta; «sabía» que estaba temblando.

Se abrió la mirilla y una voz femenina dijo:

—¿Sí?

Lloyd plantó la placa frente a la mirilla.

—Policía de Los Ángeles. ¿Puedo hablar un momento con usted, señorita Wilhite?

—¿De qué se trata?

Lloyd sintió que ahora temblaba por dentro.

—Es algo sobre Stanley Rudolph. ¿Podría abrir, por favor?

Oyó descorrerse varios cerrojos y apareció «ella» con un caftán vaporoso hasta los tobillos. Trató de mirar tras ella a la casa pero su campo visual estaba enfocado hacia Linda y el fondo le parecía borroso.

—¿Qué pasa con Stanley Rudolph?

Lloyd pasó sin ser invitado e hizo un rápido inventario del vestíbulo y el salón. Todo estaba en penumbra y algo brumoso, pero vio que todo eran cosas caras y de buen gusto.

Linda siguió las andanzas de Lloyd y al final le indicó una butaca.

—No seas tímido, ponte cómodo, ésta es tu casa. Le diré al mayordomo que sirva un cóctel de menta.

Lloyd se echó a reír.

—Bonita choza, Linda. Apuesto a que no es una de esas de renta limitada.

Linda le devolvió una carcajada nada sincera.

—No seas tan ceremonioso; llámame «sospechosa».

Sacó del bolsillo las fotos de Goff y Herzog.

—De acuerdo, sospechosa. ¿Ha visto a estos dos hombres alguna vez?

Linda miró bien las fotos y las devolvió. No había el menor síntoma de que los conociera, ni en su cara ni en sus brazos en jarras.

—No. ¿Qué era eso de Stanley Rudolph? ¿Eres de la Antivicio?

Lloyd tomó asiento y estiró las piernas.

—Así es. ¿Que tipo de relación tienes con Rudolph?

La mirada de Linda se volvió fría, y lo mismo su voz.

—Lo sabes de sobra, de modo que ¿por qué no dices a qué has venido, haces las preguntas, recibes las respuestas y te largas?

Lloyd movió la cabeza.

—¿Qué es lo que sabes?

—¡Que no eres un jodido pasma de la Antivicio! —gritó—. ¿Tienes respuesta rápida a eso?

La voz de Lloyd era suave. La que tenía para sus hijas.

—Sí. Que no eres una puta.

Linda se sentó frente a él.

—Cada objeto de esta casa te está llamando mentiroso.

—Me han llamado cosas mucho peores.

—¿Por ejemplo?

—Entre lo más selecto, puedo citar: «barracuda del asfalto», «cerdo machista», «chupapollas fascista», «cobarde perro racista», «comecoños de mierda». Agradezco que los insultos sean frases y no palabras sueltas: «hijoputa» y «cerdo» me aburren.

Linda se rió y tocó con el dedo la alianza de Lloyd.

—Está casado. ¿Su mujer cómo le llama?

—Por conferencia.

—¿Qué?

—Estamos separados.

—¿Separación definitiva?

—No lo sé. Dura ya un año y tiene un amante. Pero pienso sobrevivir a ese bastardo.

Linda estiró las piernas, imitando la postura de Lloyd pero en dirección distinta.

—¿Siempre comenta los asuntos personales íntimos con desconocidos?

Lloyd se rió y sintió deseos de tocarle las rodillas.

—Sólo a veces. Es un buen tratamiento.

—Yo estoy a tratamiento.

—¿Por qué?

—Ya salió la primera pregunta tonta. Todo el mundo tiene problemas. Y los que tienen dinero y ganas de quitárselos de encima, van a un siquiatra. ¿Capito?

Lloyd negó con la cabeza.

—La mayoría de la gente desgraciada tiene neurosis de poca monta, cosas que no puede controlarlas. Así a primeras, pareces una de ese tipo. A primeras diría que un catalizador de alguna clase te ha llevado al sofá.

—Mi curacocos no tiene sofá. Es demasiado moderno.

—Una forma extraña de llamar a su propio siquiatra.

—Bien. Moderno significa brillante, inquieto, profesional y con sinceridad brutal.

—¿Estás enamorada de él?

—No. No es mi tipo. Oye, esta charla empieza a ser un poco extraña y fuera de lugar. Tu «eres» poli, ¿no? La placa no sería de juguete o algo parecido, ¿no?

Lloyd miró la pila de periódicos sobre la mesita cercana a él.

—Si tienes el *Times* del martes, mira la página dos; «Tiroteo en un club de Beverly Hills».

Linda se acercó a la mesa y revolvió entre los diarios. Leyó el artículo; cuando se volvió a Lloyd, éste tenía en su mano la placa y la credencial. Linda tomó la cartera y la examinó, mostrando su radiante sonrisa.

—Así que tú eres el sargento Lloyd Hopkins, y una de esas fotos es del sospechoso sin identificar con el que os liastéis a tiros. ¿Y qué tenemos que ver Rudolph y yo en esto?

Lloyd rumió la pregunta mientras Linda se volvía a sentar sin soltar la cartera; se decidió por la versión resumida.

—Un informador me ha dicho que Thomas Goff, el «sospechoso no identificado» de ese diario, vendió a Stanley Rudolph algunos objetos de arte con la ayuda de un socio aún no identificado. Me tropecé con la agenda de Rudolph y vi varias chicas-teléfono que arresté hace años. Vi tu nombre y, como las otras chicas están en la «vida», pensé que tú también. Necesito ayuda de alguien para obtener información sobre Rudolph y, como las otras chicas no me pueden ni ver por detenerlas, pensé en ti.

Linda le devolvió la cartera.

—¿Siempre eres tan jodidamente caradura?

—Sí.

—¿Y por qué no vas derecho al pequeño Stan?

—Porque querrá hablar delante de su abogado. Porque si admite que conoce a Goff, reconoce que adquiere objetos robados, y es cómplice de atraco en primer grado y encubridor. ¿Cómo es ese tal Rudolph?

—Un hombre patético que pierde la chaveta sacando fotos de desnudos. Un bufón bocazas. ¿Y ese Goff qué ha hecho en concreto?

—Ha asesinado por lo menos a tres personas.

Linda palideció.

—Dios mío. ¿Y quieres que yo saque información sobre él al pequeño Stan?

—Sí, y sobre su socio, que estoy seguro que es zurdo. ¿Suele hablar Rudolph de su colección y de cómo la adquiere?

Linda le dio unos golpecitos en el brazo.

—Su tema favorito de conversación es esa colección de arte. Todo muy relacionado con su obsesión sexual masculina. Me ha dicho montones de veces que compra la mercancía a chorizos que la roban. No concreta más. Antes, tenía fotos mías desnuda, colgadas en su alcoba, pero las quitó porque esperaba una remesa de estatuillas. Hace mes y medio que no me he liado con él. Quizás en ese tiempo haya conocido a Goff.

Lloyd recordó las marcas rectangulares del dormitorio de Stan, pensando los desnudos que se perdió por no haber tenido el caso un par de meses antes.

—Linda, ¿tú crees que...?

Linda le hizo callar con una imponente sonrisa conspiradora que quitaba el aliento.

—Sí. Llamaré al pequeño Stan y concertaré una cita, espero que para esta noche. Llámame a la una de la madrugada; no te preocupes, estaré muy tranquila.

La sonrisa conspiradora de Lloyd tenía algo de ruborizada.

—Gracias.

—Para mí es un placer. Tenías razón, ¿sabes? Me puse a tratamiento por un motivo.

—¿Cuál?

—Quiero dejar la «vida».

—Entonces, yo tengo dos veces razón.

—¿Qué quieres decir?

—Te dije que no eras ninguna puta.

Lloyd se levantó y salió de la casa dejando que su marcha quedara flotando en el ambiente.

Después de asegurar la cobertura de Rudolph, a Lloyd le vino a la cabeza algo tan elemental que su misma sencillez hizo que no se le ocurriera investigarlo. Se maldijo por el descuido y desde una cabina llamó al Holandés, al cuartelillo de Hollywood; le pidió que cruzara la calle hasta el Juzgado Municipal y consiguiera un mandato para investigar la cuenta bancaria de Jack Herzog. El Holandés accedió, a condición de que cuando pasase a recogerlo le informase sobre la situación del caso. Lloyd a su vez aceptó y se fue a El Valle, a casa de Herzog, pensando sin parar en Linda.

Al llegar, se fue derecho al piso del casero, le mostró la placa y le preguntó de qué banco eran los cheques que extendía Herzog. Sin vacilar, el frágil anciano dijo:

—Del Security-Pacific, sucursal de Encino.

Siguió con una diatriba contra los agentes que habían llegado la víspera a precintar el bonito apartamento de Herzog.

Tras darle las gracias, volvió por el puerto de Cahuenga a la Comisaría de Hollywood. Se encontró al Holandés en su despacho.

—Sí, sí —decía por teléfono; alzó la vista y con el índice hizo amago de cortarse la garganta de lado a lado. Le murmuró a Lloyd—: Asuntos Internos.

Lloyd cogió una silla y se sentó frente a él con los pies sobre la mesa.

—Sí, Fred, se lo diré —musitó el Holandés colgando el teléfono. Se volvió a Lloyd.

—Buenas y malas noticias. ¿Por dónde empiezo?

—Elige tú mismo.

El Holandés sonrió y con un lápiz le pinchó en los tobillos.

—Las buenas, que el juez Bitowf extendió el mandato sin hacer preguntas. ¿No es un detalle por su parte?

Lloyd se unió a la sonrisa irónica del Holandés, y alzó un pie como para dar una patada al sujetalibros de cuarzo.

—Díme qué te ha dicho Fred Gaffaney. Y no te dejes nada.

—Más buenas y malas noticias. Las buenas, que soy tu enlace con Asuntos Internos en todo lo referente al caso Goff/Herzog. Las malas, que Gaffaney acaba de insistir, en el tono más fuerte, que no puedes ni siquiera acercarte a los que hacen vigilancias nocturnas ni a las empresas. Está preparando una ofensiva y él, con hombres de toda confianza, va a empezar una serie de interrogatorios dentro de poco. «Me» darán copias de los informes y «tú» puedes pedírmelas. Gaffaney también afirmó que si te saltas lo más mínimo estas órdenes quedas suspendido y a disposición de un tribunal disciplinario. ¿Te parece bien?

Lloyd se incorporó y acarició el sujetalibros.

—No, no me gusta. Pero a ti sí.

El Holandés esbozó una sonrisa maliciosa.

—A mí me gusta todo lo que te mantenga razonablemente controlado, y por tanto ayude a que sigas perteneciendo al Cuerpo de Policía. No soportaría que te dieran la patada y tuvieras que vivir del paro. En seis meses te habrías dado a la bebida y dormirías en los parques.

Lloyd se levantó, recogió el mandamiento de la mesa dejando a su vez el bloc con los nombres copiados de la agenda de Rudolph.

—Ya sé por qué estás tan cínico hoy. Has comido con martinis y como tomas una copa al año, aguantas poco y se te cruzan los cables. Soy detective. A mí no me engañas.

El Holandés se rió.

—Que te jodan ¿Qué pasa con ese bloc? ¿Y adonde vas? Tienes que informarme sobre el caso.

Lloyd hizo amago de darle al sujetalibros.

—Que te jodan dos veces. No me fío de los borrachos. Pon a un esbirro tuyo a sacar información de esa lista, ¿vale?

—Lo pensaré. Oye, Lloyd, ¿por qué has encajado tan bien esas malas noticias? Pensaba que empezarías a romper cosas.

Lloyd trató de imitar la sonrisa del Holandés, pero se dio cuenta de que se estaba ruborizando.

—Creo que estoy enamorado. —Se marchó.

Lloyd enfiló por la autovía Ventura a toda marcha para llegar a la sucursal de Encino antes del cierre. Lo consiguió por minutos. Mostró las credenciales y el mandato al director, un japonés de mediana edad que le llevó hasta la intimidad de las cajas privadas; volvió a los cinco minutos con una tira del ordenador y una gruesa carpeta de operaciones bancarias. Con una reverencia se retiró cerrando la puerta; Lloyd quedó en un silencio inalterable.

Pronto el silencio empezó a llenarse de fechas y números que pormenorizaban

una atípica vida de policía. Los primeros apuntes de ingresos y talones databan de cinco años. Empezó desde el principio y leyó, aburrido, los ingresos salariales cada quince días y los talones de la renta cada mes, la libreta de ahorros cada tres pagas. Jack Herzog era un hombre frugal. Ningún talón superaba los 350\$ de la renta, y cada tres sueldos depositaba 300\$ en la libreta de ahorros al 7,5% de interés. Cuando abrió la libreta, en 1979, su saldo no total llegaba a 600\$. El último ingreso, hacía seis meses, arrojaba un balance total de 17.913,49\$.

Reparando la última fecha de apunte 4/1/84, pasó a la hoja de ordenador esperando que recogieran las operaciones desde aquella fecha.

Y así era. Seguía el mismo ritmo depósitos/retirada de talones aunque la grafía de ordenador era más difícil de leer. Estaba a punto de menear la cabeza ante la imagen de un hombre muerto con casi diecinueve de los grandes cuando la última operación apareció ante él, atrapándole por la garganta.

El veinte de Marzo, sobre la hora de su desaparición, Jack Herzog liquidó las dos cuentas y pidió que su saldo total, 18.641,07\$, fuese transferido a otra sucursal bancaria. Junto a la hoja de ordenador había una fotocopia de la transferencia por la cantidad citada a la sucursal de Hollywood Oeste, a la libreta de ahorros de Martin D. Bergen. Lloyd sentía que los hechos se reordenaban de otra forma en su mente. Salió despacio de la sala silenciosa y atravesó el banco, haciendo una inclinación al director y echando a correr en cuanto estuvo en la calle.

Aceleró a tope por Hollywood Hills y consiguió llegar al *Big Orange Insider* en menos de media hora. La misma recepcionista le sonrió con el mismo asombro cuando se abrió paso por la puerta que llevaba a la editorial. Segundos después, el joven con quien se enredó la vez anterior trató de cerrarle el paso, poniéndose en su camino con las piernas apuntaladas como un defensa central.

—Le dije que no volviera por aquí.

Lloyd alzó un dedo hasta su cara.

—Marty Bergen. Asunto policial. Vete a buscarlo.

El joven se cruzó de brazos.

—Está de vacaciones. Váyase.

Lloyd sacó el mandato judicial, hizo un rollo y acarició con él la cara del joven. Éste retrocedió un paso.

—Esto es un mandamiento judicial para registrar la mesa de Bergen. Si te niegas, vendré con otro para registrar el edificio entero. ¿Vas comprendiendo, angelito?

Poniéndose rojo como el tomate y luego blanco como la leche, señaló con una mano temblorosa el fondo de la sala.

—La última mesa de la pared. Déjeme ver esa orden judicial.

Lloyd se la dio y avanzó entre el laberinto de mesas, ajeno a las miradas de sus ocupantes. El escritorio de Bergen estaba lleno de papeles. Lloyd los ojeó, apartándolos a un lado al ver que eran garabatos taquigráficos indescifrables. Iba a registrar los cajones cuando una voz femenina le interrumpió.

—Agente. ¿Marty está bien?

Lloyd se volvió. Una alta mujer de color, con una bata llena de manchas de tinta, esperaba la respuesta con un rollo de galeradas en la mano. Repitió la pregunta.

—¿Está bien Marty?

—No. Creo que no. ¿Por qué lo pregunta? Parece preocupada.

La mujer manoseó el rollo en sus manos.

—No ha vuelto por aquí desde la vez que usted estuvo. Tampoco está en su casa, y nadie en el *Orange* le ha visto. Y justo antes de que volara, recogió todas sus columnas para la semana próxima, excepto una. Soy la jefa de tipografía y necesito componer esas columnas. Marty ha armado una verdadera cabronada al *Orange* y es muy raro por su parte.

—¿Había volado de este modo otras veces?

—¡No! Bueno, a veces alquila una habitación de un motel y se larga allí de juerga, pero siempre deja borradores de sus columnas para el tiempo que va a estar ausente. Esta vez fue «muy extraño» porque «volvió» para pedirme esas columnas, que por otra parte me parecieron «muy extrañas» cuando las leí.

Lloyd hizo un gesto a la mujer para que se sentara.

—Hábleme de esas columnas. Intente recordar todo lo que pueda.

—Pues que sencillamente eran muy «extrañas». Una se titulaba «Chapucerías a la luz de la luna» y trataba de jefes de la policía que hacen de figurón con un montón de guardas jurados de mala muerte a sus órdenes. «Extraño.» Otras eran versiones del mismo tema De la Policía de Los Ángeles manipulando los medios, porque conocen los trapos sucios de esos jefazos pluriempleados. «Extraño.» Porque la comida del *Orange* es política antibofia, pero estos temas eran «extraños», incluso para Martin Bergen, un tipo encantador, aunque también «muy extraño» él mismo.

Lloyd sentía que fragmentos de su caso brillaban con una desconocida luz nueva; «Marty Bergen había leído aquellas fichas desaparecidas». Tragó saliva para afirmar su voz y preguntó:

—Ha dicho que Bergen le dejó uno de esos artículos. ¿Puedo verlo?

La mujer asintió y extendió la galerada sobre la mesa.

—Marty me dio instrucciones muy concretas sobre la composición. Dijo que había que enmarcarlo con una línea negra y muy gruesa, que saliera el tres de Mayo, porque era el cumpleaños de un colega suyo. «Muy extraño.» —Encontró la sección y la señaló con el dedo—. Aquí está, léalo usted mismo.

El artículo, enmarcado en negro, se titulaba: «Tren Nocturno al Inmenso Ningún Sitio». Lloyd lo leyó por tres veces y sintió que su caso volvía a trasladarse desde la desconocida y nueva luz a una oscuridad aun más desconocida:

Cuando un poli se sube al oscuro «*Tren Nocturno al Inmenso Ningún Sitio*», le tiene sin cuidado el punto de destino exacto, pues cualquier final de trayecto es

preferible a vivir dentro de su propia mente, con la horrible certeza de que la edad del sol no penetrará jamás en el Gran Iceberg.

Cuando mi amigo saltó al «tren nocturno a la inmensidad de ningún sitio» tal vez sólo veía que iba a liberarse de su inmensa pesadilla, cerrada e íntima; luego le atrapó otra nueva pesadilla que definió el papel que iba a tener en esa danza de mortajas que a todos nos tocará bailar.

No pagaste el billete con tu revólver; eso fue revelador. Eres otro impostor de uniforme azul, como yo. En tu adiós nihilista no usaste tu herramienta de trabajo, como colofón a tu mascarada. En vez de ello te fuiste sumergiendo en una nube rosada de silencio químico, que te dio tiempo a pensar en todos los acertijos que habías resuelto y en la crueldad de las soluciones finales de tus puzzles. Al final te enfrentaste, y lo «supiste».

Fue el acto heroico más consciente de una vida vulgarizada por temerarias exhibiciones de valor. Te quiero por ello y te dedico estos versos de despedida de calibre veintiuno:

Resucita a los muertos en este día.

Abre las puertas por donde No se atreven a vagar;

Anula todos los billetes al horrible baile de las mortajas. Apaga la noche en la rabia del éxtasis.

Lloyd devolvió el papel a la perpleja tipógrafa.

—Edítelo. Redima a esta mierda de periódico.

La mujer le dijo:

—No es *Los Angeles Times* pero es un sueldo seguro.

Lloyd asintió, pero no replicó. Cuando salía de la oficina el joven estridente continuaba examinando el mandamiento judicial con una lupa.

Sabiendo que no podía registrar personalmente el piso de Marty Bergen, se fue a su casa y llamó a la oficina del shériff de Hollywood Oeste, explicando brevemente el caso y transfiriendo a ellos el trabajo de registrar los moteles y detener a Marty Bergen si le encontraban; no les contó lo que sabía del extracto de la cuenta bancaria.

Surgían nuevos interrogantes en el laberinto en que se estaba convirtiendo el caso Herzog/Goff. ¿Se había suicidado Jungle Jack Herzog? En ese caso, ¿dónde estaba el cadáver, quién se había deshecho de él, y quién había borrado todas las huellas del piso? Las «extrañas» galeradas de Bergen indicaban que había visto los expedientes robados por Herzog. ¿Dónde estaban? ¿Cuál era el significado real de aquel artículo suicida? ¿Dónde se encontraba Bergen? ¿Hasta qué punto estaba complicado en el caso?

No conseguía que encajase nada; Lloyd reconoció que se sentía desequilibrado, hambriento y empezando a perder el contacto, y que el remedio mejor era una tarde de descanso. Cenó unas lonchas de jamón y un tarro de queso fresco; salió a la terraza

a contemplar el ocaso fundirse con la oscuridad, encantado anilla idea de no pensar.

Pero pensó.

Recordó las colinas en terrazas y las casas de los antiguos moradores y aquellas noches en vela de los años cincuenta oyendo los aullidos de los perros encerrados en la perrera municipal, a dos manzanas de su casa. Al barrio de Silverlake le pusieron el mote de «Villaperros»; en el 55 y 56 formaba parte de la banda de los chavales de Villaperros; a él le llamaban «Hombre Perro» y «el Rescatador». Los constantes alaridos, aunque lastimeros, eran como combustible de un sueño misterioso y romántico. Algunas noches los perros se abrían camino con dientes y garras a la libertad, aunque sólo para quedar aplastados por autos trucados en la curva sin visibilidad junto a la ventana de su cuarto. Cuando iba por la mañana al colegio ya había retirado los restos y el viejo «señor» Hernández, el vecino, había regado el asfalto; pero Lloyd sentía y olía, casi cataba la sangre. Y al cabo de un tiempo ya no se pasaba la noche escuchando, sino que se encogía antes del inminente atropello.

Aquel otoño del 56 quedó en los huesos de no dormir; tenía que hacer algo para recuperar aquella sensación de milagro que siempre sintió después del oscurecer. Porque la noche estaba para descansar y tener bellos sueños, y sólo el que luchaba por su santuario merecía tener un recinto propio.

Lloyd inició el ataque contra la muerte. Primero construyó en casa, con cartón y letreros, un desvío para cerrar los dos extremos de la «curva del perro muerto» y evitar el paso de conductores temerarios. El truco funcionó dos noches hasta que un esnifador de pegamento, de la banda de la Calle Primera, estrelló su Chevy contra la valla y embistió una serie de coches aparcados en la acera para acabar chocando de culo con un coche patrulla.

Al día siguiente, después de pagar la fianza, salió en busca del cabrón que había colocado aquellos cartones, sonriendo cuando se enteró que era un chaval de catorce años, algo loco, llamado Hombre Perro y Rescatador. Un chalado dispuesto a pasar la noche en un saco de dormir en la curva del perro muerto para que nadie jugase a carreras en su parcela.

Aquella noche, el joven Lloyd Hopkins, de catorce años, uno ochenta y cinco y ochenta kilos, empezó una serie de peleas a puños desnudos que dejaron como anticuados los apodos de Hombre Perro y Rescatador para ganar un nuevo mote: Conquistador. Las peleas duraron diez noches seguidas, ocasionándole dos roturas de nariz y un total de cien puntos de sutura, pero acabó con los bólicos temerarios en el cruce de Griffith Park con Saint Elmo.

Cuando su nariz curó por segunda vez y sus manos hinchadas recobraron su dimensión normal, Lloyd abandonó la pandilla de Villaperros. Sería un policía y no estaba bien que en su historial constaran antecedentes de bandas callejeras.

Volvió con sobresalto al presente al oír el timbre del teléfono. Se fue a la cocina y lo cogió.

—¿Sí?

—Hopkins, soy Linda.

—¿Qué?

—¿Estás fuera de órbita o qué? Linda Wilhite.

Lloyd se rió.

—Sí. Estaba en las nubes. ¿Cómo van tus rollos?

—No tiene gracia, Hopkins, pero no dejo que te escapes porque estés en las nubes. Escucha, vengo de «enrollarme» con Stanley y tengo información no muy alentadora para ti.

—¿Como qué?

—Como que alguien te ha informado mal. El pequeño Stan no tiene ni idea de quien es Goff. Le hice una descripción de la foto y no conoce a nadie que se le parezca, y muchísimo menos a ningún zurdo. Dice que compra el material a un negro que trabaja por libre. Compró una vez a un blanco, el año pasado, pero era muy carero. Siento no poder servirte de más ayuda.

—Me has ayudado mucho. ¿De dónde sacaste mi teléfono?

Linda se reía.

—Sigues en las nubes. De la guía. Oye, ¿me tendrás al tanto de cómo quedará eso?

—Sí. Y gracias, Linda.

—Ha sido un placer. A propósito, si te apetece llamar, 110 hace falta que tengas un motivo, aunque estoy segura que alguno inventarás.

—¿Me estás llamando liante?

—No. Únicamente solitario y con complejo de culpa.

—¿Y tú?

—Solitaria y algo curiosa. Adiós, Hopkins.

—Adiós, Linda.

CAPÍTULO QUINCE

Tras un apretón de manos y unos breves saludos, Linda Wilhite tomó asiento y empezó a hablar. Havilland escuchó un autoanálisis impreciso; entonces dejó de dedicarle toda su atención y se puso a buscar el modo de que la belleza de Linda colaborase para él en el único objetivo importante de su vida; que su pensamiento fuera siempre un paso por delante del de Lloyd Hopkins.

Puesto que los dos eran genios, el motor mental del Noctámbulo debía ir siempre a tope, atento a todo descuido y fuga cometido durante la partida de ajedrez. Dejó del todo el tema Linda y se concentró en el único fallo posible de aquella partida: Jungle Jack Herzog.

Su relación había sido de mutuo respeto, sincero en Herzog, fingido el del doctor. El Alquimista era el prototipo del enfermo siquiátrico, buscador de la verdad que, cuando la encuentra y no puede soportar la angustia, se encierra en su concha. Por eso el doctor jugó con su idea fantástica de emplear los expedientes robados para abrir una brecha en la credibilidad de la Policía de Los Ángeles, que por extensión redimiera a su amigo Marty Bergen y que éste, aunque cobarde y despreciable, fijase su atención en Herzog.

Pero la verdad fue demasiado fuerte para él, y Herzog, presa de vergüenza masculina, huyó a un destino final desconocido. A poco de su desaparición, Goff limpió su apartamento. La probabilidad de que no hubiese dejado pistas o contactos con Bergen o la policía era astronómica: el vergonzoso descubrimiento de su homosexualidad lo impedía. Pero Lloyd llegó a encontrar relación entre Herzog y Goff, «sin hablar de archivos». Esto era un peligro en potencia, aunque Herzog no pudo saber nunca nada de las actividades delictivas de Goff. Lo importante era hacer creer a Hopkins que él protegía a alguien cercano a Goff; que se veía frente a un dilema ético y que estaba entre la espada y la pared. Haría el papel de hombrecillo liberal inseguro y con conciencia, al que tanto odiaban los policías, y el «loco de Lloyd» tragaría anzuelo, sedal y plomada.

El Viajero Nocturno frenó su mente, insertando latiguillos y tópicos de siquiatria cuando decaía el monólogo de Linda. Tenía que decirle algo; antes hizo un resumen, había que calmar a sus solitarios y disculparse por su ausencia; entonces sonrió y dijo:

—He dejado que hable sin cortar con preguntas; en el pensar está su problema, no la solución. Tiene que darme «hechos», medir las verdades básicas y sus matices, pedirme consejo, aceptarlo o rechazarlo, y pasar al siguiente «hecho». Habrá leído todo lo publicado con buena intención sobre autoayuda y está atiborrada de alimento «inútil»; déme «hechos».

Linda se ruborizó, golpeó los brazos del sillón.

—Hechos. Quiere hechos, pues ahí van: hecho, estoy sola. Hecho, estoy cachonda. Hecho, acabo de conocer a un hombre que me gusta. Hecho, seguro que le

voy. Hecho, ahora a su esposa que le dejó abandonado. Hecho, no se deja, por más que lo desee. Hecho, esto me jode un montón.

Havilland sonrió. La letanía le sonaba a un pez tragándose el anzuelo.

—Hábleme de él; cuénteme hechos, físicos o de otro tipo, y después sus conclusiones.

Linda alisó el borde de la falda y le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. Es corpulento, de unos cuarenta años, ojos grises muy profundos, y pelo castaño. Campechano. Viste con descuido. Es simpático, arrogante, sarcástico. Muy inteligente, pero nada artificial. En fin, «lo tiene»; es un «natural».

El doctor tenía la impresión de que el pez, tras engullir el anzuelo, por una extraña razón empezaba a comer el sedal. Habló con una voz incorpórea, como filtrada por una cámara acústica.

—¿«Lo tiene»? ¿Es un «natural»? Eso no son hechos. Por favor Linda, concrete más.

—No se me enfade. Usted dijo conclusiones.

Havilland echó el cuerpo hacia atrás con la sensación de que su enojo había hecho que el sedal se partiera.

—Lamento haber alzado la voz. Hay veces que la inconcreción me irrita.

—No se disculpe, doctor. Usted conoce las emociones humanas mucho mejor que yo.

—Sí. Más hechos, por favor.

Linda se miró sus manos enlazadas y empezó a contar con los dedos.

—Es un poli, orgulloso en exceso, está solo, es..., mierda, lo «tiene».

Havilland sintió que la belleza de Linda era igual que un alambre de espino cuyas puntas se le clavaran en la yugular y que su voz las afilaba como cuchillas de afeitar.

—Doctor, no consigo concretar hechos sobre ese hombre. No sabe io extraño que es haberle conocido tan poco después de empezar esta terapia, y seguro que de este conocimiento no saldrá nada, pero los únicos hechos que tengo son mis intuiciones. Doctor, ¿se encuentra usted bien?

Havilland miraba a través de Linda al tablero de ajedrez que acababa de crear para así recobrar su temple profesional. Reyes, reinas, caballos, todos se caían; el ruido de las fichas le hizo poder sonreír y decirle con voz pausada.

—Lo siento, Linda; uno de mis pequeños ataques de vértigo. También siento haber refutado tus intuiciones. Me ha llamado la atención una cosa cuando describía a ese hombre y es que se parece bastante al de sus fantasías, con jersey talla 44. ¿A usted también le ha pasado eso?

Linda tuvo que cubrirse la boca de las carcajadas.

—Quizá los Rolling Stones no acertaron.

—¿Qué quiere decir?

—Se ve que a usted no le gusta el rock. Es de una canción de los Stones: «No siempre puedes conseguir lo que quieres». Aunque puede que estén en lo cierto,

porque si Lloyd no quiere, seguro que no le tendré.

Havilland apoyó yema contra yema sus dedos formando un triángulo que alzó hasta su cara. Miró a Linda a través de él.

—¿Cómo ha afectado ese hombre a tu vida de fantasía?

Linda le dedicó una triste sonrisa.

—Usted no se pierde detalle. Sí, ese hombre es el tipo clásico del jersey. Sí, posee ese halo de violencia que le dije. Sí, le he convertido en el hombre que ve en mi casa las violentas películas. También me agrada que sea poli. ¿Sabe por qué? Porque no me censura que sea una prostituta; los polis y las putas hacemos la calle, por decirlo así.

El doctor dejó caer el triángulo sobre sus muslos.

—Ha progresado mucho su tratamiento sólo en tres sesiones, Linda. Tanto que estoy pensando ofrecerte una sesión de ayuda visual algo vanguardista, dentro de una semana. ¿Está dispuesta a someterse a ello?

—Claro, usted es el médico.

—Sí, lo soy. Y los médicos fijan resultados a obtener. Los míos se consiguen enfrentando a mis pacientes ante sus miedos y secretos más horribles, pasando por puertas verdes, hasta más allá del más allá. Sabe usted que esos enfrentamientos van a resultarle dolorosos en extremo, ¿no es así, Linda?

Linda se levantó, se alisó la falda y colgó el bolso al hombro.

—Si no duele no vale. Soy muy dura, doctor. Aguantaré todas las verdades que quiera echarme. ¿El viernes a las diez y media?

El doctor se puso de pie y tomó la mano de Linda.

—Sí. Una cosa más. ¿Cómo iban vestidos tus padres cuando murieron?

Linda retuvo la mano del doctor meditando la pregunta.

—Mi padre llevaba un pantalón caqui, camisa de lana a cuadros y una gorra de béisbol. Recuerdo las fotos que me enseñó un policía. No se creían que siguiese con la gorra puesta después de volarse los sesos. Mi madre trabajaba de enfermera en prácticas; llevaba uniforme blanco, ¿por qué?

Havilland bajó la mano de Linda.

—Terapia simbólica. Gracias por desenterrar recuerdos tan desagradables.

—Si no duele no vale —le dijo Linda mientras hacía adiós con la mano.

Se quedó en su despacho, aún flotaba aroma de Linda y su perfume. Pensaba por qué su maniobra más audaz producía en él una reacción tan extraña. Recorrió mentalmente toda la sesión y no encontró nada, sólo un pitido que recordaba una sirena de alarma aérea ululando su aviso fatal. Pensativo, tomó el teléfono y marcó un número. Oyó una grabación.

—¡Hola, cariño, soy Sherry! Ahora mismo estoy fuera, pero si te va la marcha, o simplemente palique, díselo al contestador. ¡Ciao!

Colgó de inmediato, consciente del error que acababa de cometer. Sherry vivía en Valle; la llamada era una conferencia interurbana que figuraría en su recibo telefónico. Respiró profundamente y cerró los ojos, en busca de ideas que contrarrestaran aquel fallo. Las encontró en forma de «hechos»: en Júnior Miss sólo había cosas sin imaginación. Buscó en la información robada a Avoñoco y dio con «hechos»; su sistema de seguridad era clase dos, el Alquimista había dicho: «Por tirarte un pedo ya te hacen un expediente. Trabajan allí montones de presos en condicional, con o sin carta de trabajo, montado a base de sobornos por todo el Condado». El expediente robado a la policía decía que el jefe de seguridad de Avonoco era un jugador empedernido que había sido sometido a tratamiento siquiátrico. Material de primera para Thomas Goff. De primerísima calidad para un siquiatra capacitado.

El Noctámbulo cerró con llave su despacho y bajó por el ascensor hasta la fila de cabinas del vestíbulo. Estaba mirando las páginas amarillas cuando dio con la causa de su conducta poco adecuada y desorientada, producto de emociones baratas:

Tenía celos de la atracción que Linda sentía por Lloyd Hopkins.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Lloyd pasó la mañana en la subcomisaría del shériff de Los Ángeles Oeste leyendo los informes del registro efectuado en el domicilio de Bergen. Eran ocho páginas que relataban tanto las observaciones personales como un inventario del piso. No decía nada de expedientes ni otro documento policial, y nada señalaba a Jack Herzog ni a su Asesinato/suicidio/desaparición. Lo único que dejaba traslucir era la imagen de un ex policía alcoholizado y a punto de estallar.

Con el pretexto de «comprobación de rutina», se enteraron, por la propietaria, que llevaba varios días sin aparecer por casa, y que «estaría borracho como una cuba, en algún motel del Sunset Strip». El estado del piso lo confirmaba; botellas vacías por el suelo, nada de ropa ni útiles de aseo. Las cuatro habitaciones apestaban a alcohol y basura, y en el suelo de la cocina una máquina de escribir rota a pedazos.

Los agentes siguieron su consejo y registraron todos los moteles de la zona, mostrando la foto de Bergen que solía encabezar sus artículos del *Insider*, a todos los conserjes y a camareros de bares. Muchos recordaban a Bergen como un borracho habitual, pero ninguno le había visto en la última quincena. Lloyd decidió rumiar estos datos antes de poner a hombres de LAPD a buscar a Bergen. Se fue a Los Ángeles Oeste a investigar la última pista que le quedaba de toda aquella maraña. Se decía si aquella visita la hacía sólo por razones profesionales.

Linda abrió al segundo timbrazo, le sorprendió arreglándose el nudo de la corbata. Le hizo pasar, miró al reloj y dijo:

—Es mediodía; catorce horas desde mi llamada y te presentas aquí. ¿Has encontrado una buena razón?

Lloyd se sentó en un sofá.

—He venido a disculparme. No he sido del todo sincero y...

Linda le hizo callar. Se inclinó para aflojarle la corbata.

—Y quieres algo. ¿No?

—Cierto.

—Entonces cuéntalo —dijo, sentándose a su lado.

Lloyd la miró a la cara.

—Fue Havilland quien me dio tu nombre. Se le escapó. Vi tus fotos en la sala y...

—¿Qué?

—Las fotos tuyas enmarcadas. ¿Es que no lo sabías?

Linda dijo que no toda enfadada. Luego se sintió triste.

—¡Qué pobre hombre más maravilloso! Le dije que posé una vez para un libro de fotografías de salón, y él va y lo compra. Qué pena. Lo suponía una especie de ascético asexual, y esta mañana, al hablarle del hombre que me gusta, se enfada y se vuelve rarísimo. Nunca había visto a nadie tan celoso.

—Se le escapó tu nombre cuando comenté tus fotos. Se ve claro que cuando vas a verle las quita. En mi investigación di con su nombre y decidí explotar su pericia

sobre la sique del delincuente. Confirmó mis sospechas de que tiene una red de contactos en los bajos fondos. Consultó sus fuentes y salió un hombre que, con Goff, había vendido piezas de arte a Stanley Rudolph. Me colé en la choza de Rudolph y di con tu nombre en su agenda. Aunque Rudolph no conoce a Goff, ese hombre anónimo «sí» le conoce. Todo lo de Rudolph ha sido un motón de datos, verdaderos y falsos; pero eso no cambia en nada el hecho de que «él conoce» a Goff.

Se calló al ver que la ira encendía la cara de Linda. Bajó el tono de voz y continuó.

—Havilland está encubriendo a un delincuente por la mierda esa del secreto profesional. No tiene obligación de dar el nombre de su contacto, y todo me dice que ninguna coacción le haría soltar el nombre de ese amigo de Goff.

Le puso la mano en el hombro a Linda. Ella se encogió y la retiró. Empezó a hablar en un susurro.

—Hay personas que no se dejan coaccionar, Hopkins, y el doctor es una de ellas. No se le puede coaccionar porque, al contrario que tú, tiene principios. También hay personas a las que no se les puede manipular, y aunque puta, yo soy una de ellas. ¿En serio piensas que voy a sacarle información a un hombre que intenta ayudarme para dársela a otro que, como mucho, quiere follarme? ¿Quieres añadir uno más a tu lista de calificativos? ¿Qué tal suena torpe manipulador de saco de basura?

Lloyd vio todo rojo, salió del piso y bajó hasta su coche. A los diez minutos estaba sentado en la antesala del doctor contemplando las fotos de Linda y pidiendo a un Dios al que casi nunca pedía nada, que no le permitiese cometer ninguna estupidez.

El doctor salió justo cuando la nube roja que palpitaba en sus ojos empezaba a desaparecer. Venía con una anciana que vestía una camiseta con la inscripción «salvemos las ballenas». Le halagaba el oído mientras ella comprobaba el contenido de su bolso.

—Un momento, sargento —dijo al ver a Lloyd, y cumplimentó su última despedida a la paciente. Después se volvió hacia él—. Esa multimillonaria cree que se puede comunicar por telepatía con las ballenas. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Ha hecho progresos en su investigación?

Lloyd negó con la cabeza y habló con deliberada lentitud.

—No. Creo que su fuente ha dado información un tanto imprecisa. He interrogado a Stanley Rudolph. Jamás ha oído hablar de Thomas Goff. Su principal suministrador de objetos robados es un negro que trabaja como independiente. Solo una vez compró algo a un blanco; fue el año pasado. Usted dijo que su contacto había conocido a Goff en un bar de solteros. ¿Sabe cómo se llama?

Havilland suspiró y se sentó en la butaca frente a Lloyd.

—Pues no. Para serle franco, sargento, ese joven tiene problema de drogas, una adicción que a veces le produce amnesia. No se puede confiar demasiado en su memoria.

—¿Y a pesar de eso sigue creyendo que conoce a Goff?

—Sí.

—¿Y cree que desconoce el paradero de Goff, y su relación con los homicidios de la tienda de licores?

Havilland vaciló, y por fin dijo:

—Sí.

Continuando adrede con su tono pausado, Lloyd prosiguió:

—No, no es verdad. Usted está protegiendo a alguien que sabe algo sobre Goff, y está asustado por ello. Quiere contarme lo que sabe, pero no quiere vulnerar su ética profesional y hacer peligrar la salud mental de su paciente. Comprendo sus motivos, pero comprenda usted «los míos», doctor. Usted es mi última oportunidad. Tenemos un caso de asesinato masivo, no una neurosis del tres al cuarto. Tiene que darme ese nombre, y creo que usted es consciente de ello.

—No. De ninguna manera.

—¿Podría reconsiderarlo durante veinticuatro horas? Estará presente un abogado en el interrogatorio de ese hombre, y nunca sabrá que fue usted quien le delató. Inventaré una historia que hasta un genio aceptaría.

Havilland bajó la cabeza.

—¡Maldita sea, le he dicho que no!

Lloyd vio que su estrategia de suavidad había saltado en pedazos. Hundió las manos en los bolsillos y apretó con fuerza las esposas y unas manoplas con clavos. Miró fijamente a los ojos del doctor, apretando con tanta fuerza sus puños que su voz surgió con un tono de dolor.

—Usted me va a joder, pero yo le voy a colgar una auditoría, y mandatos uno tras otro, peticiones, registros y órdenes judiciales, tantos que nunca pensó que existieran. Mandaré requerimientos de los expedientes sobre todos los pacientes remitidos por los juzgados que hayan entrado por esa puerta. Contrataré abogados embrolladores y les adelantaré dinero sólo para que se dediquen a pensar formas de meterle mano. Diré a todos los negros de Antivicio que se planten frente a su oficina y espanten a todos esos ricos neuróticos que le dan de comer. Veinticuatro horas. Ya conoce mi teléfono.

Una marea roja arrastró a Lloyd fuera de aquella oficina. Al sacar las manos del bolsillo, vio que estaban sangrando.

Anzuelo, sedal y plomo.

Havilland entró en su despacho privado y sacó más cebo de su caja fuerte: diez mil dólares en un sobre marrón, y un informe siquiátrico con foto adjunta recién mecanografiado. Dejó el informe en el cajón superior de la mesa y miró al reloj: la una y media. Tenía seis horas para la siguiente jugada de ajedrez. Se recostó en su sillón e intentó con toda su voluntad dormir sin sueños.

Lo consiguió y fracasó a la vez.

Le llegó el sueño, entremezclado con ratos medio conscientes que él atribuyó a su memoria. A cada imagen que pasaba por él sentía como si una sierra de cirujano lo partiera en dos, dándole opción de volver a su pasado lleno de simbolismos o acogerse bajo la capa nubosa de la anestesia. A su izquierda el sueño; a la derecha, una tabla con manchas de sangre con cepos para brazos y piernas, un tobillo con rigidez cadavérica amarrado con un grillete, y la noria de feria del Bronx saltando de su eje. Su plena conciencia era un alfiler de luz entre sus ojos, una escotilla por la que podía saltar a un sueño completo si quería, con sólo recitar sus mantras «patria sactórum». Se le abrían tres caminos: al despertar, al olvido o al vacío de su niñez. Sintiendo valeroso, sucumbió al recuerdo y dejó marchar a su mitad derecha.

Una enorme lupa descendía sobre el vacío, ampliando detalles: «calle Mc Evoy, manzana D», grabada sobre unos grilletes; cicatrices y marcas de venas rotas en el tobillo; su padre hablándole al oído, mientras la noria alcanzaba su punto más alto y él quedaba allí, colgado sobre las casas de portorriqueños. Se esforzó en leer en los labios a los que caminaban allí abajo; captó párrafos enteros de charla y Havilland se despertó descansado a las siete menos cuarto. Su bostezo se transformó en sonrisa al recobrar la plena conciencia de su mente dejando de lado las recientes y bellas fantasías. Su sonrisa se hizo más amplia cuando se dio cuenta que su uno a cero contra Lloyd era el catalizador que había traído a su memoria nuevos detalles que no recordaba de su niñez. Así fortalecido por el sueño y los recuerdos, cogió el dinero, cerró con llave el despacho y se dirigió a Malibú, a por más información.

La cita era en un aparcamiento encima del mar, con el jefe de seguridad de Avonoco Fiberglas. Dejó su coche en una estación de servicio cerrada, en la parte que da a la montaña, y pasó por un pasadizo subterráneo a la zona de la playa hasta una hilera de teléfonos. Miró la hora y caminó hasta la balaustrada: las ocho y doce. El último trozo de un sol ámbar teñía de rosa el océano. Disfrutó del momento contemplando la bola de fuego convertirse en un penetrante azul pálido. Cuando el azul se extinguió entre una cadena de olas, se inclinó al teléfono más cercano y marcó el número de su actriz peón.

—¿Quién es?

Havilland hizo una mueca de disgusto. Sherry había pronunciado las dos sílabas con tono de estar ebria.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Otto? ¡Grandísimo cabrón!

Se distendió la mueca del doctor. Aunque algo cargada, parecía lúcida.

—Soy Lloyd, Sherry. ¿Cómo estás?

—¡Hola, Lloyd!

—Hola. ¿Recuerdas el trato?

—Desde luego. No dejaré que se me escape. Con *Garganta profunda* y *Polvazo nuclear*, el mercado quedó para el arrastre.

Havilland se dio la vuelta para desperezarse. Vio que un hombre, en la última

cabina, le estaba mirando. Aunque eran más de diez metros, bajó la voz al volver a hablar.

—Perfecto. Rodamos mañana por la noche. Tu pareja irá a buscarte. Ha sido idea mía, ¿sabes?, que los artistas os tratéis antes, para actuar con realismo. Te llevará el vestido que vas a ponerte. ¿Vives donde indica tu tarjeta?

—Sí, allí es mi cueva. ¿Cobraré el resto entonces?

—Sí, el otro protagonista se llama Richard. Te recogerá a las nueve.

Sherry se rió.

—A las nueve en punto. Dile a Richard que esté como un clavo. ¡Ciao, Lloyd!

—Adiós, Sherry.

Havilland colgó y miró por el plexiglás; el hombre no estaba ya. Miró de nuevo la hora y caminó por el borde hasta llegar a la mitad del aparcamiento; ocho y veinticuatro, esperaba que el teniente Howard Christie fuese puntual.

Justo a las ocho, empezaron a resonar unas pisadas en el asfalto. El doctor aguzó la vista para fijarse en el hombre que surgía de la sombra y avanzaba hacia él. A unos treinta metros un rayo de luna le dio en la cara; era el del teléfono. Sin dar importancia a este detalle, el doctor se acercó tendiendo la mano a un típico policía.

—El doctor Havilland, ¿no es así?

El doctor quedó mudo y como transido. Quiso soltar la mano, pero en vano; le oprimía con tal fuerza que la tenía insensible.

La fuerza habló.

—¿Cree que trata con aficionados? He sido poli veintidós años, veinte en capturas. Conozco los trucos. Le vi aparcar, y fui al DMV. Las páginas blancas me dijeron el resto. Un siquiatra. Un jodido sin importancia. ¿Sabe a cuántos comecocos he tenido que torear en la Policía? ¿Cree que iba a venir a esta cita de mierda sin precauciones? ¿Cree que me tragué lo que me dijo por teléfono? ¿Un libro sobre abusos de la información confidencial? En serio, doctor, usted insulta a mi inteligencia.

Con un apretujón final, Christie soltó la zarpa, le cogió por los hombros y le llevó a la barandilla. Havilland se concentró en su mantra. Se sentó en el borde y compuso una risa de cobarde. Christie se rió con él; Havilland sintió recobrar su valor.

Christie aspiró profundamente el aire marino.

—No se asuste, doc. Mi primer comecocos me dijo: «En todo trato, la relación de fuerzas se establece en los primeros minutos». Ha quedado claro que soy la parte fuerte aquí, porque «yo» tengo lo que quieres, y como se trata de materia reservada clase dos, es un delito grave. ¿Capito?

—Sí. Le entiendo. ¿Dónde están los expedientes?

Recorrió los pies nerviosos por el suelo en círculos cada vez mayores. Un zapato dio con una piedra grande. La acercó mientras decía:

—¿Alguien más conoce mi nombre o sabe que contacté con usted?

Chrisde meneó la cabeza.

—Le dije que me sé los trucos. Nadie de Avonoco lo sabe, y su nombre me lo acaba de dar un funcionario de DMV que para ahora ya lo he olvidado. Pero escucha, ¿de dónde sacaste «mi» nombre?

Havilland bajó la cabeza; le vio el revólver al cinto, medio oculto por su cazadora.

—Y..., yo me encontré en el bar con un poli. Me dijo que usted tenía problemas con el juego.

Christie golpeó la baranda con las palmas.

—¡Jodidos bocazas! Para que lo sepas, doc, la bofia somos como putas, no te puedes fiar. ¿Cómo se llamaba?

—Y..., no me acuerdo. De verdad.

—Es igual. Los que van de bares olvidan pronto las cosas. Me alegro de no ser bebedor. Dos vicios joderían demasiado. Dejemos esta mierda y a lo nuestro. Uno, no me digas para qué son los expedientes, no quiero saberlo. Dos, se trata de un largo rollo de fotocopiar y sacar de allí poco a poco. Si lo quieres rápido, vete a la mierda y consulta con «tu» comecocos. Tres, los diez que dijiste no me van. Debo mucha pasta a tipos que toman muy mal que se les deba. Treinta de los grandes, ni un centavo menos. ¿Capito?

Havilland fingió que le daba un ataque de tos y metió la cabeza entre las piernas. Cuando Christie le palmeaba la espalda, simuló arcadas y puso las manos en el suelo, palpó la piedra y la metió en el bolso. Secándose los ojos se arrimó al adversario; el arma estaba completamente a la vista junto a la placa de policía.

Christie le dio una última palmada.

—Respira a fondo, doctor; este aire marino te hará hombre. ¿Qué opinas de las condiciones?

Havilland respiró profundamente y metió la mano en el bolso, cerrándola sobre la piedra. Calculó la posible trayectoria del brazo y se arrimó contra Christie, casi rozando los hombros.

—Sí, trato hecho. Usted tiene todos los triunfos.

Christie soltó una risotada.

—No haga chistes con el juego, estoy tratando de dejarlo. —Alzó los brazos al cielo y los fue bajando en un descomunal bostezo—. Estoy cansado, vamos a terminar esto hoy mismo. Le diré cómo. Seis plazos de cinco de los grandes, y le entregaré los expedientes poco a poco, según pueda. Tiene que confiar en mí. En esta relación yo soy el ego dominante, pero seré bondadoso. Tómelo como un lazo paterno-filial. ¿Capito?

El doctor Havilland se quedó sin aire ante el peor de los insultos que podía recibir en toda su vida. Recordó la ficha policial: «sensible en demasía a imágenes típicas». «¡Ojalá sea así!», murmuró para sus adentros.

—¿Quién se cree que soy, un aficionado? ¿Cree que no sé que los jugadores viciosos sufren deseos de autodestrucción que tratan de evitar esforzándose en su

trabajo? ¿Y que eso es un recurso del inconsciente para escapar de su espantosa dependencia de los seres amados, que los dominan y gobiernan y les amamantan?

Christie se incorporó balbuciendo:

—¡Te... e... e voy a, cabrón! —Justo cuando Havilland estrelló la piedra contra su cara.

El poli vaciló en la baranda, asiéndose con una mano y quitando la sangre de su cara con la otra. Havilland le sacó de la funda su revólver. Cerró los ojos y apuntó donde debía de estar la cabeza de Christie. Apretó el gatillo dos veces, dando un grito a cada tiro. Abrió los ojos, vio que Christie ya no tenía cara, sólo un amasijo de sangre, sesos y fragmentos de cráneo. Disparó cuatro veces más, con los ojos abiertos y sin gritar; le arrancó la placa del cinturón, justo cuando el último disparo arrancaba su cabeza y la arrojaba hasta las rocas, diez metros más abajo. Lleno de sangre, horrorizado, el Noctámbulo huyó.

CAPÍTULO DIECISIETE

A las diez de la mañana, tras nueve horas seguidas de mirar en bares de ligues y corrientes, en busca de Thomas Goff y Martin Bergen, Lloyd abandonó, se resignó a la idea de irse a Nueva York a husmear los rastros antiguos de Goff. Administración pagaría el billete y dietas. Antes de irse, vería a un abogado experto en agujeros legales para utilizarlos contra Havilland. Veía ondear la derrota como un estandarte negro. Se rindió a la evidencia de que al único sitio donde podía ir era al pasado.

Su antiguo barrio le recibió con pancartas que se burlaban de sus principios como policía. Aparcó en Sunset con Vendôme y subió a saltos las viejas escaleras de cemento hasta la cúspide de Silverlake, esperando ver temas antiguos que justificasen su personalidad de cuarenta y dos años de brega que tanto le había costado alcanzar.

Pero la neblina eterna de Los Ángeles difuminó y luego cerró su pretendido ensueño. No podía ver la casa de sus padres a un kilómetro de distancia; panoramas enteros muy familiares aparecían cubiertos por una masa de evaporación de las nubes bajas y contaminación industrial. Era el alto precio a pagar por unas dudosas conquistas.

En la revuelta de 1965 mató a un miembro de la Guardia Nacional que abrió fuego contra una iglesia con fachada de almacén, llena de negros que compartían café y liturgia. Nadie le culpó jamás por ello y dos meses más tarde ingresó en la Policía de Los Ángeles.

Su carrera de policía fue una serie de éxitos; su papel conjunto de padre y policía, una serie de fracasos al intentar inculcar en los suyos una versión suavizada de sus principios. Cuando esos esfuerzos sólo recibían ira y dolor, se refugiaba en su trabajo, y cuando su trabajo sólo le daba aburrimiento, ira y miedo, hallaba mujeres que querían verle, tocarle, ofrecer a cambio su inocencia y después alejarse, antes de que el fervor por la línea dura destruyese la vida placentera que tanto le había costado conseguir.

Y de repente, el año pasado, Terry Verplank se metió en su camino, transformando su mundo en un caos. Y cuando se consumó aquella convivencia, murió y resucitó a la vez. Cicatrizaron las viejas heridas y surgió otro Lloyd, mezcla híbrida de un pasado valeroso, acreditado con sangre, y un futuro al que finalmente llegaría.

Y su fervor por la línea dura se quebró y congeló, quedando en el aire, en medio de una grieta:

Antes de que pudiera invocar su voto de abstinencia llevó el coche hasta Whilshire con Beverly Glen al único lugar donde creían en la parte blanda de su grieta. La puerta estaba abierta y anunció su presencia con un carraspeo. Como respuesta oyó suave ruido de pasos y una risa.

—Llegas temprano.

Trató de localizar de dónde venía la voz.

—Soy Hopkins, Linda.

Linda salió de un ropero junto al salón, con una bata de seda.

—Ya sé quién eres.

Lloyd se acercó hasta ella.

—¿Es tan fácil conocerme?

Describió un gesto afirmativo y otro negativo con la cabeza.

—No lo sé. Y no te justifiques por lo de esta tarde. Yo estaba tan fuera de tono como tú. ¿Esta vez no hay pretexto?

—No.

—¿Quieres que hablemos antes, o después?

—Después.

Linda sonrió e indicó el dormitorio con la cabeza, esperando que Lloyd entrara delante. Cuando lo tuvo de espalda, se soltó la bata que cayó al suelo. Lloyd se volvió ante el leve ruido y contempló el desnudo al contraluz de una leve lámpara del vestíbulo. Sin acercarse, Lloyd empezó a desnudarse, enfadado al caer el revólver al suelo. Linda rió al oír el golpe, luego a carcajadas cuando se agachó para quitarse torpemente los zapatos y calcetines, y cuando al abrir la cremallera casi se cae. Ella pasó junto a él hasta la cama, susurrando algo como «más allá del más allá». Adoptó una postura insinuante, con un haz de luz sobre el abdomen. Y guiado por aquella luz, Lloyd se acercó a ella.

Ella decía algo mientras Lloyd la abrazaba, la sentía y la saboreaba; sobre puertas verdes y amor, en leves suspiros. Cuando los besos se hicieron más persistentes y descendieron hasta los senos, ella decía «sí» y los suspiros se hicieron jadeos. Y con la repetición de esa palabra continuó descendiendo hasta que el «sí» se hizo más fuerte hasta llegar a un: «¡Ahora, por favor, ahora!»

Lloyd obedeció, uniéndose las dos mitades con un movimiento brusco, que fue remitiendo en uno más continuado cuando Linda se apretaba a él impulsándole hacia arriba. Él se movía lento, ella con el desenfreno y pasión de un grácil animal que explotaba sin gracilidad, para formar un punto/contrapunto de toma y daca que en la lucha mataba el concepto de técnica. Entonces él comenzó a moverse con la furia de ella, y el ente poli-puta se abrió paso hasta un éxtasis mudo, jadeante.

Linda fue la primera en sucumbir a la realidad, sacando la cabeza del hueco del cuello de Lloyd. Recorrió con sus manos la espalda y le besó el cuello con ternura hasta que él alzó la cabeza de la almohada para mirarla, descubriendo una cara en blanco, con lágrimas. Lo único que pudo decir o pensar fue:

—Hopkins.

Lloyd rodó de costado y tomó su mano. Como seguía callado, Linda le dijo:

—Ya es después. Vamos a hablar. ¿Recuerdas?

Volviéndose hacia ella, Lloyd preguntó:

—¿De qué quieres hablar?

—De todo, menos de lo que acaba de suceder. Ha sido perfecto, no nos metamos

con ello.

Lloyd se movió de forma que sus ojos quedaron casi junto a los de Linda.

—¿Nada de confianzas post coito demoledoras?

Ella afirmó con la cabeza, rozando las narices y dijo:

—Sí. Voy a dejar la «vida». Tengo guardados setenta de los grandes que servirán para montar algún tipo de negocio. También dejaré al curacocos. Si dejo yo sola de ser una fulana ya no me hace falta, y el tratamiento es demasiado caro para una agresiva mujer de negocios.

—Él va a sentir mucho que te marches.

—Lo sé. Es un siquiatra estupendo, pero no quiero tratos con hombres que están obsesionados conmigo. Simplemente me da pena que tenga mis fotos colgadas. Y que las retire cuando voy a visitarle; me siento manipulada. ¿Recuerdas las fotos? Exáctamente, ¿qué poses tenía?

—No eran poses, ni fotos de estudio. Eran instantáneas.

La cara de Linda se oscureció.

—¿En serio? ¡Qué raro! Todas las fotos del álbum eran de estudio.

Lloyd se encogió de hombros; de pronto se dio cuenta de una conexión que había pasado por alto.

—Nunca debes subestimar tu poder. Ni siquiera con sabiondos como Havilland. ¿Le hablaste alguna vez de Stanley Rudolph?

—Sí, pero no di su nombre. Lo único que le conté fue que le gustaba sacarme fotos desnuda. ¿Por qué? No quiero hablar de «tu» caso ni de «mis» clientes.

—Ni yo tampoco. ¿De qué quieres hablar?

—Cuéntame por qué rompiste con tu mujer.

—No es un cuento muy bonito.

—Nunca lo es.

Lloyd se tendió boca arriba para separarse algo de Linda. Trató de encontrar las palabras adecuadas y se dio cuenta de que si no la miraba a los ojos el relato sería una serie de mentiras de disculpa. Se volvió buscando sus ojos y comenzó.

—Fue el año pasado. Tenía descuidada a mi familia y desde años atrás me timaba con otras mujeres. Pero el año pasado, todo saltó en pedazos.

»Estaba en Robos y Homicidios, más o menos en los casos que me apetecía cuando una llamada anónima nos avisó de un asesinato. Una joven. Llevé la investigación que nos condujo hacia un asesino de masas, un cabrón tan jodidamente listo que ningún poli en todo el Condado nunca pudo echarle el guante. Para cuando fui a mis jefes con la información, se había cargado a unas dieciséis mujeres.

Linda llevó sus manos a la boca mordiendo los nudillos.

—Mis superiores no querían autorizarme a que siguiera la investigación. A muchos departamentos les resultaba molesto. Así que me fui por mi cuenta. Janice se fue por aquel entonces, llevándose a las niñas. Sólo quedamos el asesino y yo. Averigüé quién era, un tal Teddy Verplank. Los medios hablaban mucho de él, del

«Matarife de Hollywood», como le llamaban. Seguro que has oído su nombre. Salí a por él, pero se metió por medio una mujer con la que yo salía, y la asesinó. Yo me fui a matarlo. Hubo un tiroteo y otro policía, mi mejor amigo, le mató. Esta parte no llegó nunca a la prensa. Janice y las niñas no saben lo que pasó exactamente, sólo que me pegaron un tiro y que casi no la cuento. Ahora me quedan pesadillas para sufrir y mucha sangre inocente que expiar.

Linda se quedó sorprendida al verle reír.

—Esperaba un relato vulgar y cursi: otros hombres, otras mujeres, y me encuentro con una epopeya gótica.

Desconcertado por esa reacción, Lloyd sólo pudo decir:

—Casi parece que te ha excitado.

Linda le besó con ternura.

—Mi padre mató de un tiro a mi madre y después se saltó los sesos. Yo tenía diez años. No soy una novata. A veces tengo pensamientos muy turbios. Vamos a dormir con algo más agradable. Quiero que estemos juntos.

Lloyd se levantó y cerró la puerta del cuarto, alejando todo trazo de luz.

—También yo —dijo.

El día comenzó con una sorda cadencia de números que venía del salón. Lloyd no hizo caso, sería Linda haciendo gimnasia frente a la tele, y volvió a dormirse; poco más tarde le despertó un mordisco en el cuello. Abrió los ojos y vió a Linda con leotardos negros, sudando, agachada y con algo oculto a la espalda. Cuando se acercó para besarla ella se apartó de la trayectoria de sus labios.

—¿Cuál es tu talla?

Lloyd se incorporó, frotándose los ojos.

—¿No hay un beso? ¿No invitas a desayunar? ¿No «cuándo volvemos a vernos»?

—Luego. Ahora responde a mi pregunta.

—La cuarenta y seis.

Linda musitó «mierda», mientras le entregaba un paquete de Brooks Brothers con una lazada rosa. Él la abrió y se encontró con un jersey azul marino primorosamente doblado. Tocó la suave textura y soltó un silbido.

—Cachemira. ¿Lo has comprado para mí?

Linda lo negó con la cabeza.

—Algún día te contaré la historia. Es de talla algo pequeña, pero úsalo, por favor.

Lloyd se levantó y abrazó a Linda, dándole el beso de la mañana.

—Gracias. Adelgazaré y así te gustaré más.

—No podrás gustarme más. ¿Qué pasa, Hopkins? Estás enfadado.

—Alegría de efecto retardado. Mi vida liada de por sí, acaba de complicarse muchísimo más, y me encanta.

—La alegría es mutua. ¿Qué viene ahora?

—Tengo que ir a Nueva York dentro de unos días. Voy a investigar en sus antiguas guaridas y hablar con gente que le conoció. Es lo último que queda por hacer. A la vuelta te llamo.

—Más te vale. ¿Por qué no te duchas mientras preparo el desayuno? Dentro de una hora tengo clase de yoga, pero por lo menos podemos desayunar juntos.

Lloyd se duchó alternando chorros de agua fría y caliente, perdido entre el ruido del agua y una música que llegaba de la cocina. Se secó y se puso la ropa, yendo a la cocina. Linda estaba manejando la radio.

—Odio ser aguafiestas, pero acaban de dar malas noticias. Han matado en Malibú a un poli de LAPD. No he oído los detalles, pero...

Lloyd cogió un botón y buscó otra emisora que sólo daba noticias; captó el final del parte meteorológico. Se sentó y miró a Linda. Le puso un dedo en los labios.

—Lo repetirán. Los asesinatos a polis son bombas.

«Adelante de nuevo, Bob», decía el hombre del tiempo.

«Más detalles del asesinato de Malibú», anunció otra voz austera. «Detectives del Shériff de L.A. acaban de comunicar que el cadáver encontrado cerca del cruce entre PCH y la Carretera del Cañón del Mescal es el del teniente de la Brigada Rampart, con más de veinte años de servicios, llamado Howard Christie. El cuerpo decapitado fue hallado esta mañana por unos súrfers de la zona, que avisaron a la subcomisaría de Malibú de tan macabro hallazgo. El capitán Michael Seidman, de Malibú, comunicó a los periodistas: ‘Se trata de un homicidio, pero desconocemos aún las causas de la muerte, y no hay sospechosos; sin embargo, podemos precisar que el teniente Christie fue asesinado en el aparcamiento encima de la playa, donde se encontró el cuerpo’. Desde aquí pedimos a toda persona que se encontrara anoche o esta mañana en las cercanías de esa zona y haya podido ver algo, que se ponga en contacto con esta comisaría. Necesitamos toda ayuda de cualquier tipo. Continuaremos ofreciendo más detalles. Y ahora...»

Linda apagó la radio y miró a Lloyd.

—Cuéntame, Hopkins.

—Ha sido Goff. Ya no voy a Nueva York. Si no sabes nada de mí en cuarenta y ocho horas, mándame flores.

Recogió el jersey y echó a correr a la puerta.

Linda se estremeció imaginando la partida de su amante como una carrera hasta el infierno.

En el cruce de la Autovía de la Costa con la carretera del Cañón del Mescal había un jaleo de mil demonios; coches patrulla dando destellos, cámaras de TV, cientos de periodistas y mirones abarrotaban el aparcamiento y obligaban al tráfico hacia el sur a circular por un solo carril.

Lloyd aparcó al otro lado y apagó la sirena. Prendió la placa en la solapa y cruzó ambas calzadas esquivando coches hasta llegar a una parte del pavimento acordonada con cintas que decían: «Escena del crimen». Dentro de la zona había muchos policías

de paisano y expertos en huellas con maletines. Una hilera de teléfonos estaba ocupada por policías informando. Al fondo, agachados junto a la baranda, media docena de policías extendían polvo en busca de huellas.

—Me sorprende que haya tardado tanto.

Lloyd se volvió al oír la voz del capitán Gaffaney que se abría paso hasta quedarse frente a él. Se quedaron mirando el uno al otro hasta que Gaffaney, acariciando el pasador de corbata con la cruz y la bandera, le dijo:

—Éste es un trabajo muy complicado y le prohibo que usted intervenga. Es jurisdicción del shériff y Asuntos Internos; se encargará de las conexiones con otros casos conexos.

—¿Casos conexos? ¡Capitán, esto es obra de Thomas Goff, lo mire por donde lo mire!

Gaffaney tomó a Lloyd por el brazo. Éste se resistió al principio pero se dejó llevar junto a las cabinas.

—Asuntos Internos va a actuar con los otros policías a los que robaron los expedientes. Se les va a interrogar y probablemente dar protección; salvo a usted. Olvidemos el pasado, sargento. Dígame lo que sabe y, si es posible, le dejaremos que siga con ello.

Lloyd dio unos golpecitos a la cubierta de la cabina.

—Por lo menos, Martin Bergen ha leído esos archivos. Ha desaparecido, pero unas galeradas que dejó para publicar demuestran sin lugar a dudas que Herzog le enseñó esos historiales. Creo que debemos pedir una orden de busca y captura contra Bergen y otra de registro del *Big Orange Insider*.

Gaffaney soltó un silbido.

—Los medios nos van a crucificar.

—Que les den por el culo a los medios. Tengo una pista sobre Goff basada en rumores, por un siquiátra de primera que tiene un paciente que conoce a Goff. Pero el gilipollas se oculta tras el secreto profesional, y se niega a soltar el nombre de su fuente.

—¿Ha considerado consultar a Natham Steiner?

—Sí. Hoy pensaba ir a su despacho ¿Y usted qué tiene? La radio decía que a Christie le han decapitado, eso suena a un cuarenta y uno.

Gaffaney acarició el pasador.

—Gracias a un equipo del shériff, muy competente, tengo una buena reconstrucción. El forense tardará horas en su informe pero de momento yo lo veo así:

»Uno, sí, le mataron de disparos. Christie rompió la barandilla al recibir los impactos y cayó por el acantilado. Dos, fue decapitado, pero el trozo mayor de cráneo que han encontrado es del tamaño de una moneda. ¿Sabe por qué? Porque casi seguro que le mataron con su propio revólver. No ha aparecido por ninguna parte. También le han robado la placa. He hablado con un sabueso de la Rampart y me ha dicho que

Christie usaba un Python del tres cincuenta y siete, tanto en servicio como fuera de él, y que siempre lo tenía cargado con balas de punta teflón. —Gaffaney sacó una bala con blindaje de cobre—. Sopese este monstruo, sargento. Lo saqué del cinto de Christie mientras los médicos no miraban. Las balas y la cabeza de Christie estarán aún en vuelo hacia la isla Catalina.

Lloyd hizo una raya con la uña en la punta de la bala.

—Mierda, creo que los polis del shériff tienen razón; es mucho más pesada que una cuarenta y uno. ¿Y qué más hay? ¿Algo sobre Avonoco? ¿El coche de Christie? ¿Otros coches? ¿Testigos? ¿Huellas de sangre en el suelo?

El capitán le puso una mano en el pecho, frenando sus ímpetus.

—Pare el carro, me está poniendo nervioso. No tenemos todavía nada de eso, excepto un rastro de sangre que va desde la barandilla, cruzando por el pasadizo subterráneo hasta el aparcamiento del otro lado de la PCH. El rastro va disminuyendo, lo que indica que el asesino no fue herido, se manchó con la sangre de Christie. Los expertos están haciendo pruebas comparativas; pronto tendremos confirmación. ¿Cuál es «su» paso siguiente?

Estrujar a Nate Steiner para consejos legales de todo tipo. Presionar al siquiatra. ¿Y usted?

El capitán Fred Gaffaney esbozó una sonrisa irónica.

—Interrogar a los demás jefes de seguridad, revisar sus historiales, agitar esqueletos. Los federales están ahora en Avonoco. Christie, por el cargo que tenía en Avonoco, era casi un federal, o sea, que el asunto es carne conexas para el FBI. Siga en contacto, Hopkins; si desea transcripciones de interrogatorios de Asuntos Internos, llame a Peltz.

Lloyd se dirigió a su coche sin prestar atención a los sádicos que se apilaban en la PCH, bebiendo cerveza y estirando el cuello para intentar ver algo del drama. Tenía casi la mano en la puerta cuando el joven del *Big Orange Insider* pasó en coche junto a él y le hizo un gesto obsceno con el dedo.

Nathan Steiner era un abogado especialista en traficantes de droga. Su punto fuerte era el obstruccionismo, aburrir con mandatos y órdenes judiciales, demandas y contrademandas, mociones de información sobre futuros jurados, posibles testigos y empleados de justicia. Tácticas para descalificar por parciales a testigos, o de predisposición en contra a miembros del jurado. A menudo estas maniobras tenían éxito, pero lo más frecuente era que «El Gran Nathan» ganase sus pleitos por agotamiento de los jueces, al acosarlos con violentos ataques burocráticos hasta conseguir que cometieran algún desliz insignificante. Todo el mundo sabía que muchos jueces cedían de entrada a sus peticiones de penas reducidas con tal de mantenerle alejado de su sala y evitar el tormento de aguantar sus teatrales intervenciones. Lo que no sabía todo el mundo era que «El Gran Nathan» sentía

mucho remordimiento por la gran cantidad de buitres que quedaban libres con sus artimañas y que a pesar de su altisonante defensa de los derechos ciudadanos trataba de redimir su culpa asesorando a miembros de LAPD para burlar leyes sobre registros, detenciones y libertad por causa probable.

Por eso, cuando Lloyd irrumpió sin avisar, se dispuso a escucharle. Sentándose antes de que lo invitasen, Lloyd describió un caso teórico del derecho que asistía a un médico para no divulgar información conseguida en el ejercicio de su profesión.

Insistió en que había que registrar «todos» los archivos del doctor porque aún no se sabía el nombre del sospechoso.

Cuando terminó su exposición, Lloyd se echó hacia atrás y esperó la respuesta. Steiner refunfuñó:

—Dame tres o cuatro días para pensarlo.

Lloyd se levantó y sonrió. Steiner le preguntó a qué venía aquella sonrisa.

—A que yo también soy un obstruccionista.

Después de detenerse en un puesto de tacos y devorar unos burritos, Lloyd se fue a casa a cambiar de ropa. Se puso pantalón y camisa caquis, muy usados, unas botas de seguridad y una gorra de béisbol con letrero «Estilo de vida Miller». Satisfecho de su atuendo de trabajador con barba de un día, rebuscó en el garaje y dio con un juego de útiles de ladrón que había salvado del olvido en un almacén de pruebas de la Central, hacía diez años: taladro a pilas con brocas de acero al cadmio, una palanqueta y un mazo. Los guardó en un maletín y se fué a Century City a cometer un delito de segundo grado.

El atraco duró tres horas.

Dejó el coche a medio kilómetro y se fue a pie hasta el cruce de Olympic con Century Park Este, donde se encontró a un guarda limpiando un césped de la era espacial frente al edificio. Le explicó que le habían llamado a reparar los cables en una oficina de la planta veintiséis. Sólo le preocupaba una cosa. Necesitaba toma de corriente, con enchufes para herramienta tipo industrial. También era bueno un lavabo para rascar las partes oxidadas. El punto de toma le daba igual; traía cable de sobra. Pero, ¿habría un trastero o algo parecido en el veintiséis?

El hombre asintió con expresión aturdida y Lloyd dio gracias por su cara de atontado. Finalmente dijo que sí; en todas las plantas, en el mismo sitio, hay un cuarto trastero. Al extremo norte del pasillo. Lloyd preguntó:

—¿Me dejará el guarda del piso que lo use para mi trabajo?

La mirada del hombre se volvió a turbar. Se quedó callado unos instantes y al fin le dijo:

—Lo mejor es que esperes a que se marchen a las cuatro los guardas y que le pidas al guarda de la entrada las llaves del trastero.

Lloyd le dio las gracias y entró en el rascacielos.

Comprobó en las plantas tres, cinco y ocho el extremo norte de los pasillos y en todos encontró una puerta cerrada con el letrero «Mantenimiento».

Las puertas eran robustas, pero en la cerradura había espacio para meter la palanqueta. Si no circulaba nadie por allí cerca, iba a resultar fácil.

Le quedaban dos horas por matar hasta que se fueran los guardas, así que bajó hasta la planta baja por las escaleras de servicio y se fue a una farmacia a comprar guantes de cirujano. Al volver al Century todos sus pensamientos sobre el laberinto Goff/Herzog/Bergan/Christie se habían apartado de su mente y sólo pensaba en que delinquir le resultaba excitante y divertido. Desde la sombra de un árbol sintético vio salir a las 4.02 a media docena de hombres de uniforme. Esperó diez minutos y, al no ver a más, cogió la caja de herramientas y entró, pasando junto al guarda del vestíbulo hasta la escalera de servicio junto a los ascensores y calzándose los guantes en cuanto entró en la desierta caja de escalera. Respiró a fondo y subió con calma los veintiséis pisos hasta la puerta del pasillo frente al 2641.

El pasillo estaba vacío y en silencio. Recobró el paso normal y pasó frente al despacho de John Havilland. Al llegar al cuarto de mantenimiento, sacó la palanca y la encajó entre el marco y la puerta. Tiró con todas sus fuerzas y la puerta cedió.

El cuarto tenía unos dos metros de fondo; estaba lleno de escobas, cepillos y detergentes. Entró y buscó la luz; cerró la puerta y colocó una broca de diez milímetros en el taladro. Se agachó, pulsó el botón y clavó la broca en la puerta a medio metro del suelo. Presionando y girando a la derecha hizo un agujero apenas visible que dejaba entrar aire suficiente. Apagó el taladro y se sentó cómodamente. Suponía que las siete era la hora más apropiada para su intrusión; hasta entonces no había otra cosa que esperar.

Sumido en la oscuridad, Lloyd escuchó la marcha de los empleados consultando la esfera luminosa del reloj: unos se fueron a las cinco, otro grupo a las cinco y media y otro a las seis. Después de esa hora hubo un silencio ininterrumpido.

A las siete se incorporó, se desperezó y entreabrió la puerta para acostumar los ojos a la luz. Una vez que sus sentidos se alertaron, cogió el maletín y salió hasta la 2604.

Era una cerradura simple de acero, con la llave en el pomo. Intentó primero con una ganzúa, pero era demasiado corta y no podía alzar todos los dientes del bombillo. No tenía más opción que taladrar o forzar la puerta. Consideró la posibilidad de que cada despacho tuviera su propia alarma, y decidió tentar a la suerte. Sacó una palanca plana y afilada y forzó la puerta.

Le saludaron el silencio y la oscuridad.

Cerró con cuidado la puerta, apartando bajo la alfombra las astillas desprendidas. Tanteó el interruptor y encendió la luz de la antesala. Linda Wilhite resplandecía en la pared. Le lanzó un beso y fue a abrir el despacho. La llave no estaba echada. Apagó la luz del *hall* y, sacando una linterna, se guió por su luz murmurando:

—Vamos con calma, cuidado, mucho cuidado.

Apuntó a las paredes arrancando destellos de los paneles barnizados, de diplomas en marcos y del cuadro de Edward Hopper que había visto en su primera visita. Hizo

recorrer la luz por toda la sala, a la altura de su cintura, encontrando estantes llenos de libros médicos encuadernados en piel, dos sillas una frente a otra y la mesa del doctor en roble tallado, «pero ningún archivador».

Pensando en «caja fuerte», palpó las paredes, leyendo los títulos antes de mirar detrás de ellos. *Facultad de Medicina de Harvard. Hospital de San Vicente, de Castleford. Riqueza de la Costa Este*, pero detrás sólo madera.

La encontró tras el cuadro y después dio un puñetazo en la pared; era una Armbruster «Ultimate», de triple blindaje, inviolable. Quedaba sólo la mesa del doctor, o nada.

Se acercó a la mesa con la linterna en la boca para poder manejar su equipo de ladrón. Sujetó el cajón de arriba para meter el cincel y casi se cae de espaldas cuando se abrió él solo.

Estaba lleno de lápices y bolígrafos, cuartillas, clips; debajo una pila de sobres. Los sacó, viendo en el borde escritos a máquina: *Apellido, inicial intermedia, nombre*, «pacientes».

Había cinco sobres, llenos de cuartillas. Los tres primeros con nombre de mujer; leyó la cuarta. Se enteró que William A. Paterson III tenía dificultades con las mujeres porque su abuela era una dominante, y que Havilland llevaba seis años con el caso, dos veces por semana, 110\$ cada sesión. Lloyd miró la foto anexa; Waterson no parecía ni con mucho ser el hombre que trataba con Goff; parecía un tonto ricachón a quien le falta echar un polvo.

Leyó el encabezamiento del último expediente; vio una serie de «alias» que obligó a la mecanógrafa a salirse del cajetín: Olfield, Richard; al. Richard Brown, al. Richard Green, al. Richard Goff.

El último sobrenombre agitó a Lloyd. Abrió el sobre. En la primera página estaba adosada una foto; un busto que se parecía tanto a Goff que tenían como poco que ser gemelos. Leyó las catorce hojas estremeciéndose cuando se aclaró el motivo de tal parecido.

Richard Olfield era medio hermano de Thomas Goff, resultado de la unión de la madre de Goff con un rico neoyorquino del norte. Llevaba cuatro años de tratamiento con Havilland. La relación amor/odio con su hermano era descrita por el doctor como «neurosis evidente». Thomas Goff era un malhechor notable; Richard Olfield, un agente de bolsa/rentista que vivía sobre todo de extorsiones al padre por la alcohólica madre de Goff, quien crió juntos a los niños. Pasó por encima largos párrafos de jerga siquiátrica, intuyendo los lazos de sangre; el ansia por emular las hazañas delictivas de su hermano le llevó a cometer delitos esporádicos, robando en casas donde había objetos de arte, por informes que conseguía en la Bolsa de Valores. «Ahí estaba el contacto con Stanley Rudolph», oculto tras un cobarde pretexto ético de Havilland; quería informar a la policía sin divulgar el nombre del paciente. El uso ocasional por Olfield del nombre de su medio hermano lo describía el doctor como «identidad con móvil de engaño», el deseo de asumir otra personalidad y actuar con el aspecto

amado y odiado de la persona suplantada, recobrando el equilibrio de su ego al reducir el sentimiento amor/odio a «Una norma admisible».

Leyó el expediente una segunda vez, atento a las notas más recientes. Decía que Olfield se estaba entregando cada vez con más fuerza a la sique de Goff y «estaba adquiriendo dimensiones patológicas». Goff odiaba a las mujeres, rondaba por bares en su busca para abusar de ellas; Olfield pagaba a putas que se dejasen pegar. Goff tenía odio a la bofia, hablaba a menudo de matar policías; Olfield empezaba a copiar esa tendencia de su medio hermano. La última anotación era del 2 de Febrero; poco más de dos meses; decía que Richard Olfield estaba llegando al esquema clásico del paranoico/esquizofrénico criminal».

Dejó la carpeta; se preguntó si Olfield había dejado la terapia desde febrero, o si Havilland tenía más datos en otro sitio. Revisó más cajones y dio con una agenda; en la «O» figuraba Olfield, calle Windemere 4109, Hollywood, 464-7892.

Lloyd se sentó a meditar; vio con rabia que no podía acusar a Havilland por encubrimiento, su asalto ilegal lo impedía; pensó luego en Olfield y se calmó. Colocó las fichas en su sitio y con su maletín en mano se dirigió a la puerta; se decía:

—No dejes que Havilland se entere de que han violado sus secretos. No dejes que alerte a Olfield; y que éste alerte a Goff. Esconde tus pistas.

Contempló el marco astillado; consideró varias opciones. Sacó la palanqueta y fue a la oficina contigua. Pensó «Ya», y forzó la puerta.

Sólo oyó la madera al romperse. Forzó la otra, y la otra y de repente el zumbido de alarma cubrió el ruido de madera rota.

El zumbido fue subiendo hasta quedarse fijo en un registro agudo. Recogió la caja de herramienta y corrió hasta el trastero, mirando al pasar las señales de los ascensores: estaban ya en el sexto piso y subían rápido.

Abrió el trastero, y dejó entreabierta la puerta. Se fue a la escalera de servicio y cerró tras él, quedando una rendija para mirar. Segundos después se abrió el ascensor y oyó pasos apresurados y un solo respirar agitado. Vio al guarda desenfundar y entrar cauteloso al trastero; Lloyd, de un salto, se acercó y cerró de golpe, dejando encerrado al guarda.

—¿Qué hostias pasa? —gritaba el guardia atrapado; oyó seis disparos que atravesaban la puerta y rebotaban en el pasillo.

Volvió a las escaleras y bajó como un rayo las veintiséis plantas. Jadeando y sudando por el esfuerzo, abrió la puerta de comunicación con el vestíbulo. Nadie. Salió y atravesó el césped sintético hasta Century City Este, con aire inocente. Ya estaba llegando a su coche sin distintivos cuando oyó un ulular de sirenas acercándose. Con temblor en sus manos fue hasta Hollywood Hills.

Windemere era una transversal en la zona cara del Auditorio. La manzana 4100 era de chalés bajos, sin árboles ni setos en la acera. Un sitio fácil de vigilar.

Aparcó en la esquina y recorrió a pie la manzana. Ningún Toyota amarillo. Retrocedió, apuntando con su linterna los letreros marcados en el bordillo. El 4109

estaba enfrente, a dos puertas de su coche. Miró la hora: 8.42; la casa estaba oscura como un tizón.

Regresó al Matador y sacó la Ithaca oculta bajo el asiento. Metió una bala en la recámara, cruzó la calle y tocó el timbre.

No hubo respuesta ni luces de dentro. Pegó la cara a la ventana; una cortina gruesa impedía toda visión. Pegado a la pared, dio la vuelta a la casa, cruzó el porche y fue a la parte de atrás; ningún coche, gruesas cortinas en las ventanas. Un denso seto medianero impedía el paso. Estiró el cuello y vio más ventanas oscuras. El brillo y los sonidos de las casas vecinas acentuaba la soledad de ésta. Después de casi una hora llegó un Mercedes blanco que paró frente a la casa. Se bajaron un hombre, demasiado alto para ser Goff, y una enfermera, con mucho sobeo y caricias. Ella soltaba grititos cuando él le mordía el cuello. Subieron al porche y entraron. Se cerró la puerta cuando una luz se filtraba entre las cortinas.

Se quedó mirando las cortinas pensando en aquella mujer. Si era una fulana, Olfeld le había pagado para aguantar una paliza. Pero algo no encajaba; el uniforme y sus afectuosas caricias apuntaban a una amiguita o un ligue. Refrenó su impaciencia con el pretexto de no poner en peligro a la chica y se dispuso a esperar en la noche.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El Noctámbulo contemplaba a Lloyd recostado en el asiento del coche con una lente de infrarrojos. Su campo visual se vio obstruido por una explosión de todos los colores del arco iris, y unas risotadas; dejó de mirar por el anteojo y sonrió saludando.

—Hola, Sherry; hola, Richard.

Sherry gorjeó:

—¿Qué hay, Lloyd?

Su uniforme era varias tallas menor; parecía a punto de reventar si hacía algo más que caminar toda erguida. Se sorbió y soltó otro gorgorito. Havilland sonrió. Esnifada a tope. Se puso a estudiar al protagonista.

Olfield estaba recostado contra la puerta cerrada, en una pose que le recordaba al doctor un guerrero medieval intentando ahuyentar los demonios, sin darse cuenta de que estaban dentro de él. La víspera lo había convocado en su refugio de Malibú y le había susurrado poemas sobre la muerte mientras le hacía lavar la sangre de Howard Christie de los asientos del Volvo. El recital produjo en ambos un efecto sedante y ahora Olfield era un artefacto nuclear en reposo.

Sherry sonrió soltando un botón de la blusa. Olfield avanzó hasta el centro de la sala, diciendo:

—Listo cuando tú lo estés, Cecil B.

Sherry coreó la gracia; Havilland detectó miedo escénico en ella. Se acercó a Olfield y le rodeó los hombros con el brazo.

—¿Nos perdonas un minuto, Sherry? Quiero hablar a solas con tu pareja.

Sherry asintió y de dos zapatazos se descalzó.

El doctor llevó a Olfield al dormitorio y señaló con el brazo los nuevos muebles.

—¿No es genial, Richard? Un colega tuyo de terapia me ayudó a montarlo mientras dormías en el refugio.

Olfield lanzó su mirada a las cortinas blancas, al colchón en el suelo, en mitad del cuarto, con sábanas de azul claro; a la cámara de vídeo con trípode en un rincón, enfocando hacia abajo. Tragó saliva y murmuró:

—Por favor, llévame tan lejos como pueda llegar.

Havilland le abrazó con los labios rozando la oreja.

—Sí. Tú «me» ayudaste anoche, Richard. Estaba asustado y me hiciste superar aquel temor, igual que yo he ayudado a superar los tuyos. Sólo una observación-advertencia: cuando ella abuse de ti piensa en aquella institutriz que tanto te hizo sufrir de niño. Mantén tu válvula a tope hasta el momento preciso. Ahora espera aquí.

El doctor volvió a la sala. Sherry estaba en el sofá con la blusa abierta del todo.

—No sabía si desnudarme o no.

Sentándose junto a ella, le dijo:

—Todavía no. Abróchate mientras te doy instrucciones. —Le puso una mano en la rodilla mientras se abotonaba del todo—. Lo que vamos a rodar es la típica versión

de la enfermera mojjigata. Ya sabes, todos piensan que tiene mucha experiencia porque sabe mucho de cuerpos.

Sherry se rió. Havilland notó que sus nervios estaban más tranquilos. Le pellizcó en la rodilla y continuó:

—En esta versión, ella le da unos azotes al chico, a Richard, claro, que en realidad es un hombre; y se pone tan cachonda que se lo tira. Quiero que le bajes los pantalones y que le atices «fuerte», muy fuerte, y luego haces el estriptís más seductor que puedas. Luego os daré instrucciones para lo siguiente. ¿Has comprendido bien?

Sherry alzó las cejas.

—De pequeña jugaba al tenis. Tenía un buen revés. —Se echó a reír y se tapó la boca con la mano—. Richard está muy bueno, de verdad. ¿Y el cámara dónde anda?

—Pues... Para serte sincero no me puedo permitir uno, hay que reducir gastos. Yo estaré tras la cámara. Yo...

Sherry le clavó un dedo en las costillas con picardía.

—Vamos a ello, Lloyd; como decía Gary Gilmore, «hagámoslo».

Entraron en la alcoba. Olfield estaba tumbado de espaldas, vestido del todo. Havilland se puso tras la cámara, ajustó el trípode y enfocó hasta conseguir una toma transversal del colchón. Se aclaró la garganta y dijo:

—La película es muda. Podéis hablar, pero hacerlo bajo. No hay que molestar a los vecinos. —Puso en marcha el tomavistas, oyendo el ruido de la cinta—. Sherry, ya sabes qué hacer. Richard, tú sigue a Sherry, pero pon la cara hacia acá del colchón para que tome un primer plano. Bien. ¡Acción!

Sherry se sentó al borde del colchón, mirando a la cámara. Estiró las piernas, apoyando los talones en el suelo; palmeó su falda y dijo:

—Ven aquí, niño malo.

Olfield obedeció y se puso de pie soltándose el cinturón. Se tendió boca abajo en las piernas de Sherry con las nalgas justo encima de las rodillas.

—Malo, malo, malo —repetía mientras le quitaba pantalón y calzoncillos—, niño malo, malo.

Havilland enfocó en zoom, para captar la reacción de Olfield al primer azote en su culo desnudo. Hizo una mueca de dolor. El doctor ordenó:

—Más fuerte, Sherry.

Ella aumentó la violencia, diciendo a cada golpe:

—¡Malo, malo! ¡Eres malo!

Olfield contraía los ojos a cada golpe. Havilland apremió:

—¡Mucho más fuerte! Recuerda tu revés, Sherry.

Sherry golpeó con toda el alma:

—¡Malo! ¡Malo! ¡Malo!

Los ojos de Olfield se tornaron vidriosos; una espuma seca se formó en las comisuras de la boca. Havilland quitó el ojo del tomavistas y vio que tenía ronchas

rojizas en las nalgas.

—¡Malo! ¡Malo!

—¡Corten! —Le sorprendió su propia voz; bajó el tono—. Corten. Ya tenemos una escena. Richard, espera en el vestíbulo. Sherry, sal del colchón y haz el estriptís.

Los dos obedecieron. Olfield se incorporó y salió, sujetando los pantalones sin mirar a la cara a Sherry; ésta se frotaba su mano hinchada. Cuando Richard salió, Havilland dijo:

—Hazlo todo lo sexy que sepas. ¡Acción!

Ella comenzó a desnudarse jugueteando con los botones. Se quitó la blusa y la arrojó al suelo, luego soltó el cierre trasero de la falda que cayó bruscamente; murmuró:

—Mierda.

Pero se contuvo, salió de la falda, se agachó y la recogió con un mohín a la cámara, girándola con un dedo sobre la cabeza; cuando se desprendió de ella, soltó el sostén y se bajó las medias y las bragas. Ya desnuda, agitó el vientre rítmicamente haciendo que sus tetas bailasen en direcciones opuestas. En carne de gallina cantó en silencio mientras intentaba poner morritos a la cámara. Al acercar el zoom el doctor creía oírle decir: «Puerta verde».

—¡Corta! —De nuevo le sobresaltó su voz—. Échate, Sherry. Richard, puedes venir.

Olfield volvió a entrar, desnudo, cubriéndose con las manos. Havilland indicó la cama y comprobó el filme gastado. Película para el fuego. Enfocó un plano grande del colchón y a los dos actores en él; ajustó el trípode.

—Soy algo tímido y, como sabéis el oficio, os dejo para que actuéis de forma natural. Volveré enseguida para comprobar.

Sherry se echó a reír y Olfield se asustó. Havilland puso el automático y salió al comedor. Enfocando su infrarrojos por una rendija, vio la actuación de «su mejor» actor.

Lloyd Hopkins, ahíto de cebo, seguía en el coche lanzando miradas a la casa. Los informes del fichero sobre sus acciones ilegales eran acertados; con tal de resolver un crimen no le importaba cometer delitos. Era un reptil hipócrita, y un cobarde; temía aproximarse a un sospechoso por no comprometer a una fina damisela en la cama. Havilland le observó bostezar, estirarse, desperezarse, sin apartar los ojos de la casa. Cada movimiento era un rayo láser que taladraba el vacío de su infancia.

Miró al reloj: diez minutos. Entró en la alcoba. Sherry y Richard estaban tendidos en el colchón, separados. Paró la cámara y contempló a los actores; Sherry se apoyaba en un codo y con el otro brazo se cubría el pecho; Richard, con los ojos

cerrados, crispado, quieto como una piedra. Sherry dijo:

—Lo hicimos en plan suave. Creo que colará bastante bien. Richard no pudo cumplir, ya sabes, pero lo hemos disimulado. Si quieres, podemos hacerlo otra vez, rodar en plan duro y de verdad.

Havilland se fue a un armario y sacó del fondo un rollo de esparadrapo.

—No, con eso está todo; solo faltan unas escenas con ropa. Podéis vestiros.

—¿De veras?

—De veras. En un momento te doy el resto del dinero.

Los ojos de Richard se abrieron como platos al oír esa frase. Se levantó y se estiró; se puso la camisa y el pantalón y cogió el rollo de manos del doctor. Le dijo:

—Gracias por ayudarme a ir más allá del más allá.

Havilland le miró a sus ojos y vio una rabia fría. Enfocó la cámara a Sherry y la puso en marcha. Ella terminó de abrocharse la blusa.

—Lloyd, ¿podemos hacerlo enseguida? Hay una fiesta en Valley a las diez y media; como ha sido más rápido de lo previsto me gustaría ir.

Havilland asintió y enfocó de forma que la cara de Sherry estaba en un primer plano, dijo:

—Ahora, Richard.

El visor quedó en negro cuando Richard Olfield se lanzó al más allá del más allá. Un chillido agudo se extinguió en un jadeo por respirar; la cámara enfocó una pared vacía por el choque de los cuerpos. El Noctámbulo intentó volver a enfocar, pero desistió. Richard la tenía contra el suelo con sus rodillas; con una mano le sujetaba la cabeza y con la otra le vendaba vueltas y vueltas la nariz y la boca. Al quedar cerrados del todo se levantó y contempló cómo su cara se volvía roja, luego azul y sus brazos y piernas caían, flácidos. Pronto el cuerpo entero se volvió un jadeo; su tronco se incorporó del suelo en una descarga final de adrenalina.

Olfield se arrodilló y comenzó a golpear aquel cuerpo laxo, con crochets izquierdo derecho al vientre y a las costillas hasta que se apagó la última sacudida en un espasmo final de asfixia. Se incorporó entre sollozos y vio al doctor, cámara al hombro, que la enfocaba mientras quitaba el vendaje.

—Ahora, Richard. Ahora, Richard. Ahora, Richard.

El Noctámbulo sostenía un revólver con silenciador. Richard lo tomó, luego miró abajo y vio la cara de la muerta cubierta por una almohada transparente de plástico.

—Ahora, Richard. Ahora, Richard. ¡Ahora Richard!

La cámara enfocaba en zoom con ruido del carrete. Olfield hundió el cañón en la almohada y apretó el gatillo. Se oyó un tiro sordo y luego el siseo del aire al escapar. Una mancha roja se extendía mientras la almohada desinflada empezó a llenarse de sangre.

—Sí, Richard. Sí, Richard. Sí, Richard.

El Noctámbulo fijó la cámara, apartando el ocular. Cogió el revólver de manos de Olfield y abrió el tambor, dejando caer al suelo el cartucho vacío. La noria del Bronx

se volvió una planchada giratoria. Sacó dos balas nuevas y las metió en huecos contiguos del tambor, lo cerró y lo hizo dar vueltas.

Richard Olfield permanecía boquiabierto, bailando con música interna. El Noctámbulo sacó una gorra de béisbol de los Dodgers y la placa de Howard Christie de su chaqueta; le plantó la gorra en la cabeza y prendió la placa en el bolsillo del pecho. Volvió a montar la cámara en el trípode y sacó primeros planos de la placa, la gorra y la cara de Olfield. Pensando en Linda Wilhite y en comerse fichas de ajedrez, cogió el arma del suelo y se la puso en su mano derecha. Se colocó tras la cámara y preguntó:

—¿Te sientes realizado ahora, Richard?

—Sí.

—Describe cómo te sientes.

—Me siento como si hubiera conquistado mi pasado, como si hubiera irrumpido en todas las puertas verdes con la promesa de paz por recompensa.

—¿Darías aún otro paso más por mí? Ayudarías a una mujer hermosa a resolver sus pesadillas.

—Sí. No tienes más que decírmelo.

—Mete el cañón en la boca y aprieta dos veces el gatillo.

Richard obedeció sin dudar. El percutor hizo un «click» al no haber bala. El Noctámbulo captó el más bello instante de su filme, luego corrió al comedor y miró con la lente infrarroja, cuyos cristales eran color sangre. Lloyd Hopkins estaba dormido, con la cabeza contra la ventanilla medio abierta.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lloyd despertó de un sueño profundo al amanecer, a causa de un calambre en la pierna. Rascándose la pantorrilla, miró por la ventanilla; vio el chalé y el Mercedes, que seguía aparcado igual. Olfield estaba dentro. Tenía tiempo de ir a casa, pedir refuerzos para que le ayudaran en la vigilancia y en una posible incursión.

Dio vuelta al matador y se acercó al Mercedes; le cogió la matrícula y llamó por radio a Investigación pidiendo datos del coche y de su dueño; después de tres minutos de ruidos estáticos, la voz de la telefonista le contestó: FHM 353. Ninguna multa; ningún requerimiento judicial; ningún antecedente. Desanimado y agotado, a pesar de lo que había dormido, se dirigió a casa pensando en un afeitado, una ducha y litros de café.

En el porche le esperaba un montón de tres días de periódicos. El *Times* de la víspera decía: «Asesinato de un policía en Malibú». Y en otra línea, al lado: «Muerte estilo ejecución de un teniente de LAPD». Lloyd los apartó de un puntapié y abrió la puerta, viendo al instante unas páginas grapadas de papel oficial en el suelo. Las cogió y empezó a leer:

Mensaje para: Lloyd.

De: Holandés.

«Léelo ahora mismo»

¿Donde has estado metido? ¿Dando tumbos? Pensé que te habías reformado. Soy tu enlace, y deberías estar en contacto diario conmigo, ¿recuerdas? Esta información viene directa.

—Busca y captura de Martin Bergen: Sin resultados por ahora.

—Registro del *Big Orange Insider*: autorizado y realizado.

Resultado, cero. Editor jovenzuelo idiota mandó destruir contenido de mesa de Bergen después de tu última visita. Amenaza con demanda por «brutalidad policial».

—Interrogatorio intensivo vecinos zona Cañón del Mescal/PCH. Cero.

—Llamadas recibidas sobre Christie: hasta ahora sólo chalados (ningún testigo).

—Sangre en el pavimento; definitivamente de Christie.

—Hallados en la playa fragmentos de cráneo y balas aplastadas (357 punta teflón). Esto + informe forense, «Muerte causada por masiva destrucción neurológica por disparos a quemarropa», indican que lo mataron con su propia arma.

—Telefonista de noche MVD Sacramento: llamó y dijo que Christie llamó a las 8,30 de la noche, por datos de una matrícula. Le dio la información, pero no recuerda ni la persona ni el coche. Interesante, porque el forense dice que murió a esa hora.

—La tarde de su muerte, Christie fue visto rondando la sección de Archivos de Avonoco. Le dijo a la secretaria que iba a verse en la playa con un «enterado». Cuando ella preguntó para qué, se cerró como una ostra. Dijo que parecía contento y

excitado.

—Ref.: Interrogatorios Asuntos Internos: Rolando, limpio; Kayser, Tucker, Murray: bajo protección; parecen también limpios.

¡¡¡IMPORTANTE!!! Mientras Asuntos Internos registraba la Junior Miss un guarda se asustó e intentó huir. Atrapado y detenido (hierba). Gaffaney convencido de que sabe algo. El hombre (un tal Hubert Douglas, 39 años) clama tu presencia (te portaste de primera cuando hace diez años le detuviste). «Sólo hablará contigo.» Preséntate en Central Parker ya (órdenes de Gaffaney), antes que a Douglas le fijen fianza o consiga orden judicial.

¡¡¡Llámame!!! P. H.

Lloyd no se molestó en ducharse, afeitarse y mudarse; con la ropa de obrero se fue derecho a una licorería; recordaba a Douglas, un borrachín, y un litro de Jack Daniels era lo mejor para tranquilizar su espíritu y desatar su lengua. Lo compró y se fue a todo gas a la Central.

Hubert Douglas estaba en un cubículo para interrogatorios contiguo al despacho de Fred Gaffaney. Lloyd miró por el cristal de una dirección y le vio sentado a una mesa frente al capitán, con un uniforme lleno de hombreras y galones dorados y un cinturón de guarda. El altavoz de la esquina retumbaba con su relato sobre Ven-Sam-Chin, un chupapollas chino. Gaffaney le oía con la cabeza ladeada mientras acariciaba el pasador.

Lloyd entró justo cuando Douglas contaba el meollo del chiste, coreado por sus propias carcajadas y dando golpes en la mesa.

—¡Qué bueno! ¿No caes en ello? —Se levantó al verle y le tendió la mano—. ¡Hola, Hopkins, mi hombre!

Lloyd le estrechó la mano.

—Hola, Hubert. ¿Te tratan bien mis compañeros?

Douglas asintió mirando a Gaffaney, quien levantó la vista hacia Lloyd.

—Aquí el menda no para de preguntar, y yo no paro de decirle que sólo contigo, y él venga a decirme que no dan contigo y que seguro andas por ahí «pelando un conejo».

—Conozco mis derechos. Llevo retenido casi veinticuatro horas. O me plantáis acusación formal en veinticuatro horas o me soltáis.

Lloyd miró a Gaffaney y luego volvió la vista a Douglas.

—Ni zorra idea, Hubert. Hoy es sábado. Te podemos trincar hasta el lunes. Siéntate. Vengo después de hablar con el capitán.

Gaffaney se levantó y siguió a Lloyd. Le miró de arriba a abajo con desdén.

—Necesita un afeitado y su ropa está asquerosa. ¿Dónde ha estado metido?

—Robando por ahí. ¿Qué pasa con Hubert?

Gaffaney cerró la puerta del cuartito.

—Estaba en Cosméticos Júnior Miss con un ayudante. Acabábamos de saber que Christie anduvo por Archivos poco antes de morir. Mi instinto dice que Murray está limpio de sospecha y así lo manifesté. Douglas limpiaba ventanas en la habitación de al lado. El ayudante me dijo que estaba receloso con nosotros y parecía sospechoso, no quitaba ojo. Cuando empezamos a hablar de archivos echó a correr y mi ayudante le atrapó con hierba en el bolso. Sabe algo, Hopkins. Consiga saber lo que es.

Lloyd hizo funcionar las ruedecillas de su mente.

—Capitán, ¿han dejado caer el nombre de Thomas Goff a la telefonista de DMV que habló con Christie?

—Sí. Yo mismo hablé con ella. Dijo que Goff «no» era el nombre que preguntó Christie. También le di la matrícula y la descripción del coche de Goff. Negativo también. ¿Qué va a...?

Lloyd silenció al capitán poniendo una mano en su hombro.

—¿Ha visto Douglas las fotos de Goff?

—No.

—Entonces consiga una copia y un informe de ordenador sobre este otro: Richard Brian Olfield, blanco, unos treinta, Windermere 4109, Hollywood. Mercedes blanco, FHM 363. No tiene ni requerimientos ni mandamientos judiciales, pero necesito todos los datos que se pueda conseguir.

Gaffaney asintió.

—¿Qué anda pescando?

—Se lo diré después de hablar con Douglas. ¿Puede tener la foto ahora?

El capitán entró en el despacho enrojecido desde el cuello hasta sus pelos al rape. Salió con las fotos en la mano; le advirtió:

—No le prometa ningún tipo de indulgencia.

Lloyd compuso la más inocente de sus sonrisas.

—No, señor.

Cuando Gaffaney regresó a su oficina entró en el cubículo y apagó el altavoz. Plantó la botella en la mesa frente a él.

—Hagamos un trato. Me cuentas lo que sabes y te largas. O empiezas a tocarme los cojones y subo como un tiro a narco, les birlo un kilo, lo pongo encima de la bolsa que te afaná Asuntos Internos y te empaqueto por tráfico y posesión. ¿Cuál de los dos va a ser?

Douglas cogió la botella y de un trago la dejó casi mediada.

—¿Tengo cara de idiota, Lloyd?

—No. Pareces inteligente, guapo y con *savoir faire*. Vamos a llevar esto con la menor mierda y camelos. Los sabuesos de Asuntos Internos creen que sabes algo sucio sobre los archivos de Júnior Miss. Tira desde ahí.

Douglas tosió y apestó con su aliento de bourbon a Lloyd.

—¿Y qué si esa sucia mierda tiene que ver con otra mierda en la que estoy metido?

—Te largas igual.

—¿En serio?

—Si miento, que me jodan. Larga el rollo, Hubert.

Douglas pegó otro trago y se limpió los labios.

CAPÍTULO VEINTE

La partida de ajedrez iba progresando. Había procesado a sus solitarios para la toma de datos; esta noche, cuando el policía adversario estuviese muerto, se inyectaría con pentotal y con las imágenes de las últimas horas para que el vacío estallara. El retorno al hogar estaba a la vista.

El Noctámbulo estaba en el balcón mirando al océano. Cerró los ojos y dejó que el ruido de las olas al romper acompañara a la marea de imágenes recientes; Hopkins cuando marchó de Windemere; la bolsa de basura tamaño industrial conteniendo el bulto de Sherry Shroeder contra el hombro de Olfield mientras lo llevaba hasta su coche; la cara feliz de Olfield al depositarlo en su tumba a la sombra del enorme cartel *Hollywood*. Momentos felices, pero no tan plenos como ver a Billy revelar la cinta y luego montarla hasta lograr la unión del trauma infantil de Linda Wilhite con sus obsesiones adultas. Billy se alegró al principio ante el reto de un trabajo urgente, y luego se aterrorizó cuando vio en su laboratorio de revelado la muerte de Sherry. Tuvo que improvisar una sesión genial de terapia para que terminase su encargo.

Abrió los ojos; había «pequeños» testimonios de su voluntad. La llamada del gerente del City: habían robado en el despacho y estaban reparando los desperfectos. Un aviso en el contestador automático que llamase con urgencia a Linda. Los dos avisos eran muestras tan evidentes de su poder, que sucumbió ante su simbolismo. Se fue a una cabina de la playa y llamó a sus solitarios: les pidió una «contribución» de diez mil a cada uno. Todos dijeron «Sí», con obediencia perruna.

Dejaría que las capitulaciones continuasen.

Se acercó al teléfono de la cocina y llamó a Linda.

—Hola, soy John Havilland, Linda. He recibido un mensaje de que necesitas hablar conmigo.

La voz de Linda sonaba enérgica.

—Doctor, me doy cuenta que le aviso con poca anticipación, pero quiero informarle de que abandono el tratamiento. Usted me ha abierto a muchas cosas, pero desde ahora quiero volar yo sola.

Havilland se tragó sus propios pensamientos. Cuando los expresó en palabras, sonaron a sorpresa y pena.

—Siento mucho oír eso, Linda. Estabas haciendo grandes progresos. ¿Seguro que quieres dejarlo?

—Completamente, doctor.

—Ya veo. ¿Estarías de acuerdo en una sesión más? ¿Una con ayuda audiovisual? Es mi sistema normal de terminar y es vital para la terapia.

—Doctor, estos días estoy muy ocupada. Tengo montones de...

—¿Te viene bien esta noche? ¿A las siete, en mi despacho? Es esencial que terminemos el tratamiento correctamente, y la sesión será gratis.

Suspirando, Linda le respondió:

—Está bien. Pero le pagaré.

—Hasta luego.

Havilland colgó; luego marcó otro número, y empezó a respirar de forma agitada.

—¿Sí? —La voz de Hopkins era expectante.

—Sargento, soy John Havilland. Han pasado cosas muy raras. Han violentado la puerta de mi despacho, y además mi contacto me ha llamado y...

—Tranquilícese, doctor. Hable con calma.

—I... iba a decirle que todavía no puedo dar su nombre, pero Goff estuvo con él, se enteró de que necesita dinero que le debe y un revólver. Los dejó en una taquilla de la estación de autobuses Greyhound, en el centro urbano. Fr... francamente, Hopkins, mi contacto teme que sea una trampa. Quiere volver a la terapia y por eso pude sacarle esa información. Ti... tiene una relación extraña con Goff, es casi fraternal.

—¿Le dijo el número del armario?

—Sí. Cuatro-uno-seis. La llave parece que la tiene el del puesto de caramelos que está justo frente a las taquillas. Goff la dejó allí ayer, según cuenta mi contacto.

—Ha hecho usted lo que debía, doctor. Yo me encargaré del tema.

El doctor John Havilland posó el auricular; pensaba en Richard Olfield, apostado en el bar junto al armario 413 con la foto de archivo de Hopkins y una metralleta Uzi.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lloyd conducía a toda marcha en dirección norte por la autovía Harbor cuando se dio cuenta de que no había avisado al Holandés. Empezó a golpear el salpicadero soltando maldiciones cuando oyó el ulular de sirenas que ahogaban sus blasfemias. Miró por el retrovisor a tres coches, negro y blanco, pasarle zumbando y con destellos, y luego tomar la salida al centro de la ciudad. Pensando en la causa, encendió la radio policial. Escuchó:

—«A todas las unidades, todas las unidades, código tres en la estación de autobuses, Sexta con Los Ángeles, tiroteo.»

Lloyd sintió una oleada de náuseas y siguió al convoy.

El cruce de las calles Sexta y Los Ángeles era un muro compacto de coches patrulla en doble fila. Paró junto a la entrada sur y entró corriendo entre agentes con cara aturdida y rifle en mano. Hablaban a borbotones y un joven alto no cesaba de repetir, mientras acariciaba el cerrojo de su Ithaca:

—Sicópata, jodido sicópata.

Se abrió paso entre desaliñados que rondaban junto a las ventanillas de billetes. Lloyd vio a un sargento de uniforme que tomaba notas. Le palmeó el hombro.

—Hopkins, Homicidios. ¿Qué tenemos?

El hombre soltó una risotada.

—Tenemos un caso de chiflado con metralleta. Un borracho tanteaba las taquillas de la consigna, junto a la Sexta, cuando el sicópata ese sale del bar y se pone a disparar. Al borracho no le pasó nada, pero los armarios hechos pedazos y también una señora mayor, una maleta alcanzada por un rebote. Una ambulancia se la ha llevado al Hospital General. Los del bar dicen que sonaba como una ametralladora, ratatatá. Mi compañero está tomando declaración al vagabundo y a otros testigos; ratatatá.

Lloyd sintió pequeños chasquidos a cada imitación del sargento.

—¿Hay un puesto de dulces frente a esas consignas?

—Sí, señor.

—¿Y que hay del sospechoso?

—Seguro que muy lejos ya. El vagabundo dice que metió el arma bajo el abrigo y salió por la Sexta. Muy fácil de perderse allí.

Lloyd asintió y se fue corriendo a la entrada de la Sexta. Todo el fondo estaba cubierto por armarios con llave y ranura para monedas. Frente a ellos, casetas de suvenires, chucherías y revistas porno. Al mirar de cerca vio que del 403 al 430 estaban cosidos a balazos y, como sospechaba, el bar del que salió el atacante estaba justo frente al 416.

Se fue hacia el bar y, al llegar frente al puesto, volvió la cabeza mirando con fijeza al tendero, pillándole en un gesto de odio a la bofia. Giró sobre sus talones y se le acercó rápido, asiéndole por la mano.

—Policía. Creo que alguien dejó una llave para mí.

El hombre se puso pálido. Balbució:

—Y..., yo no sabía lo del tiroteo. El tipo me dijo si quería ganar veinte pavos por dar la llave a un hombre que vendría a por ella. Yo no quería meterme en nada de tiros.

La furia misma de sus chasquidos mentales hizo que Lloyd musitara muy bajo:

—¿Me estás diciendo que el hombre que te dejó la llave es el mismo que armó el tiroteo?

—Pu... pues, sí. ¿Por eso no me colgarán complicidad, verdad?

Lloyd sacó la foto manoseada de Goff.

—¿Era este hombre?

El hombre asintió con la cabeza, después negó.

Si y no. Se parece tanto a él que podría ser su hermano, pero el de la metralleta tenía la cara más fina y la nariz más larga. El parecido es muy grande, pero tengo que decir que no.

—Dígame cómo era el vagabundo borracho.

—Eso es fácil, agente. Un tipo grande y corpulento, fuerte, de pelo oscuro. Bastante parecido a usted.

El chasquido final brilló como un anuncio intermitente de neón que decía a todo el mundo:

«Idiota, ceporro, tragón de cebos. Era Havilland.»

La trampa era para «él», no para Olfield. La había montado Olfield, no Goff. Aunque quedaban cabos difíciles de resolver, estaba claro que Havilland lo había dispuesto todo desde el primer momento, sabiendo por la ficha policial los métodos que él mismo utilizaba; plantó un informe sobre Olfield para que lo robara. Los discos del Noctámbulo, las fotos de Linda en el despacho, manipulando como marionetas a Linda, Stanley Rudolph, Goff, Herzog y quién sabe cuántos más cómplices conscientes o no del doctor. La brillantez de la jugada le había dominado; se había clavado a un muro con estiletes confeccionados por él mismo.

Y antes de que los clavos hicieran más sangre, Lloyd se fue a la consigna y metió la llave en la taquilla 416. La puerta se atascó un momento y luego se abrió. Dentro había un Python del tres-cinco-siete y un fajo de veintes sujetos por una goma. Sacó el revólver; el tambor estaba vacío pero olía algo a parafina y en la ranura del percutor una pegatina de plástico, con un escrito: *Christie LAPD*.

Los estiletes se clavaban más, espoleados por dentro y por fuera. Lloyd cogió el coche y fue a la Central.

Encontró la planta de Asuntos Internos llena de gente uniformada y de paisano. Un agente de uniforme se le acercó y explicó:

—Mi compañero y yo acabamos de traer a Martin Bergen, lo atrapamos en el

Parque Mc Arthur dando de comer a los patos. Ha renunciado a sus derechos. Unos sabuesos de Asuntos Internos están ahora con él para hacerle cantar.

Lloyd se fue corriendo hasta el salón del fiscal, al fondo del pasillo. Unos agentes de paisano miraban por el cristal de una dirección. Empujando entre ellos, pudo ver a Martin Bergen, Fred Gaffaney, un taquígrafo y una mujer que supuso sería abogado de oficio, todos en una mesa llena de blocs, bolígrafos y papel impreso. La mujer le murmuraba algo a Bergen y el taquígrafo punteaba sobre la máquina. Gaffaney manoseaba el pasador y punteaba en la mesa.

Vio unos cables que corrían por el cielo raso y le dijo al hombre más cercano:

—¿Están transcribiendo en otra parte el interrogatorio?

—Está conectada al despacho del capi. Hay otra taqui allá.

—¿Auriculares?

—Altavoz.

Lloyd sacó su bloc y escribió: John Havilland, médico. Consulta en 1710 Century Park Este. «Todas las llamadas desde domicilio y despacho de los últimos doce meses.» Se fue por el pasillo hasta la puerta del antedespacho de Gaffaney. La secretaria le abrió con una mirada hostil; Lloyd dijo:

—El capitán quiere que escuche desde aquí el interrogatorio de Bergen. ¿Podría hacerme un favor y pedir que Telefónica investigue esto?

La mujer frunció la cara.

—El capitán ha ordenado que no abandone el despacho. Hoy mismo han robado una bolsa de marihuana que era una prueba. Tuvo que soltar al sospechoso y se enfadó mucho por ello.

Lloyd sonrió.

—Es una lástima, pero lo pide el propio Thad Braverton. Me quedo guardando la fortaleza.

El rostro de la mujer se endureció aun más.

—Está bien, pero que nadie entre aquí.

Cerró la mano sobre el bloc y se fue a los ascensores. Lloyd cerró por dentro y pasó al despacho de Gaffaney. Una taquimeca con pinta de abuela aporreaba una máquina mientras el altavoz emitía la voz seca de Gaffaney.

—...y está aquí presente su asesor legal. Antes de empezar las preguntas, señor Bergen, ¿tiene algo que declarar?

Lloyd acercó una silla y sonrió a la mujer, la cual puso un dedo en los labios apuntando al altavoz justo cuando éste vibró atronando con una risotada ampliada electrónicamente, seguida de la voz de Bergen.

—Sí. Quiero que tomen nota de que ese prendedor de corbata me la chupa. Si en LAPD hubiera honradez, te meterían cinco arrestos por bancarrota estética, uso de emblemas fascistas y falta de clase en general. Adelante con el interrogatorio, capitán.

Gaffaney se aclaró la garganta.

—Agradezco su comentario gratuito, señor Bergen. Y empezando con el interrogatorio, detallaré algunos hechos concretos. Si usted no está de acuerdo con ellos puede formular la protesta correspondiente. Uno, usted es Martin D. Bergen, 41 años; le expulsaron de LAPD tras dieciséis años de servicio. Cuando estaba en el Cuerpo era muy amigo de Jack M. Herzog, actualmente en paradero desconocido. ¿Son correctos estos hechos?

—Sí.

—Muy bien. Seguimos. Hace seis días fue usted interrogado por un detective de LAPD, sobre el paradero de Herzog; usted le dijo que llevaba aproximadamente un mes sin verle, y que en sus últimos encuentros lo había encontrado «malhumorado». ¿Es eso correcto?

—Sí.

—Y continuando con las preguntas, ¿desea usted modificar la declaración que hizo al detective?

La voz de Bergen fue un puro susurro.

—Sí. Jack Herzog está muerto. Se suicidó con sobredosis de barbitúricos. Descubrí el cuerpo en su casa con un mensaje de despedida. Lo enterré en una cantera cerca de San Berdo.

Lloyd escuchó la voz de la abogada furfullar palabras de advertencia. Bergen le gritó:

—¡No! ¡Me cago en Dios! Quiero contarlo todo.

Se produjo un crescendo de voces y al final se impuso la de Gaffaney:

—¿Recuerda dónde enterró el cadáver?

—Sí. Os llevaré allí si queréis.

—Sin querer poner palabras en sus labios, señor Bergen. ¿Diría usted que la declaración anterior al detective, sobre el agente Herzog, fue incorrecta y engañosa?

—Lo que le conté a Hopkins era pura mierda. Cuando hablé con él, Jack llevaba tres semanas enterrado. ¿Sabes? Creía poder librarme de todo esto. Luego empezó a corroerme por dentro. Me emborraché para escapar de ello. Si esos polis no me hubiesen encontrado, habría venido aquí antes de mucho. La mierda en que estaba metido Herzog tiene que ser muy gorda, si no de qué ibais a poner una orden de busca y captura contra mí. Supongo que me podéis acusar de dos delitos menores; por ocultación de cadáver y por recibir documentos robados. Así que haz las preguntas o deja que haga mi declaración y la firme, para que me acuséis y me pongan enseguida la fianza. ¿Vale, querido Fred?

Se produjo un largo silencio. Esta vez lo rompió Gaffaney.

—Habla, Bergen. Intercalaré algunas preguntas si lo considero necesario.

El altavoz se llenó del ruido de una respiración. El cuerpo de Lloyd se iba poniendo tenso. Cuando estaba a punto de estallar, Bergen dijo:

—Jack siempre se esforzaba al máximo; no tenía los escapes de otros polis. Ni bebida, ni juergas, ni gatitas. Sólo leer, cavilar y competir contra sí mismo. Soñaba

con imitar a aquellos héroes guerreros que adoraba. Se comía el coco y eso le afectó. Los seis meses antes de su muerte estaba obsesionado con rehabilitarme, abriendo fisuras en la credibilidad de la Policía, dándole una imagen negativa para que la vergüenza de mi destitución fuera una cosa menor. Hablaba, hablaba y hablaba de ello, porque él era un héroe, y como me quería, tenía que transformarme de cobarde en héroe para que nuestra amistad fuese real.

»Por aquel entonces, conoció a un tipo en un bar. Éste le presentó a otro fulano al que Jack llamó «genio enamorado de expedientes». Era una especie de gurú que sacaba la pasta a esos pobres seguidores de gurús, ayudándoles en sus problemas y todo eso. Engañó a Jack para que robara algunos expedientes que les venían bien a los dos: a la brecha de credibilidad de Jack y al ansia lunática de información secreta del gurú. Tuve esas fichas: cuatro de jefes pluriempleados, de jefes nocturnos en fábricas (donde también había expedientes), otro era Jack Rolando, el de la Tele, y el último, ya sabes, era Lloyd Hopkins. Jack pensó que los datos de esos archivos darían una imagen bochornosa de LAPD «y de paso» le venían bien al gurú.

Gaffaney le interrumpió.

—¿Tienes todavía esas fichas?

—No. Las leí y se las devolví a Jack. Pensé en aprovecharlo para artículos del periódico, como homenaje a él, pero luego decidí que sería un homenaje a su locura y desistí.

—Cuéntame más sobre el que llamas gurú y sobre su amigo.

—Conforme. Primero, no sé cómo se llaman, aunque sí que Jack estaba a tratamiento con el gurú, ayudándole a ver claro en la maraña de pensamientos que le perturbaban. El gurú tenía unas frases extravagantes como «más allá del más allá» y «tras la puerta verde», que es el título de una vieja canción. Además esas dos frases estaban en la nota suicida de Jack.

Lloyd cogió el teléfono y marcó el número que, estaba seguro, confirmaría por completo la culpabilidad de Havilland.

—¿Diga?

Volviendo la espalda a la mecanógrafa murmuró:

—Soy yo, Linda.

—¡Hopkins, cariño!

—Escucha, no puedo hablar, pero la otra noche murmurabas «más allá del más allá» y algo sobre «puertas verdes». ¿De dónde has sacado esas frases?

—Del doctor Havilland. ¿Por qué? Pareces muy raro, Hopkins. ¿Qué pasa?

—Te lo diré más tarde.

—¿Cuándo?

—Pasaré por ahí en algo así como un par de horas. Quédate en casa. ¿Conforme?

La voz de Linda se volvió seria.

—Sí. Es él, ¿no es cierto?

—Sí.

Colgó el teléfono y cogió a Bergen en mitad de una frase.

—... por la espuma de la boca supe que había tragado exceso de barbitúricos. Solía decir que si alguna vez cogía el «tren de noche», nunca lo haría con un revólver. Gaffaney soltó un largo suspiro.

—El sargento Hopkins registró la casa de Herzog y encontró todo lavado con detergente. ¿Notó esas marcas cuando descubrió el cadáver?

—No. Ninguna.

—¿Recuerda literalmente la nota de Herzog, aparte de esas frases que ha mencionado? ¿Explicaba los motivos del suicidio?

Bergen recitó lentamente:

—Aquí acaba nuestra compañía, chaval. Te contaré todo lo que quieras saber, menos eso. Y tú no tienes el salero para sacármelo.

El altavoz se sacudió con unas palmadas en la mesa.

—Vamos a interrumpir esto por unas horas. Hemos dispuesto una celda de detención para usted, señor Bergen. Si lo desea, su abogada puede acompañarle. Pasaremos más tarde a recogerla. Sargento, acompañe al señor Bergen a su residencia provisional.

El altavoz quedó muerto. Lloyd se levantó y se fue a la ventana del pasillo a tiempo para ver a un policía de paisano que acompañaba a Bergen y a la abogada a las escaleras que bajaban a la planta cinco de celdas para detenidos. Bergen parecía agotado tras la confesión; hombros caídos, ojeroso, andares vacilantes. Lloyd saludó a su espalda cuando se perdió de vista en el rellano y se volvió al ver que la secretaria de Gaffaney llamaba a la puerta con unos papeles en la mano.

—Tengo la información, sargento.

Lloyd abrió y cogió unas páginas.

—Déjeme explicarle esta lista. La supervisora no me dio las llamadas hasta hace dos días desde casa y el despacho. Verá que sólo en muy pocas está la dirección y el nombre; es porque se han hecho a cabinas públicas. ¿No es muy raro? Las cabinas están identificadas junto a los números. ¿Era eso lo que quería?

Lloyd sintió otro chasquido.

—Excelente. ¿Puede hacerme otro favor? Llame a la jefa de supervisoras y que intente averiguar las llamadas a los dos números desde cabinas en los últimos días. Dígale que llame a Homicidios y Robos con los datos. Insista en que es de suma importancia para un asesinato múltiple. ¿Lo hará por mí?

—Sí, sargento. ¿Va a hablar con el capitán? Sé que le interesa mucho lo que está haciendo.

Lloyd lo negó con la cabeza.

—No. Si me necesita, estaré en mi despacho. No voy a molestarle con esto de las llamadas. Ya tiene bastante encima.

La secretaria de Gaffaney bajó la mirada.

—Sí. Trabaja demasiado y muy duro.

Lloyd subió corriendo a su oficina, pensando si el converso cazador de brujas ponía los cuernos a su mujer. Al cerrar la puerta, leyó la lista de teléfonos sintiendo el chasquido chocar con la charla de Hubert Douglas sobre Goff: «Se autodefinía como paranoico justificado y decía que borraba las pistas hasta para echar una meada, sólo para seguir con la jodida costumbre». También las llamadas de Havilland a teléfonos públicos podían llamarse paranoia justificada. La mayoría correspondía a cabinas cercanas a las casas de Herzog, Goff y Olfield. Las llamadas a Herzog empezaban en Noviembre: coincidía con la declaración de Bergen de que Herzog empezó a tratar con el gurú hace seis meses. Terminaban a fines de Marzo, sobre la fecha del suicidio. Las de Goff se extendían desde el comienzo de la lista hasta el día siguiente al asesinato en la tienda. Con Olfield se había comunicado todo el tiempo, de principio a fin.

Se fijó en el resto de las llamadas; sacó un mapa plegable de todo el Condado, esperando que encajase con la teoría de Bergen de «aquellos pobres desgraciados ansiosos de venerar a un gurú». De la lista del informe al catálogo de calles y al plano. Cinco localizaciones; las cinco confirmadas. Click. Click. Click. Click. Click. Las cabinas de los cinco grupos estaban en centros comerciales de lujosos barrios residenciales: Cañón Laurel, Robles Sherman, Palosverdes, San Marino y Bunker Hill.

Resumen: Dejando aparte posibles «seguidores» que viviesen cerca, y por lo tanto no se registraban las llamadas, o sea, Century City y Beverly Hills, el doctor tenía por lo menos cinco personas, tal vez inocentes o enfermos violentos a quienes «trataba».

Pregunta sin respuesta: Aplicando el esquema de paranoia justificada, es evidente que tratará de enmascarar toda posible investigación. Entonces, ¿dónde se reunían él y sus pacientes?

Lloyd recordó los diplomas de su despacho: Facultad de Harvard, dos Hospitales de la zona urbana de Nueva York. Click. Click. Goff nació y se crió en Nueva York. ¿Estarían en contacto cuando fue interno? Todas las claves estaban en el pasado, protegidas por el secreto médico. Lloyd se imaginó a sí mismo como un devoto de gurús escribiendo un libro, sin nada más que afición y un teléfono. Cinco minutos después, el teléfono se había convertido en una máquina del tiempo viajando como un rayo en pos del pasado del doctor.

El truco del libro resultó. Años antes de su etapa secreta, el doctor era muy dado a la autobiografía, que quedó registrada para la posteridad en los Anales de la Facultad de Medicina de Harvard en un ensayo de introducción, calificado por su tutor como «Un auténtico ejemplo tanto de maestría en el lenguaje como de brillantez y genialidad en la exposición de motivos evidentes para llegar a ser un siquiatra».

Y gracias a los recuerdos del efusivo tutor y al ensayo, Lloyd se enteró de que el gurú curacocos nació en Scardale, N.Y., en 1945, y que a los doce años perdió a su padre, desaparecido, quedando John y su madre muy ricos. A las tres semanas de la desaparición de su padre, John tuvo una lesión cerebral que produjo pérdida parcial

de memoria y fantásticas imágenes de su padre, una mezcla de ilusión y realidad que su madre alcohólica no podía aclararle. Símbolos del bien y el mal en su memoria (placenteros viajes en la noria del Bronx, el interrogatorio de los policías a la muerte de su padre) desgarraron a John y le impulsaron a «conocerse a sí mismo» y «ayudar desinteresadamente» a otros a conocerse a ellos mismos. En 1957, a los doce años, John Havilland decidió llegar a ser el mejor siquiatra de todos los tiempos.

Lloyd dejó que el tutor siguiera con los halagos para enterarse de que, en Harvard, Havilland estudió las terapias del sueño simbólico y publicó artículos que fueron premiados sobre manipulación psicológica y técnicas de lavado de cerebro. Explicaba cómo, interno en el Hospital de Castleford, trató a delincuentes remitidos por el juez, con unos resultados increíbles: sólo una mínima parte reincidía. Y concluyó con las palabras:

—Y el resto de la obra del Doctor Havilland se realiza en Los Ángeles; suerte con el libro.

El tutor se calló, esperando una réplica. Lloyd murmuró:

—Gracias. —Y colgó.

No hubo suerte en las llamadas a los Hospitales; no divulgarían información sobre el doctor John Havilland ni podían asegurar que Thomas Goff había sido tratado allí. La última posibilidad con el teléfono era los «símbolos del mal» de un niño de doce años.

Llamó a la Policía de Scardale. Tuvo que pasar, uno tras otro, por telefonistas, empleados, agentes, hasta enterarse de que los archivos se incendiaron en 1961 y no había nada anterior. Estaba a punto de colgar cuando un policía jubilado que estaba de visita cogió el teléfono.

Aquel hombre le contó que por los cincuenta un ricachón repugnante llamado Havilland fue el principal sospechoso de asesinato de un guardián de Sing Sing llamado Duane Mc Evoy, quien, a su vez, era sospechoso de asesinatos sexuales de varias jóvenes del Condado de Westchester. También se acusaba a Havilland de haber incendiado una manzana entera de casas viejas y abandonadas en el barrio pobre de Ossining, incluida una mansión destartada que el jefe de Policía había descrito como «Fábrica de torturas». Havilland había desaparecido en las fechas que el cadáver acuchillado de Mc Evoy se encontró flotando en el Hudson. Hasta lo que él sabía, nunca le pudo detener la policía ni volvió a ser visto más.

Después de colgar, Lloyd veía que sus clicks iban formando un entramado de evidencias. John Havilland se había fijado en él como un adversario, citando el parecido con su padre de pasada en su primera entrevista. La obsesión por el poder paterno le llevó a crear un equipo de «vástagos», débiles de voluntad (entre ellos Goff y Olfield), que moldeaba como propagadores de su plaga y lanzándoles a misiones de horror. Seguramente Goff se encontró con Havilland en el hospital de Castleford poco después de su libertad condicional en Attica. El «tratamiento» del doctor le había liberado de sus tendencias criminales que le habían dominado hasta entonces, lo que

explicaba su impecable trayectoria después de Attica. Seguramente Goff era el que reclutaba «seguidores» de gurús de Havilland; sus rondas por bares y los testimonios de Morris Epstein y Hubert Douglas lo indicaban así.

Los clicks de Lloyd dejaron el terreno de la evidencia para aventurarse en las elucubraciones de un salto salvaje que sin embargo sonaba a «acertado»: Goff estaba muerto, posiblemente asesinado por Havilland tras la barbaridad con el 41 en la licorería. Havilland fue el artífice del montaje en casa de Goff, dejando el álbum del doctor John, el Noctámbulo, como cebo. El hombre que vio el casero entrar en casa de Goff era Olfield, disfrazado de Goff. Havilland mató personalmente a Howard Christie.

Idiota. Ceporro. Imbécil. Tragacebos. La venganza abordó la mente de Lloyd. Se levantó y empezó a dirigirse al despacho de Thad Braverton, pero se detuvo al ver, como una barrera, el cartel *Jefe de detectives* en la puerta. «Todas sus pruebas eran circunstanciales, supuestas y teóricas.» No podía presentar pruebas sólidas para arrestar a John Havilland.

Forzando sus motores físicos y mentales, Lloyd bajó a la planta cinco y vio en la primera celda a Martin Bergen, mirando por la rejilla.

—Hola, Marty.

—Hola, Hopkins. ¿A regodearte con el triunfo?

—No. A darte las gracias por tu confesión. Ha sido de gran ayuda.

—Estupendo. Seguro que harás un magnífico collar para el perro y marcarás otra muesca para tu leyenda.

Lloyd le contempló fijamente. El enrejado proyectaba rayas oscuras en su cara.

—¿Tienes la más mínima idea de lo gordo que es este lío?

—Claro, acabo de oír casi todo el cuento. Una pena que no pueda escribirlo.

—¿Quién te lo ha contado?

—Una fuente de información. Si no las tuviera, sería un periodista de mierda. ¿Algo nuevo sobre el gurú?

Lloyd asintió.

—Sí. Creo que todo encaja ahora. ¿Por qué no me dijiste lo que sabías cuando hablé contigo entonces?

Bergen soltó una risotada.

—Porque no me gusta tu estilo. He hecho lo que debía y he dado la cara, Hopkins, así que estoy limpio. No me pidas que te bese el culo.

Lloyd agarró el enrejado hasta casi tocarle la cara.

—Entonces besa esto, hijo de puta: si me lo hubieses dicho entonces, Christie seguiría vivo hoy. Añade esto a la lista de tus culpas.

Bergen se echó para atrás. Lloyd se alejó, dejando que sus palabras quedaran flotando como una lluvia radioactiva venenosa.

Mientras iba hacia el oeste, a Hollywood, Lloyd pensaba en las preguntas que aún no estaban contestadas, dándose a sí mismo respuestas que le parecían tan claras como las comprobadas. ¿Sabía Havilland que Jungle Jack Herzog estaba muerto? No. Lo más probable era que diera por hecho que la vergüenza de Herzog por el «más allá» le impedía denunciar al mundo, y en especial a la Policía, al hombre que «le hizo traspasarlo». ¿Las marcas de limpieza del piso de Herzog? Probablemente Havilland; probablemente después de la masacre de la licorería, cuando vio que Goff ya no servía. Goff había reclutado a Herzog, habría estado en la casa, y quedarían huellas dactilares. Havilland tenía que destruir ese posible rastro, pero con Herzog quedó un flanco al descubierto.

Lloyd se obligó a pronunciar en voz alta la palabra tabú. Homosexual. Se palpaba en la veneración por los personajes heroicos; en su temeraria necesidad de buscar el peligro como policía; en la falta de interés sexual con su chica poco antes de morir. Bergen se negaba a dar detalles del mensaje suicida porque lo decía allí expresamente, a la vez que revelaba el trágico defecto de Havilland implícitamente: quería que Herzog fuese un testimonio errante de su poder, del poder de quien sacó de su rincón a un valiente y macho policía.

El odio se agarró a Lloyd con tal fuerza que tuvo miedo de que su cerebro estallase volándole la cabeza. Pisó a fondo en un acto reflejo de su rabia. La Avenida Highland aparecía borrosa ante él. De pronto una frase del artículo de Bergen en homenaje a Herzog le hizo levantar el pie y frenar: «Resucita los muertos en este día». Sonrió; Jack Herzog iba a volver del «más allá del más allá» e incriminar con un truco al hombre que le empujó hasta la muerte.

Lloyd pasó el Auditórium y se metió en la Windemere, soltando una maldición al ver que el Mercedes no estaba frente a su casa y además no era fácil irrumpir en ella por las barbacoas instaladas por algunos vecinos. Paró el coche y se asomó por la ventana; seguían echadas las gruesas cortinas. Maldiciendo de nuevo, se fue al jardín, parándose al ver algo blanco que destacaba en el césped verde.

Lo cogió; era un trozo de esparadrapo con una mancha que parecía sangre coagulada en la parte adherente. Otro click, esta vez seguido de un signo de interrogación. Recogió la tira y se fue hacia el sur a comprar material para armar su trampa.

Paró en la armería Barra Dorada, en La Brea. Sacó de la guantera el Mágnum 357 de Howard Christie y miró las cachas; eran de nogal veteado con tornillos en los extremos; desmontables, pero con estrías demasiado profundas como para que quedasen huellas claras. Maldiciendo su mala pata, entró con el revólver y mostró la placa al dueño. Le dijo que quería un revólver con cachas desmontables de madera pulida pero que también sirvieran para el Mágnum. El armero cogió un destornillador y puso una serie de revólveres en el mostrador. Diez minutos después, Lloyd era

trescientos cinco dólares menos rico y dueño de un Ruger 44 con gruesas cachas de cerezo. En deferencia a su placa, el armero obvió los tres días de espera reglamentarios. Lloyd se fue a una cabina confiando que la suerte siguiera con él.

Y siguió. La telefonista de Homicidios tenía un mensaje urgente. «Llamar a Katherine Daniel, Compañía Telefónica Bell, 623-1102, extensión 129.» Lloyd marcó el número y escuchó una voz ronca de mujer divagando sobre el respeto a su difunto padre policía que le había hecho «mover el culo» y conseguir la información pedida.

—... y entonces me fui a la sala de ordenadores y saqué los datos recientes de los dos números. Ninguna llamada, ni ayer ni hoy, desde la casa ni desde el despacho. Y como me jodió un poco, empecé a mirar al tío ese, Havilland. Empecé con sus facturas en los datos de ordenador. Siempre pagó con cheque las dos facturas, menos diciembre, que lo hizo un tal William Nagler; fui tirando del hilo de Nagler. Ha pagado cada mes la factura de su teléfono y la de otro más en Malibú. Vive en Cañón Laurel; en sus talones figura esa dirección, su prefijo es de allí. Pero...

—Vaya más despacio a partir de ahora. Estoy tomando nota.

Katherine Daniel tomó aliento y continuó:

—Está bien. Como le decía, el tal Nagler paga ese teléfono de Malibú (cuatro-cinco-dos, seis-uno-cinco-uno. No figura en la Guía); mientras pague la factura, a la Compañía como si vive en Tombuctú. En fin, hice un muestreo de las llamadas del 6151 del año y veo un montón de cabinas como el que le dio la compañera. Saqué también datos de ayer y hoy del ordenador, las interurbanas, todas con prefijo de otra zona, ¿los quiere?

—Sí; pero por favor, despacio ¿Tiene nombres y direcciones?

—¿Qué se cree, que hago las cosas a medias? ¿Que sólo muevo medio culo?

A Lloyd le sonó casi histérica su propia risa forzada.

—No, claro que no. Adelante.

—Bien. Seis-dos-tres, ocho-nueve-uno-uno, Helen Heilbrunner, Torres de Colina Bunker, apartamento ocho-cuarenta y tres; tres-uno-siete, cuatro-cero-cuatro-cero, Robert Rice, Via Esperanza; uno-cero-seis-siete-siete, Finca Palos Verdes; cinco-cero-dos, dos-dos-uno-uno, Monte Morton, plaza La Granje uno-doce, Robles de Sherman; cuatro-ocho-uno, uno-dos-cero-dos, Jane O'Mara, Círculo Leveque, nueve-nueve-cero-nueve, San Marino; dos-siete-cinco, siete-ocho-uno-cinco, Linda Wilhite, Wilshire nueve-ocho-nueve, Los Ángeles Oeste; cuatro-siete-cero, ocho-nueve-cinco-tres, Lloyd W. Hopkins, Kelton tres-dos-nueve-cero, L.A. Oiga, ¿no será pariente suyo?

La risa de Lloyd salió mucho más perfecta.

—No. Hopkins es un nombre muy corriente. ¿Tiene número y dirección de Nagler?

—Claro. Barranca Woodbridge cuatro-nueve-ocho-cero, Cañón Laurel, Cuatro-seis-tres, cero-seis-siete-cero. ¿Lo tiene todo?

—Sí. Te saludo, mi dulce Katherine.

Se oyeron unos gorjeos roncros por el aparato.

Sudando, sin fuerza en las piernas por la tensión, llamó al número directo del Holandés, en la Comisaría de Hollywood. Le respondió el sargento de guardia: el Capitán Peltz estaría fuera toda la tarde, pero cada hora llamaría para coger mensajes. Con voz muy pausada Lloyd le explicó lo que quería: el Holandés tenía que mandar equipos de confianza a las direcciones que él daba, y asustarles con «preguntas de rutina» a todos los que reaccionasen ante las contraseñas «más allá del más allá» y «tras la puerta verde». Le dio todos los nombres y direcciones, quedándose con los datos de Nagler; hizo que le repitiera el mensaje. Él llamaría también cada hora para recalcar al Holandés la urgencia del caso. Colgó.

Venía ahora la parte peligrosa. La parte de arriesgar la vida de una mujer inocente en aras de acusar a un asesino, lo que, de paso, era una acusación contra su empeño en negar todo lo ocurrido cuando la muerte de Terry Verplanck. Conduciendo hacia la casa de Linda, Lloyd rogaba para que ella dijera o hiciera algo que probara si su plan era bueno o no, ahorrándose ambos reproches de cobardía o de voluntad impensada.

Linda abrió la puerta con una copa en la mano. Su postura y el brillo de sus ojos eran de indignación pasando hasta la ira, una puta a la que le follan muy de vez en cuando. Lloyd se acercó a besarla, pero ella se apartó.

—No; primero cuéntame. Y después no me toques o perderé los estribos.

Lloyd entró al salón y se sentó en el sofá, asustado de que la rectitud de Linda desbaratara sus esquemas. Sacó la Mágnum y la puso en la mesita. Linda cogió una silla y miró el arma sin pestañear.

—Cuéntame, Hopkins.

Pendiente del más mínimo matiz de sus reacciones, Lloyd narró toda la historia de Havilland, terminando con la idea de que el doctor había jugado con ellos, contando con la atracción de, al menos, uno de los dos. Linda escuchó impasible todo el relato, pero cuando terminó, Lloyd vio que el terror la dominaba.

—¡Dios! Estamos ante el Moby Dick de los sicópatas. ¿Crees de veras que está por mis encantos, o que sólo es parte de su maniobra?

—Una pregunta muy acertada. Creo que, al principio, era sólo maniobra, pues quería dar imagen de gustarle las chicas. Después creo que estaba celoso de verdad por tu atracción hacia mí, aunque sólo fuera por haberme nombrado su adversario. ¿Tiene sentido? Tú le conoces mejor que yo.

Linda lo meditó un rato.

—Sí. Mi primera impresión era la de un individuo sin sexo. ¿Y qué viene ahora? ¿Qué pinta aquí ese revólver?

Lloyd se sintió reconfortado. Linda le aclaraba sus dudas con respuestas perfectas y preguntas adecuadas. Se le encendió una luz que alivió la opresión de su pecho. Sólo si ella se ofrecía claramente, él apoyaría la jugada peligrosa.

—No tengo ninguna prueba sólida. No puedo detener a Havilland y retenerlo. Te ha llamado hoy, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—La investigación telefónica de que te hablé. ¿Qué quería?

—Le había llamado para decirle que dejaba el tratamiento. Lo recogió su contestador. Casi se pone de rodillas para que acepte una última sesión. Acepté.

—¿Cuándo?

—Hoy a las siete.

Lloyd consultó la hora: Las seis y cinco.

—Una pregunta, antes del revólver. La otra noche me hablaste de la muerte de tus padres, de los pensamientos de horror que te producía. ¿Le dijiste algo a Havilland? ¿Ha hecho hincapié en ello en tus visitas?

—Sí. Está obsesionado con ello, y con otras fantasías violentas que tengo. ¿Por qué?

Lloyd reprimió un escalofrío de miedo.

—Necesito las huellas de Havilland en este revólver. Cuando las tenga pondré estas cachas al revólver de Howard Christie, las cotejaré con las del DVM y le detendrán por asesinato en primer grado. Quedará detenido mientras encuentro pruebas. Lleva el revólver esta tarde a la consulta. Mételo en el bolso y no toques las cachas. Dile que tus fantasías son cada vez más violentas y que has comprado un arma. Dásela toda nerviosa, cogida del cañón. Si hace lo que creo, lo cogerá por la culata para explicarte cómo funciona y te lo devolverá. Vuelve a cogerlo, nerviosa, por el tambor y lo guardas en el bolso. Cuando termine la sesión vete a casa y espérame. Havilland no está prevenido y no corres peligro alguno.

La sonrisa de Linda le recordó a su hija Penny, que cuando se le enfrentaba era cuando más guapa estaba.

—Eso no te lo crees ni tú. Estás como un flan. Voy a hacer lo que dices, con una condición: con el revólver cargado. Si se asusta, quiero tener con qué defenderme.

Linda había dado su conformidad sin reserva alguna. Lloyd vio luz verde. Sacó seis balas del bolsillo y las puso en la mesa. El tiempo quedó detenido; le pareció pisar aire.

Linda le cogió por el brazo.

—Llevaba mucho tiempo esperando este momento —dijo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La Máquina del Tiempo aceleraba marcha atrás, impulsada por combustible de alto octanaje de pentotal sódico. Las hojas del Calendario volaban al viento. Se le acercaban cada vez más, hasta que las cifras en negro sobre blanco le cegaban y luego se metían dentro de él, golpeadas por imágenes muy recientes.

2 de Junio de 1957, sábado. John Havilland oyó comentar a los mayores del Instituto que, en un cementerio de coches junto al barrio negro de Ossining, había un verdadero chollo de cromados. El viejo guarda te vende adornos de capó por una jarra, y si te saltas la verja puedes birlar algo chachi y darte el piro antes que te trinque. Jimmy Vandervort sacó un bulldog de camión Mack por treinta y nueve centavos. Fritz Buckley, uno de Buick del 48 de papo, enfocándole la linterna a la cara cuando le pidió para un trago. Johnny piensa en la cantidad de cromados que puede regalar a su padre para adornar la capota del Ford Vicky recién comprado. Coge varios autobuses para llegar a Ossining y se pasea una hora por las calles del barrio negro, a la sombra de la cárcel de Sing Sing.

Las calles le recuerdan Hiroshima después de la bomba atómica; montones de escombros frente a casas abandonadas; desagües atascados con botellas y rebosando aguas sucias; chuchos famélicos buscando algo o alguien que morder. Hasta los negros recuerdan la bomba atómica, con su aspecto desnutrido y suspicaz, como alcanzados por la lluvia radioactiva. Johnny se estremece, recuerda las películas de terror que ha visto sin que lo sepa su madre. Pero esto da más miedo, y robar allí le va a hacer más hombre.

Johnny va a preguntar a un negro por el desguace cuando algo familiar le llama la atención: el flamante Ford de su padre aparcado junto a una vieja casa de madera con parches de cartón, llena de pintadas obscenas y cruces gamadas. Johnny se cuelga por una ventana, atraído por algo irresistible.

Dentro, a oscuras, pisando tablas podridas, la atracción se concreta en la risa de su padre desde arriba. Se orienta por su voz de barítono mezclada con chillidos de otro hombre. Mientras va subiendo las escaleras, aferrado al pasamanos, escucha además un rechinar y ruido de máquinas mezclado con voces.

Llega al piso de arriba y ve una puerta; entorna los ojos en la oscuridad para ver si es verde. Las risas y ruidos crecen, se entreabre sola la puerta; Johnny se asoma a mirar.

Un fuerte olor le golpea mientras sus ojos se clavan en la espalda de su padre y de otro hombre en uniforme que contemplan algo que da vueltas. El olor es a sangre, excrementos y sudor.

Un paño verde rebordeado como los de poker está en el suelo, lleno de monedas y billetes arrugados. Las paredes y el techo con manchas rojas brillantes que gotean hasta el suelo. Johnny aguza la vista y ve que su padre tiene un cincel en la mano. Lo mueve contra la cosa que gira y brota un chorro rojo. El de uniforme exclama:

—¡Mierda! Eso son diez puntos.

Retrocede, mete la mano al bolsillo y saca un fajo que lo deja caer al tapete. El objeto giratorio va parándose y empieza a discernirse.

Una mujer desnuda está sujeta a un tablero de contrachapeado, montado sobre un soporte de ladrillos. Tras él un sistema de transmisión a base de cadenas de moto y correas trapezoidales. La mujer tiene los tobillos esposados y las muñecas clavadas al tablero. Sangre palpitante mana de heridas en el tronco y miembros, y una pelota de goma encajada en la boca y sujeta con tiras de esparadrapo.

Johnny se muerde la mano para ahogar un grito, sintiendo crujir sus dedos entre los dientes. Mira con fijeza a la primera mujer desnuda de su vida, y al ver su vientre hinchado sabe que está preñada.

Su padre coge una manivela que está en la parte superior e inclina su cuerpo para hacer más fuerza y ponerla en movimiento. El tablero empieza a girar volteando con la mujer cabeza abajo y arriba; el hombre de uniforme grita:

—¿Van diez pavos a una ruleta de aborto?

Johnny mira al cincel que desciende, se esfuerza en tener los ojos abiertos, tiene que verlo, sabiendo que «va a ocurrir», pero en vez de ello, ve a papá sentado junto a él en la noria del Bronx, susurrando que todo va bien, que puede dar todas las vueltas en la noria que quiera, comer todo el azúcar de algodón que quiera, que mamá va a dejar la bebida y que van a ser una familia de verdad. Entonces el de uniforme grita:

—¡Es un niño!

Escucha su propio alarido que se le escapa, y el de uniforme se lanza contra él con el cincel en la mano. Su padre le clava un cuchillo y le clava «a él» una aguja, mientras murmura:

—Tranquilo, Johnny; tranquilo, cielo; tranquilo.

La Máquina del Tiempo llega a una época nebulosa, llena de tranquilizantes, de su madre llorando y de Baxter el abogado que dice el dinero estará siempre, de hombres serios y con trajes baratos que le preguntan sin parar:

—¿Dónde está tu padre? ¿Conoces a un hombre llamado Duane McEvoy?

La madre les grita:

—¡No! No preguntéis al niño, no sabe nada.

Baxter le lleva a un programa triple de cine de terror en White Plains y le dice que papá se ha marchado para siempre y que él es su amigo. A mitad de *La Maldición de Frankenstein*, le abordan imágenes de la cosa que da vueltas. Todo empieza a regresar y la noria se difumina, machacada por una película en Cinemascope y Tecnicolor de una cesárea.

—¡Es un niño!

Johnny echa a correr del cine, hace auto stop hasta el barrio negro. Los mismos negros atómicos, los mismos perros escuálidos, pero la manzana de la casa está quemada hasta los cimientos.

Pero ocurrió aquí.

No, fue todo una pesadilla.
Pero ocurrió «de verdad» aquí.
No lo sé.

Pasan semanas. La prensa atribuyó el incendio a «negritos descuidados jugando con cerillas» y gracias que no hubo heridos. Johnny llora la muerte de su padre y escucha a su madre hablar con Baxter; le dice, varias veces, de comprar a los polis de una vez por todas, sin mirar el precio. Baxter al fin le llama y dice que todo está arreglado, pero ella tiene que destruir todo lo que tenía su padre, hasta en las cajas de seguridad del banco. Johnny ha husmeado el despacho de su padre y sabe que no hay más que libros, armas y munición; pero el banco era algo que se le había pasado. Coge las llaves en el despacho de su padre y falsifica una nota para el director del First en Scardale. El viejo chocho traga anzuelo, sedal y plomada, haciendo chistes de niños de doce años que hacen recaditos para papá. Johnny sale del banco con un sobre marrón lleno de acciones azules y un diario de cuero negro que parece una biblia.

Johnny va a la estación, quiere ir a un cine de la ciudad. Un vagabundo, nada normal en Scardale, le pide limosna para el billete del tren; Johnny le da las acciones. Cuando parte el tren hacia Manhattan abre el diario y lee las palabras de su padre: Las palabras demuestran que lo que vio el 2 de Junio de 1957 era completamente real.

Desde 1948, solo o con un guarda de Sing Sing llamado Duane McEvoy, papá ha torturado y matado a dieciocho mujeres, en el Condado de Westchester y más al norte en sus cotos favoritos para cazar patos. Se describen, con todo detalle, mutilaciones, violaciones y descuartizamientos. Johnny tiene que esforzarse para leerlo todo. El bondadoso objeto giratorio gana terreno cuando llega a la Gran Estación Central. Entoces Johnny llega a pasajes donde ve lo mucho que le quiere su padre y todo se vuelve confuso.

El niño es mucho más listo que yo, casi me da miedo. El cerebro lo es todo. He conseguido utilizar a Duane como mi lacayo porque el idiota sabe que «yo» soy el que impide que «le» cacen. Cuando Johnny mató las ratas y disparó a los perros vi cómo se volvía frío de repente, y que se volvía más inteligente y cauteloso; sentí miedo. Deseaba acercarme a él y quererle, pero si me quedaba alejado se volvería más fuerte y más preparado para la vida.

Johnny es como un iceberg, frío y nueve décimas partes bajo la superficie.

Creo que teme matar a presas humanas; demasiado observador, demasiado asexual. Será interesante ver cómo entra en la pubertad. ¿Cómo se pondrá a prueba a sí mismo?

Johnny camina por el andén llorando sin parar. Sale por la calle 42, arroja la biblia de la muerte a un desagüe y grita una silenciosa promesa a su padre: demostrará que no le teme a nada.

Otoño, 1957. Johnny imagina víctimas posibles del Instituto de Scardale. Para cumplir el legado de su padre, imprescindible que sean mujeres. Aparte de eso Johnny va fijando sus criterios; tienen que ser presumidas, tontitas y de las lameculos que se quedan después de la clase; luego se van a casa por el pasadizo de Gart; las esperará allí con una navaja automática de Arkansas como la de Vic Morrow en *La Jungla del Asfalto*.

Va seleccionando mientras acecha en el paso subterráneo. Finalmente se decide por Donna Horowitz, Beth Shields y Sally Burdett, pollitas que se quedan en el Laboratorio lavando tubos de ensayo hasta la noche, haciendo la pelota a don Salcido para que les dé buenas notas. Zas, Zas, Zas. Afila bien la hoja, piensa si su padre se cargó a tres a la vez. Fija la fecha: El uno de Noviembre. Las tres nenas pasarán como siempre, entre 5.35 y 5.40; doce minutos para acabar con ellas y coger el tren de las 5.52 a la ciudad. Zas, Zas, Zas.

1 de noviembre de 1957, 5.30. Johnny está a mano izquierda del subterráneo, con vaqueros y un tabardo de caza, que había sido de su padre. Le cae hasta las rodillas; tiene bolsillos para cartuchos. La navaja sujeta al cinturón, dentro de la vaina de plástico.

Las tres víctimas se acercan a la hora; Donna Horowitz le ve y empieza a reírse; Sally Burdett le corea:

—¿Será Johnny Havilland o Cucko el Payaso? ¡Qué chaquetón más loco!

Johnny saca la navaja cuando Beth Shields pasa a su altura, burlona.

—Llorica, miedoso.

Johnny ataca pero clava la punta en su propia chaqueta; la hoja roza sus costillas y da un grito y cae de rodillas. Las chicas forman un corro y se burlan. Ve en un caleidoscopio la cesárea, la noria y a su padre coreando las risas. Lanza otro grito para apartar esas imágenes. Al no lograrlo pega testarazos contra el suelo hasta que todo se vuelve negro y callado.

Las cabezadas siguen. Una voz de mujer dice:

—Doctor Havilland, ¿está usted ahí?

El Noctámbulo es catapultado al presente. Su mirada descubre el despacho, el proyector y una pantalla plegable. La voz debe de ser Linda Wilhite llamando a la puerta. Su primera idea lúcida sobre el vacío ahora abierto de su infancia es de dar gracias a su propio Dios, que le dio el valor de romper ese vacío y le dio el valor de matar, y merecer el amor de su padre. Su destino se había cumplido con precisión de fracciones de segundo.

—Doctor Havilland, ¿está usted ahí? Soy Linda Wilhite.

El doctor se levanta y respira a fondo, luego se frota los ojos. Sus pasos parecen

flotar por el pentotal, pero eso era lo previsto; técnicamente ha vuelto a nacer. Prueba su nueva voz.

—Espere, Linda. Ahora voy.

Escucha su voz de siempre y abre la puerta de fuera.

Allí está Linda; con aspecto nervioso, nada común en ella.

—Hola, Linda. ¿Se encuentra bien? Parece algo nerviosa.

Linda entró en la consulta por delante del doctor; se sentó en su sitio de costumbre. Havilland entró tras ella.

—Estoy sufriendo fantasías muy extrañas, violentas. —Vio el proyector y la pantalla—. ¿La ayuda visual que usted dijo?

Havilland se sentó frente a Linda.

—Sí. Cuéntame tus fantasías. Pareces muy tensa. ¿Seguro que quieres dejar el tratamiento como estás ahora?

Linda se revolvió en el asiento, agarrando el bolso sobre sus rodillas. Al disiparse las últimas brumas de pentotal, vio que además de nerviosa estaba hecha una furia.

—Sí. Sigo queriendo dejarlo. Usted también está tenso. Y un poco aturdido. Todo el mundo tiene estrés. Es la era del estrés. ¿No se ha enterado? ¡Me cago en Dios!

Havilland alzó las manos, aplacándola.

—Tranquila, Linda. Estoy de tu parte.

Linda soltó un suspiro:

—Lo siento. Me disparé.

—No importa. Cuenta tus nuevas fantasías.

—Son muy raras, son versiones del hombre del jersey. En esencia, ahora estoy siendo amenazada del mismo tipo de hombre del que antes estaba colada. Me persiguen hombres iguales que él. Las fantasías terminan pegándoles un tiro. —Metió la mano en el bolso y sacó el enorme revólver, cogiéndolo por el tambor y el cañón—. ¿Ve, doctor, cree que estoy loca?

Havilland se adelantó y tomó el arma, sujetándolo con firmeza por la culata y apuntando a la pantalla.

—Estoy orgulloso de ti —dijo, devolviéndole el arma con la culata por delante.

—¿Por qué?

—Porque como lo has dicho, ésta es una época de mucho estrés. Tú eres fuerte, y en épocas de estrés, los fuertes van más allá del más allá. Acerca la silla, quiero que veas una película que he montado para ti.

Linda movió la silla y quedó frente a la pantalla. Havilland se levantó y metió un rollo en el proyector, lo puso en marcha y apagó la luz. Salieron unos cuadros en blanco, luego planos agitados de un dormitorio y otra vez cuadros en blanco.

De pronto, una mujer rubia vestida de enfermera que empieza a desnudarse. Todos sus defectos en primer plano: una cicatriz en el vientre, venas varicosas, celulitis. Ya desnuda del todo, hace una horrenda escena de vampiresa y se tiende en un colchón, con sólo una sábana azul.

Aparece en escena un hombre desnudo, apartando la cara de la cámara. Se abrazan, luego se separan y va cada uno a un extremo del colchón. La mujer parece asombrada y el hombre entierra su cara bajo la sábana. Después de un rato largo en esta situación, la mujer se desliza bajo él y simulan pobremente el coito.

Linda sujetaba el bolso con fuerza.

—¿De qué va esto? ¿Velada de cine porno-aficionado? Creía que era una sesión de terapia.

—Ssss. Lo interesante viene ahora.

Otra vez la pantalla en blanco. La rubia, ahora vestida otra vez de enfermera, apoyada en la pared. De repente el hombre se abalanza contra ella. Otra vez en blanco, luego un plano mal tomado de una almohada transparente, en la que se incrusta el cañón de un revólver. Un dedo que aprieta el gatillo y la pantalla se llena de rojo. La cámara saca un plano de un hombre, también en rojo.

—¡Hopkins! —exclamó con un grito Linda, al verle.

Rebuscó con torpeza en el bolso y cogió el revólver. Su dedo estaba ya en el gatillo cuando se encendieron las luces y el hombre de la película salió del armario y se abalanzó contra ella, aprisionándola con todo su cuerpo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Lloyd dejó de un golpe el teléfono, enfadado por las noticias del Holandés; dos mujeres y un hombre reaccionaron al oír «puerta verde» y «más allá del más allá», pero luego se cerraron como ostras, primero con amenazas de denunciar malos tratos policiales y luego salmodiando «patria infinítum, patria infinítum». Ninguna crisis de nervios, ninguna confesión de los errores del pasado; sólo indignación por la táctica de meter miedo y la expulsión de sus casas de aquellos policías pasados de moda. El Holandés iba a lanzar otros policías distintos tras los seguidores del gurú, pero estarían ya con sus comas mántricos. Sólo quedaban él, Linda con el Magnum y, posiblemente, William Nagler.

Miró el reloj de la cocina: 7.45. Linda seguiría con la terapia. Podía esperar un rato, llamar y tranquilizarse o podía actuar. El tic tac del reloj le volvía sordo. Cerró la casa con llave y cogió el coche.

Vio unas luces que venían de frente, de una furgoneta que se paró junto a él. Salió y se encontró con Bergen delante de las luces, las manos en los bolsillos. Llevaba el revólver bien visible al cinto.

—Mi abogado consiguió un mandato del juez. Fred Gaffaney está que caga petardos.

—Los chapuceros no deben jugar con chatarra. Olvídame. No tengo cuentos para ti.

Bergen se rió.

—En el Cuerpo estaba enamorado de esta pipa. Procuraba que se percatasen de él, incluso fuera de servicio. Estuve enamorado del revólver hasta que tuve que usarlo. Y cuando eso llegó, lo tiré al suelo y eché a correr. Jack está muerto, Hopkins.

—Cuéntame algo que no sepa.

—El rollo es mío, todo mío.

—Te equivocas, Bergen. Es asunto del Departamento, y por tanto, cosa mía.

Bergen dio un puntapié al parachoques del Matador y reculó a trompicones hasta el motor de la furgoneta.

—¡Maldito seas, se lo debo a él! ¿No te das cuenta? Lo único que tenía era lo que me daba Jack, e incluso eso estaba bastante retorcido. ¡Algún jodido de mierda le llevó donde no tenía que haber ido a sentir unas cosas que no tenía que haber sentido; y era por mí por quien sentía, estoy en deuda con él! Por favor, Hopkins, no me hagas decir la palabra. No me hagas decir la jodida palabra.

Lloyd elevó una petición por todos aquellos inocentes que se sentían culpables e iban tras el peligro.

—¿Qué es lo que quieres, Bergen?

Martin Bergen, ex sargento de LAPD, se enjugó las lágrimas.

—Sólo quiero saldar la deuda con Jack.

—Entonces sube al coche. Vamos a Cañón Laurel, a jugar a buenos y malos con

un sospechoso.

William Nagler no estaba en casa. Lloyd aparcó al otro lado, frente a la casa roja puntiaguda y llamó a las puertas principal y trasera. No respondió nadie, no había luz y no se sentía nada. Miró al buzón, sólo facturas de tarjetas de crédito, y se volvió al coche con su dudoso compañero. Se sentó al volante.

—¿Vas a airear el asunto?

—No. No me fío del cuarto poder. Trataré de solucionar los interrogantes por instinto. ¿Alguna vez ibas de paisano?

—Sí. En Venice. Antivicio. Yo voy a ser el bueno. ¿Vale?

—No. Apeistas a alcohol y te hace falta un afeitado. Eres corpulento, pero yo soy más. Me toca mí ser el salvador. Yo hago las preguntas; tú te haces el faltón. No tienes más que pensar que eres el típico cerdo fascista que aparece en tu periódico, y te saldrá bordado.

Bergen se rió.

—Eres el clásico bromista que corea un chiste y, al minuto siguiente, se mete con el que lo suelta, lo que significa una de dos: o te gusta joder a la gente o no andas bien de la cabeza. ¿Cuál de las dos es?

Sin apartar la vista de la casa, Lloyd le contestó:

—No me tientes la polaina. ¿Querías estar aquí? Pues ya estás.

Si no te comprendiese, te habría trincado por ocultar armas y de una patada en el culo volvías a la misma celda.

Lloyd se rascó la barba de tres días y le apuntó al brazo.

—Rectifico lo que te dije de que no me gusta tu estilo. Lo que quise decir era que tienes estilo, pero no sabes usarlo.

Lloyd encendió la luz interior y miró a Bergen.

—No me hables de estilo; he leído algo de tus primeros tiempos; eras cojonudamente bueno. Podías haber llegado a ser alguien, sabías decir cosas que merecen nombrarse. Pero no sabías qué hacer con ello, porque ser bueno de verdad asusta de verdad. Yo sé lo que es miedo, Bergen. Dos negros se cargaron a tu acompañante y echaste a correr. Lo comprendo y no te juzgo por ello. Pero pudiste ser algo grande y has decidido ser un jodido chismoso de prensa, y eso no lo comprendo.

Bergen jugueteaba con los mandos de la radio.

—¿Eres católico, Lloyd?

—No.

—¡Mierda jodida! De todas formas, vas a escuchar una confesión; Jack Herzog me enseñó a escribir. Hizo de negro en mis primeros relatos, luego corrigió las cosas realmente escritas por mí. El forjó mi estilo, el que podía llegar a algo grande era él. Es extraño, Hopkins. Deberías de ser un pragmático, pero creo que, en realidad, eres

un romántico inocente con un raro olfato para la mierda. Tiene gracia. Jack me dio todo lo que soy. Hizo de mí un novelista con estilo, no muy original, y un periodista competente. Él estaba escribiendo una novela, y yo era su corrector, le ayudaba a que fuera algo coherente, pero él cada vez estaba más loco. Yo nunca llegaré a ser algo grande. Pero si tuviera tu cabeza, tu empuje y tus cojones, sería algo más que un pies planos lleno de gloria.

Lloyd encendió la radio; oyó los mensajes en códigos uno y dos.

—Estamos empatados, Marty, y condenados a ello para toda la vida. Pero tenemos suerte de poder jugar la partida.

Bergen se quitó el revólver de su cinturón, bajó la ventanilla y se quedó contemplando la luna.

—Eso es lo que creo.

Transcurrieron dos horas en silencio. Bergen dormitaba mientras Lloyd miraba las ventanas de la fachada, preguntándose si llamar a Linda; si los devotos del doctor habían dado la voz de alarma a toda la comunidad y a Nagler. No, decidió; Havilland estaba muy bien protegido, sus adoradores no tenían comunicación unos con otros y los contactos a través de cabinas estaban concertados de antemano. Sus investigaciones estaban siendo bloqueadas y no podía descubrir nada más; entonces la verdad apareció: estaba siendo lógico, porque Linda era parte del juego, parte de él mismo, y si ella caía, la partida estaba perdida para siempre.

Poco después de las diez, un Porsche descapotable plateado se paró frente a la casa. Sacudió a Bergen.

—Nuestro nene está aquí. Tú sigues mis pasos y cuando me apriete la corbata, me interrumpes y sueltas «más allá del más allá» y «traspasar puertas verdes». Este tío ni tiene nada que ver con Jack Herzog, así que ni sueltas su nombre. ¿Lo has comprendido todo?

Bergen asintió y cuadró los hombros preparado para su actuación. Lloyd cogió una linterna y abrió el coche justo cuando el hombre salía del Porsche y cruzaba la acera para ir a la casa. Bergen cerró de un portazo, lo que hizo que se volviese a mirar. Lloyd le gritó:

—¡Policía!

El hombre se quedó helado, y luego se acercó a su coche. Lloyd le enfocó a la cara, lo que le hizo levantar las manos para cubrir sus ojos.

—E... el coche es mío; tengo los papeles en la guantera.

Lloyd estudió su cara; rubio, fofo, instruido, fueron sus primeras impresiones.

—No me cabe duda. ¿Es usted Willian Nagler?

El hombre bajó a la calzada y palmeó el capó con aire de propietario.

—Sí, lo soy. ¿A qué viene todo esto?

Lloyd se le acercó hasta casi tocarle; Nagler dió un paso atrás y subió a la acera; sacó la placa y la alumbró con la linterna.

—Policía de Los Ángeles, sargento Hopkins; él es el sargento Bergen. ¿Podemos

entrar y hablar con usted?

Nagler arrastró los pies, bailoteando de miedo. Lloyd vio que aquel devoto era patituerto, casi deforme.

—¿Por qué? ¿Trae una orden? ¡Oiga! ¿Qué está haciendo?

Lloyd se volvió para ver a Bergen inclinado dentro del coche, revisando bajo los asientos. Nagler se abrazó a sí mismo y dijo:

—¡No lo haga! ¡El coche es mío!

—Tranquilo, compañero, este hombre está colaborando, o sea que tranquilo. — Lloyd se volvió hacia Nagler y le dijo en voz baja—: Es uno de los de guante negro, pero lo tengo atado en corto. ¿Podemos entrar? Aquí fuera hace frío.

Nagler se apartó un mechón lacio que le caía por la frente. Lloyd le miró abiertamente y añadió competente, listo y asustado a la primera valoración:

—¿Qué quiere decir de guante negro?

Muy oportuno, Bergen se incorporó y se acercó a Lloyd.

—Deberíamos dar un meneo al coche; el pollo este es drogata, te lo digo yo. ¿Con qué vuelas, ciudadano? ¿Caballo? ¿Polvo? Dame treinta segundos para junar la guantera y te saco un arresto por posesión de mercancía sin cortar.

Lloyd le miró con cara de enfadado.

—Esto es una investigación de rutina por un caso de robo, no una redada narco, y he dicho que tranquilo. Señor Nagler, ¿podemos entrar?

Los pies de Nagler empezaron otra danza del miedo.

—No me han robado nada; en mi vida me han robado y no sé nada sobre robos.

Lloyd posó una mano en el hombro y se acercó a su oreja.

—Han forzado todas las casas de esta calle. Unas veces roban y otras no. Un chivato nos contó de un chalado peligroso que le chifla la ropa interior. Lo que quiero es comprobar los cajones de su dormitorio en busca de huellas.

Nagler se soltó de él.

—No, no puedo permitirlo. No, sin una orden judicial.

Apuntando a Bergen, Lloyd le dijo:

—Aquí él es el jefe; yo soy experto en huellas. Si no puedo mirar sus armarios, se cabreará y le detendrá por drogata. Su hija murió de sobredosis y eso le saca de quicio; por favor, coopere, señor Nagler, por nuestro propio bien.

Nagler miró por encima del hombro y vio a Bergen a cuatro patas revisando los tapacubos delanteros del Porsche.

—De acuerdo, agente. Pero mantenga a ése alejado de mí.

Lloyd lanzó un silbido, Bergen abandonó su pesquisa.

—El señor Nagler va a colaborar, sargento. Hagámoslo rápido; es un hombre muy ocupado.

—Como todos los drogatas. —Echó un último vistazo al coche y se acercó—. Seguro que está fichado. Miraré la lista de sospechosos; podríamos colgarle una buena por droga sin corte.

—Se inclinó hacia Lloyd con gestos de borracho. Aprovechó para murmurarle:

—¿Qué tengo que hacer ahí dentro?

Lloyd simuló un ataque de tos.

—Busca papeles de propiedad, algo de Malibú. Revisa todo, por si encuentras algo ilegal para meternos con él. Actúa de forma amenazadora.

Nagler les abrió y encendió la luz del vestíbulo. Les indicó el interior y evidenció su nerviosismo temblando y abrazándose él mismo; su defecto al andar aumentó; casi se tocaban las puntas de los pies. A Lloyd le recordó esos animales que se hacen una bola cuando tienen miedo, escapando del medio exterior. Lloyd sintió ganas de estrangular a Havilland al ver tanto pánico, y a sí mismo por lo que estaba haciendo. Cazó una mirada de Bergen; él pensaba lo mismo, tenía que refrenarle durante esta actuación. Al ver que su ira se iba transformando en lástima, la revivió pensando que el médico gurú iba a escabullirse entre sus dedos gracias a agujeros legales.

—Siéntese, señor Nagler. Primero quiero hacerle unas preguntas.

Nagler obedeció, asintiendo. Lloyd atravesó el vestíbulo y entró en el salón, decorado con sillas ultramodernas y un gran sofá hecho con sacos de legumbres y tubería industrial. Bergen le pisaba los talones, inmediatamente se acercó a un bar con ruedas.

Se sentó en un sillón que crujió bajo su peso. Lloyd vio las paredes cubiertas de pósters de películas del oeste. Nagler se sentó al borde del sofá y le dijo:

—Por favor, ¿podría acabar pronto con esto?

—Por supuesto. Tiene un salón muy agradable; a propósito, ¿es aficionado al cine? —Lloyd sonreía señalando los pósters.

—Soy un director artístico independiente y un productor aficionado. Y ahora, por favor, formule las preguntas. —Miraba preocupado a Bergen.

Bergen soltó una carcajada y se tragó un vaso de escocés.

—Esta choza apesta, seguro que tras la fachada del cine hay un montaje de narcotráfico. ¿Cuál es tu campo, ciudadano?, ¿nieve, espid, hierba? ¡Claro que sí! ¡Polvo de ángel!

Nagler movía nervioso las manos, mirando suplicante a Lloyd. Bergen se puso otra copa y la vació de un trago. Dijo vacilante:

—¡Dios, voy a vomitar! ¿Dónde está el baño?

Lloyd indicó la parte trasera, mientras Nagler juntaba los pies, claramente furioso. Bergen salió disparado, articulando sonidos guturales y tapando la boca con las manos. Lloyd meneó la cabeza.

—Señor Nagler, me disculpo por el comportamiento de mi compañero.

Nagler musitó como para sus adentros:

—Es un hombre imposible. Con un concepto del karma desastroso. A menos que cambie radicalmente, nunca pasará del bajo rendimiento actual.

Lloyd vio que la recitación del eslogan le había devuelto la tranquilidad. Le hundió el suyo, afilado como un cuchillo.

—Sí, le compadezco. Tiene que traspasar muchas puertas antes de llegar a encontrarse a sí mismo.

La cuchilla hizo sangre. Nagler se relajó por completo. Lloyd compuso una sonrisa para decir «almas gemelas». Pensó «engánchalo ahora» y le dijo:

—Sí, necesita consejo espiritual. La solución para él es un maestro espiritual. ¿No lo cree así?

El rostro de Nagler se iluminó, pero al instante se oscureció por la duda y el miedo; al fin, suspiró:

—Sí... Por favor, termine cuanto antes, se lo ruego.

Lloyd se quedó en silencio, sacó bloc y boli pensando por dónde llevarle con sus preguntas. Nagler se agitó al oír a su espalda unas pisadas.

—¡Atención, ciudadano!

Lloyd alzó la vista del bloc y vio a Bergen agitándose junto al sofá con una pipa de vidrio de medio metro de boquilla.

—Estabas muy seguro, ¿no, ciudadano? Nada de droga en casa. Pero te olvidaste la última disposición del Estado. Esta pipa y el éter de tu cuarto de baño son un delito menor.

Le lanzó la pipa a sus rodillas. Éste se agitó de pies a cabeza y se cubrió el rostro con las manos. La pipa saltó al suelo y se hizo pedazos. Bergen estaba resplandeciente y sonreía de oreja a oreja.

—Es jodidamente irónico. Escribí un editorial denunciando esta ley como fascista que, sin duda, lo es; y ahora estoy aquí haciéndola cumplir. ¿No es esta vida una mierda?

Sacó un fajo de papel impreso y le dijo a Lloyd:

—Levanta acta de esto.

Lloyd se levantó, tomó los impresos y se acercó al devoto tembloroso. Venciendo su repugnancia, dijo a Nagler:

—Tiene derecho a permanecer callado, tiene derecho a asistencia legal durante el interrogatorio. Si no puede conseguir su propio abogado se le proveerá de uno de oficio. ¿Tiene alguna declaración que hacer ante estos hallazgos, señor Nagler?

La respuesta fue una serie de sacudidas de todo su cuerpo. Nagler se apoyaba contra la pared, temblando. Lloyd le tocó suavemente en el hombro y sintió casi una descarga eléctrica. Mirándole los pies vio que retorció el uno contra el otro, como sacando brillo a los tobillos. La brutalidad de aquella postura hizo que volviera la vista a Bergen, buscando algo de cordura. La imagen se volvió contra él.

Bergen estaba en el bar bebiendo escocés de la botella. Al ver a Lloyd que le miraba, le dijo:

—¿Qué, descubriendo cosas de ti mismo que no te gustan, no?

Lloyd se acercó a él y le arrancó la botella.

—Vigílalo. No le toques ni le digas nada; déjale en paz.

Esta vez la respuesta de Bergen fue una sonrisa de auto desprecio; sonrisa que

parecía el espejo de su propia alma. Con la botella en la mano salió al pasillo. Cogió el teléfono y llamó a Linda; dejó sonar más de diez veces; no contestó. Consultó al reloj: las 10.40; probablemente se cansó de esperar su llamada y había salido.

Lloyd colgó el teléfono; vio que le interesaba más oír la voz de Linda y tranquilizarse que saber si tenía las huellas en la *Mágnium*. Se acordó de los papeles que le había dado Bergen; los sacó y los extendió en la mesita del teléfono.

Era un folleto de una inmobiliaria, de casas en Malibú y la Colonia Malibú; sujetos con clips, bonos de aparcamiento gratuitos en la PCH, para el periodo del 1 de Junio del 84 al 1 de junio del 85: oyó sonar una campanita de «bingo». Los promotores de la costa regalaban a sus clientes preferidos bonos de aparcar, de cien dólares al año, señal clara de que Nagler tenía alguna casa en Malibú (casa que utilizaba Havilland, pero que él tenía la escritura y pagaba los impuestos para mantener el secreto del doctor). Havilland no celebraba reuniones de sus admiradores en la consulta o en su piso de Beverly Hills, pero una casa en la costa a nombre de un devoto leal era un buen lugar para encuentros personales o de grupos.

Leyó el nombre de la agencia en la portada: «Promociones Ginjer Buchanan», e indicaba el teléfono; Lloyd lo marcó esperando que algún tenaz vendedor estuviese en la oficina a esa hora. Sólo contestó un mensaje grabado; llamó a información y consiguió el número del domicilio de Ginjer Buchanan en Pacific Palisades; otra respuesta grabada, ésta con música «reggae» y el discurso de la vendedora.

—Deje su mensaje aquí y le llamaré desde la «zona entre dos luces».

Lloyd pensó que LAPD era tanto vigilante como inquilino de esa zona, revolvió todos los cajones en busca de escrituras o títulos de propiedad en Malibú. Nada, sólo ofertas de equipo de cine y papel y sobres con membrete de Nagler. Volvió al vestíbulo a mirar por toda la casa; en el baño y la cocina seguro que no había nada; al fondo vio una puerta entreabierta.

Entró y palpó la pared buscando la llave; se encendió la luz del techo: un cuarto pequeño, abarrotado de tomavistas, rollos de película y material de revelado, todo en desorden. El suelo, un montón de material en desuso y cascotes desprendidos de las paredes. En una mesa reposaba un tomavistas en buen estado; miró por el visor y contempló un par de piernas, inertes, con medias blancas.

Iba a seguir mirando cuando le llegó del salón un estruendo de cánticos y salmodias; se fue allí. Vio y escuchó un conjunto doble de música.

Bergen estaba de pie junto a un Nagler de rodillas; tocaba una guitarra imaginaria y cantaba: «¡Tenían un viejo piano y lo tocaban fuerte detrás de la puerta verde! ¡No sé lo que hacen, pero ríen un montón tras la puerta verde! ¡No me dejan entrar y no sé lo que hay tras la puerta verde!»

Cuando Bergen se calló, recordando más versos, prevaleció el cántico de Nagler. «*Patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum.*» Era como un mosconeo acompañado por puñadas que con manos en posición de plegaria el devoto daba contra su pecho, parecía surgir de un salmo mucho más antiguo y oscuro que

Havilland y su padre/asesino. «Patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum.»

Bergen dio un brinco ante la presencia de Lloyd y gritó destacándose sobre Nagler:

—¡Hola, Lloyd! ¿Crees que estaré entre los cuarenta principales con esto? ¡Puerta verde, puerta verde, puerta verde!

Lloyd agarró a Bergen y lo incrustó contra la pared, silabeando:

—Deja ya de joder y no bebas ni una gota más. Registra la casa entera a ver si encuentras escrituras o declaraciones de patrimonio. Y no digas una jodida palabra más, sólo hazlo.

Bergen intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—Vale, sargento.

Le soltó y vio cómo se despegaba despacio de la pared. Cuando se marchó, la letanía de Nagler dominaba otra vez la estancia. «Patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum.»

Lloyd se arrodilló junto al adorador, vio que a cada golpe de pecho se sumía en un trance más profundo; memorizó cada detalle de su flagelación, o para prever su movimiento siguiente. Cuando sus ojos vidriosos y su respiración anhelante se grabaron en su mente le dio un bofetón con toda su alma que le sacó del trance, derribando al arrodillado devoto al suelo.

—¡Doctor!

Lloyd, que también había perdido el equilibrio, consiguió sujetarle por los hombros y exclamó:

—Havilland ha muerto, William. Antes de morir dijo que eras un imbécil, un chiflado y un patán.

Nagler enfocó sus ojos vidriosos en Lloyd.

—¡No! ¡No! ¡No! Patria infinítum, pa...

Lloyd le clavó los dedos en la nuca.

—No, William, no lo hagas; no puedes volver.

—¡Doctor!

—Ssss. Ssss. Ssss. No puedes, Bill. No puedes volver.

—¡Doctor!

Lloyd hundió más sus dedos, hasta que Nagler rompió en sollozos. Retiró las manos de él.

—Me contó cómo te utilizaba. Que te hacía pagar sus facturas, que tu cine era una mierda, que te hacía comprar equipos carísimos pero que tus producciones...

Lloyd se detuvo cuando Nagler empezó a balbucir asustado:

—Lapel... Lapel... de horr...

—Ssss. Ssss. Tranquilo, piensa las palabras.

Nagler levantó los ojos hasta Lloyd; su cara oscilaba entre el terror y el júbilo. Al final, éste prevaleció durante tiempo suficiente para decir:

—La película de horror. Doctor John hizo una película de terror. Por eso sé que usted miente en lo que «él» ha dicho de mí. «Él» aprecia mi talento. Yo monté la película y el doctor dijo que... dijo que...

Lloyd se levantó, ayudó a incorporarse a Nagler y le indicó el sofá; cuando se sentó, estudió su rostro. Parecía un hombre a punto de entrar en la cámara de gas, que no sabía si quería morir o no. Sabía que la parte gozo/muerte del adorador le inducía a dar respuestas lúcidas. Lloyd sintió impulsos de empujarle a la vida/dolor; suspirando, se sentó junto al extasiado joven e hizo un disparo al azar.

—En realidad Havilland no ha muerto, Bill.

—Eso ya lo sé. Ha estado aquí esta mañana con... —Se detuvo y sonrió de forma mecánica—. Ha estado aquí esta mañana.

—Completa la frase, Bill.

—Ya lo he hecho. El doctor estuvo aquí esta mañana. Fin de la frase.

—No. Principio de la frase. Pero sobre otro asunto. No habrás creído que soy policía, ¿no?

Nagler lo negó con la cabeza.

—No. El doctor John me dijo que en nuestro programa había una posibilidad de filtración del tres por ciento. Ahora sé dónde está exactamente ese fallo. Lo vi mientras rezaba. Usted es un inspector de la renta. Yo pagué las facturas de teléfono del doctor mientras él estuvo esquiendo en Idaho el pasado diciembre. Usted investigó esos datos, porque Hacienda lo puede todo. También investigó mis cuentas y las del doctor, y vio que todos los años le envió un cheque importante. Seguro que no lo declaró entre sus ingresos. Usted quiere dinero a cambio de silencio. Está bien, fije usted la cantidad y le extenderé un cheque. —Se rió—. No, qué tonto soy, el cheque deja rastro; le daré en metálico. Diga cuánto.

Lloyd quedó estupefacto ante tal capacidad de recuperación; cinco minutos antes, era una masa informe que se arrastraba. Ahora era el plantador sudista autoritario y condescendiente. El punto de inflexión había sido una película de terror y el material roto del cuarto trastero. Intentó doblegarlo.

—¿No le sorprende que mi compañero sabe tanto como para entonar esa canción?

—Una canción es una canción.

Lloyd metió mano al bolsillo y sacó una foto.

—Y una película es una película. Bill, es hora de que sea sincero. El doctor me ha enviado para comprobar tu lealtad. —Le mostró la foto de Goff—. Yo continúo en su tarea de reclutar. Te acuerdas de éste, ¿no? En el programa del doctor hay un hombre casi igual que él. Sé todo sobre las reuniones en Malibú, que has comprado esa casa para el doctor y que le pagas el teléfono. Sé de las llamadas desde cabinas, que no os habláis fuera de esas reuniones. Sé todo eso porque soy uno de los vuestros, Bill.

Primero dolor, luego gozo, ahora perplejidad. Lloyd había apartado la vista para que fuera empapándose de la foto de Thomas Goff; cuando volvió a mirarle había roto la foto en trocitos; supo que era arcilla en sus manos. Se sintió como un torero

entrando a matar.

—También te mentí en que el doctor John había dicho que tu cine era de mierda. La verdad es que le encanta cómo haces cine; hoy mismo me ha dicho que quiere que tú dirijas el guión que está haciendo. Me ha d...

Lloyd se detuvo cuando vio oleadas de dolor apoderarse de Nagler.

—Patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum.

Se acordó de Linda y se fue al teléfono. Estaba marcando cuando un toque en el hombro le hizo dar un salto, luego volverse y apretar los puños.

Era Bergen, extrañamente sobrio.

—No encontré ningún título de propiedad, pero sí el diario de nuestro amigo, bajo la cama. Puro Renacimiento insólito, Hopkins. Gótico puro.

Lloyd le cogió el cuaderno de piel y se sentó en el escritorio. La primera anotación era del 13 de Noviembre de 1983 y todas con una caligrafía exquisita y alargada. Bergen se sentó a su lado mientras él hojeaba; el «programa» de Havilland, con personajes en clave: el «Lugarteniente» que sería Thomas Goff; el «Zorro», el «Banderillero», el «Ratón de biblioteca» el «Catedrático», el «Músculo» y «Billy el Niño», que tenía que ser el propio Nagler.

Las notas indicaban que Havilland hacía ayunar a sus fieles treinta y seis horas, permanecer desnudos frente a espejos de cuerpo entero recitando «mantras de terror» ante grabadoras hasta que la «consciencia subliminal del sueño» les dominase y les hiciese balbucear «fantasías trascendentes» que luego él analizaba en busca de «puntos clave» para transformarlas en «pasto real». Los apareaba sexualmente en Beach Womb, cortando el coito para anotar sus signos vitales y «medir el estrés»; les hacía matar a perros y gatos como «entrenamiento contra la flojera moral». El «Lugarteniente» interrumpía sus sueños hipnóticos con llamadas de madrugada e interrogatorios brutales sobre sus sueños.

Nagler, unas veces como «yo» y otras como «Billy el Niño», explicaba que él y otros pacientes chuleaban a ricos viciosos que se anunciaban en revistas restringidas en busca de «terapistas de fantasías sexuales». Los «seminarios amatorios» de fin de semana reportaban al doctor miles de dólares. Los «grupos de Beach Womb» eran grabados por el «Lugarteniente», que a veces hacía de «Jefe» y preparaba cocaína con otras drogas que el doctor administraba a sus pacientes bajo «condiciones de vuelo de pruebas».

Lloyd pasaba páginas velozmente buscando hechos acusadores, nombres, direcciones, fechas. Con Bergen pegado a su espalda y las letanías que llegaban del salón se sentía como el único cuerdo en un mundo de locos, subrayado porque «no» había hechos, sólo relatos conocidos, plagados de nombres en clave.

Hasta que dio con una nota fechada ayer.

Ayudé a montar un equipo de rodaje en casa de «Músculo», en Hollywood Hills.

Doctor John lo supervisaba. Le enseñé el manejo de la cámara. Confío en que «Músculo» no rompa nada. Me asusta y cada vez se parece más al «Lugarteniente».

Después de esta anotación venía una página en blanco; luego la última nota, con fecha de hoy. Al leerla, Lloyd sintió que un punzón se le clavaba en el espinazo.

No es real. Es fingido; hoy día se puede imitar todo con cámaras de técnica moderna. Es fingido. No es auténtico.

Lloyd apartó a Bergen de un manotazo y corrió hasta el cuarto trastero, recogió trozos de película diseminados por el suelo; encontró tres tiras de celuloide sujetas bajo la máquina de empalmar. Las pasó por el visor: un plano largo de piernas de mujer con medias de nilón blanco; otro de un colchón sobre un suelo de moqueta y un borroso primer plano de un hombre fornido con lo que parecía una placa de policía de Los Ángeles prendida de la camisa.

El punzón le atravesaba el corazón. Se acordó de la enfermera que Richard Olfield llevó a su casa la víspera. La punta se retorció, penetró y rasgó, acompañado por la salmodia incesante de «patria infinítum, patria infinítum, patria infinítum» que llegaba del salón.

Lloyd se dirigió hacia aquel sonido, encontrando a Nagler aún en su pose de mantra y a Bergen de pie junto a la chimenea vaciando botellas en el hogar, con fuego falso.

—Interrogatorio de largo alcance, Sarge. Me alejo de la tentación. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo me voy y tú te quedas aquí. Tengo que estar con alguien y si tiene las pruebas, tendré que ir a por el gurú de nuestro amigo. Tú vigílale. Estate atento al teléfono. Si te necesito, dejaré sonar una vez, colgaré y te vuelvo a llamar.

—Quiero tomar parte en la detención.

Lloyd sacudió la cabeza.

—No. Tu sola presencia aquí es posible que me cree muchos problemas, y no voy a jugarme el puesto ni complicarte a ti.

Al ver que la cara risueña de Bergen se transformó en enfado, Lloyd prosiguió:

—¿Qué vas a hacer cuando acabe esto?

Bergen soltó una risotada mientras vertía un Courvoisier VSOP.

—No lo sé. Jack me dejó casi treinta de los grandes, tal vez vea adonde me llevan. Sabías lo de esa transferencia, ¿no?

—Sí. No lo denuncié porque sabía que Asuntos Internos iba a embargar tu cuenta como prueba.

—Eres un mierda, pero en bueno. ¿Lo sabías?

—Algunas veces.

—Y tú, ¿qué harás cuando termine esto?

Lloyd pensó en Linda, en Janice y las niñas, luego miró al destrozado William Nagler, que seguía invocando a sus demonios.

—No lo sé.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El Noctámbulo estaba en el panel de control de Beach Womb, oía la charla asustada de Linda Wilhite y Richard Olfield en el dormitorio número tres. La precisión al segundo que siempre rigió su destino tomaba matices irónicos. El mismo día que él penetró en el vacío de su infancia, el policía lo supo todo: lo probaba sin palabras el grito «Hopkins» de Linda y el revólver en su bolso. Había una bala de reserva si fracasaba el plan de matar a Hopkins por medio de Richard: que Linda asesinara bajo el shock producido por la película; salió por la culata. Veintisiete años descargando sus terrores en los demás; ahora todo se venía encima de él. Consiguió el legado de su padre; no sentía apego a él porque el juego había terminado. Dios era un bromista malévolo armado de una herramienta tosca llamada ironía.

Havilland se recostó en la silla que solía usar Thomas Goff, vio despierto y consciente el partirse en dos de sus sueños: su mitad izquierda creaba tableros giratorios, y su derecha oía la charla del cuarto donde Richard vigilaba al objeto de sus fantasías de tableros. Se sintió agotado. Los giros del tablero le dominaban, mientras que las palabras sonaban como una música de fondo casi inaudible.

—¿... por qué te quedas mirándome así?

—El doctor ha dicho que te vigile.

—¿Siempre haces lo que él te manda?

—Sí. ¿Por qué pones esa cara? Me porto bien contigo.

—¿Porque te lo ha mandado el doctor? No, no me lo digas, sólo conseguirías que te odie más. Para tu información, drogar y secuestrar no es portarse bien. ¿Lo sabías?

—Sí. No. Eres muy guapa.

—¡Dios! ¿Era auténtica la película? Quiero decir, primero la parte horrible y luego aquel primer plano de ti. Oye, ¿eres Thomas Goff?

—Ya te he dicho que me llamo Richard.

—Está bien, pero de la película qué. ¿Fue tomada a lo vivo? A mi madre la mataron así, con una almohada y un revólver. ¿Forma parte de los proyectos que tu loco gurú tiene sobre mí?

—¿Qué película?

—¡Hostia! ¿De qué vas? Digo, además de loco perdido, ¿de drogas o algo así?

—El doctor me da tranquilizantes y antidepresivos. Con receta; es médico, todo es legal y no son malos.

—¿No son malos? ¿Havilland es además un doctor-me-siento-bien? No, no me lo digas, sé que es capaz de todo. No voy a permitir que me hagas daño. Nunca. Nunca jamás.

—Yo no quiero hacerte daño.

—¡Hostia! Pareces Peter Lorre. ¿Te pongo cachondo al ver que no tengo miedo?

—Sí. ¡No! ¡No!

—La primera respuesta es siempre la más sincera, Richard. Si tú o el sicópata de

abajo intentáis atacarme, os patearé, morderé, arañaré, echaré lejía a los ojos y...

—¡No quiero herirte! ¡Ya hice mi parte! ¡No me gustó!

—¿E.. estás diciendo que has hecho daño a otras mujeres?

—¡Sí! ¡No! Quiero decir que ellas me golpearon a mí ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!

—¿Quién te pegó? ¿De qué estás hablando?

—No. El doctor dijo que debía hablar contigo, pero no sobre cosas malas.

—¿Cosas malas? Vale, cambiemos de tema. Te voy a hacer una pregunta. ¿Crees de veras que con esos músculos pones más cachondas a las tías?

—No. Sí. ¡Sí!

—Primera respuesta, Richard, y aciertas; si una mujer te mira, piensa: «Este desgraciado hace tres horas diarias de gimnasio porque se siente tan poco seguro que necesita reforzarse por fuera para ocultar lo débil que es por dentro». Tengo un amante que es más grande que tú y seguro que tan fuerte, pero algo fondón. Y me chifla. ¿Sabes por qué? Porque vive en la realidad y trabaja; sin tiempo para levantar pesas. Así que no creas que tus músculos me impresionan.

—Son..., son para defenderme.

—¿De la gente que te golpea? ¿De las mujeres que te dan palizas?

—Sí.

—Ajá, sale la verdad. Deja que te aclare una cosa: los músculos no gobiernan el mundo, sino el cerebro. Y por eso un cagueta como Havilland maneja como un muñeco a un tío grandote como tú. Las personas se protegen unas a otras con amor, no con músculos. Puede que alguien, tal vez una mujer, te haya hecho daño, pero no con su fuerza, no la tenía. No conseguirás tu venganza devolviendo los golpes que te dan, porque entonces los que te golpean salen ganando, te hacen ser como ellos. ¿Nunca te diste cuenta de eso?

—No, con el doctor John es distinto. Él me lleva más allá del más allá.

—¿Cuál es tu más allá?

—¡No!

—¿Golpear y herir a las mujeres? A mí no puedes pegarme, soy más fuerte, más lista que tú y, además, el mierdilla ese de abajo te ha mandado que ni me toques. Te voy a contar un jodido más allá: un arreglacocos chalado que va a terminar encerrado en el manicomio para toda su vida. ¿Quién te va a proteger cuando estés con camisa de fuerza y tomando papilla con una pajita?

—¡No! No. No, no, no. No.

—Sí, Richard. Sí. Además, ¿cuántos más allá tienes? ¿Uno? ¿Dos? ¿Tres? No te veo muy contento. Te hablo de los más allá de ese cagueta, Richard. Casi prefiero que te metas conmigo, sería una prueba de que tienes arrestos y dejas de ser un esclavo obediente de ese mierda.

—¿Por qué te crees tan lista y tan dura?

—No lo sé. ¿Te das cuenta que no te tengo miedo?

—Sí.

—Ahí tienes la respuesta.

—¿Y qué harías si voy a pegarte?

—Darte una paliza. Ver cómo te pones cachondo y luego ver cómo te doy una paliza.

—El doctor dice que eres puta. Las putas mienten. Las putas son malas.

—En eso casi aciertas, pero has fallado por días. Lo dejé. Me «salí» de ello. Tú puedes hacer lo mismo. Puedes salir por esa puerta y decirle adiós, él se moriría de miedo. Sin ti no es más que un pordiosero sin puesto fijo para pedir. Piénsalo bien. Voy a echar un sueño, pero piensa en ello.

El Noctámbulo se despertó; se dio cuenta de que sus sueños del tablero se habían impuesto a la música de fondo del dormitorio tres. Miró el panel y vio que no estaba en «grabando»: oyó una suave voz de hombre que sollozaba; supuso que Richard estaba conteniéndose por no herir a aquella puta acatando su orden.

Ayer fue el día de Richard, hoy era un día tarde. Linda era para él. Por la mañana la inmolaría, en ofrenda a la memoria de su padre. Tenía que acabar la partida siguiendo sus propias normas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Madrugada.

Lloyd volaba rumbo norte en la PCH, impulsado por adrenalina, rabia y terror. Su arriesgado ardid se había vuelto una ofrenda de inmolación; si ya habían encendido la pira, arrasaría Playa Womb con todos sus moradores, y él mismo se arrojaría a las llamas. Miró al rifle apoyado junto a él. Cinco tiros; lo justo para Havilland, Olfield, otros dos adoradores y él mismo.

La idea de autoinmolación apartó de su mente el futuro inminente para llevarle al pasado más inmediato. Cuando dejó a Bergen con Nagler, se fue al piso de Linda; no estaba y tampoco el coche. Asustado, corrió con luz de techo y sirena hasta el despacho del doctor. El guardián nocturno del vestíbulo dijo que dejó entrar a una joven muy bella hacia las siete y que una hora después el doctor Havilland y otro hombre la bajaron; parecía insensible como un mueble.

—Tuve que sacarle una muela con urgencia. No soy dentista y he tenido que hacerlo —le explicó el doctor. Entre los dos se la llevaron hacia el aparcamiento a toda prisa.

Luego de correr hasta la casa del doctor, en Beverly Hills, y no encontrar a nadie, se fue en Código Tres a Pacific Palisades, la dirección de Ginjer Buchanan, de Promociones Ginjer Buchanan. No estaba en casa, pero la empleada interna consiguió por teléfono sacarla de la cama de su amante, de Cañón Topanga. Lloyd le explicó la gravedad del caso y accedió a reunirse en su oficina con la información que pedía. Una hora después, las cinco de la madrugada, estudiaba el plano del Playa Womb.

Entonces se apoderó de él el terror, mantenido a raya hasta entonces con tanta actividad. Si llamaba al Shériff de Malibú, asaltarían la casa de la playa estilo SWAT, una operación militar/policial: gases, ametralladoras, arietes y el equipo de negociación para liberar a los rehenes. Ofertas por altavoz, contraofertas y un juego psicológico tan burdo que a Havilland le daría risa. Agentes de dedo nervioso de seriales televisivos; descargas de automáticas, fruto del pánico. Linda entre dos fuegos. No. El arriesgado ardid se volvía contra él.

Volvió a mirar a su Ithaca. Le subió a la garganta el sabor a cordita y a carne chamuscada, paró al borde de la autopista junto a una hilera de teléfonos. Iba a resucitar a Jack Herzog para un chantaje.

Tenía el teléfono en la mano cubierto con un pañuelo cuando un coche conocido paró junto al suyo. Aguzó la vista a través del plástico de la cabina y vio a Martin Bergen salir del coche y dirigirse a la hilera de teléfonos, con una botella de cerveza separada de su cuerpo como si fuese contaminante. Lloyd colgó de un golpe, preguntándose cómo alguien tan triste podía tener una pinta tan aterrorizada.

Bergen le sonrió.

—Vitaminas. Todavía no la he tocado. Sólo para caso de emergencia. Estás asustado, Hopkins; asustado de verdad.

Lloyd le arrebató la botella y la estrelló. Sólo cuando le llegó el olor a cerveza se dio cuenta de lo que había hecho.

—Te dije que te quedases con Nagler.

—No pude. Tenía que moverme, le amarré y escapé. ¿Negligencia o delito grave? Cuando estaba en la bofia nunca me empapé bien del Código Penal.

—¿Cómo diste conmigo?

—Eso sí lo sé: Código 413, párrafo quinto: suplantación de un agente de policía. Llamé al teléfono que había en el folleto de la urbanización. La mujer me dijo que acababas de salir. Me dio la dirección del compinche del gurú. Venía hacia él cuando vi tu coche.

Lloyd empezó a verlo todo rojo.

—¿Y?

Bergen se encogió de hombros:

—Y que como equipo de represalia esto es una mierda. ¿Dónde están los refuerzos? ¿Dónde los coches patrulla del Shériff? Va a armarse la gorda y tú aquí solo y lleno de miedo. ¿Por qué? Opino que deberíamos actuar con todos los efectivos: Helicópteros, gas lacrimógeno, tiradores de élite, bomberos...

Lloyd le atizó un gancho de derecha que le alcanzó de lleno. Cayó de espaldas, se incorporó sobre una rodilla y comenzó a agitar los brazos, furioso. Lloyd inició un upercut, luego dudó y se volvió al teléfono. Metió monedas hasta que vio que había depositado cuatro veces las necesarias. Rompió la puerta en busca de aire, respiró hondo y marcó.

—¿Diga?

Era Havilland; Lloyd se aclaró la garganta y alzó su voz hasta la de tenor.

—Doctor, soy Jack Herzog; estuve fuera algún tiempo y...

Havilland rompió en una risotada.

—Hola, sargento; le felicito por la buena representación.

Lloyd le dijo:

—Sé todo sobre usted y su padre. Herzog dejó un montón de notas. Suelte a Linda. Se ha terminado todo.

—Sí, ha terminado, pero la puerta verde de Herzog le impedía tomar notas, y si tuviera alguna prueba, un equipo de asalto estaría ya aquí. Y Linda ha venido por voluntad propia.

—Déjeme hablar con ella.

—No. Más tarde, tal vez.

—Hav...

Lloyd recibió un golpe seco que le alcanzó sus riñones; se dobló hacia adelante. Se le cayó el auricular y se fue deslizando por la pared de cristal. Bergen se abrió paso a codazos. Cogió el teléfono. Lloyd quiso levantarse, pero los retortijones le hicieron agacharse para poder respirar.

Bergen agarró el auricular que se balanceaba y dijo:

—Oye, gurú, soy Marty Bergen, reportero de *Orange Insider*. Creo que Jack Herzog te ha hablado de mí. Escucha, Lloyd y yo hicimos cantar a William Nagler. Nos contó todo el tinglado. El *Orange* va a hacer una tirada especial, cómo trampeaste en la Facultad de Medicina, tus técnicas de chulear pasta a ricachos de Avenida West, tu impotencia crónica que te transformó en un jefe espiritual. Encantador, ¿no, gurú? ¿Te sientes con ánimos para una entrevista?

Lloyd se levantó, estiró el cuello al auricular, medio apoyado en el hombro de Bergen. Los dos oyeron el final de un alarido de Havilland y la voz tranquila que por fin dijo:

—Sí. Una entrevista. Sabe dónde estoy, por supuesto. Venga y trataremos de llegar a la verdad.

Se cortó la línea. Lloyd empujó a Bergen fuera de la cabina y se fue cojeando hasta el coche. El dolor bajaba a cada paso. Sacó de la guantera el plano de la casa. Preguntó a Bergen:

—¿Sigues llevando el treinta y ocho?

—Sí.

Lloyd extendió el plano sobre el capó.

—Bien. Tú llamas a la puerta principal, yo subiré por la parte de la playa. Hay una mujer dentro; es inocente. No te acerques a ella. Que el doctor charle contigo por lo menos dos minutos. Si hace algún movimiento extraño, mátales.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El Noctámbulo conectó los micrófonos del salón y del dormitorio tres. Se fue a la cocina y encontró el equivalente de 1984 a su cuchillo Arkansas de 1957: uno para carne, de hoja corta y serrado. Lo guardó en el bolsillo trasero y llamó.

—Richard, baja un momento.

Olfield se asomó a la escalera.

—¿Sí, doctor?

—Tenemos visita; tal vez más de uno. Quédate arriba en la tres y no te separes de Linda. Estate atento a todo ruido extraño. Cuando oigas por el altavoz «ahora», bajas aquí con Linda.

Olfield asintió en silencio y dando media vuelta desapareció por el pasillo. Havilland quedó frente a la entrada contando los segundos, saboreando cada uno que pasaba. Estaba en el seiscientos cuarenta y tres cuando sonó el timbre.

Siguió contando hasta el cincuenta, tranquilo del todo, cuando vio la figura consumida del que había manipulado más que nadie la vida del Alquimista e incluso algo de la suya propia.

—Pase usted, por favor.

Bergen entró con los hombros caídos y las manos en el anorak.

—Bonita decoración. Una pena que venga sin el bloc. Si no las apunto se me olvidan las cosas.

Havilland indicó un par de sillones que daban al patio de celosía y a la playa. Bergen se sentó, estirando las piernas y hundiendo más las manos en los bolsillos.

—¿Dónde está Hopkins?

Bergen se humedeció los labios.

—Aparcado en la PCH y cagado de miedo. Está loco por la chica que retienes y no se atreve a mover un dedo porque tiene miedo a que la mates. Te cree culpable de montones de crímenes de mierda, pero sus jefes no le dejan moverse. Faltan pruebas contundentes. Tenemos el diario de Billy el Niño, sólo hay carnaza para prensa amarilla. Estás limpio, doc.

Havilland respiró despacio, pensando si aquel hombre agotado tendría un revólver en la mano.

—¿Entonces no has venido a ninguna interviú? ¿Estás aquí para un trato?

—Correcto. Hopkins y yo estamos por algo personal. Yo, para destruir toda la información que te dio Jack Herzog. Hopkins para que sueltes a la chica sin daño. Si aceptas, Hopkins abandona y deja que los jefazos de LAPD se las entiendan contigo y yo no escribiré una palabra de tu tinglado. ¿Qué opinas?

Havilland dejó que los términos maduraran en su mente. El egoísmo de aquellos dos sonaba a cierto, y era evidente que no sabían que el juego «había terminado».

—¿Y si no acepto?

Bergen estiró la manga izquierda y miró la hora.

—Entonces te atacaré con toda la fuerza periodística amarilla, más de lo que podrías pensar, y el Loco Lloyd vendrá a por ti con toda su fuerza. Es una palabra acertada, doc: no le llaman «Loco» sin motivo.

Lloyd dio un rodeo por la parte de la playa, en busca de los pilares que indicaba el plano. Con la Ithaca bajo el brazo se pegó al borde de la arena, tras unas celosías que le guardaban de las vistas de la casa.

El pilar trasero era un poste de madera con mucha talla que iba hasta la terraza del piso de arriba, abierta por delante y con celosías justo delante de las ventanas por detrás. Lloyd se abrazó al poste con la derecha y subió, apoyando las punteras en las muescas talladas del poste, con el rifle al otro brazo, todo extendido. Al llegar al borde, deslizó el arma por la terraza; hizo una mueca al oír raspar contra el suelo. Apoyado en los pies, soltó el brazo derecho y cogió el borde con ambas manos, y se izó a pulso hasta el piso de tela embreada.

Al no escuchar nada, cogió el rifle y se fue de puntillas hasta la celosía, buscando un acceso. No había puerta, pero justo en el medio, un panel estaba agrietado y suelto dejando un paso para entrar a gatas. Lloyd se arrastró por aquel único sitio, y arrancó unas tablillas medio podridas. El ruido explotó en sus oídos y cerró los ojos convencido de que todo el mundo lo había tenido que oír. Al abrirlos no escuchó nada, sólo silencio. Vio que había apretado el gatillo hasta la mitad de su recorrido.

La luz del alba entraba por las celosías y se reflejaba en los cristales. Lloyd pasó entre tumbonas apiladas hasta las ventanas, esperando que alguna estuviera sin cerrar por dentro. Iba a probar las trampillas cuando vio que la del medio estaba de par en par abierta.

Separó las cortinas con el rifle: un dormitorio vacío. Entró y llegó hasta la puerta. La abrió tembloroso; un pasillo largo enmoquetado y la voz de Bergen «que le venía de los dos lados».

—Somos personas razonables, ¿no es así? El compromiso es la base de la razón, ¿verdad? Nosotros...

Lloyd volvió a cerrar la puerta pensando cómo podía la voz de Bergen llegarle de dos sitios distintos. Entonces se dio cuenta: el diario de Nagler decía que Thomas Goff grababa todas las conversaciones de Playa Womb. La casa estaría llena de micros, altavoces y grabadoras. Bergen y Havilland hablaban abajo y un altavoz arriba repetía las palabras.

Volvió a abrir la puerta y asomó la cabeza, tratando de localizar el altavoz. Una tos le reveló el lugar: dos puertas más allá, enfrente. Pensaba en Linda, hasta que la voz de Havilland le destruyó la imagen.

—Usted quiere que Jack aparezca como inocente, y no puede ser. Hopkins quiere la mujer, y no va a tenerla. ¡Ahora!

Y de repente Linda apareció allí en persona, empujada desde el cuarto del altavoz

por algo que no veía. Lloyd se precipitó por el pasillo hacia ella y captó la imagen borrosa de algo móvil que ella parecía proteger. Cuando Linda le vio, exclamó:

—¡No! —Quiso recular hasta dentro de la habitación y descubrió a Olfield oculto tras ella—. ¡No, Hopkins!

Linda tropezó y cayó al suelo, Olfield se quedó quieto en la puerta. Lloyd hizo dos disparos a la altura de sus ojos. Arrancó en trozos la sombra en retirada de Olfield y medio marco de la puerta. El pasillo se llenó de humo y astillas de madera. Lloyd avanzó y se encontró con Linda en pie que le cerraba el paso al dormitorio. Le golpeó a Lloyd con sus puños hasta que la apartó a un lado y vio el cuarto vacío y una ventana medio abierta en cuyos cristales se reflejaba un bulto que descendía. Gritó:

—¡Olfield!

Lloyd metió una bala en la recámara y disparó contra el reflejo, rompiendo el cristal en mil pedazos, buscando chorros rojos de sangre; sólo vio trozos de cristal que caían. Lo que vio y sintió fue a Linda junto a él, empujándole y gritando:

—¡No!

Hasta que oyó otro disparo abajo, en el salón, amplificado en estéreo por el altavoz que le arrancó de Linda y le arrastró por el pasillo hasta la escalera; vio a Bergen y Havilland luchando en el suelo por el 38 de aquél. Estaban enzarzados a golpes haciendo imposible disparar contra el doctor.

Lloyd disparó a la pared del fondo sin apuntar; el tiro les hizo separarse quedando el revólver entre los dos. Lloyd bajó de un salto mientras cargaba su arma y fijaba la puntería en la cabeza de Havilland.

La tenía en el punto de mira cuando cogió el revólver con la izquierda y apuntó al cuerpo de Bergen; éste se retorció en el suelo y alzó las rodillas para evitar el disparo y volvió a ocultarle el blanco a Lloyd.

Havilland hizo dos disparos. El primero rebotó en el suelo y el segundo atravesó la yugular de Bergen. Al ver saltar la primera sangre «inocente», Lloyd soltó un alarido, que se apagó entre el disparo de su Ithaca y otros tres del 38. Cuando pudo ver entre sus lágrimas, el doctor apuñalaba a Bergen en el estómago con un cuchillo corto.

Lloyd sintió que todo se movía de forma lenta e implacable. Muy despacio amartilló el rifle; muy despacio, llegó al salón y apuntó a bocajarro a la cabeza de Havilland. Muy despacio el doctor le miró desde el destino de su reencarnación, sonrió y dejó caer el cuchillo.

Lloyd apoyó el cañón en su frente y disparó. El click de la recámara vacía sonó como un trueno hueco, rompiendo la cadencia lenta de movimientos y volviéndolo todo confuso y rápido. Lloyd había invertido el rifle a toda prisa y golpeó con la culata en pleno rostro, arrancando un trozo de mejilla y brotando sangre de la herida y de la oreja. Luego la rapidez se difuminó en una ausencia de luz, mientras escuchaba desde la profundidad del vacío a una bella voz:

—Camina, Richard. «Camina.»

CAPÍTULO VEINTISIETE

Se puso en marcha la maquinaria legal; durante los nueve días que estuvo suspendido de empleo e incomunicado, Lloyd vio cómo el Estado, el Condado y la Ciudad empapelaban al doctor John D. Havilland, acusándole de un montón de crímenes; se abrieron una inmensidad de juicios basados en el informe de noventa y cuatro páginas del agente que lo arrestó y de los escritos encontrados al mismo Havilland.

La primera acusación era por asesinato a Marty Bergen. El fiscal del Distrito de Malibú esperaba que fuese un «caso abierto y cerrado», ya que un veterano policía muy respetado fue testigo del crimen, y el acusado no tenía parientes ni amigos que pudieran hacer reclamaciones embarazosas tanto contra el sargento Lloyd Hopkins o la misma LAPD por extralimitarse de su jurisdicción en el «arresto».

No tardaron en aparecer más cargos cuando los federales, que investigaban la muerte de Howard Christie, se sumaron al caso y se incautaron de «todo» lo del despacho de Century City, la vivienda en Beverly Hills y la casa de Malibú. Las notas manuscritas le originaron tres cargos por asesinato en primer grado, luego que expertos calígrafos cotejaron la escritura comprobada del doctor con las anotaciones de su diario en las que ordenaba a Thomas Goff «matar al dueño de la licorería» de Sunset con Autovía Hollywood «como prueba a su deseo de ir más allá del más allá». Los mismos cargos, tres asesinatos en primer grado y un cargo por complicidad criminal.

Los federales encontraron las mensualidades de un almacén en Los Ángeles Este y al registrarlo se encontraron con el Toyota amarillo y el cadáver en descomposición de Thomas Goff. En la guantera una huella digital de Havilland. Otro cargo más de asesinato,

Se puso en marcha la maquinaria legal; durante los nueve días que estuvo suspendido de empleo e incomunicado, Lloyd vio cómo el Estado, el Condado y la Ciudad empapelaban al doctor John D. Havilland, acusándole de un montón de crímenes; se abrieron una inmensidad de juicios basados en el informe de noventa y cuatro páginas del agente que lo arrestó y de los escritos encontrados al mismo Havilland.

La primera acusación era por asesinato a Marty Bergen. El fiscal del Distrito de Malibú esperaba que fuese un «caso abierto y cerrado», ya que un veterano policía muy respetado fue testigo del crimen, y el acusado no tenía parientes ni amigos que pudieran hacer reclamaciones embarazosas tanto contra el sargento Lloyd Hopkins o la misma LAPD por extralimitarse de su jurisdicción en el «arresto».

No tardaron en aparecer más cargos cuando los federales, que investigaban la muerte de Howard Christie, se sumaron al caso y se incautaron de «todo» lo del despacho de Century City, la vivienda en Beverly Hills y la casa de Malibú. Las notas manuscritas le originaron tres cargos por asesinato en primer grado, luego que

expertos calígrafos cotejaron la escritura comprobada del doctor con las anotaciones de su diario en las que ordenaba a Thomas Goff «matar al dueño de la licorería» de Sunset con Autovía Hollywood «como prueba a su deseo de ir más allá del más allá». Los mismos cargos, tres asesinatos en primer grado y un cargo por complicidad criminal.

Los federales encontraron las mensualidades de un almacén en Los Ángeles Este y al registrarlo se encontraron con el Toyota amarillo y el cadáver en descomposición de Thomas Goff. En la guantera una huella digital de Havilland. Otro cargo más de asesinato, treinta días de suspensión, y por tomarse la justicia por su mano, un palmetazo.

El último testigo fue un médico nombrado por el Colegio de Los Ángeles. Dijo que, en su opinión, la pila de cargos contra Havilland era la puntilla, pues su caída por las escaleras poco antes de su detención le causó lesiones irreversibles en el cerebro. Pasaría el resto de sus días sin saber quién ni qué era, ni dónde estaba. El golpe reabrió antiguas lesiones en su cabeza, multiplicando por cuatro su fallo anterior. Concluyó diciendo:

—Intenté hacerle ver que yo era médico, que estaba allí para examinarle. Era como explicar la teoría de la relatividad a un nabo. No dejaba de mirarme con expresión turbada. No tenía idea de que todo había terminado.

Para Lloyd no había terminado. Quedaba la película de terror y quedaba el comportamiento de Linda en Playa Womb. Y por último, cuando se aclarase eso, quedaba el homenaje a Marty Bergen.

A los nueve días la prensa seguía hablando de «La masacre de Malibú»; Lloyd fue liberado de su «prisión voluntaria». Aún quedaban veintidós días de los treinta y le pidieron que se quedara en Los Ángeles dos semanas más a disposición de los infinitos fiscales que se ocupaban de Havilland. Se le prohibió hablar con la prensa y hacer ninguna clase de trabajo policial.

Cuando por fin pisó la calle vio que Havilland era causa de una fama malsana. El siquiatra seguía en primera página en los periódicos y muchos artistas de cabaret lo utilizaban en mofas crueles. El *Big Orange* lo llamaba «El Médico Brujo» y el disco de 1958 de David Seville y los Chipmunks sonaba por doquier. El Médico Brujo, se había vuelto a lanzar y estaba entre los 40 principales. Charles Manson fue entrevistado en su celda de Vacaville y definió a Havilland como «un menda frío».

La Dirección del Hospital Penitenciario del Condado declaró a Havilland un vegetal, y Lloyd supo resistir su malsano impulso de visitar a su adversario en la celda acolchada y lanzarle a lo que quedaba de cerebro «película cobarde». En vez de ello se fue al 4109 de Windemere.

Ningún precinto de «escena del crimen» LAPD, ni federales en puertas ni ventanas; sólo capas de polvo en las rendijas. Una casita corriente de Hollywood Hills. Suspiró mientras la rodeaba a pie. No había mencionado a Olfield en su informe final ni en memorándums anteriores, y los federales, o bien no toparon con

su nombre o decidieron ignorarlo. En sus prisas por ocultar a Jack Herzog, LAPD y FBI dejaron sueltos a perros dormidos que fueron fieles peones de John Havilland.

Penetró en la casa por una ventana trasera y se fue derecho al dormitorio. Un colchón en un suelo de moqueta, la misma imagen que la cinta del taller de Nagler. Junto a la ventana, manchas de un marrón rojizo. Pensó en el esparadrapo recogido del jardín la víspera del holocausto de Malibú, se agachó a verla: era sangre.

Registró la casa; ningún efecto personal, ni ropa ni equipo de aseo. Sólo comida, mobiliario e instalaciones. Olfield había volado y, a juzgar por el polvo, llevaba buena ventaja.

Volvió a Central Parker, apartó de su mente a Linda y llegó a una conclusión: Olfield o Havilland destruyeron la película; si alguien la encontró, él habría oído hablar de ello. Una vez más teorías y pruebas circunstanciales.

A Artie Granfield le llevó menos de diez minutos identificar la sustancia marrón del trozo de moqueta como sangre grupo 0 +. Ya con hechos, llamó a Desaparecidos y pidió datos de mujeres blancas de ese grupo denunciadas en los diez últimos días. Sólo encajaba una: Sherry Lynn Shroeder, 31 años, comunicación de sus padres hacía seis días. Lloyd lloró cuando el empleado le dijo el último puesto de trabajo: Cosméticos Júnior Miss.

La había visto entrar por la puerta.

Con su cara regada de lágrimas, salió corriendo de Central Parker; no bastaba con que no fuera culpable; tampoco bastaba que la mujer a quien amaba fuera inocente de toda culpa, sólo manipulada síquicamente por un demente. En el p rking dio puñetazos al capó, patadas a la defensa, rompió la antena e hizo de ella un misil de odio. Lo lanzó contra el bloque de doce pisos que simbolizaba todo lo que él era, rez  por Sherry Lynn Shroeder y se fue a hurgar en las profundidades del delito de su puta/amante.

Llam  a Telecr dito; Linda tenía un saldo de 71.843,00\$; no hubo ingresos ni retiradas importantes los últimos diez días. Olfield había cancelado tres cuentas de ahorro y corrientes y vendido un importante paquete de acciones IBM por 91.350,00\$.

Se fue al aeropuerto con fotos de los dos; Olfield tomó un avión para Nueva York cuatro días después de la matanza, pagó en efectivo y us  un nombre falso. Linda le acompa n  hasta la puerta de embarque; un maletero avisado lo recordaba; no parecían novios, más bien hermanos; ella afectuosa y él despegado.

Lloyd volvió a la ciudad celoso, cansado y en cierto modo con temor de ir a su casa. Temor de olvidarse de algo. Tenía que enfrentarse enseguida a Linda, pero antes quería rendir homenaje a un amigo caído.

La casera le abrió la puerta del piso donde vivió Marty Bergen y le cont  a Lloyd que los del *Orange Insider* habían venido a llevarse los pocos muebles viejos y la máquina, porque esa fue su última voluntad. Les había dejado, pues no valía nada, pero se guardó la carpeta con el libro que estaba escribiendo, porque le debía dos

meses de renta y tal vez vendiéndolo a algún periódico serio resarcía la deuda. ¿Era eso un delito?

Lloyd denegó con la cabeza, sacó la cartera y le dio todo lo que tenía. Se lo quitó de la mano agradecida y corrió a su casa, volviendo con una caja de cartón rebosante de papeles. Lloyd la cogió e indicó la puerta; la mujer hizo una reverencia y le dejó solo.

El borrador pasaba de quinientos folios a máquina, con tantos comentarios al margen que en realidad era una coautoría. Era un relato de dos guerreros medievales, uno pródigo y otro casto, enamorados de la misma dama, una princesa que para acceder a ella había que atravesar muros de fuego concéntricos, y en cada anillo monstruos cada vez más espantosos y sanguinarios. Los dos guerreros partieron como rivales, pero a medida que se acercaban a la princesa se iban haciendo amigos, luchando juntos contra los demonios cada vez que franqueaban un anillo, más atentos al otro que de uno mismo. Cuando sólo quedó el muro final, renegaron de la coexistencia y se aprestaron a un duelo a muerte.

Aquí se acababa el texto; había luego argumentos opuestos con dos caligrafías distintas. Los últimos capítulos denotaban un deterioro en la calidad del texto. Lloyd creyó detectar el momento en que Jack Herzog era empujado al límite de su aguante por el doctor, e intentaba crear poesía falsa del horror de su vida que oscilaba. Cuando dejó la obra, no sabía si era buena, mala o indiferente, sólo que había que publicarlo como un himno a los muertos en Los Ángeles.

El himno se transformó en elegía cuando se dirigía a casa de Linda; esperaba no encontrarla e irse a su casa, descansar y seguir pensando en lo que pudo haber sido.

Pero estaba.

Lloyd pasó por la puerta entreabierta. Linda estaba en el sofá, ojeando los anuncios del *Times*. Cuando levantó la vista y sonrió, él se estremeció. Fin de lo que «pudo haber sido». Iba a saber la verdad.

—Hola, Hopkins. Llegas tarde.

Lloyd indicó los anuncios:

—¿Buscas empleo?

Ella sonrió y le indicó una silla.

—No. Locales comerciales. Con cincuenta de los grandes y un aval del banco tengo un Burger King. ¿Qué te parece?

—Creo que no es lo tuyo. ¿Alguna película buena estos días?

Linda movió la cabeza lentamente.

—Vi un preestreno hace poco, y tuve un vivido relato de uno de los artistas. Destruí la única copia que había. Olvidé lo buen policía que eres, Hopkins. No creí que supieras esa parte.

—Soy el mejor. Incluso sé el nombre de la víctima. ¿Deseas saberlo?

—No.

Lloyd se frotaba las manos. Las acercó al pecho; vio que era la postura suplicante

de Nagler.

—¿Por qué, Linda? ¿Qué cojones pasó contigo y Olfield?

Linda formó un triángulo con las manos; al ver lo que estaba haciendo, las metió en los bolsillos.

—El filme era una reiteración demencial de la muerte de mis padres. Havilland obligó a Richard. Pasó la película en la consulta. Me asusté y grité. Richard me sujetó, me drogaron y me llevaron a Malibú. Richard y yo hablamos. Llegué a tocar el punto de cordura y decencia que le quedaba. Le convencí de que podía marcharse de allí y olvidarse de que Havilland había existido. Nos disponíamos a hacerlo cuando Havilland dijo «Ahora». Marty Bergen podía haber venido con nosotros. Pero apareciste tú con tu rifle.

Lloyd se quedó petrificado.

—Cariño, hiciste lo que tenías que hacer, y te adoro por ello. Richard y yo salimos a escape; tú podías habernos echado toda la policía encima y no lo hiciste, por lo que sentías hacia mí. Aquí no hay buenos ni malos. ¿Te das cuenta de ello?

—No, no me doy cuenta. Olfield mató a una mujer inocente. Y debe pagar. Y además, estamos nosotros. ¿Qué hay de nosotros?

Linda dijo en un murmullo:

—Richard ya ha pagado. ¡Dios, sí ha pagado! Para que sepas, hace mucho que se fue, está muy lejos. No sé dónde, no quiero saberlo y si lo supiera, no te lo diría.

—¿Pero tú te das cuenta de lo que has hecho? ¿Te das cuenta? ¡Maldita sea!

El suspiro de Linda apenas se oía.

—Sí. Me creí con fuerzas para escapar y convencí a alguien para que lo hiciera. Se lo merecía. No me echas a mí la culpa, Hopkins. Si Havilland no hubiera atrapado a Richard, éste jamás hubiera podido matar a una mosca ¿Qué probabilidad hay de que tropiece con otro Havilland? Se acabó, Hopkins. Déjalo estar.

Lloyd miró al techo para retener el torrente de lágrimas.

—No, no se acabó. ¿Qué hay de lo nuestro?

Linda puso una mano vacilante en su hombro.

—Nunca vi a Richard herir a nadie, pero vi lo que le hiciste a Havilland. De no haberlo visto, podríamos intentarlo. Pero también eso se acabó.

Lloyd se levantó, la mano de Linda cayó de su hombro; dijo:

—Voy a por Olfield. Trataré de que tu nombre no se vea mezclado, pero si no puede ser, no será. De una forma o de otra lo cogeré.

Linda se levantó y le tomó las manos.

—No lo he dudado ni por un minuto. Esto se vuelve raro, triste y anormal, Hopkins ¿Quieres abrazarme y luego marcharte?

Lloyd cerró los ojos, reteniendo entre sus brazos a la mujer que nunca había visto, cerrando la parte de Los Ángeles del caso Havilland. Al sentir que Linda se iba desprendiendo del abrazo, dio media vuelta y se fue, pensando que se acabó, pero nunca se acabaría, y cómo haría que el libro Herzog/Bergen se publicase.

Afuera, la noche brillaba con los destellos de los semáforos y unos matorrales que ardían en la lejanía. Se fue a casa y cayó dormido encima de la cama, vestido del todo.